

# Así habla la Crónica

Álvaro Ruiz Abreu

Colección Docencia y Metodología



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

CASA ABIERTA AL TERCER MUNDO UNIDAD XOCOMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

John Reed

## Álvaro Ruiz Abreu

Escritor, novelista, ensayista e historiador, se ha ocupado a la vez de realizar la biografía tanto de escritores esenciales para nuestras letras —la de José Carlos Becerra por ejemplo— como de autores menores; de igual modo, ha realizado estudios referidos al rescate de periodos olvidados de la literatura, notablemente la literatura cristera, sin desatender por ello el seguimiento de las bellas letras en la actualidad, como muestran los textos reunidos en *Crisis de la novela, novela de la crisis*.

Entre sus textos más importantes están *Paraíso en fuga* y *Ciudad pintada en la ventana*.

ASÍ HABLA LA CRÓNICA



# Así habla la crónica

Álvaro Ruiz Abreu  
(compilador)



Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Xochimilco



Universidad Autónoma Metropolitana

José Lema Labadie, *Rector General*

Javier Melgoza Valdivia, *Secretario General*

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

Cuauhtémoc V. Pérez Llanas, *Rector*

Hilda Rosario Dávila Ibáñez, *Secretaria de Unidad*

Arturo Anguiano Orozco, *Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades*

Rafael Castro y Lluriá, *Secretario Académico*

Gerardo Vázquez Hernández, *Responsable del Área de Producción Editorial*

*Comité Editorial*

Luciano Concheiro Bórquez (presidente), Salvador García de León Campero

María del Carmen de la Peza Casares, Anna María Fernández Poncela

Elsie Mc Phail Fanger, José Manuel Juárez Núñez

Jaime Osorio Urbina, Dolores París Pombo

Marcos Tonatuh Águila, Mary Goldsmith Connelly

Lidia Fernández Rivas, Hans Saettele

Portada Amada Pérez

Primera edición 1986

Segunda edición mayo de 2007

ISBN 968-840-289-3

DR © 2007 Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

Calzada del Hueso 1100

Col Villa Quietud, Coyoacán

04960 México, DF

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

*A Ryszard Kapuscinski (1932-2007)*

La primera versión de *Así habla la crónica* (1986) fue realizada por el grupo SF036 del módulo Comunicación y cambio social de la licenciatura en Comunicación social *Investigación y recopilación* Patricia Heredia R, Xóchitl Leal González G, Angélica Patiño V, Gabriela Ruiz de la Flor, Angelina Santos R y Alma Valencia L *Diseño y realización* Citlali Moreno A, Gabriela Eugenia García B, Jorge Ricardo Fuentes M, Marisa Morales C, Mayte Díez B, Miguel Ángel Aceves L. y Norma Angélica Ledesma G (con ilustraciones de Horacio García Huerta y Rosa Ana Tapia Mendoza) Esta segunda edición, corregida y aumentada, se debe a la insistencia de Patricia Ortega Ramírez y a la colaboración de Dunia Verona Campos Rodríguez, quien tuvo a su cargo la investigación, recopilación y revisión A ellas, gracias



# Índice

Prólogo, 9

¿Qué es la crónica?, 13

## Antología

*José Emilio Pacheco*

De Vasconcelos como Ayatola, 37

*José Emilio Pacheco*

La prisionera de Notre-Dame, 43

*Ramón Márquez*

Delincuente de nacimiento, 49

*Juan Balboa*

Violación sistemática del territorio  
por el ejército guatemalteco, 61

*Salvador Corro*

Primero de mayo, 67

*Rafael Pérez Gay*

Los rápidos de Tlalpan, 75

*Carlos Monsiváis*

Crónica de San Juanico, 79

*Raúl de la Torre*

Tres calles y una mujer, 103

*Héctor A. Ramírez*

Aventuras de mi vieja llanta, 105

*Elena Pomiatowska*

Fin del edificio Nuevo León, 109

*Gonzalo Valdés Medellín*

En terrenos del vicio, 115

*Federico Campbell*

Juan Rulfo se llevó su secreto a la tumba

Un silencio que se hizo leyenda, 119

*Héctor Aguilar Camín*

Managua con luna llena, 129

*Emiliano Pérez Cruz y Juan Arturo Salinas*

De Nezáyork a Tijuana, 161

*Rafael Pérez Gay*

Tablada, incendiario y melancólico, 165

*José María Pérez Gay*

Joseph Roth La cercanía del exilio (segunda parte), 173

*Juan Villoro*

Hotel Nefertiti, 193

*Sara Sefchovich*

La crónica al día, 199

*Álvaro Ruiz Abreu*

La anfibena de Clara Mandujano, 211

*Ricardo Garibay*

¡Viva México en Las Vegas!, 215

*Pedro Martínez*

Barrio por barrio, casa por casa,

la guerra se instaló en San Salvador, 225

Epílogo, 237

## Prólogo

La primera versión de *Así habla la crónica* fue un trabajo modular en el taller de prensa que realizó el grupo a mi cargo. Era el segundo trimestre de 1986 y en ese lapso los alumnos investigaron su tema, recopilaron el material, que luego fue seleccionado y revisado; ellos mismos se dedicaron a diseñar la portada y también las viñetas del interior del libro, que pudo salir impreso justo al final de ese módulo. Visto a 20 años de distancia, fue una proeza. Con el tiempo, ese volumen de crónicas se convirtió en una exigencia para el taller de prensa que se imparte cada trimestre en la licenciatura de comunicación social. La primera edición se agotó y era necesario volver a imprimirlo. Y he aquí el problema fundamental: ¿este pequeño libro debía permanecer igual que antes con sus méritos insoslayables pero también con los errores propios de un taller y la premura de un trimestre?

Una nueva edición exigía cambios y al mismo tiempo respetar el trabajo del grupo que lo firma. Debían modificarse algunas afirmaciones respecto de la crónica, afinando el sentido de la redacción, definiendo con precisión el objetivo del libro y sobre todo sus contenidos. Como profesor responsable de aquella iniciativa de un grupo que jamás olvidaría por su entusiasmo, pensé que era preciso incluir algo más de material, nuevos autores, que por lo menos dieran un panorama del periodo escogido: de 1979 a 1989. El resultado está a la vista: el lector puede apreciar las vicisitudes de una década de guerra en Centroamérica, sismos en la Ciudad de México, explosión urbana de manera anárquica como lo demuestra el texto sobre San Juanico,

emigración del sur hacia el norte. Pero en ese mismo lapso la crónica registraba otros hechos de la cultura de México y del mundo, por ejemplo la muerte de Juan Rulfo (1918-1985), el escritor más sólido del siglo XX mexicano que no puede pasar desapercibida. O bien, el homenaje que le rindió la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) a Carlos Monsiváis, el animador por excelencia de un nuevo periodismo, combativo y literario, o la evocación de un fragmento de la vida de José Juan Tablada, poeta decadente de fin de siglo, hombre de letras que desde su librería en Nueva York impulsó el arte y la poesía de México.

El objetivo de este libro es servir, como en el pasado, de apoyo a la docencia, de consulta para alumnos y profesores de ciencias sociales que se interesan por rescatar algo de nuestra vida cultural, algo del estilo de los escritores que han hecho del periodismo una escuela de arte. Es un material de trabajo que busca establecer un diálogo entre las nuevas generaciones y una ciudad que ya se quedó atrás, desfigurada por la falta de memoria histórica que diga y demuestre lo que fueron sus signos más terribles o alentadores. Es evidente que estamos frente a un libro con el que se quiere ante todo facilitar el desarrollo, en contenidos y objetivos, de nuestros cursos modulares y al mismo tiempo ofrecer un registro de la prosa más sobresaliente de la cultura mexicana.

A esta recopilación de textos la definen dos apartados. En el primero hay una búsqueda por llegar a explicar qué es la crónica, cuál es su temperamento estilístico, qué relación guarda con el que la produce y el que la recibe —relación texto y lector—, y cuál es la función que ha desempeñado en la historia del país en los siglos XIX y XX. También se indica de manera breve sus alcances como género periodístico y literario y cómo encaja en la tradición de nuestra cultura. De esta manera, el lector tiene frente a sí una versión resumida de un género y su contexto que suele hallarse en muchos volúmenes de historia de la prensa. El segundo es una miscelánea de autores que han convertido el género en un lenguaje canónico de distintos aspectos de la vida política y social de México, y de periodistas y reporteros que se suman a la batalla por el rescate de la palabra escrita.

Este segundo apartado ofrece textos de calidad muy peculiar y debe verse como una selección de crónicas que junta a escritores de varias tendencias y aspiraciones: de Ricardo Garibay, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska y José Emilio Pacheco, a Héctor Aguilar Camín, Rafael Pérez Gay y Juan Villoro. ¿Qué unidad hay en esta diversidad? Veo por lo menos un punto en común: el deseo por hacer de la crónica un género vital y decisivo para la prensa; la convicción de que promueve la narración y evita la noticia, crea una vocación por el empleo cuidadoso del lenguaje, ya sea el coloquial o el literario, y desemboca en una transfiguración de la realidad. El género trasciende a su objeto. Esto explica en parte que junto a las plumas citadas arriba, se encuentren nombres más atados al periodismo, pues se trata de reporteros de profesión. Es el caso de Juan Balboa que escribe sobre Chiapas, el de Ramón Márquez que hace una radiografía psicológica y social de un delincuente, de Gonzalo Valdés Medellín que subraya el papel de la prostitución en la Ciudad de México. Tanto unos como otros se tienden la mano en una cruzada periodística que pretende darle a los textos periodísticos un valor social y cultural, un enfoque narrativo, un estilo que juega con la objetividad y la alegoría, y convierte el texto en algo que no es fugitivo sino permanente.

Como iniciativa editorial este trabajo es el resultado de encuestas realizadas a Héctor Aguilar Camín, José Agustín, Hermann Bellinghausen, Gonzalo Celorio, Felipe Gálvez, Sergio González Rodríguez, Ramón Márquez, Jaime Moreno Villarreal, Elena Poniatowska, Miguel Reyes Razo, Humberto Ríos Navarrete, Pascual Salanueva y Amílcar Salazar. Se les entregó un cuestionario que pretendía reunir opiniones sobre aquella parte de la tradición oral que recoge la crónica, su desarrollo y sus posibilidades actuales como género periodístico y literario.

El periodo lo justifica solamente el taller de prensa impartido en 1986. Y también los hechos desencadenantes, como el sismo de 1985, la guerra en Centroamérica, la explosión de San Juanico, y el ascenso de las clases pobres en la Ciudad de México y su periferia. La selección es una muestra evidente de las vicisitudes que vivió el país en esos años y algo más. una exhibición del estilo que exige la crónica al periodista. La crónica es práctica cotidiana, trabajo literario, aspira-

ción de muchos escritores que encuentran en ella la posibilidad de expresar lo que observan en la ciudad donde viven. Desempeña un papel importante en las letras mexicanas de nuestros días y es un espacio donde estampan su nombre y su sello personal, poetas, escritores, periodistas, intelectuales, editores de revistas y suplementos culturales.

La antología es muy heterogénea. La intención ha sido precisamente esa: ofrecer una imagen diversa, contrastada de un México que parece remoto, el de los años ochenta. Por eso van pasando, como en un viaje por carretera, escenarios, épocas, personajes, hechos y temas. El lector tiene ante sus ojos obras y autores, que enfocan desde distintos puntos de vista aspectos varios de una realidad en constante cambio, y casi siempre bajo tempestades políticas y sociales. Basta asomarse a algunos títulos y autores incluidos en *Así habla la crónica* para comprobar lo anterior: Ramón Márquez, "Delincuente de nacimiento"; Rafael Pérez Gay, "Tablada, incendiario y melancólico"; Carlos Monsiváis, "Crónica de San Juanico"; Juan Balboa, "Violación sistemática del territorio por el ejército guatemalteco"; Juan Villoro, "Hotel Nefertiti", Héctor Aguilar Camín, "Managua con luna llena" y de José Emilio Pacheco, "La prisionera de Notre-Dame" y "De Vasconcelos como Ayatola".

Este libro es publicado como un reconocimiento a John Reed, autor, entre otras obras, de *México insurgente*, y sin lugar a dudas uno de los más destacados exponentes de los géneros periodísticos: crónica, entrevista y reportaje.

¿Qué es la crónica?





## Objetividad y verdad

Mucho se ha hablado acerca de la objetividad periodística. Lo que para algunos es imparcialidad, para otros es cercenamiento de la conciencia. Esta contradicción afecta, a la larga, a miles de lectores. La realidad existe en forma independiente, es impersonal frente a nuestros deseos, no la limita nuestra voluntad. Pero no siempre su reflejo es objetivo y verdadero, debido a que el periodista tiene una concepción del mundo que resuelve cuestiones ajenas a sus compromisos. La sociedad capitalista pretende que la objetividad de la prensa coincida artificialmente con la neutralidad. Por esto, la objetividad periodística, vista como un reflejo fiel de la realidad, es posible, mientras que la neutralidad no lo es, al no existir una imparcialidad real del periodista.

Camilo Taufic en *Periodismo y lucha de clases* considera que la clase social dominante exige a determinados grupos que no se pronuncien críticamente sobre la realidad descrita. Y uno de esos grupos es el de los comunicadores sociales. La objetividad no equivale a neutralidad, porque el que trabaja con el lenguaje, institución social por excelencia, no puede darse el lujo de ser neutral. El reflejo fiel de la realidad exige una descripción exacta de los hechos y sus conexiones tal como se dan. Taufic considera que la prensa capitalista hace una descripción de los principales hechos sociales desconectándolos de las relaciones de clase en que aparecen, sin ahondar en sus causas reales.

Para Gramsci todo individuo posee una filosofía propia basada en una posición política que se fundamenta en una visión del mundo. Cada uno de nosotros tiene esta visión, al actuar sobre la historia los individuos hacen "filosofía" y se convierten en intelectuales. Pero el intelectual verdadero es aquel que actúa sobre la sociedad y trata de modificarla. Así, un intelectual será lo mismo un político que un eclesiástico, un físico y un periodista. Entre los intelectuales hay una clara división. Los tradicionales están de acuerdo con su sistema de vida; los orgánicos, actúan sobre la sociedad buscando cambiarla. Las actividades de un intelectual se basan en la vida práctica. Su quehacer principal es construir y organizar a la sociedad de acuerdo con una conciencia homogénea de un grupo que interviene en la política y la economía.

Frente a esto, el periodismo se compromete al progreso de la estructura social tomando partido por las fuerzas sociales progresistas. Se encuentra ligado, de manera inseparable y legítima, a la realidad. Puede ser más completo, exacto y profundo si presenta una imagen múltiple de los hechos, es más, si los oculta y muestra en cambio las causas que los han producido. Su tarea parece clara: debe ir no a los hechos sino a lo que éstos ocultan, a lo que está detrás de los mismos. Y esto sólo es posible mediante el dominio preciso del lenguaje.

Pero también el periodismo puede manipular los hechos y ocultar la verdad por diversos medios, desde la mentira descarada hasta otros procedimientos más sutiles que tienen un respaldo ideológico. O como sugiere Raúl Trejo Delarbre, puede difamar a los personajes de la vida pública y privada, inventar noticias mediante las filtraciones, y así caer en faltas a la ética que todo profesional de prensa debe mantener. Cualquier selección e interpretación de una noticia excluye necesariamente otra, por lo que el proceso está sometido a la influencia de instancias subjetivas. Así pues, al negarse la subjetividad, se niega la naturaleza del periodismo. El periodismo objetivo es directo y mediocre, oscurece la realidad porque quiere transmitir la noticia en sí; el subjetivo tiene un punto de vista, investiga las causas que la hicieron posible, narra y describe atmósferas, personajes, y crea la imagen de verdad porque convence a partir de la verosimilitud. Es creativo.

En él convergen la destreza y la inteligencia, las ideas y la imaginación. Además, usa el diálogo que toma prestado del drama para darle fuerza a sus protagonistas. No puede, por supuesto, inventar las cosas, sólo recrearlas mediante la imitación, si usamos esta palabra en el sentido que le dio Aristóteles en su *Poética*.

Hay un compromiso entre los hechos y la personalidad del periodista. Las noticias adquieren, entonces, un carácter subjetivo y personal, ya que es el periodista el que busca, selecciona y relaciona los hechos en concordancia con su visión del mundo. En esto hay una obligación marcada del periodista, siempre y cuando su búsqueda esté orientada hacia un fin determinado.

Para reflejar objetivamente la verdad es necesario dominar el arte y las técnicas del periodismo, tener aptitudes, hábitos de trabajo apropiados y saber emplear métodos y técnicas de las ciencias sociales; ser capaz de redactar con suma claridad y contagiar al lector por medio del estilo. El apego a la verdad no es una etiqueta sino una actividad que exige mucho sacrificio. Según Ryszard Kapuscinski, no es posible conocer la “verdad” de un país desde la comodidad del Sheraton. El periodista debe convivir con la gente, con sus hábitos, sus gustos y su escasez, meter la cabeza en la vida de los que nada tienen, aprender su lengua. Con todo, es el arte el que nos da la pauta de la vida moderna, dice Kapuscinski, hoy, para “entender hacia dónde vamos, no hace falta fijarse en la política, sino en el arte. Siempre ha sido el arte el que, con gran anticipación y claridad, ha indicado qué rumbo estaba tomando el mundo y las grandes transformaciones que se preparaban”<sup>1</sup>

El periodismo es conocimiento del mundo, pero también honestidad con los demás y consigo mismo. Es una búsqueda permanente de representación de la realidad a partir de subjetividad, de razón y de un estilo propio, basado en la originalidad. Estas condiciones conforman también el ámbito de producción cultural donde el periodismo y la literatura se unen y forman un género único: la crónica. Presencia escrita de nuestra cotidianeidad, reflejo constante de aquellos modos

---

<sup>1</sup> Ryszard Kapuscinski, *Los crónicos no sirven para este oficio*, Anagrama, segunda edición, Barcelona, 2002, p. 13

de vida que consideramos nuestros y en los que el cronista se basa para ordenar y hacer patente su condición analítica de la sociedad, la crónica es para Claude Bremond un relato integrado por “una sucesión de acontecimientos de interés humano en la unidad de una misma acción”

En México, el género pertenece a la tradición más canónica de nuestra cultura, pero la crónica no surgió de la noche a la mañana, sino de una larga historia en la que existió la censura, las limitaciones al trabajo periodístico. Desde el siglo XVI en que apareció la imprenta en la Nueva España, el trabajo periodístico fue vigilado, a veces sometido a castigos y persecuciones, y en muchas ocasiones el Estado sólo informó de cuanto se incluía en su arca de intereses.

Durante el Virreinato la función de la crónica fue informar, relatar hechos comunes que pronto se convertían en hazañas y reflejar detalladamente los conflictos de una sociedad. En el siglo XVIII la prensa mexicana dejó de ser un sencillo ejercicio burocrático y se transformó en instrumento del poder público. Se exigió abiertamente, la libertad de expresión para cumplir con la función orientadora del periodismo. Pero este deseo se cumplió mucho más tarde, ya bien entrado el siglo XIX.

El periodismo político ha sido la principal y casi única expresión de un pensamiento teórico. No obstante, el atraso social y la inestabilidad política de la nación no han impedido el surgimiento de una reflexión profunda sobre las implicaciones de esa relación nada fácil que es la de la prensa y el poder. El estudio más exhaustivo sobre esa relación en la historia de México es el de Gerald Mc Gowan, *Prensa y Poder*, que sigue paso a paso el comportamiento de la prensa durante la dictadura de Antonio López de Santa Anna. Desenmascara la forma y el sentido en que la prensa estuvo atada a los designios de su “Ilustrísima”

A mediados del siglo XIX se consideró a la crónica como la memoria del escritor que se objetiva y logra hacer una representación del lenguaje regional. Su tendencia fue la de personalizar su funcionamiento con proverbios, refranes y respuestas escuchadas a emisores fantasmas en convites y bailes. Su función principal, verificar y consagrar cambios y maneras sociales, realizar una somera descripción de

lo cotidiano, y contribuir a darle forma a una nación que aún estaba en ciernes.<sup>2</sup>

Durante el Porfiriato la crónica se vio envuelta en dos tendencias. el cosmopolitismo y el nacionalismo de la estabilidad que fortaleció el orgullo patrio; la prensa cosmopolita simplemente fue una exhibición artística de extranjerismos que legitimaban una concepción del mundo, un estilo de vida. Gutiérrez Nájera concebía a la prensa opositora como la indicadora de los errores de la sociedad, cuya obligación era sugerir cambios. Por esto, la crónica no podía ser simplemente una valiosa descripción de sucesos frívolos, también debía entrar a la zona de la crítica, mostrar, impugnar el orden de las cosas. Tenía que existir un equilibrio en el ejercicio periodístico para que no fuera calificado de amarillista.

La crónica del Duque Job no era una simple recopilación de datos, sino un lenguaje vivo que llegaba a las amas de casa, a los intelectuales y a los círculos del poder. “El relato najeriano es la adaptación de la crónica desprendida del bulevar y el café a la sociedad mexicana de fin de siglo, bajo el doble ropaje del bohemio y el *flâneur*, Gutiérrez Nájera desató un estilo nuevo que fundó la prosa moderna de México”.<sup>3</sup> De esta forma, la crónica permitió y dio un nuevo vocabulario a los demás géneros literarios y promovió un movimiento cultural conocido como Modernismo. Los modernistas hicieron de la crónica un ejercicio del estilo con un marcado carácter aristocrático-francés.

A principios del siglo XX, la prensa partidista fue perseguida. Porfirio Díaz deseaba aniquilarla. De ahí que los periodistas de partido, como Martín Luis Guzmán, adoptaran una falsa neutralidad en la que “el temperamento clásico enjuicia a la barbarie”. También hubo otra corriente: la prensa liberadora, encabezada por los hermanos Flores Magón que atacó abiertamente el sistema político e hizo llamados a la unidad del pueblo frente a la dictadura.

---

<sup>2</sup> Carlos Monsiváis, *Antología de la crónica en México*, UNAM, México, 1979

<sup>3</sup> *Manuel Gutiérrez Nájera*, selección y prólogo de Rafael Pérez Gay, Cal y Arena, cuarta edición, 1998, p. XV

Además existió una prensa que pregonaba como norma la objetividad, que quería decir sumisión a las conductas y políticas del gobierno de Díaz. Tal es el caso de *El Imparcial*, periódico industrial que introdujo en sus talleres la rotativa de gran tiraje; trajo entre sus páginas dos innovaciones: la aparición de la publicidad comercial y el reportaje. Solía acusar a la prensa independiente de inútil. Esta época relegó a la crónica a segundo término, a pesar del noble impulso que los modernistas le habían otorgado. Su objetivo fue plasmar y registrar la experiencia cotidiana; el reportaje fue el género que intentó conquistar la opinión pública. Así, el periodismo dejó de registrar antecedentes y consecuencias, pues la noticia ganó interés.

Con el surgimiento de los boletines de prensa hacia 1925, el control gubernamental de la información y la adecuación de las técnicas publicitarias estadounidenses, se empezó a aplicar una nueva censura al periodismo. Así, se exigió eficacia y velocidad a los periodistas, pero se coartó aún más su libertad. Surge el embute, permanente dádiva que corrompe y limita la actividad de los reporteros. El periodismo comercial se infló. Mientras tanto, la prensa independiente se estancó, fue perseguida y no logró desarrollarse. La crónica, que anteriormente había sido instrumento sutil en la consignación y aclaración de la identidad nacional, busca la construcción de una realidad alternativa. Crónicas como las de José Revueltas, Renato Leduc, Salvador Novo y José Alvarado, están llenas de cosmogonías del instinto y la lucha de clases. La ciudad fue escenario fundamental de sus relatos.

A mediados del siglo XX, la vida periodística mexicana admitió por tres décadas una descripción casi homogénea: la tipicidad de la crónica popular plasmada en folletos, cine y televisión. Al finalizar la década de los sesenta surgió en México un periodismo confiable en el que la crónica volvía a ser fundamental, porque documentaba y analizaba la explotación y represión capitalistas, despojando a los políticos de un aura misteriosa que los hacía inaccesibles. Con este periodismo crítico hecho en *Excélsior* de 1968 a 1976 las aspiraciones de la opinión pública encontraron su más elocuente vocero. El libro clásico que recoge la controversia entre prensa libre y prensa amordazada es *La Guerra de Galvo* de Héctor Aguilar Camín, un texto en que la libertad de expresión pasa a ser una franja entre la negociación y el

compromiso, pues el mismo Estado no puede exigir una absoluta sumisión sin llegar a vedarse informaciones vitales.

En los años sesenta, la crónica se había vuelto en México una necesidad de expresión directa y comprometida de la realidad política, social y cultural, el cronista era el encargado de recoger elementos de la vida y presentarlos en una forma nueva, en la que el lenguaje podía operar un cambio en los hábitos de la prensa. Había un país más exigente de sus derechos, que vivía la transición de una sociedad rural a una sociedad urbana, que era urgente describir mediante el lenguaje para darle un perfil de acuerdo con las demandas recientes. Era el México de masas y desempleado con sus frustraciones y sus inmensas carencias, pero seguro de que deseaba expresarse con libertad.

Si la obligación de la crónica es servir de portavoz de los marginados y desposeídos, negando la asimilación y recuperación ideológica de la clase dominante, cuestionando y precisando elementos recuperables de la cultura popular, el deber del periodista será explorar la realidad, impugnarla hasta hacerla estallar. Esto implica que el cronista conozca a fondo el arte y la ciencia del periodismo —como señaló Manuel Buendía— comprometiéndose con la sociedad y reflejando fielmente los hechos.

Desde el momento en que selecciona un hecho con el cual hará su trabajo, el periodista toma una postura frente a la realidad. Debe ser consciente de ello, pues aunque la crónica sea totalmente subjetiva no se debe apartar de la realidad. En esto radica su fuerza. Su propia subjetividad nos remite a lugares y épocas que no hemos conocido ni vivido, y sin embargo nos coloca ahí con su hálito dinámico y verídico. Dependiendo de la capacidad y el profesionalismo del cronista, la crónica puede ser un instrumento para ver de otra manera la realidad ya que establece un cierto juego literario mediante el cual es posible usar, a discreción, la primera persona o narrar libremente los acontecimientos como si éstos hubieran sido vistos y vividos desde la interioridad. Recrea atmósferas y personajes por medio de los llamados géneros intercalados como el epistolario, las memorias, la autobiografía, la estructura narrativa del cuento y de la novela, textos diversos y las voces que el periodista recoge. La tradición oral desempeña un papel importante en la crónica

En la actualidad, la crónica es una necesidad que podría contrarrestar el periodismo ligero y noticioso que domina el escenario de la información en México. Como género literario la crónica tiene una misión clara: oponerse al ejercicio periodístico que se apoya sólo en los boletines de prensa, y reproduce el discurso que sale de las oficinas gubernamentales. Se necesita, con urgencia, la erradicación de viejos vicios heredados de la prensa que servía, como el esclavo a su amo, al presidente en turno; reivindicar una profesión que ya puede basarse en el monólogo y las fórmulas convencionales, exige una ventana abierta al diálogo y la honestidad. Para lograr notas más rigurosas y combativas, menos “amarillistas” es indispensable leer, como señala Kapuscinski,<sup>4</sup> a los clásicos, y leer poesía, libros de historia, novela, ciencia, libros de viajes.

En este sentido, la crónica es un buen antídoto para curar a la prensa mexicana de sus achaques eternos que se derivan de la falta de lectores. Sin el lector, el texto por bueno que sea está bajo tierra, muerto. Es el lector, dice Borges, quien lo reconstruye y así genera una especie de resurrección del autor y su obra. Antes que nada, la prensa mexicana debe buscar lectores, ya que éstos se alejan cada vez más del periodismo escrito y se afilian, cómodamente, a la televisión que les proporciona en grandes cantidades entretenimiento, información y una cultura *light* y globalizada que tanto caracteriza al mundo contemporáneo.

## Periodismo olvidado

Según su etimología, la palabra crónica quiere decir narración de hechos históricos, ordenados cronológicamente. Aunque hay una doble dimensión en su definición: por un lado, es el retrato de una situación, de un momento dado con todos sus elementos; puede ser de

---

<sup>4</sup> Ryszard Kapuscinski, “Con Heródoto en la guerra”, *Proceso*, núm. 1383, 4 de mayo de 2003, pp. 70-72. El conocido escritor polaco dice que el primer gran reportero de la historia fue el griego Heródoto, que lo ha acompañado toda su vida.



cualquier cosa, de la calle, un acto político, una manifestación, un asesinato, una conferencia, una conversación de la vida cotidiana. Por otro lado, implica trasladar al lugar de los hechos al lector mediante la descripción del lugar. El cronista tiene que ser capaz de transmitir lo que ve, oye y siente, y contagiar a los demás con su narración, su recreación de personajes, hechos y situaciones

Podría decirse que la crónica es un género que nos permite describir, contar y resumir sucesos, dándoles su propia dinámica y vida, hasta que la realidad queda transfigurada. Cronista de tiempo completo, Carlos Monsiváis define la crónica en su libro, *A ustedes les consta*, como la “reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas”. A diferencia del reportaje, la crónica da paso a la expresión de la individualidad de sus autores. Es un relato en el que no se llega por fuerza a una conclusión. Al narrar, el tiempo y el espacio descritos se ensanchan y se bifurcan, se vuelven elementos que estructuran un mundo y el hecho simple y cotidiano se hace complejo.

Parece indispensable preguntarse ¿por qué coinciden tantos escritores en la misma idea de que sólo puede existir un periodismo intenso y significativo cuando los hechos se narran como en las grandes novelas? Truman Capote, Ernest Hemingway, Tom Wolfe, Kapuscinski, José Emilio Pacheco, Juan Villoro, Aguilar Camín, García Márquez, Borges, Tomás Eloy Martínez, y muchos más, proponen una alianza que no es imposible: la del periodismo con la literatura. La respuesta no es fácil ya que exige entrar al terreno de los límites de la ficción. La crónica no es ficción pero debido a su lenguaje figurado por lo común lleno de figuras retóricas se vuelve un género complejo muy cerca de la novela. Y una vez instalados en este género hay que ver sus elementos estructurales, el problema del mito y su construcción lingüística, a ese ancho universo que es el tiempo y la narración, la psicología y la filosofía que revela cada personaje, y ver las funciones del lenguaje. Nos pide por tanto un análisis que escapa a los objetivos de esta antología

El hecho de que el periodismo actualmente no recurra a la crónica, no se debe a la falta de buenos cronistas, sino a la actitud que guardan los diarios respecto a sus lectores: a menudo les ofrecen sólo informa-

ción, noticias que se evaporan ante la fuerza avasalladora de los medios electrónicos. Por fortuna, son muchos los intelectuales, escritores, historiadores, que practican la crónica con pasión y pulcritud, y hacen del género una apuesta literaria, un ejemplo de que el periodismo no está reñido con la poesía. Es un puñado de escritores de varias generaciones que publican en periódicos y revistas, suplementos culturales, y parecen decididos a otorgarle a la página impresa dignidad de estilo, fuerza en sus significados y, ante todo, poder de persuasión, como la gran literatura. Son voces que nos recuerdan el trabajo de otros escritores y periodistas, para los que la prosa diaria no era distinta de la empleada en su literatura, como Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Gutiérrez Nájera, John Reed, Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, José Revueltas y José Alvarado, entre otros.

También se define a la crónica como un género híbrido, a mitad de camino entre el estilo informativo y el literario. Es más, la variedad de subgéneros que pueden incluirse hacen difícil una caracterización con validez general. La crónica periodística es en esencia una interpretación y valoración de hechos actuales y del pasado. Es un género ambivalente. Pero una cosa es evidente. la diferencia entre la crónica y la información es precisamente su tono personal, pues en la primera el escritor comenta, amplía y ordena los hechos a su manera, y aunque sea una crónica informativa suele llevar un lirismo sutil, una dialéctica de los hechos que la define. El cronista, hay que decirlo una vez más, es más que un reportero de ocasión que describe un acontecimiento o narra una acción. Es portador de una conciencia crítica del mundo, un emisor que piensa en los lectores, a los que desea convencer, llevar a su territorio.

Una definición más afirma que la crónica es un “artículo de periódico en el que se informa de los hechos o las noticias del día”, que resulta evidentemente incompleta. En este sentido, el término tiene una significación “tan vaga y genérica que no es posible fijar sus límites”. Podría decirse que hay tantas clases de crónica como cronistas en el mundo, de ahí las posiciones tan encontradas en cuanto a su definición. Hay varios tipos de crónica, la doctrinal, la artística y literaria, biográfica y descriptiva. Las más comunes que publican los grandes diarios son la deportiva, la parlamentaria, la de sucesos san-

grientos o de nota roja, la de espectáculos, con sus ramas para el cine, la televisión, el teatro, los toros, la de arte y literatura. Cada una supone una especialización.

El cronista dispone de gran libertad para expresarse, no tiene por qué someterse a esquemas y normas prefijadas de redacción, como sucede en el reportaje informativo. Pero esta libertad tiene un límite: el hecho noticioso sobre el cual escribe. La crónica está sometida al mandato de la noticia y en ella se complementan y se funden lo objetivo y lo subjetivo, los hechos y el enfoque o apreciación personal del autor. A menudo, el cronista habla en primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos o vividos desde su interioridad. Frente a la frivolidad de las noticias, hay que oponer la fuerza del relato, dice John Berger, o la forma del periodismo literario, señala Mark Kramer. Resulta más fácil hacer una simple nota informativa o un artículo, que jerarquizar y narrar con amenidad un hecho o la vida de un personaje. Además, hay un problema grave de espacio en los periódicos. Es muy difícil que se haga una crónica en una o dos cuartillas, se necesitan muchas más y no es fácil conseguir este espacio en un diario. También, el género exige la paciencia de un lector que en verdad quiere algo más que la información: la narración de los hechos, su confrontación.

Desgraciadamente, en México se marcha al revés en materia de periodismo: en vez de procurarse más calidad, nos hemos preocupado por tener más cantidad. En el Distrito Federal circula un promedio de 25 periódicos diarios, dirigidos a un universo de lectores reducido, acostumbrado a leer muy poco, a privilegiar la radio y la televisión como medios de información. A la prensa escrita se le relega, lo cual es absurdo.

¿Es cierto que el periodista es aprendiz de todo y oficial de nada? Chesterton decía que el periodista es el hombre que se quedó sin profesión. Traducido esto a nuestro lenguaje familiar equivale a afirmar que somos aprendices de todo y oficiales de nada. Justo en el instante de proclamarnos dueños del saber y la perfección se inicia la decadencia. Como ya somos perfectos descuidamos la lectura, silenciamos la autocrítica y desdeñamos la crítica externa si es que alguna vez la admitimos sinceramente. Y entonces el lenguaje empieza a

enmohecer; nos marginamos de las nuevas formas de expresión, nos quedamos a la zaga de los avances del periodismo que atañen a los redactores, dejamos que otros nos superen en aquellas especialidades en las que habíamos logrado destacar un poco y, en fin, de pronto nos damos cuenta de que hemos perdido clientela, público, que ya casi nadie se acuerda de nosotros, que no importa si hablamos o callamos.

Se dice que los médicos no se preocupan mucho de sus errores porque los entierran. Pero los periodistas suelen publicar los suyos. Aunque lo intenten, no es posible esconder su ineficacia. Si hoy escriben mal o siquiera un poco deficiente, mañana se publicará tal cual o quizá peor, cuando a esa imperfecta redacción se agreguen erratas de tipografía, para mayor vergüenza de la profesión. El periodismo podría definirse como literatura practicada bajo presión: las emociones, las circunstancias, la tiranía del reloj aumentan la dificultad de crear con el lenguaje los valores de la exactitud, la brillantez, la eficacia y aun el disfrute estético. Un escritor puede tomarse semanas, meses y hasta años para terminar una obra. Un periodista tiene que vérselas todos los días con la "hora del cierre". De ahí que constituya un mérito la redacción simplemente correcta de una noticia o un reportaje y se alcance un estadio superior cuando el periodista con la simple alquimia de su estilo, llegue a crear un arte literario.

### **Así habla la crónica**

La crónica es un estilo y éste sólo se obtiene por las reglas de la sintaxis. La gramática es el sustento del estilo. Si no se aplican las reglas de la sintaxis a la construcción de cada frase no habrá estructura sobre la cual pueda edificarse el estilo. Nada se inventa, uno está siempre sujeto a normas básicas que son fuente de armonía y florecimiento del lenguaje. Ni obra del azar ni factor hereditario, el estilo es resultado de una búsqueda personal, voluntaria e incesante. El brillo y la textura se pueden perder por descuido o indolencia. El estilo no se adquiere de una vez por todas: exige constante vigilancia, cuidado y pulimento. Si no hay una buena formación literaria, no puede haber un buen cronista, lo que se quiere transmitir debe estar bien escrito, con

intención y uso de las herramientas de la retórica. Esto debe tomarse no en el sentido de qué tan bello se ha redactado un texto, pues la crónica es narración seca y dura en términos reales, la transcripción de un lenguaje rudo y cotidiano. Sin embargo, exigirle a la crónica un estilo y una retórica, una presentación narrativa y literaria, quiere decir que el texto sea capaz de mantener una estructura, y que sus signos reflejen los símbolos de la cultura que narra. Sólo entonces, tendrá capacidad efectiva de transmitir una situación, de recrear un suceso en la mente de quien la lee. Sin esa capacidad propiamente literaria, no hay crónica, lo mismo sucede con las buenas novelas; una buena novela siempre miente y una mala dice la verdad; la moral no existe en este género, en fin, se leen novelas, dice Vargas Llosa, para vivir las vidas que no tenemos.

La lectura, como la recomienda Kapuscinski, es tarea de toda la vida. Pero debe ser además crítica, con método. Nada que llegue a nosotros ha de ser aceptado sin reflexión y análisis. La imitación es un camino sesgado y eficaz para construir el estilo. Hay que escoger bien nuestros modelos porque los malos modos de escribir se pegan como los cardos y, en cambio, las cualidades de los buenos escritores son difíciles de desentrañar y aprender y todavía más arduas de imitar. Una dosis controlada de imitación intencional sobre un autor clásico puede servir de guía para modelar nuestro propio estilo. Por ejemplo, las crónicas de Vicente Leñero son ricas en técnica literaria. Leñero aprovechaba la crónica para profundizar en temas como el ambiente pseudo sociológico de la Zona Rosa, estudios descriptivos del mundo de las telenovelas; en fin, por ser un narrador con muchos recursos técnicos, aprovechaba el ejercicio de la crónica para llevar a cabo experimentaciones formales. En sus escritos participaban hasta 60 narradores a los que entrelazaba, manejaba los tiempos, rompía la linealidad, estructuraba a su antojo, hacía gala de habilidad para transmitir, desdibujando la información, la regresaba más nítida y jugaba con la malicia del escritor. Su técnica novelística parecía puesta al servicio de sus textos de prensa.

Martín Luis Guzmán es un ejemplo típico del novelista que primero es reportero en las filas revolucionarias y luego escribe ficción. Es antes que nada conocido como el escritor clásico de la novela de la

Revolución Mexicana a partir de *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929). Se inclina más hacia la novela histórica (la presencia literaria en este autor es tan fuerte que “contamina” todo) y se sitúa en el terreno de la perfección estilística, busca *Le mot juste* como quería Flaubert, más que en recursos de orden documental y técnico. Elena Pomiatowska tiene crónicas muy notables acerca de las luchas populares en México, y su libro más significativo es *La noche de Tlatelolco*, una auténtica novela del 2 de octubre de 1968, en que la juventud del país fue masacrada. Usa la entrevista como fuente primaria de su trabajo, y el resultado es un cruce único de técnicas y recursos literarios, voces de distintos miembros de la sociedad y un estilo directo.

Un buen cronista podría y debería ser un buen novelista, y al revés; una cosa no implica necesariamente a la otra, pero se juntan en su formato y su intención. En ambos casos la expresión demanda cualidades y valores que requieren una formación específica, una disciplina, un trabajo previo y un oficio determinado. Hay gran interrelación entre el periodismo y la literatura, pues no puede hacerse crónica sin tener un mínimo grado de formación literaria. Se puede decir que no todos los periodistas han sido literatos o novelistas, pero casi todos los grandes novelistas han sido, al menos en una época de su vida, notables periodistas, porque este oficio permite la participación, aunque se padezca a veces los efectos de la realidad, en contacto permanente y diario con ella.

No es posible hablar de la vida si se desconoce a la gente de una ciudad. No es problema del realismo sino del conocimiento que un novelista necesita adquirir para plasmar su experiencia en un relato. A fin de cuentas, el hombre es la materia prima de la crónica, con sus pasiones, sus fallas, su grandeza, su mezquindad, su generosidad. ¿Cómo conocer el alma humana sin el trato con los demás? En el “otro” es donde debemos buscar la razón primera y última de la crónica, es en ese desplazamiento hacia el otro donde es posible empezar a descifrar la conducta de un presidente, de un gran empresario, del emigrante mexicano rumbo al paraíso que es para él Estados Unidos, de un delincuente, de un indígena, de un marginado. Esta veta prodigiosa de literatura que es el hombre, solamente se nos ofrece si par-

ticipamos y somos parte de su vida. La crónica es un estilo y en ese sentido pertenece a un género amplio casi inabarcable como el cuento o la novela.

En este contexto la crónica sería una posibilidad de ejercitarse en diversos ámbitos literarios, es un espacio de expresión que rompe las limitaciones normales del periodismo. En sus inicios pudo tener una estructura rígida y formal, y después adquirió una dimensión diferente al periodismo del cual nace. Por ejemplo, en el siglo XVI, Cortés escribió *Cartas de relación*, con una función informativa e intención política, que más tarde se volvieron escritos de clara trascendencia documental, histórica y literaria. Además, la crónica es libre desde el punto de vista de no seguir los principios básicos, como es el de “pirámide invertida” de la nota informativa. La crónica relata un hecho y ve al mismo tiempo lo que se esconde atrás del mismo, así hace posible que la realidad sea transgredida.

El cronista es un detallista que describe objetos, miradas, sensaciones, lugares, acciones, y por eso mismo es un observador perspicaz y atento, para poder darle un sentido al mundo que tiene a su alrededor. Seguir de cerca a la novela realista del XIX, como la de Balzac, en la que se encuentra una veta considerable de narración que establece un diálogo con el lector. Por ejemplo, debe dedicarle mucho tiempo a lo que pasa en la calle, y conocer la historia y la geografía, las costumbres y la idiosincrasia del país, fuente totalizadora del periodista. En fin, la crónica forma parte de la vida cotidiana, y es la historia del chofer del autobús, y la del vecino, la de un centro comercial en su hora “pico”, la historia que se vive minuto a minuto en el Metro y en el Zócalo de la Ciudad de México, en las periferias de la gran ciudad, la que se deriva del dolor, la pobreza y el sufrimiento de millones de mexicanos. En cualquier esquina tal vez encontremos el retrato de la sociedad con sus paradojas, sus miserias, sus miedos y sus sueños más frecuentes. Todo depende de la claridad, de la observación, de la investigación y del uso que haga el cronista de su herramienta esencial: el lenguaje.

El cronista es un escritor que practica una de las actividades periodísticas más difíciles, porque crea, forja, diseña, dibuja y plasma la realidad. Y en ese momento la reinventa, como el novelista a partir de

la ficción. El cronista requiere entonces del interés, del verdadero gusto por lo que hace, de verse recompensado, tiene el privilegio de crear y recrear a sus propios personajes desde su mirada específica. Por todo esto, la crónica de ninguna manera puede catalogarse como subliteratura, porque el prefijo “sub” indica inferioridad y la crónica no es inferior a un cuento o una novela. Es un género de amplio registro que forma parte de la historia cultural de un país. Puede llegar a tener la misma importancia, la misma trascendencia de la más alta novela si está bien lograda, y cuando está mal hecha es tan pobre como la peor novela.

El lenguaje que se utiliza en la crónica no es diferente al de la novela; el uso de una figura retórica no se sujeta a reglas estrictas, es un error pensar que la diferencia entre los géneros se encuentra en la conceptualización del discurso. Las metáforas e imágenes se pueden encontrar en cualquier discurso político, en el habla cotidiana, en un género primario, como le llama Bajtín a los discursos que no entran en las formas canónicas de la literatura. Hablar de técnica de la crónica resulta casi impropio, ya que el buen cronista impone la suya, su modo personalísimo de escribir. Por ejemplo, hay crónica clásica que no necesariamente tiene que ver con la literatura sino que, únicamente se limita a narrar de modo ordenado y claro la realidad, la que ve el cronista. Existen reglas para dominar ciertos géneros, una vez que se conocen y se asimilan, el escritor las quebranta y se levanta por encima de las mismas. Escribe entonces con entera libertad notas noveladas (o novela histórica), crónicas biográficas, políticas y retratos de su tiempo.

Cabría recomendar un estilo claro, denso y transparente; imitar el estilo Hemingway de frases cortas y párrafos no demasiado extensos, de tal manera que la crónica, ya impresa, no resulte una masa de plomo con un peso indebido. El principio de toda crónica es de gran importancia desde el punto de vista técnico, el primer párrafo como sucede en todo trabajo o escrito periodístico es decisivo para captar la atención del lector. El vocabulario de la crónica es muy variado, íntimo y debe prevalecer la originalidad; en el reportaje, por ejemplo, se nombran las cosas, se les designa y matiza. En la crónica, en cambio, se recurre y de hecho se utiliza un lenguaje con figuras retóricas, en



las que se detecta la metáfora, a veces la ironía, también la hipérbolo y la paradoja; debe ser capaz de crear verbal y literalmente. ¿La crónica debe estar al servicio de la realidad, contrariamente a la novela, que suele estar al servicio de la imaginación? Por supuesto que la crónica incluye a la imaginación.

### Periodismo innovador

Después de la aparición del Nuevo Periodismo en Estados Unidos, la crónica en México sufrió una transformación. Desde la década de los setenta los ensayos, los relatos y las crónicas de Tom Wolfe, Norman Mailer y Truman Capote, fueron traducidos y divulgados en revistas y suplementos culturales. La gran demanda de los textos que escribían los nuevos periodistas estadounidenses, creció visiblemente y promovió la creatividad espontánea, el ingenio literario y la libertad de temas y estilos. Cuando este movimiento periodístico llega a México, un grupo de escritores, entre otros José Emilio Pacheco, José Joaquín Blanco, Federico Campbell, Héctor Aguilar Camín, Héctor Manjarrez, promueve la idea de que la crónica es una alternativa de oponer un lenguaje libre y literario al lenguaje miserable del periodismo oficial, “objetivo” y tendencioso que impera en el México del PRI y del presidencialismo.

La influencia del nuevo periodismo está aún por estudiarse, pero es evidente que cubrió como una espesa nube el periodismo cultural de varias décadas en México. Era posible detectar la huella de Capote, Wolfe o Mailer, en periódicos y revistas como *La Jornada* y *unomásuno*, *Proceso*, *Nexos* y *Vuelta*. Y en varias novelas de Jorge Ibarguengoitia (1928-1983) como *Las muertas* (1977), un típico ejemplo de novela de no ficción como propuso Truman Capote. Es visible también en publicaciones independientes, “jóvenes”, del México actual, que han sentido que escribir y publicar textos es una responsabilidad social y un compromiso con el lector que demanda una nueva visión del mundo y de las cosas, que no es posible cubrir con el periodismo tradicional, recopilador e informador de noticias “objetivas”

El Nuevo Periodismo, que ha tenido una gran influencia, un aliento renovador en la crónica mexicana, fue decisivo. Los trabajos de Tom Wolfe, Hunter Thompson y Truman Capote entre otros, han revivido el interés en el género agregándole diversas técnicas. El compromiso del Nuevo Periodismo fue contundente: repudiar los acarrees mecánicos de la noticia, crear un texto que descubra la realidad a los lectores desde varios puntos de vista. Escribir igual que una novela, dice Wolfe, que en su texto ya clásico, *El nuevo periodismo*, sugiere volver a la técnica y el método de la novela realista europea, la de Dickens, Tolstoi, Balzac y Pérez Galdós. Había que seguir de cerca a estos grandes maestros del realismo y leer sus poderosas novelas. El punto de partida de Tom Wolfe se encuentra en la conformación de una escritura subjetiva, audaz y confiable, similar a la que emplea la novela. Es una oposición temática y estilística al periodismo dominante y conformista que deseaba a toda costa ser objetivo, aunque resbalara en la torpeza narrativa y la fórmula típica de las cinco "W". Para el Nuevo Periodismo la noticia es efímera, una forma cerrada, a la que era preciso destronar con la imaginación y la potencia del relato. La influencia de esa corriente de la prensa estadounidense en México es impresionante. Basta citar la forma como fue valorada la novela *A sangre fría* y de qué manera se recibió en México la muerte de Truman Capote,<sup>5</sup> su autor.

Con todo, no fue fácil la tarea de implantar en México el ejemplo de los nuevos periodistas que habían crecido en Nueva York, a la sombra de publicaciones como *The New Yorker*, *Metropolitan*, *The New York Times*, entre otras. La realidad de la prensa mexicana era muy distinta a la de Estados Unidos y mucho menos flexible al cambio. El empeño de profesores universitarios, intelectuales, periodistas culturales, poetas, fue promover una sociedad mejor informada y más

---

<sup>5</sup> Véase al respecto el "homenaje" que le rindieron a Truman Capote, a raíz de su muerte, en la revista *Proceso*, núm. 409, 3 de septiembre de 1984, cuatro escritores mexicanos: Carlos Monsiváis, "Truman Capote: Vivimos en la oscuridad. Hacemos lo que podemos. Lo demás es la locura del arte"; José Emilio Pacheco, "Música para Capote"; David Huerta, "Capote sin ficción" y Federico Campbell, "Truman Capote 1924-1984: Reivindicó el realismo y fundió novela y reportaje en un solo género"

crítica, con una conciencia clara de la necesidad de introducir en las páginas de las revistas y los periódicos una prosa digna, impulsada por el espíritu del *New Journalism*.

La crónica ofrece tan sólo imágenes de la sociedad. Informa y a la vez describe de manera eficaz, suele llevar a cabo denuncias y ejerce una crítica severa del sistema. Aun así, la influencia no es inmediata, porque al tener mayor extensión y al matizar mejor las cosas, requiere también un tiempo de asimilación por parte del lector. La persona que se dedica a escribir crónica debe estar enterada de lo que sucede a su alrededor y expresarlo en forma literaria. Convertirse en un crítico severo. La historia y el periodismo son dos caras de la misma moneda, comparten varios puntos de vista. La primera no está interesada en la subjetividad, mientras que para la segunda es su punto de partida. Por otro lado, el historiador es un apuntador escrupuloso de la realidad, el cronista, en cambio, es un inventor y maquillador de los hechos, pues su punto de vista es subjetivo, a veces arbitrario, y su texto lleva la huella de su ideología. El historiador depende del cronista y este último, del trabajo previo del historiador.

La crónica es una forma de escribir historia pues posee algunos elementos fundamentales como la veracidad del acontecimiento y una sucesión. Con la crónica se pueden constatar una y otra vez los mejores momentos del país; su método revisa documentos, investigaciones y archivos y todo un aparato de informaciones diversas, y así trata de explicar escenas de la cultura y de las etnias, de los intelectuales y los científicos, del vasto mundo de los espectáculos y de los conflictos sociales. Sobre todo, se detiene en el pasado en el que no había medios de reproducción como la fotografía y el video, sino solamente la palabra para relatar los acontecimientos.

La crónica se configuró en su densidad literaria e informativa, en su capacidad de retomar, al modo de ese escritor que inventa todo ese mundo, en uno de los puntos más importantes para el estudio de la historia de México. La crónica y la historia se oponen en que la segunda se basa en un trabajo de reconstrucción de la realidad pasada, y el historiador no está frente a esa realidad, la reconstruye por medio de fuentes y de litigios del pasado, mientras que el cronista trabaja con el presente, lo construye y narra de manera cronológica algo de lo

que es testigo. Así, la crónica es más rápida, se inspira en cosas que atestiguan personalmente el cronista, y la historia es un trabajo mucho más lento y más minucioso. La historia es un larguísimo trabajo de investigación, mientras que la crónica se escribe bajo la presión del tiempo. La historia se nutre permanentemente de la objetividad aunque pueda tener ciertos rasgos de subjetividad, cuenta los hechos y desentraña la acción de los dirigentes de una revolución, de una guerra, dibuja a los personajes más destacados de un pueblo y describe los movimientos sociales.

México tiene una tradición de grandes cronistas; como hemos dicho, desde el siglo XVI los cronistas de Indias pasaron por el tamiz de la palabra a una realidad que necesitaban nombrar. Utilizaron recursos de la literatura y de la imaginación para hablar de lo desconocido, de un mundo nuevo que se descubría a cada instante y que era el asombro de los conquistadores. Con ellos nació la hipérbole pues casi todo les parecía maravilloso. Se hicieron poetas de la naturaleza, como se lee en ese libro excepcional, *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, un relato del Valle de México a la llegada de los españoles en que el agua, las flores, el cielo y la luz parecen una melodía. Reyes hizo de esa historia una utopía, y de la utopía una crónica que es ya clásica.

La crónica que podríamos llamar “moderna” empezó con los liberales del siglo XIX. México ha tenido grandes cronistas; no ha sido pobre en este campo sino al contrario, dejó una estela de plumas inteligentes y ágiles. El género seguirá siendo una gran oportunidad de la prensa escrita para ganar lectores y descubrirles una realidad que no existe en la televisión ni en la radio. ¿Cómo se escribirá el futuro? George Steiner dice que con números y en silencio, porque la palabra escrita cada vez se desgasta más por los medios de comunicación masiva; Serge Grushinski afirma que con la imagen que ha suplantado a la palabra y hoy en día gana territorios como en el pasado los ganaba el arte de la guerra.

## Antología



# De Vasconcelos como Ayatola

José Emilio Pacheco

Lupita II, la computadora que se programa sola a fin de inventar historias que nunca fueron ni serán historia, ya ha dado a esta página su versión del fracaso de Toral y la vida en México durante los cuarenta años de dictadura obregonista (1928-1968) Incitada por el tema del día y el cincuentenario del vasconcelismo, produjo esta segunda rapsodia en si condicional y gentilmente nos permitió reproducirla

## El 6 de mayo

Las cosas no volverán a ser iguales después del 6 de mayo de 1929. Todo comenzó en el barrio estudiantil de México. Al principio pareció una simple manifestación de inconformidad con las medidas dictadas respecto a los exámenes por el rector Antonio Castro Leal y el secretario general Daniel Cosío Villegas. Pero alguno de esos muchachos —¿Gómez Arias, Azuela, López Mateos? No se sabrá nunca— gritó a la multitud: “A la embajada” Y de pronto más de dos mil jóvenes llegaron al edificio de Niza e Insurgentes donde a esa hora el embajador Dwight D. Morrow, su esposa, su hija Anne y su yerno Charles A. Lindbergh se disponían a tomar el almuerzo

El embajador pensó complacido que los estudiantes iban a pedir su mediación todopoderosa en el conflicto con las autoridades universitarias. El agregado militar fue más cauto y llamó a Valente Quinta-

na, jefe de la policía. Los bomberos trataron de dispersar a manguerazos a los manifestantes. Los hechos adquirieron tal velocidad que nadie puede relatar con exactitud lo ocurrido. Para las dos de la tarde los estudiantes se habían posesionado de la embajada y secuestrado en ella al procónsul Dwight Morrow y a su familia.

El presidente Portes Gil se reunió en Chapultepec con el secretario de la guerra, general Amaro. Amaro se dispuso a tomar por asalto el edificio. En ese momento se recibió el pliego de peticiones: 1) Renuncias de Portes Gil y Amaro. 2) Suspensión de hostilidades contra los cristeros. 3) Permanencia forzosa del general Calles en Europa. 4) Absoluta libertad de movimiento para el candidato Vasconcelos. Si a las nueve de la noche no se había cumplido con estas exigencias, si se intentaba atacar la embajada o si cruzaban la frontera o desembarcaban en México tropas norteamericanas, Lindbergh, el embajador y su familia serían inmediatamente ejecutados.

### **La impotencia del poder**

El presidente Hoover reunió a su gabinete, John Black Jack Pershing fue sacado de su retiro para asumir la comandancia suprema de las fuerzas armadas. El planeta entero se llenaba de estupor. Todos creyeron que el último acto terrorista de la historia había sido el asesinato de Francisco Fernando en Sarajevo. Sin embargo, allí estaba de nuevo el terrorismo como fuerza que cancelaba todas las relaciones civilizadas.

Para salvar al embajador y al héroe nacional en manos de los bárbaros sanguinarios sólo había un camino: ceder en principio a sus exigencias. Hoover telefoneó a Portes Gil y a Calles. A las nueve de la noche los ocupantes de la embajada habían triunfado en la primera batalla. El presidente y Amaro salieron en tren hacia Laredo. Se nombró un gobierno provisional presidido por Francisco Vázquez Gómez. A medianoche regresó el candidato Vasconcelos y tuvo su segunda apoteosis en México.

Al día siguiente estableció su cuartel general en la capilla del Pocito, en la ciudad sagrada de Guadalupe, y lanzó sus primeros mensajes al



mundo: Él no era autor intelectual ni responsable de lo que habían hecho los estudiantes partidarios suyos, pero ese acto de soberbia popular expresaba el sentir de la raza cósmica que así se vengaba de las humillaciones inferidas a la América católica por el monroísmo protestante y poinsetista. El nuevo triunfo del joven David contra el ogro Goliat era un milagro. Gracias a él, Vasconcelos había vuelto a creer en Dios y se reconciliaba con la fe de su infancia.

### La guerra santa

Por la tarde del 8 los ocupantes de la embajada —entre quienes se advirtió también la presencia de Manuel Moreno Sánchez, Andrés Henestrosa, Herminio Ahumada, Enrique Ramírez y Ramírez, Alfonso Taracena y los hermanos Mauricio y Vicente Magdalena— recibieron a la prensa. Envalentonados con su hazaña, agregaron al pliego dos ambiciosas peticiones: 5) Nacionalización de las compañías petroleras británicas y norteamericanas 6) Entrega al pueblo de México del general Calles para ser juzgado por latrocinio y crímenes de guerra.

Mientras el general cristero Gorostieta llegaba a México para conferenciar con Vasconcelos, la madre Conchita era liberada y paseaba en triunfo por la colonia Roma y, sobre todo, se abrían las iglesias al culto. Esto puso las primeras semillas de la división en las filas rebeldes. El sector más radical de los vasconcelistas estaba de acuerdo en suspender la persecución religiosa y respetar la creencia mayoritaria del pueblo, pero no, en servirle la mesa del poder a los cristeros.

Sentado en posición de loto, con camisa de manta que había sustituido al traje inglés, Vasconcelos recibió a los muchachos en el Pocito. Dijo que por lo pronto había que mantener la unidad sin fisuras: Gorostieta era su único apoyo armado contra el ejército callista que podía intervenir en cualquier momento y cuya pasividad sólo era explicable por el azoro. Vázquez Gómez, figura simbólica, no ejercía autoridad alguna. Resultaba preciso nombrar un ministro neutral de guerra: nadie mejor que el general Juan Andréu Almazán que había militado en todos los bandos y acababa de cubrirse de gloria en la batalla de Jiménez contra los escobaristas.

## Kill the greasers

En toda la América española hubo grandes manifestaciones de apoyo a los mexicanos. En Texas se produjeron dos linchamientos. Los ocupantes de la embajada respondieron ejecutando al agregado militar. En el Estadio Nacional Vasconcelos llamó a la unidad de la raza cósmica para emprender la guerra santa contra su enemigo de siglos. “Vengamos la derrota de la Armada Invencible. Cobremos con sangre las humillaciones de México en 1848 y de Santiago y Cavite en el 98. América para los hispanoamericanos, raza cósmica, no para los yanquis bárbaros del norte. ¡Muera el imperio del dólar! ¡Viva el imperio de la fe! Jesucristo y Hernán Cortés son nuestros generales.

Al día siguiente los niños de las escuelas primarias destruyeron todos los letreros en inglés que había en la capital. Se impusieron el traje de manta y el rebozo de bolita como indumentarias nacionales. Calles se reunió en Washington con Hoover. En cada ciudad y pueblo norteamericanos resonaba el grito. *Shame, Shame! Kill the Greasers! Kill the rats!*

Pershing, ansioso de vengar su propio ridículo frente a Villa, presentó diez “escenarios” de desembarco e invasión. Todos inútiles porque la prioridad era salvar las vidas de los Morrow y Lindbergh.

El terror se apoderó de Washington cuando un falso cable de la Prensa Asociada anunció la toma de la Basílica de Guadalupe. Por los protestantes hermanos Sáenz, Aarón y Moisés. Entonces multitudes furiosas prendieron fuego a las embajadas de Estados Unidos en La Habana, Lima y Bogotá, en Puerto Rico hubo encuentros armados. En otras ciudades del continente nada más recibieron piedras las sedes diplomáticas.

Las repercusiones internacionales sucedían. Stalin aprobaba como una reivindicación popular la rebelión vasconcelista aunque exhortaba a los trabajadores mexicanos a combatir las tendencias reaccionarias visibles en el interior de su histórico movimiento. Mussolini aclamaba la toma de la embajada como un gran triunfo de la raza latina, comienzo de otro milenio. La mayor crisis se produjo en España: abdicó Alfonso XIII y llenó el vacío de poder la república falangista

de José Antonio Primo de Rivera. Sandino estaba a punto de arrosar a los marines de Nicaragua. Su victoria era cuestión de días

A orillas del lago Lemán la Sociedad de las Naciones exigía a México restaurar las normas de convivencia internacional. El temor de la guerra santa de civilizaciones y la brutal presión de la mayoría nada silenciosa estaban matando de ansiedad a Hoover. Se desplomaba el dólar. Hoover, sin embargo, se mantuvo firme: "No entregaré al general Calles, modernizador de México, a los salvajes aztecas que pretenden abrirle el corazón". Sus diplomáticos lo tranquilizaron "No habrá guerra santa. Todo es retórica latina. No hay unidad posible. el guatemalteco odia al mexicano y es odiado por el salvadoreño y así sucesivamente".

Entonces llegó a la Casa Blanca un oscuro oficial de inteligencia. Allen Welsh Dulles. Expuso a Hoover y Pershing su plan maestro: un cañonazo de cincuenta millones de dólares para el ministro de la guerra, general Almazán. Disfrazado de vendedor de alfombras persas, Dulles se infiltró en México y tuvo una reunión secreta con Almazán

El 27 de mayo de 1929 Almazán dio dos golpes. uno de mano, que le permitió aprehender a los estudiantes de la embajada mientras fingía conferenciar con ellos: otro, militar. una vez liberados los rehenes, bombardeó el Pocito, asesinó a Gorostieta y a la Madre Conchita y echó a Vázquez Gómez del Palacio Nacional. Miles de jóvenes vasconcelistas fueron ejecutados por Maximino Ávila Camacho en la carretera a Cuernavaca. Almazán se mantuvo en el poder hasta 1950. Vasconcelos logró escapar con vida. Se casó con Antonieta Rivas Mercado y fue profesor de estudios indostánicos en la Universidad californiana de Stanford. Murió en 1961, cuando Allen W. Dulles acababa de sustituir a MacArthur en la presidencia de Estados Unidos.

*Proceso*, núm 162, 10 de diciembre de 1979.



# La prisionera de Notre-Dame

José Emilio Pacheco

Viviré en desiertos palacios, no en los brazos  
del que me engendró.

Eurípides, *Las suplicantes*

En su incesante destrucción la Ciudad de México borra toda escenografía para la memoria. Aquí es inútil buscar la mayor parte de los sitios en que transcurrió la relación de amor más intensa y más trágica de nuestra literatura. París, en cambio, permite reconstruir casi inalterado el camino probable que ella siguió aquel miércoles 11 de febrero de 1931. Al salir del hotel en la place de la Sorbonne, fue por la rue des Ecoles hasta la rue Saint Jacques. Cruzó el Petit Point para llegar a la Ile de la Cité. Entró en esa catedral que la luz filtrada por los vitrales parece suspender en la edad media. Tomó asiento frente al crucifijo de uno de los altares, sacó la pistola Colt que había acompañado a Vasconcelos durante la campaña de 1929, y se disparó al corazón. El suicidio de Antonieta Rivas Mercado fue el fin del sueño vasconcelista y el epílogo de la gran etapa artística y literaria mexicana que había empezado diez años atrás cuando Vasconcelos llegó a la Secretaría de Educación Pública. Durante casi medio siglo la muerta siguió prisionera de Notre-Dame y su historia sólo se transmitió en secreto, con pseudónimo, en Vol Basa.

Por fin en 1975 Isaac Rojas Rosillo publicó las *Cartas a Manuel Rodríguez Lozano* que ahora reedita como *87 cartas de amor y otros papeles* (Universidad Veracruzana, 177 p.). Y Luis Mario Schneider reúne crónicas de Antonieta sobre *La campaña de Vasconcelos* (Oasis, 140 p.) que sólo habían aparecido en *La Antorcha* y fragmentariamente en *El proconsulado*, volumen cuatro de las memorias de Vasconcelos. Como prólogo Schneider ofrece una primera biografía de Antonieta

Rivas Mercado y nos da el contexto que no tuvimos en 1975 para leer las *Cartas* ni acercarnos de nuevo a *El proconsulado*.

## Ulises y las mujeres

Según el prólogo, que se basó en el diario inédito de su hermana mayor, María Antonieta Rivas Mercado nació el 21 de agosto de 1900. (Ella, en su carta número 37, cita implícitamente el 28 de abril de 1898 como día de su nacimiento). Su padre, Antonio Rivas Mercado, el gran arquitecto del Porfiriato, estudió en Inglaterra y en Francia y construyó, entre tantas obras ya desaparecidas, algunas todavía en pie. la columna de la Independencia, el teatro Juárez de Guanajuato, el salón de Embajadores del Palacio Nacional y la casa de la colonia Juárez en que se halla el museo de cera. Fue director de la academia de San Carlos y renunció debido a la huelga encabezada por algunos estudiantes que después serían los pintores del “renacimiento” mexicano.

Las hijas del arquitecto, como correspondía a su clase, en vez de ir a la escuela, tuvieron institutrices y hablaron desde su infancia inglés y francés. En 1913 los padres se separaron. En 1918 Antonieta se casó con el ingeniero Albert Blair, norteamericano, administrador de la compañía que urbanizó las lomas de Chapultepec. Al año siguiente nació su hijo Donald Antonio. En parte los problemas conyugales se originaron en que el ingeniero Blair era practicante de la Ciencia Cristiana y sus principios estaban en pugna con la formación católica de su esposa. Blair pertenecía al mundo puritano y rural. Antonieta a las ciudades y a las vanguardias. Fueron a vivir en una hacienda coahuilense hasta que en 1925 Rivas Mercado rescató a Antonieta y al niño y se los llevó a Europa.

Blair entabló un proceso de abandono de hogar y reclamó a su hijo. Al comenzar 1927 murió Rivas Mercado. Antonieta quedó como principal heredera de su fortuna. Decidió emplearla en fomentar y renovar las artes mexicanas, patrocinó la revista, las ediciones y sobre todo el teatro de “Ulises”, así como la primera orquesta sinfónica, dirigida por Carlos Chávez. En *Ulises* comentó un libro de Marga-

rita Nelken, *En torno a nosotras*, avanzada del feminismo español, y dijo: “La mujer es distinta del varón y debe afirmar su diferencia, en vez de aspirar a igualarse .. La esencia de la mujer yace en sus rasgos diferenciales y es la única que puede definirlos”. Para *El Sol* de Madrid escribió acerca de Las mujeres mexicanas: “En su relación con los hombres son esclavas. Casi siempre consideradas como cosa y, lo que es peor, aceptando ellas serlo... Como esposas, toleran y sufren. Como madres, sufren y toleran. . El cultivo de la mujer será el exorcismo que la limpie de su bondad pasiva, provocando reacciones que hagan cesar en México la repetición de un siglo de historia.. ”.

### Amor es más laberinto

Con estas ideas entonces radicales, su separación y el grupo de escritores y artistas que la rodeaba, Antonieta quedó automáticamente excluida del sector en que nació y creció. Víctima de la maledicencia de nuestra corte y aldea, desamparada por la muerte de un padre para quien fue la predilecta, buscó la compañía a la vez segura e imposible, del hijo de su administrador. Manuel Rodríguez Lozano (1895-1971) protagoniza la *historia calamitatum* que refiere este involuntario *De profundis*. Aunque fueron escritas para un destinatario único y nos hacen sentir el impudor de leerlas, resultaron las mejores páginas de su autora. Literariamente no pueden compararse con ellas los escritos que Antonieta redactó para la letra impresa.

Hay pocos testimonios de una pasión tan capaces de incomodarnos con su dolor como el desesperado monólogo que forman estas *Cartas*. El encuentro de *the overloved* (Antonieta) con *the underloved* (Rodríguez Lozano) no podía presagiar sino la catástrofe. No conocemos ni probablemente conoceremos nunca las respuestas. Jamás sabremos la verdadera intimidad de esta relación (ni de ninguna otra). Por tanto, se diría injusto el veredicto condenatorio de Rodríguez Lozano que, sin proponérselo, nos dan las *Cartas*.

Rodríguez Lozano no ocultaba su homosexualidad y no parece haberle prometido nada a Antonieta. Su culpa, en todo caso, es no haber renunciado al supremo poder y a la suprema voluptuosidad que

confiere a una persona el sentirse amada por otra a quien no se ama. Antonieta va continuamente en su busca. El pintor no está, acaba de salir, no llega a las citas, no llama por teléfono cuando ha prometido hacerlo, le niega “el consuelo de un beso”. Intellectualmente Antonieta comprende que establecieron una relación de sus egos, no de sus sentidos, y que ésta es “de dependencia absoluta”. Pero sentimentalmente cada rechazo engendra una necesidad aún más devastadora de sentirse aceptada. Le pide perdón por imponerle una compañía que él no desea. Le envía regalos. Lo llama “maestro angélico”. Frecuenta los sitios en que puede encontrarlo. Aunque el vínculo es injusto y cruel, no puede sino implorarle si ya no amor al menos piedad. Dice. “Le debo a usted la vida” “No tengo nada que darle: todo es suyo” “Usted no tiene compromiso conmigo”.

### Llorosa Nueva España

De este laberinto sin fondo en que aceptar el rechazo y perdonar el desdén se vuelve una aterradora costumbre, la saca en 1929 el encuentro en Toluca con el ídolo nacional, el candidato José Vasconcelos. El deslumbramiento es mutuo, instantáneo, absoluto, Vasconcelos la conquista con un gesto infantil que nunca hubiera tenido Rodríguez Lozano: la lleva a los portales y le compra dulces. A partir de ese momento Antonieta pone todo —su fortuna inclusive— al servicio del redentor y de su causa.

En la pugna de los licenciados contra los generales, que tuvo su capítulo primero en el enfrentamiento de Benito Juárez y Porfirio Díaz, triunfan en 1929 los militares. Ya no son los de antes: se institucionalizan (fundan el Partido Nacional Revolucionario) y se modernizan. Calles derrota a los escobaristas enviando tanques y aviones contra regimientos de caballería. En las elecciones del 17 de noviembre, al tiempo que las tropas vigilan las casillas, se estrenan los camiones y trenes de acarreados para imponer la aplanadora del partidazo: 1,825.73 votos a favor de Ortiz Rubio; 105 655 por Vasconcelos. Él está seguro de que hubo fraude y espera que el pueblo todo se levante en armas para llevarlo al poder.



La rebelión popular no se produce, no podía producirse en las condiciones de 1929. Vasconcelos marcha al exilio para lanzar maldiciones contra un país que, según él, no estuvo a la altura de su profeta. Entre la gran depresión y la gran represión contra los vasconcelistas, entre el triunfo de los “soldados verdes”: los dólares, que empiezan a ocupar la República con más eficacia que los *marmes* y la coronación de la farsa como cauce natural de nuestra política (“Aquí vive el presidente; pero el que manda, allí enfrente”), baja el “Hombre Fuerte y Jefe Máximo de la Revolución”, Plutarco Elías Calles, México vuelve a ser una vez más lo que lamentaron los primeros versos castellanos escritos en esta tierra. “Llorosa Nueva España, que, deshecha, te vas en llanto y duelo consumiendo...”.

### Matamos lo que amamos

“Nos habían destruido en la médula misma de nuestro ser” dirá años más tarde Mauricio Magdalena. El fracaso y la derrota suelen ser alimentos privilegiados de la literatura. Antonieta, que ha ido a Nueva York a hacer propaganda política a Vasconcelos y artística a Rodríguez Lozano, escribe su crónica de la campaña, sus cuentos y su novela. Cuando se reúne con Vasconcelos, el profeta airado le dicta las páginas que serán el punto de partida de su extraordinario cielo autobiográfico.

Vasconcelos no quiere desligarse de “Valeria”. (“Con ninguna mujer había sentido tan íntima, tan estrecha necesidad de identificación moral y sensual”, escribiría en *El proconsulado*) Pero ambos tienen hijos y ante ellos son responsables. Antonieta vuelve a México para rescatar al suyo. Confiesa tardíamente a Rodríguez Lozano que ha encontrado en Vasconcelos lo que el pintor no quiso darle, asunto que era del dominio público en la ciudad sin secretos. Y va a París a fin de ayudarlo en *La Antorcha*, la revista que pretende iluminar la noche del México callista y encender la imposible hoguera de la rebelión capaz de llevar a Palacio al candidato despojado en el 29.

Un nuevo administrador reemplaza al padre muerto de Rodríguez Lozano y le suspende a Antonieta el envío de sus fondos. Sin dinero,

con su vida familiar, social e intelectual en ruinas, en ese hotel de la place de la Sorbonne, pregunta a Vasconcelos: “Dime si en verdad me necesitas”. Entonces él responde: “Ninguna alma necesita de otra; nadie ni hombre ni mujer, necesita más que de Dios”.

La respuesta deja a Antonieta en el vacío. Ya ni siquiera piensa como antes en pedir la ayuda o el consejo de Rodríguez Lozano, o de Federico García Lorca, el gran poeta al que conoció en Nueva York y en quien halló la verdadera amistad y la ternura que el otro artista homosexual se negó a darle o no supo darle.

Así, cuando llegó la hora fatal en que los mejores de cada generación se estrellan contra el muro de México y cuando le cerraron todos los caminos, Antonieta Rivas Mercado se disparó en la catedral de París un balazo cuyos ecos siguen resonando después de 50 años. La prisionera de Notre-Dame se destruyó a sí misma pero también aniquiló a Manuel Rodríguez Lozano y a José Vasconcelos como lo que quisieron haber sido. El primero fracasó en su ambición de convertirse en el gran pintor de este país, aunque dejó una obra interesante y respetable. El segundo —que sí fue, incluso a pesar suyo, un escritor prodigioso— no salvó a México ni a nadie, excepto a sí mismo. Y se salvó gracias a *Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre*, *El proconsulado*. Hoy, a la luz de su centenario, estos libros escritos a la memoria de Antonieta Rivas Mercado y para unir sus nombres por un tiempo menos precario del que estuvieron unidos sus cuerpos, aparecen como el mausoleo de su relación trágica y como el más grande monumento de amor que existe en la literatura mexicana.

*Proceso*, núm. 279, 8 de marzo de 1982

## Delincuente de nacimiento

Ramón Márquez

Es que en todo esto puede haber influido el ámbito familiar.

—No, señor. No nací así. Siempre he sido un delincuente. Es como un instinto.

...Estaba decidido. Tenía que ser esa noche. La escuela había quedado atrás.

Yo tenía ya trece años. Tenía que demostrar que no era tiempo perdido todo aquél que había dedicado al estudio, a los robos estúpidos desde mi niñez. Tenía que ser esa noche. Mi primer asalto. Eran las cuatro de la mañana y merodeábamos en las cercanías del mercado de Jamaica. De repente vimos al sujeto, y sobres. Le caí por atrás, le apliqué la china —y cruza los fuertes antebrazos frente a su cuello—, esa llave, señor, que sirve para desmayar a un individuo (o para desnucarlo, lo que Óscar Gastelbondo Arce descubriría años después). El tipo se quedó dormido. Mi grupo lo basculeó (despojó), y salimos corriendo. Cuando contamos el dinero sentimos a toda madre. Nos tocó como de a cinco o seis mil varos por cráneo. Seguramente el tipo iba a comprar mercancía.

—¿Un instinto, Óscar?

—Sí señor, correcto... Comenzó desde mi casa, allá, en Ecatepec. Mi familia era muy humilde. Pero siempre me las ingeniaba para volarme que las monedas de a cinco pesos, que las de 0 720. Siempre me gustó el dinero. Me robaba todo lo que podía. Así que un día, cuando acababa de cumplir los siete años, mi abuela me orilló a seguir mi destino: “no debes sacar dinero de la casa, debes traerlo”, me

dijo, y a la calle. Mi mamá no mucho, pero de todos modos, me echaron de la casa.

Pasó un buen rato esperando a que el reportero terminara la charla con Alejandro. Con el Lucas. Miraba distraídamente las fotografías, los carteles, la sonrisa en el rostro moreno, bello rostro de Rosita Bouchot como un tormento más en el cautiverio pegados en las paredes. La mano derecha sostenía, unos anteojos deportivos, con lentes oscuros.

Después se entrelazó con la izquierda y ambas cayeron casi perezosas, hasta anidarse entre las piernas. Se ve tan tranquilo este hombre de anchas espaldas, ojos grandes de mirada triste, cabeza cuadrada y cuadrada mandíbula, de gruesos labios, como gruesa es la nariz y también esas cejas divididas por un surco. Fuertes bíceps, los dos tatuados con un ancla; en el izquierdo, grabado para siempre con letras rojas el nombre de Paty. Una cicatriz en la mejilla izquierda. Como de un puntazo, que así llaman aquí a la herida de puñal. Y muchas, muchas más que marcan los gruesos antebrazos, manchas brillosas sobre la piel..

“Son huellas señor... huellas turbulentas de mi vida dentro del penal”, dice Óscar. Y en su sonrisa siempre tan natural, se perfila ahora un dejo de amargura.

Y después de paso a su historia.

—Estuve tres años en la provincia.

Aprendiendo a robar. Una vez me entró la nostalgia, y volví a casa. Pero ya era demasiado chica para mí. Demasiado honesta, no había emociones. No había dinero. No había la comida que yo quería. Así que salía de mi casa y volvía después de largas temporadas..

—¿Qué robabas?

—Era un raterillo, señor. Reiteraba; me robaba la bolsa, el reloj, el radio. Pero siempre estaba aprendiendo, porque conforme iba creciendo conocía delincuentes.

—¿Cuál es el procedimiento para conocer delincuentes?

—Entrar al medio, señor. Si vas a donde hay prostitución encontrarás de todo. Ve a las zonas rojas y convivirás con rateros, con buenos camaradas. Te enseñarán a fumar marihuana y venderla. Te dirán cómo tratar a la tira (la policía). A convertirse realmente en un profesional

—Lo primero. no robar casas habitación, eso es muy peligroso, mejor los coches, los asaltos. Nunca utilizar pistola, siempre arma blanca. Y siempre operar con un grupo de cuates. A correr zigzagando, entre los coches, si eres sorprendido en un robo o un asalto. Porque así es más difícil que te suenen un plomazo. A ser veloz. A tener los instintos muy despiertos. Te enseñan el arte de robar.

—¿Es que robar es un arte?

—Inténtelo, señor. . Nunca aprenderás lo suficiente

Se abre un breve paréntesis. De repente, Óscar Gastelbondo adopta un tono doctoral cuando dice.

—¿Me permite sugerir algo?

—Adelante.

—Si usted va a ser asaltado, nunca intente resistir. Mire· uno va a chingar. La sorpresa es su mejor aliado, aparte de los cuates que uno trae atrás. Uno está preparado físicamente para doblegar a cualquier cabrón. La gente que quiere defenderse no puede ni debe intentarlo. Acabará asaltada y madreada. Si bien le va.

—Gracias, Óscar

—Correcto, señor

## Universidad del crimen

Hoy es día de visita en Santa Marta. El día es soleado. Y hasta estos lares, en las cercanías de la salida de la carretera a Puebla, no llega el *smog*. El cielo es azul. No hay porqué continuar la charla en este cuarto reducido. Salimos a los patios, de amplios espacios surcados por veredas de tierra aprisionada, límites de jardines bien cuidados con árboles y nutrida vegetación. Gente por todos lados. Los internos conviven a plenitud. Aquí, en el patio principal, al lado de los expendios de pan y de golosinas; aquí, bajo la sombra protectora de grandes parasoles, o recibiendo a plenitud los rayos solares mientras se desliza la conversación con los seres queridos, para quienes hoy no existen las rejas. Y hay música. Y hay risas y carcajadas en este día de libertad en una prisión. Aquí, en donde continúa la charla.

—Está entendido lo del instinto, Óscar. Pero debe haber algo más.

Algo que induzca a los jóvenes a seguir por el camino desviado.

—Correcto, señor. Está usted hablando de la tira, de los sistemas policíacos, de los sistemas judiciales, de la forma en que se aplica la ley.

Se detiene frente a una banca. “Tan blanca como mi espíritu”. Sube en ella la bota que calza al pie derecho y prosigue:

—Está hablando usted, señor, de la peor lacra de la sociedad. Si uno se inclina por lacra de la sociedad. Si uno se inclina por el mal, y existe alguna posibilidad de salirse de ese camino, ahí estará la tira, presionando para que uno siga delinquiendo. Porque uno señor, es lana para ellos. Y todo se manejará así, con lana. Lo mismo que en la impartición de la justicia.

—¿Tè pasó alguna vez?

—Chingos de veces. Fui detenido muchas veces.

—¿Y?

—Pues a bailar.

—¿A bailar?

—Señor, pues a soltar la lana. Tè suben al carro, te hacen un rápido interrogatorio y de inmediato te piden la tela so pena de que te enjaulen. Y se las das. No hay de otra. . En otras ocasiones te suben, te llevan lejos y te madrean para sacarte una sopa (obtener alguna información). Y a veces hay que hablar. Mentiras tal vez, pero hablar. Porque las madrizas son gruesas. Luego te bajan del coche y te dicen: “que no te vuelva a ver, cabrón”. Y tú ya sabes que en realidad te están diciendo: “y chíngale sabroso, porque nos veremos pronto”.

—¿Y aceptar eso no era aceptar que serías chantajeado de por vida?

—Y sí, señor, correcto. . Pero, qué podías hacer. Tè encabronabas y todo pero eso era lo mejor. De otra manera te hubieran mandado a la penitenciaría.

Y todos en esta rola, evitamos caer. Sabes que eres un hampón, y que eres también como un cheque al portador para cada pinche agente que se te acerque, pero tienes libertad, tienes oportunidad de perfeccionarte. Y hay que sacar más lana. Para darle a la tira, para vestir bien, para comer bien, para tragar buen vino, para tener las mejores viejas, ir a los mejores puteros, para comprar buena mota, para llegar-

le a las pastillas... Tus necesidades son cada vez más grandes. Y no puedes caer.

—Pero al fin caes

—Sí señor, correcto... Uno trata de evitarlo siempre, pero como con la policía sólo se puede hablar el lenguaje de la lana, pues cuando uno falla, entonces sí, a felpar A Lecumberri

—Y cómo caíste.

—¿La primera o la segunda?

—Pues vayamos por partes.

—En una ocasión me arrestaron por abrir un carro. Para mi mala suerte unos agentes a los que debía lana. Y no quisieron transar. “Ora sí te chingas”, me dijeron. Me llevaron detenido y luego me fue dictada la sentencia. Yo alcanzaba fianza, pero mi familia no tenía para pagarla. Y al tambo, mi buen, a Lecumberri, la universidad del delito. Ahí sí que aprendí todo lo que no sabía. Ahí era normal el violadero de chavos, el asaltadero, el tráfico de drogas, el darse en la madre. Era la ley de la violencia.

—¿Y cómo sobreviviste?

—Yo me veía morro (chico, chavo), pero siempre fui alto y fuerte. Un día un guey enorme pasó junto a mí y me agarró el culo. Era el primer paso para violarme. Giré rápido, agarré un ladrillo y se lo sorrajé en la cabeza. Y todos me hicieron el paro (lo dejaron tranquilo).

Después de eso estaba muy arisco. No quería ni salir de mi crujía.

—¿Y acaso en esos momentos sentiste el deseo de regenerarte?

—Jamás lo he sentido. Soy feliz como soy. No puedo negar que personas bien intencionadas se acercaron a mí y me aconsejaron que me retirara. Yo decía que sí a todo y ponía cara de hipócrita, señor. Pero volvía a la primera oportunidad. No hacía sino seguir mi instinto.

La familia de Óscar Gastelbondo reunió el dinero de la fianza. Y lo sacó de Lecumberri después de cinco meses de que aquellas rejas se habían abierto para darle paso. Hasta que.

. Recuerdo que era un 19 de abril.

No sé si 1969 o 1970. Era tarde. Yo me encontraba pasadísimo (muy drogado), y sin dinero. Venía de Ecatepec, de ver a mis padres.

Así que me robé un camión de pasajeros y empecé a manejar a lo loco. Primero fue una patrulla, después varias, las que intentaban detenerme. Aceleré queriendo huir. La cosa estaba del carajo. Bajé por la Villa y allí, casi frente a la Basílica, perdí el control del camión y me fui a estrellar contra un chingo de carros, y hasta uno o dos postes. Armé un desmadre en serio. Puse de nalgas a un pesero con todo y pasajeros. Chale, qué onda. Hubiera usted visto el desmadre. La gritería, los quejidos...

No fue posible en esa ocasión, hacer transa con la policía. Óscar Gastelbondo fue llevado a la decimotercera delegación. Esa noche no podía ni declarar. Así que lo dejaron dormir. Al día siguiente rindió su declaración. Les jugó al loco, como él dice. Negó todo. De nada se acordaba. Lo acusaron de robo, de daños a la nación, de fuga y no sabe de qué más. Lo sentenciaron a ocho años de cárcel. Otra vez a Lecumberri.

—¿Ocho años? Pero si llevas 14 en prisión.

—Sí señor, correcto. Pero ya le dije que Lecumberri es la universidad de la delincuencia. Y puedo decir que allí comenzó en serio, mi carrera criminal.

## Sentí miedo

Era muy de mañana cuando se abrieron las rejas de los separos de la decimotercera delegación. Su rechinado, tan agudo, estremeció a Óscar Gastelbondo. La piel se le erizó. Le esperaba la tira que, rifle en mano, lo escoltó celosamente paso a paso. Él caminó lentamente como pudo hasta llegar a esa panel que abrió sus puertas traseras, como una boca, para tragarse al delinvente y vomitarlo allá, en las otras puertas, aquellas tan temidas; las puertas de Lecumberri.

—Y sentí miedo, señor. Por primera vez en mi vida, señor, pero lo sentí. Estaba gacha la cosa porque sabía que iba bien quebrado, jodido, pues, porque mi sentencia de ocho años no alcanzaba fianza.

—¿Y quizá porque sabías lo que te esperaba en Lecumberri?

—No, señor, que va. Aquellos cinco meses en la cárcel habían sido una pendejada. Ahora sí supe lo que era la cárcel. Ahora sí iba en serio.



Todo seguía manejándose con lana, pero tuve que adentrarme en la vida allí, relacionarme con las bandas que controlaban las diferentes áreas, que se repartían el penal para mantener un mercado abierto de droga. Las cabezas de cada banda le entraban con su cuerno con el jefe de vigilancia o con los propios celadores ..

—¿Y?

—Y me hicieron adicto a la heroína. Me la dieron a probar y luego ya no pude safarme. Ese era el sistema.

—¿Y cómo llegaba al penal la heroína?, ¿por medio de las visitas?

—Sí, correcto... y por medio de los propios guardias y de las autoridades.

—¿Y cómo se distribuía en el penal?

—Mira: un gramo se molía y el polvito se servía en papeles. Y así le llamábamos a la mercancía papeles. Un papel costaba diez pesos...

—¿Y las dosis?

—Unos diez papelazos, en la mañana, para empezar a sentirme a gusto.

—¿Para empezar?

—Sí correcto... Otros toques al medio día, y en la tarde, y en la noche, porque de lo contrario enloquecías. En total te dabas 35 o 40 papelazos al día, lo que significaba un gasto de 350 a 400 pesos diarios, aparte de todo lo demás por lo que deberías pagar. Y como yo no tenía dinero, opté por el negocio. .

—¿El negocio?

—Sí. Allí se formaron bandas que se dedicaban a él: el negocio de matar gente. Eso era lo más productivo. Y como yo me juntaba con gente de alta mentalidad y necesitaba mucha lana para mi vicio, pues empecé a matar ..

—¿Así de fácil?

—Sí, señor, correcto... Formé mi propia banda. Y al primer cliente nos lo echamos, además del interés por la lana, casi por puro placer. Era un secuestrador, un hijo de su pinche madre. Creo que se llamaba Nicolás Arjona. Un secuestrador que cobraba la lana y mataba a sus víctimas. Creo que se echó a varios niños. Era un hombrezón, un cabronzote. Seguí la técnica más depurada. Mi banda lo anduvo coleando (vigilando) hasta que me vino a decir que ya estaba en el

terreno, el sitio escogido para el crimen, en este caso los dormitorios. Llegué rápido, le apliqué la china y lo desniqué ..

Oscar Gastelbondo no puede describir aquella sensación al desvanecerse, entre sus brazos, el primer hombre al que privó de la vida

—¿Y cómo, si estaba bajo el influjo de la droga?

—Sí pero, ¿y en cuanto se te pasó?

—Pues luego otros piquetazos . Ahora se adelanta a la pregunta:

“No, no. Nunca he sentido el menor arrepentimiento. Sé que he obrado mal, pero el sistema me ha orillado a eso. Las necesidades son cabronas y a eso te llevan quienes deben regenerarte. Y además, aunque te parezca mentira, también matar se te convierte en un acto rutinario”.

—¿Y tú no le tienes miedo a la muerte?

—Sí, señor, correcto... le temo.

Había que hacer un alarde. Que el entrevistado no observara el estupor del entrevistador. Había que tomar aire y soltar la siguiente pregunta casi sin reflexionar. Que no se produjera ningún vacío en la conversación. Seguir .

—¿Y cómo funcionaba el negocio?, ¿cuáles eran las cuotas?

—Dependía de la importancia del gúey que te tronaras. Lo más bajo era de 20 a 25 mil pesos por un asesinillo cualquiera —gesto despectivo y la mano derecha que se ondea, para acentuar el desprecio—. Si era una calabaza (alguien importante) o un polaco (un político), la cuota era de 50 mil y no había pedo. Nadie se metía con uno cuando andaba en ese jaleo. Todos comprendían. Todos callaban. Era lo mejor para todos...

—¿Y qué hacían con los cadáveres?

—Los colgábamos, señor. Y eso era un suicidio. Chingue su madre lo demás ..

¿Es que todos los negocios tenían que ser perfectos, aun en esa tierra de nadie, en esa tierra sin fronteras entre la vida y la muerte?, ¿es que no cabía la posibilidad de hundirse en una sentencia mucho mayor a la original. A perder, casi, la esperanza de salir de aquel negro castillo de la impureza?

Lo cuenta así:

—“Una vez nos ofrecieron un negocio. No teníamos necesidad.

Las cosas estaban bien Pero una lana es una lana y lo aceptamos. Sabíamos que tendríamos que liquidar a alguien importante. Del nombre no vale la pena ni acordarse Seguimos la rutina. Pero uno de mi banda, muy pasado (exceso de droga), picó (le clavó el puñal) al sujeto mientras yo lo desnucaba. Y un crimen sucio (siempre será un crimen limpio, aquel donde no se derrame ni una gota de sangre), y más de un grueso, causó un revuelo Y se armó el desmadre. Y vino la investigación. Y me chingué porque encontraron residuos de la sangre de aquel cabrón en la suela de mis zapatos .. y me echaron nueve años más por homicidio . ”

—¿Nueve años por matar a alguien? ¿Es justo que castiguen a alguien sólo con nueve años de prisión por quitarle la vida a un semejante?

Intenta una defensa en su respuesta: “Bueno, depende, depende de si fue por sangre caliente (rña) o por sangre fría”, pero acaba aceptándolo “sí, lo maté a sangre fría. Merecía más castigo”.

Cuando Lecumberrri dejó de ser el Palacio Negro y se convirtió en la Biblioteca de la Nación, Óscar Gastelbondo fue uno de los reos que abandonó aquel recinto de cruentas historias, y pasó a formar parte de la población de Santa Marta

Y surgió una nueva historia.

—Aquí formamos un grupo de choque Se llamó el Grupo de la Cuarta. Controlábamos totalmente el tráfico de drogas. No había heroína, porque Juan Alberto Antolín —ex director del penal— acabó con ella, pero a cambio aceptó trabajar con nosotros para que manejáramos con energía las situaciones difíciles, sobre todo para que controláramos el tráfico de drogas. De mariguana, en especial.

—Tan delincuente como ustedes, ¿no?

—Bueno, no señor... más, ¿no?

El Grupo de los Cuarta pagaba 50 mil pesos por kilogramo de mariguana —y Gastelbondo sospecha que Antolín también llevaba comisión en esa venta—.

La vendía en cigarrillos de medio gramo, que costaban cincuenta pesos. En suma: cada kilo de mariguana representaba cien mil pesos Ganancia del ciento por ciento de la inversión. Y consumo de seis o siete kilos semanales. Un negocio limpio, sin complicaciones. Con buenas ganancias. ¿Podrá durar mucho tiempo esa felicidad?

—No señor, como todos los que están en el poder, nosotros abusamos. Nos sobrepasamos en algunas madrizas, en el uso de la droga, del cemento. Hasta que llegó un grupo de Guadalajara delincuentes comunes, pero con una especie de fuero y con mucha lana. Todo querían manejarlo con dinero y con influencias.

Aquí los odiábamos. Y sí, queríamos madrearlos, pero solamente porque nos caían muy gordos. Así que un día aventaron unos telefonazos para afuera, nos acusaron de ser extremistas y que habíamos cobrado varios millones por asesinarlos. Y se acabó la fiesta. Antolín llegó muy cabrón y le dio en la madre a lo que él mismo fomentó y nos mandó a ZO. Ahí estuve cinco años. Acabo de salir en enero.

ZO: un edificio sin ventanas. Largos alerones con pequeñas, muy pequeñas celdas individuales. Un retrete y un camastro. Muros que permiten escuchar todas las conversaciones. Los desechos de la comida irán a ZO, para cuyos ocupantes están vedadas las visitas. ZO; los reos le llaman zona del olvido. Su nombre técnico es Zona de Ocupación. ZO: un apando.

—Cinco años sin vicio, ¿qué hiciste para superarlo? Primero una sonrisa. Después la respuesta.

—Estamos en la cárcel, señor. Todo se maneja con lana. Y con crédito. ¿Me creerá que hasta el apando llegó la droga?... Principalmente la mota. Y nos la pasábamos bien, hasta eso. Nos hicimos muy cuates de un grupo de la 23 de septiembre que había armado una matazón allá en Oblatos. Y no había problemas, señor, porque la mota es tranquilizante. No como el cemento, que lo pone a uno todo loco.

En cinco años en el apando, dice, no se mantuvo alejado del mundo exterior. Procuró leer, con los problemas del caso, los periódicos del día. Así que durante cinco años supo en qué día vivía. En qué mes. En qué año. Y supo también, afirma, de los problemas de su país. Por eso ahora, por vez primera durante la entrevista, alza la voz y gesticula.

—“Señor, aquí debería haber otra revolución”. Después prosigue su charla. Así con calma. Con suavidad en el tono: “algo que compense, señor, que satisfaga las necesidades del pueblo. Ya es hora de que acaben los abusos, de que muera esta sociedad viciada en la que

el pobre es más pobre, el rico más rico, y más poderosos sus gobernantes”

—¿No lo intenta el actual gobierno?

—Todos los gobiernos son la misma gata, pero revolcada. Abusan de su poder, de la ignorancia del pueblo, al que jamás comunican nada que no sea que lo están chingando más. Mucha inflación, poco trabajo y poco dinero ¿Y se asombran de la delincuencia juvenil?

Se produce el silencio. Gastelbondo mira hacia el piso

—¿Y cuál es tu presente? —pregunta el reportero

—Me dicen que con cinco años más me dejarían libre.

—¿Y cuando salgas?

—¿Qué voy a hacer?... Sé que la sociedad no me permitiría la regeneración, aunque así lo pretendiera yo. Seguiré siendo lo que soy. Soy un ladrón

—Ahora eres algo más. Eres un criminal ..

Pierde un poco la compostura. Mira casi con furia al periodista. “No lo soy, señor, soy más bien, una víctima del sistema carcelario. Afuera nunca maté a nadie. Todo lo realmente malo de mi vida lo hice aquí. Y no soy muy diferente a los de afuera ¿sabes? Yo estuve en lo del 68, y vi cómo esos señores matan a sus hijos, a sus hermanos. Y nadie la hizo gacha. ¿Yo soy un criminal?... Yo hice muchas cosas, pero siempre con una justificación. Por ejemplo, tal vez a usted no le haría nada aunque me pagaran bien. Pero, en cambio, quizá sí lo haría, hasta sin cobrar, con el director del penal. Sí, porque él es de los nocivos. Hacen todo lo contrario de lo que pregonan. Y todo por dinero. ¿Yo soy criminal?, ¿y allá afuera donde una pistola es la ley? . y creo que ‘aí’ muere .”

—“Aí” muere, Óscar. Hasta luego

—Hasta luego, señor. Y recuérdelo: no utilicé con usted un lenguaje teórico. el lenguaje que utilicé con usted es científico, señor

Y se fue. Se perdió entre el gentío del penal. Porque hoy es día de visita. Y hoy no existen rejas para los seres queridos. Y hay música. Y hay risas y carcajadas en este día de libertad en una prisión.

Y hay sol. .

*unomásuno*, 14 y 15 de diciembre de 1983.

el pobre es más pobre, el rico más rico, y más poderosos sus gobernantes”

—¿No lo intenta el actual gobierno?

—Todos los gobiernos son la misma gata, pero revolcada. Abusan de su poder, de la ignorancia del pueblo, al que jamás comunican nada que no sea que lo están chingando más. Mucha inflación, poco trabajo y poco dinero. ¿Y se asombran de la delincuencia juvenil?

Se produce el silencio. Gastelbondo mira hacia el piso.

—¿Y cuál es tu presente? —pregunta el reportero.

—Me dicen que con cinco años más me dejarían libre

—¿Y cuando salgas?

—¿Qué voy a hacer?.. Sé que la sociedad no me permitiría la regeneración, aunque así lo pretendiera yo. Seguiré siendo lo que soy. Soy un ladrón.

—Ahora eres algo más. Eres un criminal.

Pierde un poco la compostura. Mira casi con furia al periodista. “No lo soy, señor, soy más bien, una víctima del sistema carcelario. Afuera nunca maté a nadie. Todo lo realmente malo de mi vida lo hice aquí. Y no soy muy diferente a los de afuera ¿sabes? Yo estuve en lo del 68, y vi cómo esos señores matan a sus hijos, a sus hermanos. Y nadie la hizo gacha. ¿Yo soy un criminal? . Yo hice muchas cosas, pero siempre con una justificación. Por ejemplo: tal vez a usted no le haría nada aunque me pagaran bien. Pero, en cambio, quizá sí lo haría, hasta sin cobrar, con el director del penal. Sí, porque él es de los nocivos. Hacen todo lo contrario de lo que pregonan. Y todo por dinero. ¿Yo soy criminal?, ¿y allá afuera donde una pistola es la ley?... y creo que ‘ai’ muere ”

—“Ai” muere, Óscar. Hasta luego

—Hasta luego, señor. Y recuérdelo: no utilicé con usted un lenguaje teórico. el lenguaje que utilicé con usted es científico, señor

Y se fue. Se perdió entre el gentío del penal. Porque hoy es día de visita. Y hoy no existen rejas para los seres queridos. Y hay música. Y hay risas y carcajadas en este día de libertad en una prisión.

Y hay sol

# Violación sistemática del territorio por el ejército guatemalteco

Juan Balboa

Campamento El Chupadero, Chiapas. El ejército de Guatemala planeó, con varios días de anticipación, el asalto al campamento El Chupadero, en el municipio de Trinitaria, continuando así con su política agresiva a territorio mexicano iniciada con el bombardeo aéreo, el 6 de enero de 1984

Los soldados del general Óscar Humberto Mejía Vítores estudiaron con detenimiento el campamento de El Chupadero para realizar el asalto del 30 de abril en la madrugada. Elementos militares del pueblo Gracias a Dios, de Chacaj y de la cabecera municipal de Nentón, en el departamento de Huehuetenango, fueron movilizados el domingo 29 por la noche hacia la frontera con México. Cerca de las dos de la mañana el ejército del vecino país cruzó la línea fronteriza.

Cinco representantes de los refugiados guatemaltecos, entre ellos Felipe Tomás y Efraín Moreno, dijeron que la zona donde se encontraba establecido el campamento El Chupadero había sido bien estudiada por el ejército. La vigilancia que normalmente se tiene en los campamentos fue burlada en esta ocasión por los militares, quienes rodearon a las 2:30 de la mañana e iniciaron el tiroteo contra los refugiados.

Bartolo Gaspar y Baltazar Tomás recuerdan: "A las dos y media de la madrugada la gente en general estaba durmiendo. Con un sueño profundo. Se oyeron tres disparos. Todos nos levantamos y salimos. Algunos ya venían con sus hijos bajo el brazo, otros iban desnudos. Al rato se oyeron más disparos, pero eran como ráfagas. Entonces

tuvimos que salir corriendo, pero toda la zona estaba rodeada; casi chocábamos con los ejércitos, entonces tuvimos que salir rumbo a Rodolfo Figueroa y a Las Delicias, poblaciones mexicanas”

El ejército guatemalteco persiguió a los refugiados hasta las orillas de esas poblaciones mexicanas que se encuentran a 15 kilómetros de la línea fronteriza. Cuatro personas fueron muertas cuando corrían. Después una mujer con 36 semanas de embarazo, Eulalia Pascual, de 32 años, fue arrestada y muerta a tiros en el campamento. La muerte del niño Jesús Miguel Pascual de dos años, la relata Bartolo Pascual.

“Al niño Jesús Miguel, el ejército lo agarró en el campamento, le bajaron los pantalones y le quitaron los testículos, después le dieron un machetazo en la cabeza”.

Todos los campesinos guatemaltecos asesinados el 30 de abril provenían del departamento de Huehuetenango.

Vicente Tomás —de 65 años—, de la aldea de Chacaj, municipio de Nentón, Eulalia Pascual —32 años—, Jesús Miguel —48 años— habían huido de la aldea de Xalaa, municipio de Nentón. Domingo José Diego —38 años— llegó a México después de la matanza de Nentón y Sebastián Miguel Andrés —41 años— era de Coyá, del municipio de San Miguel Malacatón

Cinco horas permanecieron los militares guatemaltecos en el campamento El Chupadero. Durante ese tiempo destruyeron las bodegas donde se almacenaban los alimentos, se llevaron radios, ropa y otros objetos de los refugiados. El aparato de radiocomunicación de la Comisión Mexicana de ayuda a los Refugiados, también fue robado. Antes, los militares habían destruido la antena.

A las 9 de la mañana del 30 de abril, una comisión de los campesinos que habían huido a Las Delicias, regresó al campamento para verificar si el ejército guatemalteco se había retirado. Según Bartolo Gaspar, los campesinos lograron ver a los militares cuando cruzaban la frontera haciendo una gran fila

A las 6 de la mañana, los campesinos mexicanos de Las Delicias habían comunicado, por vía telefónica, al hospital, de Comitán, los hechos. El director de este hospital, doctor Roberto Gómez Alfaro, un médico y una enfermera, acompañados por un representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, fue-



ron los primeros en llegar al campamento El Chupadero. Horas después se presentaron elementos del 24avo Regimiento de Caballería del Ejército Mexicano.

La agresión del ejército del general Óscar Humberto Mejía Víctores al territorio mexicano ha sido constante desde que éste llegó al poder en Guatemala, el 8 de agosto de 1983. El 3 de diciembre del año pasado, Manuel Martínez Román y Trinidad Monroy fueron asesinados por el ejército del vecino país en la comunidad mexicana Benemérito de las Américas.

La política agresiva y de provocación iniciada por el general Romeo Lucas García en 1981, se vuelve más violenta en el presente año. El 6 de enero un avión guatemalteco identificado por mexicanos y refugiados bombardeó los campamentos que se encuentran ubicados en la selva Las Margaritas. Los asentamientos afectados por las bombas fueron Nuevo Huistán, Flor de Café, Montecristo y Plan de Río Azul.

En los campamentos bombardeados por el ejército chapín también viven campesinos mexicanos que se han solidarizado con los indígenas que huyen de la represión de su país. El avión guatemalteco violó 20 kilómetros del espacio aéreo mexicano. En la agresión ninguna persona sufrió lesiones considerables, pues las bombas cayeron en las orillas de los campamentos. Sólo causó pánico entre los refugiados y los campesinos mexicanos.

## Otros hechos

Poco después del bombardeo a los campamentos, el gobierno mexicano intentó reubicar cinco asentamientos —Río Azul, Monte Flor, La Ventana, Flor de Café y Peña Blanca— en la comunidad de Ixcán, municipio de Ocozingo. La reubicación se realizó. Un mes después, el secretario de gobernación, Manuel Bartlett Díaz acompañado por el director de servicios migratorios, Mario Vallejo, y el gobernador de la entidad, general Absalón Castellanos Domínguez, visitó toda la línea fronteriza de México con Guatemala.

La primera quincena de marzo, el gobierno mexicano decidió reubicar dos campamentos que se encontraban en la línea fronteriza.

Bajo la supervisión de la Comisión Mexicana de ayuda a Refugiados y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el delegado de migración en Amparo Aguatinta, Juan Francisco Oliveros, dirigió la reubicación de los campamentos de Plan de Río Azul y Nuevo Matzán, el primero agredido varias veces por el ejército guatemalteco. Aproximadamente 2 600 guatemaltecos fueron trasladados varios kilómetros adentro de la frontera y establecidos en la comunidad de Jerusalén. Otros en Poza Rica y Rizo de Oro.

El ejército guatemalteco es visto diariamente en la línea fronteriza con México. Sus tropas recorren la frontera entre los dos países.

El 19 de marzo fue violado nuevamente el territorio mexicano. Un helicóptero de ese país aterrizó en la comunidad de Amparo Aguatinta y los militares que conducían el aparato argumentaron que se habían extraviado por el mal tiempo: buscaban el campamento militar de Ixquisis.

Otra de las maniobras que han realizado militares guatemaltecos en los últimos meses, para continuar con el hostigamiento a los campamentos, ha sido la quema de los montes en la frontera: el 12 de marzo las tierras de Las Delicias, en La Trinitaria, ardieron. El fuego provenía de la frontera con Guatemala.

En los cinco municipios fronterizos del noroeste de Chiapas con Guatemala—Ocozingo, Margaritas, Independencia, Trinitaria y Frontera Comalapa—, en donde se encuentran establecidos más de 50 mil guatemaltecos en 92 campamentos, el gobierno del general Mejía Víctores ha intensificado dos acciones. La primera dirigida a los campamentos y la violación premeditada del territorio mexicano; la segunda, una campaña masiva—radio, televisión, prensa y volantes—de invitación a volver a Guatemala.

El 18 de abril, otro helicóptero sobrevoló el campamento Puerto Rico—ahora Emiliano Zapata e Ignacio Allende—y dejó caer sobre la población cientos de volantes que decían textualmente:

“Compañeros: el EGP—Ejército Guerrillero de los Pobres—nos ha engañado, por eso estamos pasando hambre y penalidades en la montaña. Ya no tengan miedo, los soldados no les harán daño. Vengan a Xacbal para vivir en paz. Aquí tendrán comida, salud y tierras para trabajar. Todos seremos felices”.

En la parte inferior del volante venía una foto de un niño acostado en una cama que decía. “queridos papás· estoy bien”.

## Morir en Guatemala

Como en un principio, los 3 000 refugiados guatemaltecos de El Chupadero vuelven a destruir sus casas, recogen sus ropas y cargan sus camas a otra zona.

En noviembre de 1981 y principios de 1982 nacieron los primeros campamentos en territorio mexicano, 2 000 guatemaltecos, todos ellos indígenas, se internaron en nuestro país y fundaron los campamentos Las Hamacas y La Sombra. El 20 de agosto de 1982, los militares del vecino país incursionaron en esos campamentos y asesinaron a dos mexicanos y a un guatemalteco. Después de la agresión, los refugiados de Las Hamacas y La Sombra se internaron unos kilómetros más en territorio mexicano. Es así como nace El Chupadero, donde el 30 de abril “los pintos” mataron a seis refugiados más.

Mujeres, hombres y niños recogen sus pertenencias de El Chupadero y se trasladan al ejido Las Delicias. Los carros de la Comisión Mexicana, la Iglesia católica y el hospital de Comitán ayudan a trasladar las pertenencias de los guatemaltecos. Una vez más las tablas se levantan para improvisar una nueva choza. Se forman comisiones para trabajar en la cocina y hacer las tortillas y los frijoles para los 3 000 refugiados que no cesan de “hacer colas” en los tinacos de agua. El calor es sofocante y el líquido escasea: según los mexicanos durará pocos días. Para los refugiados de El Chupadero todo empieza de nuevo. Felipe Pascual maldice el día que Romero Lucas Garda arrasó sus tierras de Huehuetenango. Expresa su odio por Ríos Montt que no los dejó vivir en paz en los campamentos de La Sombra y Las Hamacas y también por Mejía Víctores, que asesinó a seis de sus hermanos y expresa. “Ahora regresar, más que nunca es decir ir a morir a Guatemala”.

*Proceso* núm. 392, 7 de mayo de 1984.



# Primero de mayo

Salvador Corro

En el salón Embajadores del Palacio Nacional, Fidel Velázquez platicaba con los dirigentes obreros cubanos, invitados por el Congreso del Trabajo (CT) a presenciar el desfile del primero de mayo. Les aseguraba:

—“Los problemas económicos de los trabajadores (mexicanos) no tienen solución inmediata .”.

Cuando Fidel Velázquez terminó la plática dio media vuelta y se encaminó al baño. Los cubanos se dirigieron a un balcón para continuar viendo el desfile. Se acomodaron en un balcón junto a Ricardo García Sáinz, Alejandro Carrillo Castro, Jorge de la Vega Domínguez, Concepción de Oliveira, de Brasil, también invitada y Juan Miranda, fotógrafo de *Proceso*. Unos minutos después una bomba molotov estallaba a sus pies. Eran las 13:20 horas.

Los obreros comenzaron a agruparse desde temprano en diferentes partes del primer plano de la ciudad. El módulo de control, instalado frente a Palacio Nacional, recibía los informes conforme iban llegando los contingentes. Una comisión del CT desde ahí organizaba y controlaba todo. Hasta los grupos de trabajadores de las organizaciones independientes, que desde un principio se concentraron ante el Teatro Hidalgo, fueron observados.

También, poco a poco, llegaron los dirigentes; se acomodaban a lo ancho de la calle. Alfonso Sánchez Madariaga recordaba que desde hacía 59 años desfilaba todos los primeros de mayo. Él es uno de los integrantes del grupo de los “cinco lobitos” que sobreviven y que

desde hace más de 43 años, controlaba la Confederación de Trabajadores de México (CTM). El otro es Fidel Velázquez, que ese día hizo lo mismo que viene haciendo desde hace 63 años.

Acomodados en la hilera que encabezaría la marcha, Arturo Whaley, del SUTIN, y Jorge Tapia del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), intercambiaban impresiones. Junto a ellos, Salvador Barragán Camacho, dirigente de los petroleros, trataba de escabullirse de un reportero.

Ahora sí, todas las organizaciones tienen un reclamo qué hacer.

—Así es. Cada uno tiene un motivo —dice Barragán.

—¿Cuál será la demanda de los petroleros?

—Yo nada más digo que tenga mucho pendiente con las mantas de los petroleros. No hubo una consigna específica. Pero en algunas le tendremos que decir al señor presidente que tenga mucho cuidado...

El desfile, según lo programado, se inició a las 10 de la mañana. El presidente de la Madrid encabezó la marcha después de izar la bandera en el asta central del Zócalo.

Funcionarios, líderes obreros y trabajadores caminaron al paso de Fidel Velázquez. Ni lo rebasaron ni lo dejaron atrás. Todos a un paso cómodo. En medio de la hilera iba el presidente. A su derecha, Homero Flores dirigente del CT, y a su izquierda Fidel Velázquez, y más allá de ellos, funcionarios y líderes obreros acomodados en forma alternada y cogidos del brazo.

A las 10:20 el presidente estaba ya en el balcón presidencial y saludaba al primer contingente. Cuatro bandas militares marcaban el ritmo. Los pilotos aviadores, agrupados en ASPA, a la cual pertenece el presidente del Congreso del Trabajo, respondían al saludo.

Inmediatamente después los trabajadores divididos en cuatro columnas comenzaron a dar la tónica de lo que ese día iba a ser el desfile. Casi a bocajarro apareció la primera manta con una demanda concreta. La portaban los cetemistas. “En Zacatepec, Morelos, Gonzalo Hernández traiciona su política y divide a los obreros y campesinos”. Y como si ésta hubiera sido la señal, siguió una cascada de protestas.

Desde los balcones del Palacio Nacional se domina cualquier punto de la Plaza de la Constitución. Hasta antes de las obras del Templo Mayor, la dirección del desfile era del sur al norte. Ahora la circula-

ción es al revés. Por ello la columna pegada a la banqueta del Palacio Nacional, que estaba destinada al contingente de la burocracia como medida de seguridad, fue en esta ocasión la que portaba las protestas. Los burócratas marcharon al otro extremo de la calle, junto a la Plaza. Pero también allí hubo inconformidad.

Los trabajadores de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos no dejaron pasar la oportunidad. Se pararon ante el balcón presidencial, exigieron aumento salarial y amenazaron de huelga.

A la altura de la entrada principal de Palacio, tres locutores ambientaban el desfile. Primero mencionaban a los sindicatos y a las centrales: "La Confederación de Trabajadores de México brinda su apoyo al presidente Miguel de la Madrid". Luego, comenzaron a leer algunas mantas, las de apoyo. Después se quedaron a medias. Sobre todo cuando se percataron tardíamente que era una demanda o una crítica. Finalmente, de plano ya no hablaban.

Locutor. "Sigan adelante. Les pedimos que caminen para que esta manifestación sea armoniosa, jubilosa y continúe. Sus demandas ya fueron tomadas en cuenta, hay otros contingentes que quieren brindar su ayuda al presidente".

Chiflidos, porras y consignas. Esta era la respuesta. "¡Huelga! ¡Huelga! ¡Huelga!", y las bandas tocaban más fuerte. Conforme arrecian los gritos aumentaba el volumen de las bandas. En segundos las cuatro bandas tocaban al mismo tiempo.

A las demandas de los trabajadores de agricultura siguieron las del sindicato petrolero. Salvador Barragán Camacho tenía razón. Era un gran número de mantas, los trabajadores denunciaban al director de Pemex, Mario Ramón Beteta, al gobierno y a sus propios dirigentes: Salvador Barragán Camacho y Joaquín Hernández Galicia, la Quina.

"País petrolero y el pueblo sin dinero". Y junto a los petroleros, la CTM exhibió demandas agresivas:

"¡Basta! ¿Cuándo se pondrá fin al régimen de injusticia en que vive el pueblo? La violencia está a la vuelta de la esquina". "Ya estuvo bueno". Y los petroleros no se quedaban atrás "¡Hoy los pobres más pobres y los ricos más ricos!" y luego la CTM. "Sr. Presidente, el pueblo no cree en el gobierno porque a LEA y JLP no les quitan lo robado".

Junto a estos contingentes en la tercera columna, ocupada por la CROC algunas mantas de apoyo: “En la Secretaría del Trabajo tiene usted un colaborador que, además de fiel intérprete es un gran conocedor”. Y atrás de esta manta, otra protesta, “Solución al problema de Pascual”, una foto de Rafael Jiménez (dueño de refrescos Pascual) con una leyenda: “Se busca a Rafael Jiménez por asesino de obreros y por reírse de la autoridad laboral”

Locutor: “Los compañeros de Pascual sigan adelante. Así como ustedes que están buscando apoyo hay muchos otros trabajadores que quieren hacer lo mismo”. Más chillidos.

En la columna de la burocracia, los trabajadores seguían demandando aumento de salarios.

## Ojo por ojo

En Palacio Nacional los dirigentes obreros aguardaban turno para pasar al balcón donde el presidente presenciaba el desfile. Su presencia debía coincidir con el momento en el que pasaba su contingente.

Hasta en el interior del salón principal se escuchaban las demandas y las consignas. Para comprobar lo que sucedía en la calle, no bastaba ver los monitores colocados en los salones, porque transmitían imágenes que nada tenían que ver con lo que estaba ocurriendo afuera. Las pantallas de televisión difundían entrevistas con funcionarios o anuncios pregrabados.

Alrededor de las 12 horas, Ramiro Ruiz Madero, coordinador del desfile se comunicó con el módulo de control. Cuando colgó dijo a uno de sus colaboradores “ahí vienen los independientes que están entrando al Zócalo”.

“Compañeros vamos a marchar al Zócalo. Es importante que no hagamos caso a los provocadores. Es importante que guardemos el orden”. Alfredo Domínguez, dirigente del Frente Auténtico del Trabajo, se dirigía a sus compañeros.

A un costado del palacio de Bellas Artes algunas de las organizaciones que integran la Asamblea Nacional Obrera Campesina Popular (ANOCP) ya habían formado una columna. Eran las nueve de la



mañana. A la altura de la avenida Juárez y el Eje Central, intentaron colocarse atrás del contingente de los textiles de la CTM.

A la cabeza marchaban entre otros: Rosario Ibarra de Piedra, del Frente Nacional Contra la Represión; Hugo Aboites, dirigente del SITUAM; Edgar Sánchez del PRT. Y representantes de más de 15 organizaciones incluyendo a la Coordinación Nacional de Trabajadores de la Educación.

Cuando hicieron el primer contacto las organizaciones del CT y las independientes, docenas de trabajadores del SUTERM formaron un bloque. La columna independiente se detuvo. Sin embargo la misma dinámica del desfile permitió que poco a poco avanzaran.

Al llegar al Zócalo, se encontraron con los sindicatos de la Confederación Obrera Revolucionaria. Aunque en un principio hubo oposición, finalmente cedieron. Y los independientes estaban ya en el Zócalo.

Las organizaciones independientes entraron al Zócalo formando una sola columna. Cuando llegaron ante el balcón presidencial prácticamente ocupaban toda la calle.

“¡Repudio total al plan de austeridad!”, “¡Repudio total al plan de austeridad!”, gritaba el contingente.

La marcha se detuvo. En cuestión de segundos los trabajadores del FAT, de la Coordinadora, del SITUAM, grupos de colonos, coreaban las mismas consignas.

Y frente al balcón, detenida la marcha, el grito de repudio se convirtió en “¡Ojo por ojo, diente por diente!”, que ni las bandas ni los oradores pudieron acallarlos.

Las filas que hacían las veces de cordón de seguridad se replegaron repentinamente.

Eran las 13:10. La cabeza del grupo de los independientes ya había pasado. Frente al balcón presidencial desfilaban ahora grupos de la Preparatoria Popular.

De la puerta principal de Palacio salió humo. En el suelo un agente de seguridad permanecía inmóvil, mientras sus compañeros le apagaban el fuego. “Fue una bomba molotov, que salió de la marcha en dirección al balcón presidencial, pero no llegó”, informó un testigo.

Apojado en la baranda, el presidente permaneció inmutable.

“Vio la botella. Vio el humo. Se dio cuenta de todo. Y ni siquiera parpadeó”, relató Homero Flores, quien estuvo cerca del presidente durante las seis horas que duró el desfile.

Los trabajadores siguieron marchando. Entonaban ahora una canción.

“Venceremos, venceremos, las cadenas se habrán de romper...” Nuevamente un grupo se detiene frente a Palacio. Demandan, durante varios minutos, la presentación de desaparecidos y presos políticos. Sus mantas no son diferentes a algunas que ya habían desfilado. “No queremos goles, queremos frijoles”. “Las ganancias del petróleo deben ser para la creación de fábricas” “Por un nuevo sindicalismo”.

El nerviosismo de los funcionarios que acompañaban al presidente fue obvio. El secretario de Gobernación, Manuel Bartlett; el secretario de Trabajo, Arsenio Farell Cubillas; el regente de la Ciudad, Ramón Aguirre, hablan entre sí. Homero Flores no sabía dónde meterse o dónde poner la mirada y tampoco podía dejar de escuchar. Eso mismo reflejaban todos los funcionarios en todos los balcones.

Desde que los independientes pasaron ante el balcón, las cámaras de televisión dejaron de transmitir. Aunque su aparición coincidió con la hora en que calculaban que terminaría la transmisión.

Acomodado en uno de los sillones del salón principal, Fidel Velázquez platica con Adolfo Lugo Verduzco, dirigente del PRI. Han estado sentados ahí durante casi todo el tiempo que llevan desfilando los independientes.

El dirigente cetemista se levanta, va al baño.

A esa hora, Arturo Whaley espera turno para pasar al balcón presidencial.

Son las 13:20. Del desfile surge otra bomba molotov, que estalla en un balcón. Las llamas de la bomba alcanzan a Concepción de Oliveira en el brazo derecho. El dirigente cubano de la Central de trabajadores de la Habana, Rafael Cordera recibió el flamazo en la cara. Sin embargo, sorprendidos y desesperados, los que estaban en el balcón que salieron despavoridos lo atropellan y lo envían al suelo. Jorge de la Vega Domínguez se desmaya. Ricardo García Sáinz y Juan Miranda, resultan chamuscados en el cabello y las cejas.

## Fue candela pura

El que recibió prácticamente el proyectil fue Alejandro Carrillo Castro, el director del ISSSTE sintió el flamazo y su primer impulso fue correr. Así lo hizo. Con el pantalón incendiado atravesó el Salón Embajadores; era el caos. “¡No corra, deténgase!”. Los guardias de seguridad en fracción de segundos lo derribaron y ya en el suelo, mientras unos le apagaban el fuego con sacos, otros lo bañaban con espuma de extinguidor

También en fracción de segundos el salón quedó clausurado. La puerta que lo comunica con el salón principal fue inmediatamente cerrada. Nada de fotos Ni tomas de televisión

¿Qué pasa? ¿Por qué tanto humo? ¿Un corto? No, fue un bombarzo, Carrillo Castro está herido. Con él hay otros dos. Entre ellos un cubano y una brasileña. Están en la enfermería. También en segundos todo volvió a la normalidad.

Un agente de seguridad trata de quitarle la cámara a Juan Miranda. El único que, reponiéndose rápidamente de la sorpresa, alcanzó a tomar algunas fotos.

Fuera del Palacio, la gente al ver la humareda que salía del balcón, comenzó a chiflar en son de burla. Ni los de abajo ni los de arriba vieron de dónde salió el proyectil. Alguien recogió los residuos de cristal, los olió, se los enseñó a los que estaban con él y rápidamente llegó a una conclusión: “Se trata de una bomba molotov”

El cubano Rafael Cordera ya en su cuarto de hotel, al día siguiente, y con calma, sintetiza el momento: “Fue candela pura, chico. Aquello estuvo feo. La llama llegó un metro más arriba de mí. Te voy a contar una cosa. En Playa Girón teníamos un cañón con un alcance de 27 kilómetros que, al dispararse, provocaba un flamazo como de metro y medio. Pues déjame que te diga, chico. Esto llegó así (levantó su mano derecha y describió un semicírculo)”. Su estatura es como de uno ochenta.

En Palacio Nacional, media hora después, Concepción de Oliveira, representante del Congreso Permanente de Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina, regresaba con el brazo derecho vendado.

En el salón principal, en apariencia las cosas transcurrían como si nada hubiera pasado Arturo Whaley, después de haber estado cerca de media hora en el balcón presidencial, comenzaba a atar cabos. “No sabía de qué se trataba, pero alcancé a escuchar que le decían al presidente. está bien, ya fue atendido. Yo pienso ahora que se trató de eso”.

¿De qué se habla con el presidente ahí parados en el palco en esas circunstancias? Whaley contesta a medias:

—Primero le planteé mi problema El del SUTIN. Le dije que había negociaciones y que todo indicaba que ya estaba listo Pero que faltaba la decisión de hacerlo El presidente escuchó con atención. Inclusive, habló con el secretario de Energía y Minas, Francisco Labastida y con el del Trabajo, Arsenio Farrell Cubillas.

—¿Y de los independientes? ¿Qué dijo del desfile?

—*De* eso no hablamos.

Para entonces el desfile prácticamente agonizaba, después de más de cinco horas y media Millón y medio de obreros habían desfilado. En la cola del numeroso contingente desfilaban las agrupaciones de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) Aunque no llevaban mantas de protesta, su sola presencia reflejaba su situación. Eran la imagen del subempleo: boleros, “Unión de Vendedores de Revistas Atrasadas”, “Frente de Inquilinos y Comerciantes del Barrio de Tepito”, comerciantes ambulantes de Santa María la Ribera, de San Cosme, de Tacuba, de Juárez y Balderas, tanguistas y cirqueros.

Luego, la ceremonia oficial. El discurso del presidente del Congreso del Trabajo, redactado de antemano, no fue modificado El presidente improvisó Ninguno de los dos se refirió expresamente ni a los independientes, ni a los incidentes

El desfile terminó pasadas las 16 horas.

*Proceso*, núm. 392, 7 de mayo de 1984.

# Los rápidos de Tlalpan

Rafael Pérez Gay

Las tardes en la avenida de Tlalpan son siempre iguales, la urbanización uniformó brutalmente su paisaje y despojó a los peatones de lugares para pasar el rato, puntos imprescindibles de observación. De cualquier forma, en la esquina del hotel Las Flores, cerca, muy cerca de la estación General Anaya del Metro, uno espera el momento reportable de las ardorosas entradas y salidas por su puerta esmerilada rumbo al paraíso. Nada. Hoy todos eligieron el cine y el cafecito oculto. Todo lo que pasa es el convoy anaranjado del Metro, la alambrada contra suicidas, los peseros, el ruido de la calle por donde pasan los coches rompiendo el aire y el vocerío del Metro. Paciencia, ya llegarán, o saldrán. Taxis, vendedores ambulantes, más peseros, ajetreo urbano. Dónde está la cachondería, nos hemos quedado sin parejas calientes y arriesgadas dispuestas a todo. Nada. Delfines, lo hemos perdido todo, ya nadie coge un sábado a las seis de la tarde en un hotelito de Tlalpan, inmejorable lugar para el amor. Absolutamente nada. Tortas —de queso de puerco—, jugos —con dos huevos y en vaso grande—, revistas —de amor, sexo y violencia—, periódicos y chácharas a granel.

Ahí están. ¡Al fin!, la primera pareja. ¡Felicidades! Ya era hora. Ya lo decía, es el tiempo impeturbable de los encuentros clandestinos, la aventura secreta de los hoteles de paso, el pasaje directo a los placeres prohibidos, el viaje cachondo a la intimidad. Sus vidas moteleras descansan en la excitación que provoca el secreto y la fuerza de la-lujuria-que-todo-lo-vence, el sueño amoroso contra advertencias y ame-

nazas Hay tres opciones para los pioneros de la tarde: primero, que sean novios atrevidos y con una calentura insoportable, segundo, que sean adúlteros convencidos de que el sexo no sólo consiste en la seriedad reproductora, tercero, amigos ocasionales dispuestos a fracasar en su primer encuentro desnudo De última hora, la cuarta. esposos cansados —de la monotonía de la cama conyugal. Me inclino por la segunda opción. Ella. gordana, metida en un vestido verde oscuro, camina más segura que nunca de la mano de su pareja, sonríe, abre su bolsa, busca algo Él: nervioso, delgado, alto, chamarra azul, volteando insistentemente a medida que se acercan a la puerta esmerilada por donde se pierden

No todo se ha perdido. Dos volkswagen. Un tránsito tupido cubre la avenida de Tlalpan, se enciende el alumbrado. Cuatro risas, brazos dentro de los coches, último retoque al rimel que se corrió. Salen dos. Disimulo, pasos veloces, bromas, dudas la fiesta de la calentura. Más tarde entiendo los motivos de la espera: El Finisterre, el Montreal, el Jardines de Churubusco, algunas calles más adelante, le han hecho la vida imposible a este hotelito chaparrón con fachada de mosaicos, ventanas para la calle y curva para automóviles. Es posible que su desventaja —al margen de las comodidades interiores— empiece en el nombre de Las Flores. Los hoteles y moteles eficaces transportan y sugieren desde el principio, siempre deben tener algo de abolengo, tranquilidad viajera que aisle a sus huéspedes. Si pretenden el éxito deben llamarse, por ejemplo, Beverly, con su sabor magnate a California, el Paraíso, estupendo por obvio; La Maga, pésimo también por obvio, el Cid, que evoca gestas corporales de excepción, sobrepoblado por habitantes ganosos de Coyoacán, la Del Valle, Mixcoac, San Ángel —nomás no balconees—; el Benidorm, insuperable por lo que trae de venida y dormida «ciudad española»

Y siguen llegando, ya el cronista no se da abasto. Hay un verdadero embotellamiento en el túnel de acceso para los coches. Ahora son sobre todo motorizados. Habrán dudado de los moteles carreteros y prefirieron la rapidez de las zonas céntricas Los moteles de las afueras, se sabe, son peligrosos aunque seguros por lejanos, fuera del alcance de los fatales encuentros fortuitos en la entrada del hotel. —¿cómo te va, que haciendo?—. Pues nada, aquí nomás Por eso, desa-

fiando asaltos terribles, descomposturas automotrices, algunos eligen la distancia segura de la carretera a Cuernavaca. Tienen estos paraísos lejanos, son caros y los satisfechos regresos por la carretera provocan largos silencios entre los amantes, cosa que a la larga lleva a la separación definitiva.

Tlalpan a las siete y cuarto: las luces amarillas y la noche cubren a los que siguen llegando; hay poca visibilidad, bultos y movimientos rápidos, coches que salen de la curva placentera de salida del hotel y se pierden con dirección desconocida. El expendio de carnitas, único refugio de la calle y punto de observación, deja escapar del local la voz del príncipe, su último éxito:

“¿Es que vamos a amarnos siempre así? ¿De prisa y a escondidas?”

Lascivos, libidinosos, concupiscentes, lúbricos, nerviosos incontinentes, disimulados, satisfechos, llegan todavía algunos a pie y otros en coche. Por la puerta de cristales esmerilados salen los pioneros —que ahora son, además los más rápidos. Antes de dar el primer paso hacia la noche, ella, se echa el pelo húmedo hacia atrás y se acomoda el vestido verde —ahora más claro de los hombros, casi orgullosa. Él, en cambio, pasa por el momento más difícil del día, camina como si se hubiera robado algo —a lo mejor sí—, tenso, con pasos lentos pero excesivamente abiertos, voltea hacia atrás tres veces. Ya en la esquina recupera la tranquilidad, pasan frente al expendio de carnitas —y frente a mí—, antes de cruzar la calle, al pie de un semáforo, ella le da un beso libre y clandestino a un tiempo.

*La Jornada*, 3 de enero de 1985.





# Crónica de San Juanico

Carlos Monsiváis

A las 5:40 horas de la madrugada, aproximadamente, el lunes 19 de noviembre de 1984, “el cielo se encendió de golpe” en San Juan Ixhuatepec o San Juanico, una colonia popular del Estado de México. Por la fuerza de la explosión en las instalaciones de Pemex, la primera de siete en cadena, las llamas —se dijo— alcanzan en algún momento los dos kilómetros de altura y vuelan a 300 metros o más los tanques de acero, de doce metros de largo y 2.5 metros de diámetro, y más de 30 toneladas de peso (hay pedazos de tanque que viajan cerca de dos kilómetros). El hongo ilumina un ámbito enorme, que incluye los municipios de Santa Clara, Tlalnepantla y Ecatepec.

(En San Juanico, el gas proveniente de las refinerías de Poza Rica, Minatitlán, Coatzacoalcos y Azcapotzalco, se almacenaba en dos esferas, con capacidad de 15 mil barriles de gas butano, y en 22 tanques salchicha).

Según la cronología establecida por Eduardo Barceló (*El infierno tiene nombre... San Juanico*, Editora Moderna, México, 1985), la segunda explosión ocurre a las 5.48 horas. El fuego devasta a San Juan Ixhuatepec. En muchas casas, todos los habitantes mueren en el instante, familias enteras abrazadas en la desesperación o aún dormidas. Los demás salen a la calle como pueden, en pijamas, calzoncillos o absolutamente desnudos, en el pleno estupor de la huida. Algunos van envueltos en llamas. A las 6.20 horas, la tercera explosión, de alcances mucho mayores. Un tanque “salchicha” se precipita y destruye un *garage* y un segundo piso. Calor extremo, luz enceguecedora,

temblores de tierra, ruinas, hoyancos, montañas de cascajo y el diluvio “igneo” que arrasa las casas y los enseres, profundiza el paisaje de escombros, lamentos, cuerpos calcinados dentro y fuera de las viviendas. Humo, polvo, olor omnipresente a gas. El espectáculo convoca de inmediato las asociaciones apocalípticas que locutores y público repetirán a lo largo del día: “Esto parece el fin del mundo”. En los sitios vecinos, hombres y mujeres se arrodillan a media calle y rezan.

A las 6:22 horas acuden los primeros carros de bomberos del Distrito Federal, al mando del coronel Benito Pérez González. A las 6:24, la cuarta explosión. Otro tanque “salchicha” cae sobre tres viviendas. A las 6:30, ambulancias del DF y del Estado de México. Se inicia la coordinación. A las 7 de la mañana, la radio informa de la destrucción de 600 casas. Quinta explosión, menor, a las 7:03 horas. Siete minutos después, arde una esfera de gas butano y la lengua de fuego alcanza más de ochenta metros de altura.

La radio y la televisión difunden testimonios. Uno típico, el de Hermelinda Gómez Cruz, secretaria de 19 años, que le cuenta al reportero Rubén Martí (*El día que el fuego destruyó San Juan Ixhuatepec*):

Serían las seis de la mañana. Toda la colonia parecía un gran infierno. Yo me había dado cuenta de cuatro o cinco explosiones. En mi casa todo se había sacudido; escuché muchos gritos de mi mamá, de mi papá, de mis hermanos y mis tíos, éramos nueve en total. No podía darme cuenta de nada, sólo veía que todo el mundo corría, era de madrugada pero la luz del fuego era tan intensa que parecía como si fuera el mediodía; les grité a mis familiares, pero parece que nadie me escuchaba; me tapé como pude con una cobija y salí a la calle; afuera todo era correderos y alaridos; entre las explosiones y el fuego se escuchaba algo así como el ruido de un avión, creo que era el gas que salía; comencé a caminar porque no se me ocurría otra cosa, tropecé con algo que casi me hizo caer, cuando advertí que era un cuerpo en la banqueta y sentí que olía a carne quemada, me sacudí de miedo y me volví loca. Caminé mucho, mucho rato, no me acuerdo cuánto ni por dónde, hasta que unos ambulantes me encontraron y me subieron a una camioneta, me llevaron a la Villa de Guadalupe y no supe más. ¡Papacito! ¡Mamacita! ¿Dónde están? Mire, ya los busqué por todas partes. No están en ninguna lista de heridos ni en

las de Locatel. Dios mío Yo creo que todos murieron. Después quise ir a la casa, pero unos soldados no me dejaron acercarme. No sé dónde buscarlos. .

## El heroísmo

Desde las siete, el esfuerzo del cuerpo de bomberos se concentra en impedir la explosión de la esfera, que provocaría un desastre aún más drástico. A las 8:10, el III Batallón de la Policía Militar acordona la zona, evita el paso a los sitios más riesgosos y dirige la salida de quienes se resisten a hacerla. Los socorristas trasladan heridos, muchos de ellos mutilados y en condiciones muy graves, a distintos hospitales.

Se corre sobre cadáveres En la carretera México-Pachuca el tránsito se congestiona. Los damnificados suplican se les aleje del infierno. El Rancho Grande de la Villa y la explanada de la estación Indios Verdes del Metro son vastos campos de refugiados. El humo negro de las esferas impregna la atmósfera de gases tóxicos. Eduardo Barceló traza conmovidamente un panorama del caos: queda hecha trizas la vía del ferrocarril que pasa entre la gasera y las primeras casas de lo que allí se llamaba “Cepe” (Ciudad Perdida); los tanques de gas empujados por las llamas rebotan amenazando alcanzar las instalaciones de las gaseras privadas; los autobuses de la Ruta 100 y vehículos particulares se llevan apiñados a los habitantes de la zona. Cada “revivio” acumula anécdotas del horror: la huella de pies ensangrentados sobre las aceras, las lenguas de fuego que en un segundo desaparecen personas; el pánico que se multiplica en gritos al vacío: “Sálvense. Todos afuera. Esto va a explotar. Es el fin del mundo”, las teas humanas que se revuelcan en la calle sin que nadie pueda auxiliarlas, los bomberos que le solicitan a socorristas y periodistas: “Recen por nosotros”; el zumbido del gas, el silencio de los autobuses atestados, los 200 000 evacuados por el Sistema de Transporte Colectivo; los heridos graves y los agonizantes en los hospitales.

A las 8:20 horas, se presenta el general Ramón Mota Sánchez, secretario de Protección y Vialidad. Minutos después, el gobernador del Estado de México, Alfredo del Mazo. A las 9 de la mañana, las

últimas explosiones, ya sin consecuencias. A las 10.30 horas, el presidente de la República, Miguel de la Madrid ordena la ejecución del Plan DN III. A las 11, el general Mota declara la situación bajo control. Los socorristas –cubiertos con tapabocas– entran a las casas, van y vienen, multiplican esfuerzos, traen heridos, muertos o solamente, en bolsas de poliuretano, restos mutilados (cuerpos sin cabeza, brazos, piernas, cenizas). En las calles, aúllan los animales quemados. Los policías los sacrifican para ahorrarles sufrimientos.

Los granaderos controlan la situación y evitan el saqueo. Durante 15 horas, soldados, socorristas y policías remueven escombros, atienden heridos, juntan huesos y cenizas, calman como pueden los interminables brotes de histeria, Juan Martín Chávez, socorrista (del Cuerpo de Socorro Voluntario) le cuenta a Barceló.

No nos dejaban pasar, pero como a las 7 pasaron las ambulancias de mi grupo y corriendo los alcancé. Así pasamos el cordón y comenzamos a trabajar. Lo primero que vi fue a unos socorristas de la Cruz Roja que sacaban bolsas y petacas llenas de miembros humanos.

Todo olía a gas y carne quemada. Vivos, de los habitantes no había, sólo muertos. No puedo decir cuántos vi. Si cien o mil. Tal vez exageraría o me quedaría corto. Pero eso era espantoso. Yo creía que ya estaba curtido en eso de ver cómo se revolían cadáveres de animales y humanos. Todos los cuerpos estaban mutilados y quemados. Compañeros que llegaron desde temprano me platicaron que por la mañana habían visto ríos de lumbre que se lanzaban sobre las personas que corrían tratando de alejarse entre gritos desgarradores. Al ver aquel cuadro de brazos y piernas, al tratar de levantar cadáveres que se deshacían entre las manos, sentí enloquecer. Pero si lo que vi en la noche fue feo, lo que presencié el martes por la mañana fue espantoso. Había huellas de sangre por todas partes, como si hubieran salpicado el asfalto, las paredes, las fachadas de las casas. El lodo estaba revuelto con sangre y había cuerpos tirados por todas partes. Sacaban los cadáveres en camiones de redilas. Definitivamente es mi más dura experiencia como socorrista.

Los bomberos y los técnicos de Pemex permanecen junto a las esferas, sin retroceder, con estoicismo. A las 13:15 horas, dejan que se continúe quemando el gas de tanques y esferas hasta que se consuma totalmente.

## El éxodo

Como pueden, de la zona afectada, desnudas escapan medio millón de personas, semidescalzas, llagadas, gritando, rezando “La Magnífica” obsesivamente. La televisión empieza a transmitir y la noticia suspende gran parte de las actividades en la ciudad. Millones en la capital y en el resto del país siguen con atención los acontecimientos. Los locutores prodigan vocablos paroxísticos: “infierno, escenas dantescas, tremebundo, horrible”. Nada alcanza la contundencia de las imágenes: los depósitos ardiendo, el llanto, la búsqueda de los familiares, las camillas que transportan restos, los heridos, la felicidad dolida de los sobrevivientes, las frases convulsas (“Perder un hijo duele mucho, pero perder la esperanza es como morir”), los ancianos que arrastran niños y salvan algunas de sus escasas propiedades

Se organiza el desalojo de las colonias San Juanico, Unidad CTM, Cerro Gordo, Caracoles, Constitución de 1917, éxodo (cerca de 300 mil personas abandonan sus hogares). El gobierno federal y el del Estado de México movilizan todos sus recursos. patrullas, ambulancias, camiones de la Ruta 100, médicos, enfermeros. El ejército y la policía atienden los congestionamientos de tránsito. Se cierra la carretera México-Laredo a la circulación, de los Indios Verdes a Ecatepec, y sólo se permite el paso a unidades de rescate, bomberos y policías

Se habilitan todas las camas disponibles en los centros médicos y, al colmarse el cupo, se improvisan hospitales en albergues, escuelas, casas y en la antigua Basílica de Guadalupe Surge de inmediato la ayuda del pueblo (de la sociedad civil) cuyo fondo visual a lo largo del día es la enseñanza profesional y humana de bomberos, médicos, socorristas, trabajadores voluntarios Aparece una red de convoyes de ayuda. La gente compra en los almacenes, para regalarlos de inmediato, pañales, biberones, cobijas, leche en polvo. En casas y restaurantes se hierven miles de litros de agua para los pequeños. Se juntan cerros de ropa, zapatos y medicamentos En autos particulares y en taxis se llevan a los sitios señalados dinero, comida, abrigos, suéteres, sacos, chamarras, pantalones, sueros. Los vendedores ambulantes regalan su mercancía: juguetes, tamales Es enorme la contribución en efectivo. En casas y departamentos se atiende a los damnificados.

Centenares de médicos, enfermeras y monjas, se presentan en los albergues. Gente muy pobre regala sus anafres para hacer café y sopa. Todas las organizaciones (sindicales, partidarias, religiosas, civiles) prometen y dan ayuda. Como nunca, de todas partes, se envía expresiones de simpatía y ayuda concreta. En el albergue instalado en el Politécnico, se atiende durante el día a 18 mil personas, y sobran víveres. Movilizados por la televisión y la radio —la información de Televisa fue muy importante; modesta, la de los canales oficiales 13 y 11— millones de individuos se apropian emotivamente de la tragedia, se enteran de sus proporciones, se afligen y desean cooperar. La *solidaridad*, el término tan prodigado en relación a San Juanico, es fenómeno genuino, espontáneo, conmovedor, una respuesta inesperada para quienes veían (veíamos) en la crisis económica al gran potenciador del egoísmo. Luego, algunos afirmarán que se trata de una “solidaridad manipulada” por Televisa. Nada más falso. En su concreción inesperada y admirable, la solidaridad no fue el encuentro de la cursilería y el autoelogio nacional que, adulonamente, quisieron fijar funcionarios y comentaristas. Fue algo más sobrio y sencillo: la preocupación por *seres como uno*, la necesidad de corresponsabilizarse por la tragedia, de igualarse con las víctimas a través de actos de amor anónimo.

Entrevistados los donadores de sangre repetían, casi sin variantes, la misma frase. “Son nuestros hermanos y hay que hacer algo por ellos”. Hay antecedentes de esta generosidad infalsificable (uno notorio, la ayuda a las víctimas del terremoto de Managua) pero jamás, en las décadas últimas, se habían mostrado a tal punto, en potencia y acto, la compasión y el desprendimiento que, de entrada, renuncia a cualquier gratitud o reconocimiento; fue, si se quiere, la solidaridad del pueblo consigo mismo, un esfuerzo democratizador desde abajo. Quienes ayudaron —arriesgando su vida en la zona del desastre, dando dinero y objetos, asistiendo a las víctimas en los refugios improvisados, llevando a sus casas a los prófugos de la explosión— sabían muy bien, aunque no lo verbalizaran, que ejercían sus derechos humanos y civiles, y hacían suyo ese pacto nacional que por lo común ignoraban.

En este orden de cosas, no tiene el menor sentido la tesis de la manipulación, que sólo reitera, con frases “comunicológicas”, la vieja idea del “pueblo de borregos”. ¿Qué argumentos más persuasivos

que los contemplados en la televisión, los testimonios oídos en la radio, los ríos humanos desgajándose desde los cerros, en harapos, sangrantes, con miradas de extravío y temor? No niegan tampoco la existencia de una hazaña popular los cientos de policías o civiles que entraron a las casas abandonadas para llevarse aparatos eléctricos, ropa, pequeños muebles. Interrogados por los reporteros de Televisa —jueces providenciales del Gran milenio— los ladrones no conseguían armar justificación alguna. Con los objetos robados en la mano, estos “buitres” o “aves de rapiña”, lo confesaban todo desde el aspecto: en su mayoría, actuaron por hambre, por necesidades perentorias.

Será el abuso retórico desde el día mismo de la tragedia, lo que distorsione la presencia de la solidaridad. En pos de una explicación general, los funcionarios ven en la consecuencia a la causa: “El accidente probó la magnífica solidaridad del pueblo. Somos un país unido en lo esencial”. Si algo, “el accidente” prueba, es la falta de solidaridad que norma la vida nacional, el desdén ante la vida humana, la desunión esencial. La repetición de la fórmula “San Juanico y la solidaridad” identifica publicitariamente ambos términos y oculta, de modo creciente, un impulso extraordinario.

## La nueva Aztlán

Todos lo sabían pero nadie lo creía. Pese a lo dicho en contrario en los primeros días, el poblado de San Juan Ixhuatepec o San Juanico ya existía en 1961, cuando Pemex inicia la construcción de la planta almacenadora y distribuidora de gas. Según el reportaje de Cabildo, Campa y Hernández (*Proceso*, 421), su historia es la típica de la expansión del Estado de México, la depredación habitual: una ampliación urbano-ejidal de 1925 la sucede, en los sesenta, el crecimiento desenfrenado, producto de la necesidad de vivir lo más cerca que se pueda del Gran Surtidor de Empleo, la capital. Las 300 hectáreas de la zona, propiedad de ejidatarios (que emigran) y de latifundistas urbanos, reciben a oleadas de “paracaidistas”, muy probablemente dirigidos, el gobierno federal expropia los terrenos ejidales, y los latifundistas (Rosa Morales, Eduviges Soriano y Mesa Rum) fraccio-

nan y venden sus terrenos con óptimas ganancias. La estrategia atribuida a Carlos Hank González (“Adquiere grandes extensiones a bajísimos precios, aguarda, deja que te invadan una parte, haz que el gobierno que es también tu socio te compre a precios altísimos la zona invadida, y fracciona el resto”) se aplica en San Juanico con leves variantes. En 1977, se inicia la regularización de la tenencia de la tierra y esto, aunado a la prestación de servicios, intensifica los asentamientos. A principios de 1984, según el censo de Tlalnepantla, la zona de Juan Ixhuatepec cuenta con una población fija de 45 mil habitantes y una población flotante de otros 25 mil. Estos datos son seguramente muy moderados.

Las imágenes captadas por los camarógrafos de televisión que recorrieron en helicóptero las zonas contiguas al desastre, corroboran lo evidente: en todo el Cinturón Conurbano ha sido muy rentable “la falta de previsión” de los gobernantes que, por lo común, han aprovechado la expansión inevitable (los inmigrantes “votan con los pies” y le confieren a sus “hacinamientos monstruosos” la racionalidad de la sobrevivencia) y han desprendido de allí fortunas o, en el caso paradigmático de Carlos Hank, imperios económicos. Como los de Ecatepec o Ciudad Nezahualcóyotl, los habitantes de San Juanico llegaron a su destino por rumores o avisos de parentela, se instalaron lo más cerca que pudieron de la frontera del empleo (la Tercera Frontera de México) en casas de cartón al principio y luego de materiales baratos, y lucharon dificultosamente por agua, luz, drenaje, pavimentación, escuelas, transportes, atención médica. Son la-Suburbia-a-su-pesar, quienes viajan dos o tres horas diarias para arribar al sitio de la chamba y de regreso, quienes viven rodeados de automóviles de segunda mano, de refrigeradores usados, mobiliario chafa, promesas de aumentos de salario, ilusiones postergables sobre el porvenir de los hijos. Equidistantes, los administradores públicos (hasta hace muy poco, funcionarios-fraccionadores, y funcionarios-empresarios) lucran y usan el tiempo público de su mandato en obras costosas y no siempre útiles, posposición de problemas y autoexaltación. No hay de otra, la tradición es la imposibilidad de cualquier proyecto democrático de crecimiento urbano. “No hay forma, unos vencen las circunstancias, la incontinencia demográfica”. Cada resignación engendra la siguiente.



## La bomba de tiempo

Por una u otra razón, en la información sobre San Juanico, tan colmada de entusiasmos “ante la solidaridad, que borraba todo lo demás” se omitieron hechos básicos.

- La concentración en la zona, que contravenía medidas expresas, de empresas gaseras. Unigas, Velagas, Gas y Servicio, Bello Gas, Gas Metropolitano y Gasomático, que proporcionaban más del 40 por ciento del suministro al Distrito Federal.
- La violación por parte de Pemex del Instructivo para la Proyección y Ejecución de Obras e Instalaciones Relativas a Plantas de Almacenamiento de Gas Licuado de Petróleo, de la Ley del Petróleo, que señala en el artículo tercero:

Las plantas de almacenamiento se ubicarán fuera de las zonas residenciales y lugares densamente poblados o construidos. Su ubicación requerirá aprobación previa de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Las construcciones colindantes deberán estar libres de riesgos probables para la seguridad de las plantas y no se permitirá que en ellos se establezcan estos riesgos (publicado en el *Diario Oficial*, 21 de diciembre de 1970)

- La irresponsabilidad ante las denuncias constantes sobre las condiciones de seguridad en San Juanico. El 22 de agosto de 1984, un incendio obligó a la gente a salir todo el día de sus casas. El señor Antonio Noriega le contó al periodista Barceló: “Dijeron que se habían quemado unas caja de madera y unas tablas, pero la verdad es que algo andaba mal porque también tronó muy feo todo, aunque no como en esta ocasión. Y luego, desde ocho días antes de esta tragedia, empezó entre la gente el escándalo del gas, porque el mechero despedía llamas para todas partes y la lumbre se hacía bolsas arriba. Protestamos y algunas personas dijeron que no había falla en las instalaciones, sino que se trataba de descuidos, porque los empleados de seguridad de Pemex se emborrachaban en horas de trabajo”.

- La indiferencia ante las denuncias de técnicos falta de mantenimiento y fatiga en las tuberías de Pemex; altos riesgos por la cercanía del consorcio gasero, en contravención de las disposiciones de la Secretaría de Industria y Comercio
- El grave peligro de una toma sin medidor que conectaba directamente al área de bombas de la planta de Pemex con las instalaciones de Unigas. Esto es parte de la intensa corrupción que desde el gobierno de Miguel Alemán, se genera con la entrega de gasolinerías a políticos, artistas, ex funcionarios y funcionarios de Pemex, y la concesión del gas a particulares, con el argumento de que era incosteable. Denuncia el señor Salvador Hernández (*Proceso*, 421), quien trabajó 17 años en la planta de San Juanico.

En el fondo, para nosotros, hubo corrupción. Tenemos conocimiento, es un secreto a voces entre los trabajadores, que existe una línea derivada, simulando la purga a uno de los drenajes, que va a comunicar con el río de los Remedios. Pero esa línea tiene por un lado lo que se conoce como un “By Pass” (paso paralelo), supuestamente para utilizarse cuando se bloqueara el medidor. Por la noche, se cerraba una llave para abrir la otra y dar paso al gas que llenaba los tanques de las compañías gaseras sin registrar a Pemex. Esto lo pusimos en conocimiento de la policía de Protección y Seguridad de Pemex el año pasado y no sabemos en qué paró todo

- Según los vecinos, en días anteriores a la tragedia, el olor de gas era más penetrante que el habitual, y el gas, al salir producía un zumbido similar al de los jets. También, el fuego del quemador, conocido como “mehón”, lanzaba llamas calificadas de anormales (E. Barceló), y horas antes del desastre, cundieron los signos de peligro.
- Un testimonio insospechable; el secretario general del Sindicato de Trabajadores Petroleros, Salvador Barragán Camacho declara: “Desde hace años, el sindicato ha demandado que se haga una revisión general de todas las instalaciones de Petróleos Mexicanos para garantizar las medidas de seguridad. Las instalaciones están

deterioradas o son deficientes. . Son muchos los 18 de marzo que el Sindicato ha reiterado que se hagan revisiones a fondo para evitar siniestros como el ocurrido el 19 de noviembre” (el senador Barragán se desdijo dos días después, felicitando a Pemex).

A juzgar por los testimonios (no refutados), un sector considerable de los habitantes de la zona, y de San Juanico en particular, estaban conscientes del riesgo que corrían, y sin embargo no abandonaban el sitio no tanto por fe en las declaraciones del gobierno, sino por la desesperación tranquila, y, con frecuencia sonriente, que engendra la falta de alternativas. Enterados inevitablemente de su situación, no se quedaron allí por inconsciencia machista, sino por la primera seguridad de la sobrevivencia: el hogar propio. Como millones de mexicanos a lo largo del país (por condiciones laborales o habitacionales), veían en la contigüidad del peligro otra de las condiciones de la pobreza, y usaron a modo de compensación psicológica la fe implícita o explícita en su buena suerte. Fueron presas de la falta de opciones (¿a dónde ir que no haya problemas?), de la mala fe de fraccionadores, del descuido de expertos de Pemex y autoridades locales y estatales... y de la desinformación: ¿qué resonancia nacional han tenido los otros desastres humanos causados por errores operativos de Pemex? ¿Qué datos confiables había (y hay) sobre los cientos de kilómetros de gasoducto que atraviesan la Ciudad de México, con tuberías en pésimo estado, instaladas hace 30 o 40 años?

### Los poderes de Televisa

El día de la tragedia se reiteraron los usos ilimitados de la televisión y —lo que no es lo mismo— la eficacia de Televisa cuando sólo está parcialmente al servicio de sus fines habituales. El espectador se ha acostumbrado a ver en el modelo de Televisa el sentido genuino de la televisión, y de esa identificación tan vigorosa Televisa desprende estilos arrogantes, y seguridades de que lo dicho desde la pantalla es la verdad estricta. Cuentan con una certeza: la propuesta única de verdad es la verdad única, en mundos sin alternativas. Por si a alguien le

puede interesar, se probó que la mayor fuerza del monopolio deriva, en primera instancia, de esa confusión entre *medio electrónico y uso comercial del medio*, y luego, de la creencia en el maniobreo gubernamental en materia informativa (parte del recelo generalizado hacia lo estatal). Con increíble torpeza, en el Canal 13 se minimizó la tragedia en las primeras horas y se responsabilizó a Unigas, mientras se procuraba hacer pasar por dolido aturdimiento su pobreza de recursos técnicos y humanos. En este panorama, Televisa, fue, sin objeciones, el centro coordinador de la información y un vehículo muy importante de la solidaridad.

¿Qué es lo confiable? En el ámbito de los medios electrónicos, lo más frecuente, lo institucionalizado por la repetición. La condición “hogareña” de los locutores, su integración forzada al ámbito casero, fue un factor que contrastó con la lejanía y la falta de rostro público de la mayoría de los funcionarios que, por lo demás, malgastaron casi todas sus intervenciones telefónicas y sus declaraciones en el autobombo gubernamental, y en anticipar la gratitud popular. O, en los casos extremos, en el regaño y la incomodidad contenida a duras penas. Así, memorablemente, el director de Pemex, Mario Ramón Beteta, a la pregunta de si Pemex indemnizaría a las víctimas, repuso: “Si de indemnización se habla, ojalá a nosotros también nos toque”. Solemne, el gobernador del Estado de México, se enfadó con la prensa, le exigió rigor y freno al amarillismo para que ya no difundieran irresponsablemente la cifra (de 60 muertos!), ¿qué se pretendía?, ¿allegarle a Pemex despensas y ropas? ¿Medir cuantitativamente el desastre?, ¿suavizar el pánico rebajando las cifras?

Sin espacio propio (sin considerar, de hecho, al Canal 13 como algo que les perteneciera), funcionarios y líderes sindicales le rindieron cuentas a los locutores Guillermo Ochoa y Jacobo Zabłudovsky, usaron a Televisa como tribuna y confesionario e hicieron esfuerzos casi siempre patéticos para disimular su nerviosismo (acostumbrados a la docilidad del manejo de prensa, y no a la inmediatez de la televisión en instantes críticos)

Mientras, los espectadores hablaban para ofrecer ayuda, aportaban datos, veían a la solidaridad convertirse en un espectáculo paralelo al de las implacables imágenes mortuarias.

Para comunicarse con las masas, los funcionarios sólo confían en la televisión, para enfrentarse a la televisión los funcionarios sólo disponen de consejos mal retenidos sobre la serenidad y la seriedad.

## El duelo

Cinco horas después de la explosión inicial arriban al Centro Cívico de Tlupetlac, Estado de México, los primeros cadáveres, mutilados y desfigurados, que se registran como desconocidos. Desde ese momento, una preocupación oficial es filtrar a cuentagotas la dimensión de la catástrofe. A mediodía, se habla de 80 muertos. En la noche, se reconocen 100 o 150. Sin embargo, los periódicos de la tarde abundan en cifras mucho más dramáticas. Uno de ellos dio cuenta del hallazgo de cerca de 400 cadáveres de obreros y trabajadores de la Planta de Distribución de Productos Refinados y de Unigas (posteriormente, se negó el hecho). A lo largo de una semana continuó el forcejeo y, a la postre, se admitieron cifras: 500 muertos; 2 000 heridos, 10 000 damnificados; 1 500 casas destruidas. Los vecinos de San Juanico y de los alrededores han insistido en que estas cifras son un escamoteo fúnebre. ¿Quién contabilizó?, ¿en cuántas ocasiones no metieron en féretros tres o cuatro restos humanos?, ¿quién llevó el registro de los desaparecidos?, ¿cuántos se desintegraron sin dejar literalmente huella? Los vecinos calculan unos 2 000 muertos por lo menos. Su palabra contra la de las autoridades, las agencias del Ministerio Público de Tlalnepantla, Ecatepec y Xalostoc.

El 20 de noviembre se amplía a marchas forzadas el cementerio en las faldas de un cerro en la colonia Caracoles. Rubén Martí describe el traslado en ambulancias, carrozas y camiones de Redilas. Una manta. "Exigimos la verdad en el número de muertos. No más mentiras". Pocos familiares de las víctimas. A la mayoría se les inhuma sin identificación (sólo 16 de los 296 sepultados son reconocidos). El entierro se apresura porque las autoridades sanitarias temen una epidemia, por el estado de descomposición de los restos. Un sacerdote ciego preside los oficios. No hay funcionarios presentes, ni siquiera los municipales. Los voluntarios cargan los ataúdes y cuando el bulldozer que

abrió las zanjas se dispone a cubrirlas, solicitan ser los sepultureros. Sobre los féretros se depositan capas de cal y argamasa, para prevenir brotes infecciosos. El entierro dura hora y media. Son 300 mil personas en la valla fúnebre a lo largo de Ecatepec, y 5 mil los asistentes en el panteón.

## La responsabilidad

El primer día, el culpable es otro. El director de Pemex responsabiliza a la empresa Unigas. El vocero oficial de Pemex, Salvador del Río afirma: "La terminal de almacenamiento de Ixhuatepec operaba sin ningún contratiempo hasta el momento del incendio, de lo que se infiere que el fuego se inició en el exterior". El primer comunicado de prensa de Pemex es categórico. "El fuego se comunicó a la planta desde un área vecina. La prueba es que el bombeo de los ductos hasta la planta de Ixhuatepec se mantuvo a su nivel normal hasta las 6:40 del lunes 19, posteriormente a que se recibió el reporte de la explosión. Ello indica que la operación de la planta era la adecuada". El secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal, Francisco Labastida, descarta que el incendio se iniciase en Pemex y precisa que fue en Unigas. Luego informa: no se reconstruirá la planta de San Juan Ixhuatepec y en su lugar se construiría un parque de recreo, se cuidará ya el respeto escrupuloso a las nuevas medidas de seguridad.

Hay promesas de inmediato. 4 000 millones de pesos a un plan de financiamiento para la reconstrucción de casas dañadas (cortesía del Fondo de solidaridad de los Trabajadores); 600 casas en un nuevo fraccionamiento; seguridades de restitución del patrimonio. Hay altruismo. del 19 de noviembre al 14 de diciembre, las donaciones de instituciones públicas y privadas ascienden a 648 millones, 600.00 pesos (En febrero de 1985, el total es de 750 millones.) Y hay el deseo de aplazar el dictamen. El 22 de noviembre, el licenciado Beteta asegura: "Es imposible conocer las causas de la explosión y en dónde se originó". El 18 de diciembre, ante el presidente Miguel de la Madrid, asume en nombre de Pemex la responsabilidad moral. Luego, casi sorpresivamente, la rendición. El 27 de diciembre, Pemex acepta

el informe de la Dirección de Servicios Periciales de la Procuraduría General de la República, según el cual el siniestro se origina en una fuga masiva de gas en el sector de tanques horizontales de las instalaciones de Pemex. Recapitula el dictamen, luego de señalar su condición de fruto de una indagación exhaustiva.

Hubo un estallido como consecuencia de la fuga de gas, que presumiblemente tuvo su punto de ignición en un quemador de la planta de Pemex, en donde posteriormente ocurrieron explosiones de tanques y otros artefactos.

Concluye la Dirección de Servicios Periciales: Pemex deberá entregar a las autoridades la cantidad necesaria para efectuar los resarcimientos por daños materiales en los bienes, y cubrir indemnizaciones en daños personales. Contrito el ánimo, Pemex anuncia el pago del 2 al 22 de enero de 1985. La primera cifra probable. 500 millones de pesos. Después, los damnificados exigen tres mil millones.

## El “accidente”

Por más que todavía se repita, nunca se justificó el uso del término *accidente*, aplicado al desastre de San Juanico. Lo contrario de *accidente* no es por fuerza *sabotaje*, sino negligencia institucional, lo que se aclara si recurrimos a una definición clásica: “Accidente: suceso eventual que altera el orden de las cosas”. El orden de las cosas en San Juan Ixhuatepec (descuido, corrupciones mayores o menores, olvido programado de las condiciones de seguridad, desatención de las protestas, jactancia que considera imposibles los percances de consideración, fe en el círculo protector de las inercias) no se alteró, sólo alcanzó su culminación dramática y allí encajó perfectamente la catástrofe.

En materia de seguridad pública, son muchos años de permitido todo, con la certidumbre de que “nada” (de que nada les pasa a quienes, desde sus resguardos privilegiados, lo permiten todo).. *Aquí hay un poblacho. ¿Instalamos la planta?* Seguro, nunca se quejan y por si lo hicieran les enumeramos los beneficios: posible empleo para sus hijos, clientela para los pequeños comercios, mayores facilidades de transporte. *Aquí vienen más y más precaristas y prófugos del campo. ¿Los corre-*

*mos? ¿Para qué?* La incontinencia sexual del ocio aniquila cualquier control, vendrán otros, nunca le temen a nada, lo peor ya les pasó y, además, aquí no hay peligro, no nos haremos mala sangre si unos necios deciden jugársela. Si les advertimos del riesgo, crece la alarma. Si crece la alarma, habrá que revisar equipos y modificar sistemas. Si a resultas de la revisión, se decide adquirir equipos nuevos, no nos tocarán a nosotros los porcentajes. Así que allá ellos

Y el superintendente se encoge de hombros, y el perito sonríe, y el alto empleado piensa en su ascenso, y el representante del Estado de México firma, y los superiores aprueban, sin saber y sin desconocer, ya montada la mecánica del desdén, la impunidad y sordera (entre las revelaciones de San Juanico, figuran tres actas de la Comisión Mixta de Seguridad Industrial, del 17 de septiembre, 5 de octubre de las instalaciones de Pemex, el descuido en el mantenimiento, las válvulas de hidrantes que no sellan, la falta de iluminación, el material dañado, las mangueras y acopladoras en mal estado, la urgencia de retirar pasto y basura ..).

¿Qué tan persuasivas resultan las campañas ecológicas? No mucho mientras se anuncie que los peligros se remiten al año 2000, o recaen sobre contingentes populares y generaciones venideras. Desde hace una década por lo menos, grupos de profesionales, científicos, intelectuales, periodistas, han señalado el atropello ecológico y humano que comportan las operaciones de Pemex, lagos y océanos contaminados, desaparición de especies marítimas y selváticas, violación de derechos campesinos, grave envenenamiento de la atmósfera. La respuesta implícita rinde culto al progreso "Quien quiera vivir en una nación moderna, que no llore por la contaminación ambiental. Fíjense en Tokio y en los Ángeles. Comemos del petróleo, no de los rezos ecológicos". De vez en cuando, los administradores se dan por enterados de las denuncias de grupos o comunidades, se irritan ante "las falsedades y calumnias", prueban con cifras recién hehecitas que la contaminación en México es inferior a la de Nueva Guinea, y se deleitan con la publicidad de aquietamiento cívico que termina, subterráneamente, nutriendo el humor "alivianado". Lo verde es vida.

Casi siempre, un silencio que en sí mismo es una mentira. En esto, ni Pemex ni el complejo industrial se apartan del hábito más profun-



do de la sucesión de regímenes “de la Revolución Mexicana”· el rechazo de la autocrítica, asociada siempre a la confesión de debilidad. A la letra, el silogismo dice: gobernar es jamás compartir el mando, actuar por presión de la crítica es compartir el mando; ergo, quien incurre en la autocrítica está dejando de gobernar. Mejor, negar la evidencia de los hechos y, si la rectificación es inevitable, proceder como si a nadie se le hubiese ocurrido antes. “El gobierno, preocupado por el bienestar nacional, ha decidido .”.

Al ser, en esta cultura, incompatible la autocrítica con *la dignidad del poder*, quedan a mano diversos recursos. El predilecto es “la conspiración al servicio de intereses inconfesables” Si éste no es posible, la culpabilización de las circunstancias internacionales, las acusaciones implícitas al retrato brumoso y exacto del Sistema, los funcionarios menores, que para dejar o no dejar de serlo, deben vivir en continua alabanza de sus superiores. “Consciente del drama que enluta a muchos hogares, el Señor Regente ordenó...”, “Debido a las rápidas disposiciones de la administración federal, se ha conseguido. ” No hay límite a la tendencia a extraer dividendos de la tragedia. Transcurridas las primeras horas, el elogio a los contribuyentes. “Esta deslumbrante muestra de solidaridad nos llena de orgullo a los mexicanos”. Controlada la situación, las promesas de seguridad. “Se protegerá la ciudadanía... Se investigará a fondo” Hay actos de “realismo mágico”· la última imagen de un programa sobre la rehabilitación de San Juanico, es mi pergamino que dice. “Los habitantes de San Juanico le dan las gracias al Señor Presidente de la República”. Hay intercambio de discreciones: el cacique del sindicato petrolero, Joaquín Hernández Galicia, entona el himno de la concordia: “Aunque nos costase la vida podríamos cobrar las agresiones aprovechando la gran tragedia de San Juan Ixhuatepec, donde también murieron petroleros; pero no, en el gremio hay hombres, hay amigos y gente leal que ante el siniestro nos unimos con Pemex para enfrentar la tragedia y el dolor” Hay satisfacción ante la abundancia desde el mismo 19 de noviembre y el delegado de la Gustavo A. Madero se solaza “Tal generosidad y voluntad expresadas (de los donativos) han satisfecho con excesos las necesidades de las personas damnificadas” Hay la joya declarativa: el director de Prevención y Control de la Contami-

nación Atmosférica del DDF, Enrique Riva Palacio, se ufana: “En San Juanico se pondrá en marcha un programa de amortiguamiento visual” (modo sencillo de referirse al jardín que sustituiría a la planta de Pemex).

No hicieron mayor falta los resultados de la investigación oficial. Lo fundamental lo dan a conocer durante tres días las imágenes reiteradas en los periódicos y la televisión. Al permitírsele a “la mancha urbana” (elefante sustituto de “la lepra de la pobreza”) atrapar y ceñir a las instalaciones de Pemex y de las empresas gaseras, se propició la tragedia a un plazo indeterminado. La frase de Keynes (“A largo plazo todos estaremos muertos”) se sustituye ritualmente. “A largo plazo ya no estará aquí el funcionario que aprobó el asentamiento”. Tan brutal “falta de previsión” obligaba a una apreciación detallada de lo sucedido, así no sea muy realista esperar de un gobierno (de cualquier gobierno) que le conceda puntos a la oposición. Pero ante cámaras y micrófonos, el Estado sólo reconoce la posesión de la verdad y de la solución del problema. “lo fundamental para nosotros no es tanto encontrar quién fue el responsable, sino ayudar a los damnificados”. Hallar *responsable* sería proclamar el fracaso de una política que es en rigor un gajo de la historia del capitalismo industrial y de su creación salvaje de ruinas acechadas por el “ejército industrial de reserva”

Pasados los días de rescate y duelo, no disminuye en lo más mínimo el triunfalismo del discurso oficial, no se reconocen errores (que en la lógica capitalista no lo son tanto; más bien “percances en el proceso de abaratamiento de costos”), ni se replantea en forma alguna el endiosamiento del progreso de cualquier costo, el proyecto que ha querido agotar en tres generaciones todos los recursos del país. Este es el fondo del debate: para el Estado, lo de San Juanico es “anécdota dolorosa”, algo que no debió ocurrir, pero que no se transforma en objeción significativa a sus planes de desarrollo. Sincera o rígidamente actuada, la aflicción estatal nada tuvo que ver con la reconsideración de una política, sino con los inconvenientes que a esa política le provocan “anécdotas dolorosas”. Por eso, no sé si Enrique Krauze tiene razón cuando señala la “insensibilidad moral” del Estado al no suspender el desfile deportivo del 20 de noviembre y al no igualar si-

quiera la conducta del ayuntamiento de Madrid, que puso la bandera española a media asta en señal de duelo por el desastre industrial mexicano. En todo caso, considero una equivocación mayor del Estado no aceptar en la tragedia del 19 de noviembre más causa o antecedente que la tragedia misma.

### **Producción alemanista**

En la indiferencia por la vida humana se ha fundado el capitalismo que padecemos. El hacinamiento con-diversión-a-horas-fijas en su “ilusión de libertad” para las masas, y su meta es la explotación veloz, exhaustiva, de lo que esté a su alcance (la iniciativa privada resumió su filosofía en una consigna, transmitida a la mentalidad estatal. “Todo el dinero y pronto”. Sólo las cuentas bancarias son logros impecables. Por eso, la corrupción gubernamental en este siglo le debe más al contagio de la prisa adquisitiva de industriales y empresarios que a las concepciones del patrimonialismo). Con tal de darle libre curso a su ánimo voraz, el capitalismo mexicano rindió tributo verbal a la Eficacia y la Productividad y, en la práctica, promovió la ineficacia y la improvisación laboral, no por resignarse ante el inalcanzable desarrollo tecnológico, sino como estrategia de fraude. El pretexto resultó irresistible para un número de industriales mucho mayor del que se admite: si la renovación tecnológica adecuada es tan cara y está tan fuera de nuestras posibilidades, hagamos de nuestras limitaciones otra fuente de riqueza. Bienvenidas entonces la indiferencia ante las normas de calidad, y la intensificación de la fatiga y de las pésimas condiciones de seguridad de los trabajadores. *Producir mucho* ha sido la frase con traducción simultánea: “producir a como dé lugar, como salga, engañando al fisco, empleando materiales deleznable y al costo humano que sea preciso”. (La generalización es válida, porque la suma de las excepciones no nulifica el criterio general).

En tal ánimo depredatorio se engendra, masivamente, la famosa “irresponsabilidad”, a la que algunos atribuyen los desastres industriales (“El trabajador se descuidó.. El operador está borracho”). Pero la *irresponsabilidad* alentada por el capitalismo no es falla caracterológica

del mexicano, sino un programa a gran escala que incluye la burla a las exigencias mínimas de consumidores y usuarios, el rechazo a cualquier capacitación laboral y la identificación entre “mano de obra no calificada” y “rasgos idiosincrásicos”. Es el ámbito del caos rigurosamente aprovechado, de la santificación de ineptitudes que garantiza el éxito de la campaña ideológica y cultural donde, fatalistamente, El mexicano (categoría inventada para su mejor estudio y aprovechamiento) es siempre una criatura de la irresponsabilidad.

## Politización de la tragedia

Los damnificados

En respuesta a las críticas, un ideólogo del PRI se negó a “revestir con signos políticos el intenso dolor humano colectivo” Si hay un dolor que no admite politización, es también *uso político* de la desgracia aislarla, considerarla un hecho sin antecedentes ni consecuencias, y olvidarse de la que quizás sea su causa general más destacada: la conversión de Pemex de industria básica en *razón de ser* del presupuesto federal, ante la cual todas las demás consideraciones resultan secundarias Pemex es primero, y esto explica en gran medida porqué pese al ministerio de Estado contado ya en esta palabra, la ecología es, en lo básico, asunto ajeno a los programas de gobierno. *Escojan: o Pemex o el cuidado de la ecología. ¿O les gustaría disfrutar de un aire purísimo pero en chozas y cavernas?* Y si tanto les preocupa, un consejo sardónico: adiestren a sus hijos para que construyan la democracia con escafandras y bajo tierra (el oxígeno, entre los elementos de la nostalgia de los años cuarenta).

El de México es, en todo lo que no se relaciona con la vigilante conservación del poder, un-Estado-a-corto-plazo. todo se programa de aquí a la erosión de estas tierras, de aquí a la designación del nuevo gobernador o del nuevo jefe de oficina, de aquí a la desaparición de estos bosques, de aquí al próximo sexenio, cuando a otros les toque oír erráticamente las protestas Y el-Estado-a-corto-plazo sólo se atiene a sus realidades más estrictas, la fe en las fuerzas públicas y en el

suministro económico de Pemex, los elementos que neutralizan o minimizan las “bombas de tiempo” que cada administración le entrega a la siguiente. Y en el caso de San Juanico tal jerarquización estricta obliga a una “práctica de ocultamiento”. hacer que el hecho transite paulatinamente de tragedia industrial de la nación a drama de pueblo.

En el ocultamiento, la ayuda a los damnificados desempeñó un papel fundamental. Transcurrida la solidaridad espontánea, sobreviene el control institucional de las donaciones con su folklor urbano inevitable: el Canal 13 subasta, por ejemplo, la ropa que usó Héctor Suárez en *El Milusos*, el uniforme del *manager* de los Diablos Rojos, la sudadera de un entrenador de básquetbol, el anillo de la buena-suerte de un locutor. El primer día, la Secretaría de Gobernación rehúsa agradecidamente los ofrecimientos de ayuda de gobiernos extranjeros (con excepción de cinco millones de pesos que entregó el embajador de Estados Unidos), y aclara: “La solidaridad del pueblo mexicano ha excedido las necesidades de ropa, utensilios domésticos y medicina”, pero en las semanas siguientes las quejas de los damnificados matizan el panorama. La solidaridad, ¿pero en dónde está, en quiénes se ha vertido el dinero, las toneladas de alimentos, los 4 200 millones de pesos del Fondo de Solidaridad, las casas ofrecidas por el Infonavit, las licuadoras, las estufas, las vajillas, los refrigeradores, los días de sueldo de sindicatos, el importe de las ventas globales de Bimbo y Comercial Mexicana en una jornada, los festivales de solidaridad, los encuentros de box, los bazares navideños de las secretarías de Estado. Las quejas se acrecientan, pero la solución rectificadora no llega: no hay censo de los desaparecidos, no se investigan sus nombres, no se establece debidamente la lista de los damnificados

A las dos semanas del desastre, en las paredes de casas y comercios de San Juanico hay pintas: “Fuera Pemex / San Juanico igual que Hiroshima, en el desastre / Pemex asesina / Respeto a los caídos, desprecio a los culpables / Dónde está la ayuda” (*Proceso*, 423.) Listones negros, larguísimas colas para obtener víveres; atención médica, cobijas, colchones, catres. El reparto es raquítico y algunos productos de las despensas son inservibles o están echados a perder. La señora Irma Maceda le explica la situación a los reporteros Campa y Monje.

“La atención que hemos recibido es mínima. Apenas nos dan para

comer. Son puras mentiras. Si es cierto que hay suficientes alimentos y ropa, ¿por qué no la hemos visto?”. El gobierno reconoce los derechos de 153 familias cuyas viviendas fueron arrasadas. Se ofrecen casas en la colonia del Valle de Anáhuac, desde ahora colonia Nueva Solidaridad. Quienes las aceptan, en su mayoría ex arrendadores en San Juanico, las encuentran pequeñísimas, alejadas por completo del mucho más espacioso modelo rural de las autoconstrucciones de San Juanico.

La pobreza se topa con la burocracia. Promesas, papeleo, colas, frustraciones, aprendizaje de –siglas pomposas (Instituto de Acción e Integración Urbana del Gobierno del Estado, por ejemplo), búsqueda de documentos que acrediten la existencia, ofrecimientos de los que ya nadie informa al cabo de una semana. Mucho se entrega, pero lo que falta es considerable. Todavía en un mítin de febrero, se denuncian las indemnizaciones ridículas, las amenazas para impedir la presentación de nuevas demandas por reparación de daños, el hurto de dinero, y, lo último, los trapos viejos, los pares de zapatos disparejos y las migajas de los comestibles que se les dieron como toda constancia de la solidaridad (*La Jornada*, 17 de febrero de 1985).

## La organización y las represiones

Antes de la catástrofe, en San Juanico no había de hecho organización alguna de vecinos. A los tres días de la explosión, empiezan las asambleas populares. Poco a poco los vecinos se animan, discuten, quieren persuadir a los reporteros, forman comisiones para ir con las autoridades, se enfrentan a murallas burocráticas, se ven cercados por los gestores del PRI y los activistas de izquierda. Su primera exigencia es fundamental, que se informe con detalle de la ayuda recibida y que sea el pueblo quien administre los recursos.

En vez de una respuesta, mantas del PRI que proclaman el apoyo al gobierno, la gratitud impercedera. Pero ya han dejado de ser las Víctimas del Día y se han convertido en habitantes de una “zona remodelable”. Ellos argumentan hasta la exasperación en sus asambleas, y demandan la aparición de la ayuda, la rectificación del núme-

ro de muertos, las indemnizaciones justas (que no deben ser menores, por persona fallecida, de 3 millones 500 mil pesos, sin deducciones por ningún concepto), el *Carnet abierto*, con reconocimiento oficial para que con él reciban atención médica o psicológica los afectados física o moralmente por el desastre, la cirugía plástica para las personas con marcas en la cara o en el cuerpo.

El forcejeo con las autoridades se ritualiza. Un organizador de mítines es asesinado. El párroco de San Juanico es trasladado a otro sitio "por su actitud rebelde". Aislados, los vecinos ven convertirse en rezongo simbólico su exigencia de reubicación inmediata de la zona de las empresas gaseras y de las industrias peligrosas. Es inútil. Están dejando de ser noticia para volverse paisaje "pintoresco". Ahora sólo son habitantes de una colonia popular, y las autoridades les harán caso "cuando lo juzguen pertinente y en la medida en que sea justo"

*Cuadernos Políticos*, 20 de febrero de 1985.





# Tres calles y una mujer

Raúl de la Torre

Esperanza se ha levantado nerviosa hoy, y no es para menos, pues estrena empleo. Muchos sacrificios le costó ser secretaria bilingüe, pero esta mañana comienza a trabajar como tal en una compañía “Deberá llegar a las nueve en punto —le enfatizó el contador—, porque el gerente es muy delicado”.

Vecina de la colonia Guerrero desde niña, sale corriendo de su edificio antes de las ocho. El arreglo que luce resalta sus ya agradables formas, por lo que recibe un silbido de los panaderos de enfrente que le incomoda.

Los minutos empiezan a pasar en la esquina de Pedro Moreno y Reforma, donde la chica espera el *pesero*. Como todos pasan llenos, baja de la banqueta a buscar algún taxi, cuando recibe un impacto en la cabeza, al tiempo que varios hombres le gritan desde un camión de carga:

—¡Te lo mamo, mamazota!

Esperanza descubre que el golpe le sangró, por lo que saca un clínex de su bolsa y se encamina hacia la calle siguiente, Violeta, donde parecen desocuparse algunas combis (El tráfico sobre Reforma, en tanto, aumenta. Los automóviles forman una larga fila que apenas se mueve, mientras el sol de mayo se encuentra ya en todo lo alto).

Sudorosa, preocupada porque son más de las 8:15, Esperanza llega casi corriendo a la esquina. En los últimos metros ha avanzado a su paso, un volkswagen desde el que le suenan insistentemente el claxon.

Al detenerse el automóvil frente a ella, advierte que lo guía un joven de apariencia respetuosa, que le ofrece un *aventón*. Como los peseros siguen ocupados y la cabeza le empieza a doler, decide aceptar el ofrecimiento. “Si me voy al Metro hago 20 minutos a la oficina”, piensa en su angustia la muchacha

Pero el automovilista se transforma en cuanto la tiene a su lado: sin mayores trámites se estaciona en la otra calle, Mina, y comienza a besar a Esperanza, recorriéndole las piernas febrilmente

Haciendo un gran esfuerzo, ésta logra escapar, corriendo más por miedo al retardo que al galán. Son las 8:25; en su carrera todavía se le zafa un tacón, y dos estudiantes de preparatoria le gritan festivos: “¡Vas a tirar el caballo!”.

A las 8:28 ha llegado finalmente a la avenida Hidalgo, aún a tiempo de abordar el Metro. Antes de hacerlo, se sienta a arreglar el tacón, pero ahí la rabia contenida la abate, indisponiéndola para continuar su viaje.

Primero una lágrima, después otra, después un llanto a viva voz, sin importarle la gente. porque ahora deberá volver a su trabajo de mesera, en el que los clientes se sienten con derecho de agarrarle las piernas al pasar.

*unomásuno*, 28 de mayo de 1985.

# Aventuras de mi vieja llanta

Héctor A. Ramírez

Llegar al coche una húmeda mañana tal vez no tiene nada de particular, el problema es encontrarlo con tres llantas solamente. Al ver esto caí en un estado de confusión y de desesperanza que me hizo recordar a Marcuse y aquello que “el hombre administrativo vale por lo que tiene”, así, yo valía una llanta menos. Un poco más tranquilo me llené de tierra, desgarré mis ropas, grité y escupí maldiciendo a los que habían dejado mi integridad más bien desintegrada.

Sin tener otro remedio, tuve que hacer un profundo y concienzudo análisis de la situación, y las conclusiones fueron. si bien el robo de mi radio –ocurrido la semana anterior– era importante, no lo era tanto, mecánicamente hablando como el de la llanta. Mis conocimientos de ingeniería automotriz, me permitían intuir que resultaba difícil poderlo usar para ir a trabajar. Además que la refacción no servía

Quizá una de las cosas que me indignó más del asunto, fue el no encontrar siquiera los clásicos *ladrillitos* y el carro prácticamente tirado, lo cual atribuí a los altos costos de materiales de construcción

Sin otra alternativa arriesgué la vida en una combi pesera, donde por lo lento del tráfico tuve tiempo de calcular –y temblar– por lo que costearía reponer lo robado.

Ya en la oficina, después de un angustioso viaje en Metro, en pesera, di explicaciones del retraso. Todos se condolieron por la desgracia, dieron recomendaciones y consejos, pero nadie me ofreció una llanta.

Por la tarde fui a checar precios, encontré que en todas partes eran muy altos, cuando decidí regresar a donde eran más baratos, ya estaba cerrado

Desconsolado regresé a mi casa y después de revisar si el coche tenía las tres llantas que le quedaban, fui a una vulcanizadora cercana a mi casa, con Sandra y Toño, para ver si la refacción podía servir de algo

El *vulcano* estaba ocupado y mientras me atendía, eché un vistazo al lugar. Fue cuando descubrí una llanta igual a la mía con el mismo color de rín y un golpe en el lugar donde —hace un tiempo— le había dado un banquetazo, después de un rato de observarla discretamente, quedé convencido de que era la misma que hasta la noche anterior formaba parte de mi personalidad.

El primer impulso fue reclamar lo que era mío pero al comentarlo con quienes me acompañaban, pensamos que lo más conveniente era recurrir a la *justicia divina*. No tardó en pasar por ahí una patrulla y, con todo respeto solicitamos su valiosa ayuda.

¿Puede demostrar que es suya? ¿Cuánto le costó? ¿Tiene la factura? ¿Está a su nombre? ¿Se puede identificar?

—Sí, contesté (de ahora en adelante traeré los portafolios con identificaciones y facturas) —olvidelo joven dijeron, ahora, gracias a la simplificación administrativa, confiamos en su palabra.

Aquello parecía programa de televisión: cuatro patrulleros interrogando al nervioso *vulcano* que argumentaba: “yo no recibí esa llanta, fue el turno anterior y no los puedo acompañar a la delegación porque quién cuida el changarro”. Al revisar el cuerpo del delito, los policías se dieron cuenta de que éste tenía escrito cinco números —método que utilizan las vulcanizadoras para saber quién es el propietario—; cuando el empleado dijo que era el número de una patrulla que la dejó allí para ser arreglada, el desconcierto y el nerviosismo pasó al otro lado, diciendo que podría ser el número de un taxi o de un pesero. Aunque no faltó el despistado tira que se le *saló* decir además esa patrulla ni está en servicio

A partir de ese momento las cosas cambiaron; ya no querían que los acusadores y el acusado pasaran a la delegación a levantar acta,

y prometieron que si los esperábamos una hora, estaría resuelto el problema.

En menos de ese tiempo estuvieron de regreso con el dueño de la vulcanizadora que —con mucha pena— nos explicó que se trataba de un mal entendido, que su negocio era honrado y etcétera. Resulta que su hijo era el del turno anterior y no quería tener problemas.

Como muestra de mi agradecimiento de tres mil pesos para *recompensar* la ayuda de los policías, la llanta formó nuevamente parte de mi vida.

No faltó quien me dijera: “la verdad te salió barato y tuviste suerte”. Por el momento pensé lo mismo, pero después me di cuenta que no era nada afortunado pagar por algo que ya era mío.

En fin, cualquier cantidad es nada con tal de disfrutar de los hoyos de Avenida Revolución, los embotellamientos y todas las delicias y peligros que ofrece manejar en esta ciudad.

*unomásuno*, 5 de junio de 1985.



## Fin del edificio Nuevo León

Elena Poniatowska

Desgraciadamente en la mañana del día 19 de septiembre yo ya había despertado, me había bañado, rasurado y todo, y me volví a poner la pijama porque dije: voy a ver las noticias. Iba a empezar mis actividades más o menos a las 9 de la mañana y pensaba así, medio cachetonamente, ponerme a ver la tele. Estaba prendiendo mi cafetera eléctrica, iba a encender la tele cuando empezó el desastre. Al principio no me inquietó, pero sentí esta vez que la intensidad iba aumentando, que en cierta forma era rítmica, es decir que tenía una frecuencia, y pensé, esto es peligroso porque pueden entrar en resonancia dos cuerpos que vibran. ¿Cómo le diría a ustedes para explicarles mejor? Pueden entrar en resonancia las fuerzas que están actuando en un cuerpo en un momento determinado y terminan por tumbarlo. Ustedes pueden empujar y empujar una barda al mismo ritmo y aprovechan el mismo vuelo que va tomando la barda aplicándole siempre la misma fuerza en el lugar preciso hasta que la tumban. Es como si le dan vuelta a un columpio --se me ocurre ahorita-- y aprovechan el cambio de sentido para imprimirle un nuevo impulso. No es necesario que sea un sismo de mucha intensidad si su frecuencia es constante y, sobre todo, si ya está fallida su estructura. Por eso, cuando vi que era demasiado intenso el sismo, me di cuenta que era el fin, porque el Nuevo León estaba condenado desde antes. El sismo iba a echarlo abajo. Nunca se le hicieron las reparaciones que le hacían falta. Me fui al marco de la puerta de entrada de mi departamento y allí me afirmé. En ese momento empezaban a saltar los mosaicos

venecianos del cubo de la escalera, los vidrios de mi departamento volaron —señal inequívoca de que los muros se estaban flexionando para uno y otro lado— y grité desde la puerta pidiendo a mis vecinos que no trataran de utilizar las escaleras, grité, les grité que hicieran lo mismo que yo.

Lo primero que se desprende son las escaleras cuando hay un desplome. En ellas casi nunca hay posibilidad de vida. De los elevadores ni se diga. Grité y sin embargo nadie salió. Vi la puerta de mi vecina —y eso fue lo que me hizo creer que era el fin— azotándose, se había abierto, y supe que ya era el fin porque el sismo había tomado el tan temido sentido longitudinal del que les hablé.

Realmente no me asusté ni me entró temor, ni pánico, nada por el estilo. Simplemente y sencillamente estuve conforme en que era mi fin; hasta allí había yo llegado. Les había dicho en broma a mi hijo y a mis amigos que si pasaba de los 50 años, lo demás sería ganancia. Lo decía medio en serio, medio en broma, como ustedes quieran, porque así lo sentía. Los cumplí en enero de este año y me llegó el pensamiento rápidamente de: bueno, me llevé unos meses de ganancia. No perdí el sentido en ningún momento, vino el derrumbe, caí, creí que nos hundíamos con todo y cimentación, que se había abierto la tierra, que una falla en el subsuelo nos estaba tragando el edificio. Después me di cuenta que no era así; fallaron las estructuras en su parte inferior y en la planta baja, el primero, segundo y tercer piso se aplastaron como sándwich y todavía se fueron abajo hasta los sótanos a una profundidad como de 6 metros bajo el nivel del piso, de tal suerte que el cuarto piso; que debería estar a nueve y medio, a 13 y medio metros del nivel natural del suelo, vino quedando a ras del suelo. Es decir, caíamos primero en forma vertical aproximadamente entre 12 y 13 metros y luego en forma parabólica. Cuando el Nuevo León se fue hacia el estacionamiento, caíamos tal vez 16 o 18 metros o más.

El capitán Gustavo Barrera es jubilado del Ejército Mexicano. Tiene cuatro hijos. Hizo toda su carrera en el Distrito Federal. Fue cadete en el Colegio Militar de Ingenieros. Su profesión es ingeniero industrial. Mide 1.67 de estatura, es blanco, de ojos verdes y cabello castaño claro, su complexión es delgada. Atlético, es un hombre muy simpático que a todos cae bien. Solía ser —antes del sismo— el alma de



las fiestas. Desde el 19, lucha sin descanso por sus vecinos del edificio Nuevo León y por los damnificados de la ciudad

“Realmente no tengo idea de por qué estoy vivo; quedé totalmente sepultado por escombros. Permanecí con los ojos cerrados, oía yo los gritos de las personas atrapadas, pero estaba seguro de estar ya en agonía y lúcido totalmente porque jamás perdí el conocimiento. Cuando iba cayendo sentí todos los golpes que recibí en el cuerpo, no fue una caída estrepitosa, no puedo decir que fue lenta, pero sí que me iba yo deteniendo conforme se iban venciendo los pisos. Donde no me explico cómo quedé vivo fue en el azotón que nos dimos contra el estacionamiento. Esa caída no podría yo describirla porque no le puse atención, pero seguramente fue hasta cierto punto lenta, porque tuvieron que arrancarse las columnas del otro lado del edificio, es decir trabajaron en tensión; fueron cayendo poco a poco hasta que finalmente se azotaron, eso sí, en el último momento. Los que más sufrieron fueron los últimos pisos, porque creo que el duodécimo, el decimotercero y los cuartos de azotea, esos sí se azotaron contra el pavimento, a tal grado que —me di cuenta al salir una hora y cuarto después— fueron lanzados muchos cuerpos, inclusive quedaron así al descubierto.

Lo repito, mientras estuve sepultado permanecí lúcido, de hecho sentía los pies oprimidos por algo pesado, cierto dolor en el empeine del pie izquierdo, pero respiraba bien. Abrí los ojos y me di cuenta que estaba cubierto de pedazos de escombros y que caí boca arriba con los pies un poco más arriba y un poco torcido de la cintura. Todo cubierto de escombros. Me di cuenta que tenía las manos libres, lo que es las puras manos, las muñecas, entonces empecé a quitar pedazos de escombros y me fui liberando poco a poco; me encontraba en una bóveda, un trozo bastante grande de una placa de concreto me quedaba a unos 15 centímetros de la cabeza; la loza estaba milagrosamente detenida y tenía el marco, el dintel por decirlo así de la puerta lo tenía entre las piernas, lo que sería la chambrana, así la llamamos nosotros, de la puerta. Había caído en la posición en la que me había afirmado debajo de la puerta de mi departamento. Alcancé a ver —porque ya había luz— mis pies; tenía un pedazo de loza de considerable tamaño clavada en el empeine del pie izquierdo, no había he-

morragia, se me hizo bastante raro, la pierna sí la tenía. Empecé a gritarles a mis vecinos, sobre todo a una señora que gritaba muy asustada, que no gritara, que guardara fuerzas, que yo iba a liberarme e iba a ir por ayuda. Empecé a llamar a todos mis vecinos a quienes conocía de nombre y de apellido —a todos los conocía yo— que sí estaban allí, pero nadie contestaba. El único que me llegó a responder fue el licenciado Escartín, pero creí que era su papá y no él, quien estaba atrapado junto a mí porque vivía en el noveno piso, yo en el décimo. Pero eran él y su hermano quienes quedaron atrapados, vi por unas rendijas que unos pies caminaban por encima de nosotros encima de la losa y empecé a llamarle, que me ayudara pero no hacía caso, yo le gritaba, hasta que por fin le tuve que hablar en cierta forma muy familiar y no muy amistosa para que preguntara. ¿en dónde estás?

Le dije: te estoy viendo los pies, agáchate y me vas a ver

Se agachó, me vio y le dije: ayúdame. —No puedo, estás muy adentro.

No tenía muchas ganas de ayudarme a salir, le dije que estaba totalmente liberado, que sólo necesitaba que me liberara los pies; le señalé que a cinco o seis metros a la izquierda de él había un hueco bastante grande y que podía meterse por allí. Y sí, se metió. Y me vio, le hice conversación porque creí que la torre Veracruz, que es un edificio de 22 pisos frente a lo que fue el Nuevo León se nos había caído encima y se lo pregunté. Estaba yo muy calmado, muy sereno, realmente sería por mi disposición a morir o porque no tuve tiempo de asustarme o por las dos cosas, el caso es que le hice todas esas preguntas y me respondió que no, que sólo se había caído el Nuevo León de Tlatelolco. Entonces empezó a levantar la losa, a sacarla, a tirar de ella, no sé si estaba muy pesada para él o no la estró con muchas ganas, pero apenas sentí que me liberó el pie uno o dos milímetros o centímetros, sentí cierto alivio en el pie y lo estiré, es decir, lo encogí rápidamente y me herí más. Tengo un hoyo en forma de pirámide en el empeine del pie. Por fortuna ya estoy muy aliviado, en franca cicatrización, me falta poco.

Por el agujero salí arrastrándome, con los pies hacia delante. Tanto este muchacho como otro que por cierto eran los únicos que andaban

arriba de los escombros a pesar de que ya había transcurrido más de una hora, desaparecieron, no los vi de nuevo. Eran los únicos porque la gente —atontada— seguía allí, azorada, no había nadie que hiciera nada, todo el mundo se concretaba a ver al grado de que empecé a pensar —y que Dios me perdone si soy injusto— que el muchacho a quien tanto tuve que insistirle para que me ayudara no había subido a ayudar a nadie sino a ver qué se robaba. Ojalá y me equivoque. Era de la colonia de enfrente, de Peralvillo. Nunca lo he vuelto a ver. Bajé descalzo, desde luego lleno de tierra, herido por todos lados, cubierto de sangre y sobre todo, muy, muy triste. Encontré a una familia amiga, al licenciado Terán y a sus hijas, unas niñas encantadoras y a su niño, y le pregunté por su esposa, la maestra Terán, y me dijo que tenía un brazo quebrado pero que aún quedaba una de sus hijas, Alejandra, allí entre los escombros. Empecé a gritarle a todo el mundo que por favor ayudaran a nuestra gente porque había mucha gente atrapada allí, pero casi no podía caminar, los dos pies los tenía seriamente lastimados y la cadera, y en la cabeza una herida de cierta consideración, tanto que tuvieron que echarle unas costuras, lo mismo que al pie. Me llevaron a un dispensario allí cerca y después de que me atendieron de emergencia regresé porque quería entrar al rescate. Ya para entonces estaba acordonada la zona por los policías y uno de ellos me dijo. “Para qué entra, no puede usted hacer nada, anda usted en pijama, anda descalzo, está herido, vaya a que lo curen bien a bien” En mi desesperación, forcé la puerta de entrada y saqué el duplicado de las llaves del coche de un amigo mío que yo le había vendido, y en ese coche me fui a casa de mis hijas para ver si no habían sufrido algún daño. Ya andaban desesperadas buscándome. Me llevaron al Hospital Militar para que me atendieran debidamente y cuando mi hijo menor me hubo prestado alguna ropa le dije:

—Vuelvo al Nuevo León.

No podía estar lejos de él. Estaba muy afligido, muy acongojado”. (El relato del capitán Gustavo Barrera es muy completo e hizo exclamar a Carlos Monsiváis. “Por primera vez comprendo qué es lo que sucedió realmente al Nuevo León”. Esta es sólo su primera parte).

*La Jornada*, 8 de octubre de 1985.



# En terrenos del vicio

Gonzalo Valdés Medellín

Qué fumador no se ha sentido abrumado, asfixiado, necesitado de un leve, pequeño, insignificante cigarrito.

¿Quién que es desvelado crónico no ha sentido que la muerte, sí la muerte atisba por la falta de bocanadas, obligándolo a salir de su casa a ver si por casualidad la tienda de la esquina permaneció abierta para conseguir una gratificante cajetilla de .? ¿De cuáles fuma usted? ¿Quién no ha hecho a un lado todo convencionalismo, modosidad o atávica autorrepresión para emprender el viaje a las comarcas lejanas en que se localizan los benditos restaurantes de chatarra? ¿Quién no, a ver, quién no?

En un acto más que trivial llega uno a desear encender hasta dos cigarrillos al mismo tiempo, en un afán de supervivencia más que humana.

Como usted, como él, igualito que aquéllos, una madrugada en donde la dubitativa aparición del insomnio me hizo agotar la cajetilla al grado tal de casi decidirme a fumar la envoltura, crucé las fronteras nocturnas de mis días agitados y me di a la tarea de buscar —y encontrar— el puestecito más cercano, el Vips o el Sanborns más a mano, para poder respirar tranquilo, sentirme satisfecho, sereno, y regresar así a mi cama a leer las páginas policíacas de varios periódicos.

Comencé el viaje tomando el familiar rumbo de Insurgentes.

Era domingo —casi lunes ya— y la calle, extrañamente, parecía descansar con el vacío humano y automovilístico. Empero, no fue difícil que yo pensara que en esas altas horas de oscuridad la algarabía

—ciertamente hipócrita— de la locura nocturna llevaba a cabo sus escondidos menesteres. Irían a dar las dos de la mañana y algunos cuerpos reconocibles (por la obviedad de sus apariciones) empezaron a aposentarse entre la penumbra lluviosa. Supuse que serían las damas del buen vivir y del mejor dar. Pero a mí qué. Es raro —elucubré— no obstante que a veces, en determinadas horas, la avenida y sus calles contiguas se muestren vividas por las piernas desnudas y los colores chillones de esos seres traficantes de goce, provocadores de limitaciones (o bien de erdipia), y que esto se extinga en especiales recesos en que la calle aparece decente y dosificada por la soledad que entraña nostalgias y revive leyendas de muertos y apariciones (ah..., uy...), de ruido de cadenas arrastrándose por la Roma Sur, de carrozas fantasmales recorriendo las hoy depredadas calles de nuestra ciudad.

Decidí caminar hacia el Vips de Tonalá, por ahí de seguro encontraría cigarros; hay un puesto en la esquina del restaurante y, en dado caso de que el puesto se hallase cerrado, podría saciar mis ánimos de vicio —asumido, depurado por la destrucción entreverada a la ingenuidad— en la caja del Vips.

Pero yo *fumo* Salem —como toda buena bruja, diría un cuate— y sabía que en los Vips no venden esa marca. Me obligué a olvidarlo por el momento, el ansia era más fuerte y el vicio me impulsaba con incontenible firmeza.

El puestecito en la calle estaba abierto (oh, maravilla, oh dicha, oh, vida). El hombre que lo atendía, leyendo las últimas (noticias), al ver que me acerqué con obvio sigilo, dobló el periódico y me miró. Parecía dispuesto a todo, a atenderme o a darme con el fierro que tenía a su lado como prevención por si yo intentaba darle un susto —robarlo— en lugar de comprarle su mercancía. Pero no pelé al hombre, me paré frente al puesto y revisé las diversas e infinitas marcas de cigarros, dulces y botanas. Entre los cigarros: todas las marcas por mí conocidas y en ocasiones consumidas. “Salem, Salem, ¿Salem?”. Ah, ahí estaban las finiseculares y perecederas cajetillas verdes, qué respiro, qué alivio. Tomé dos cajas, mientras el hombre me observaba con su mirada turbia, afectada por el sueño y el cansancio. “Cuánto, ¿cuánto es?”, pregunté como poseído, catatónico. “Son 800 pesos”, respondió él. Saqué mi cartera y... “¿Qué, qué? ¡800 pesos! pero ¿por qué?”

“Porque de noche todo es más caro”, dijo. Como movido por un resorte respondí: “Sí, estoy de acuerdo en que los artículos de primera necesidad suben a diario, pero ¿tanto? ¡Esto es un robo!”. “Es que de madrugada suben más”, bostezó. “Ahora resulta que de noche la inflación se agudiza, ¡cómo no!”, rezongué. “Es usted un ladrón...”, me interrumpí al ver que el hombre buscaba su fierro como quien no quería la cosa. “No, no quiero nada”, determiné mal humorado al instante de retirarme.

La meditación fue mi consuelo “Lo que uno tiene que sufrir, que aguantar y padecer. Es injusto que ni en los vicios se siente uno respetado; hasta comprando tabaco le roban a uno, no es posible, ¡De noche son más caros. <sup>1</sup>

El Vips, con las puertas abiertas, las luces chillantes y el olor a comida recién preparada, impregnado el ambiente de cigarrillos milles, parecía decirme: “Ven, aquí tienes a tus cuates”. Sí, unos cuates que me salvarían del sofoco, que me venderían cigarros —aunque no fueran los que yo *fumo*— sólo por 50 pesos más de su precio normal la cajetilla. De todos modos, un robo menguado, igualmente arbitrario, pero definitivamente necesario, sobre todo cuando se pierde parte de la madrugada, no precisamente intimando con ella, gozándole o sacándole partido en lo que concierne a los excesos de la vida, sino buscando una propia bocanada del cigarro compañero, siendo fiel a la enseñanza paterna de que “si fumas que te cueste” y arriesgándose a los peligros inimaginables ya de la calle. Porque uno nunca sabe, y en México la vida cuesta menos, mucho menos que 800 o 200 pesos malganados. La tarifa allí sí —entre el hambre, la miseria, el charolazo o la patrulla— no tiene registro alguno ni escala lógica





# Juan Rulfo se llevó su secreto a la tumba. Un silencio que se hizo leyenda

Federico Campbell

Juan Rulfo murió el 7 de enero de 1986. La primera información acerca de su previsible muerte —de un cáncer pulmonar— se produjo a mediados de octubre del año pasado. Sin embargo, ninguno de sus amigos imaginó que iba a morir tan pronto.

La leyenda y la personalidad artística del autor nacido en Venustiano Carranza (antes San Gabriel), Jalisco, en 1918, y cuya obra se limitó (y se prodigó) en una novela: *Pedro Páramo*, y 17 cuentos: *El llano en llamas*, escapa a la mayor parte de los valores que con toda naturalidad se aceptan en la sociedad literaria mexicana: el ascenso social y político a través de la obra, la búsqueda de prestigio y de puestos públicos por la vía de la literatura, la urgencia de ir publicando innumerables libros en función de la cantidad más que de la calidad, las pompas fúnebres para los artistas nacionales en los recintos o las rotondas oficiales.

En un país de malditos es impresionante encontrar a un hombre bueno, y ese era Juan Rulfo —dijo el miércoles Fernando Benítez, quien solicitó al presidente Miguel de la Madrid que las cenizas de Rulfo tuvieran un sitio en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Habitante de la colonia Guadalupe Inn, en cuya calle Felipe Villanueva tenía en condominio un departamento, cerca del Instituto Nacional Indigenista en donde trabajaba como editor y del que se jubiló hace dos años (aunque aún no le pagaban su jubilación y por lo tanto debía seguir trabajando con nuevos contratos), Juan Rulfo se movía en los alrededores de Insurgentes Sur. Solía ir a la terraza de la

librería El Juglar, en Manuel M. Ponce, o al café El Ágora, en Barranca del Muerto

Una vez le dijo a uno de sus amigos, allí en la cafetería de El Ágora, que una de las mejores trasposiciones que se hicieron de *Pedro Páramo* fue la adaptación radiofónica de 1972 en Ginebra.

Con lluvia, lluvia, mucha lluvia, de fondo, y el tañido de un solo instrumento. la flauta de Frans Bruggen que tocaba *Parvane Lachymae* de Jacob van Eyck

Tal vez porque nunca se vio el rostro de Pedro Páramo —la radio, como la novela, nunca muestra la cara del personaje— Juan Rulfo sintió que la versión suiza de su texto fue la más persuasiva, cosa que no podía reconocer en las adaptaciones cinematográficas y teatrales que cometieron el error de identificar con la cara de un actor el misterio esencial escondido tras la máscara de la literatura.

—A mí me gustaría que volvieras a escribir porque a la mejor eso te haría menos infeliz —le dijo una vez uno de sus amigos.

—No, a mí me . yo sufro mucho cuando escribo

El silencio de Rulfo se fue haciendo leyenda. En los últimos 30 años de su vida, los mismos que de vida tenía *Pedro Páramo* el año pasado, no publicó una línea. Nadie supo nunca muy bien por qué. Se llevó el secreto a la tumba

Corrían especies de todo tipo “Sus amigos pensamos que desde que Juan no bebe, no escribe”, decía a veces Carlos Pellicer. “Yo creo que se le acabó la cuerda, luego de un éxito tan grande; se asustó”, comentaba otro de sus amigos. “No es cierto. Lo que pasa es que eso que se dice es cierto. que la novela se la escribieron Antonio Alatorre y Alí Chumacero en el Fondo”, repetía uno de sus enemigos escritores.

Ni siquiera su caso encaja en eso que Susan Sontag llama la “estética del silencio» porque esta opción implica, en las premisas de la Sontag (*Estilos radicales*. Ed. Muchnik; Barcelona, 1985), que el artista repudia su obra pasada. Y Rulfo nunca la negó. Los casos de Rimbaud, que se trasladó a Abisinia para enriquecerse con el tráfico de esclavos; de Wittgenstein, que renunció a la filosofía y entró a trabajar como enfermero en un hospital; de Marcel Duchamp, que abandonó los pinceles por el ajedrez, abonan la hipótesis del silencio como decisión estética. En Rulfo no se trataba de eso. Ni siquiera de eso.

—Escribo pero no tengo tiempo. Carezco del tiempo suficiente que demanda la realización de una obra —le dijo a los redactores de la revista *El Ornatormco*, de Buenos Aires, en julio de 1983, que le habían preguntado:

—¿Qué provoca que no escriba?

Y una vez en El Ágora, un sábado en la noche y en la sección de discos, cuando se instaura en el desierto nocturno de Insurgentes Sur y ya no hay clientes en la librería ni peatones en las calles, ni novias que visitar, uno de sus amigos le decía:

—A mí me gustaría que escribieras porque a lo mejor eso te haría menos infeliz.

—No a mí me... Yo sufro mucho cuando escribo, algunos años después de la salida de *Pedro Páramo* vinieron muchas fiestas, muchos cocteles, muchos amigos, muchas desveladas. Este ritmo se me fue convirtiendo en un problema y más tarde, después de una cura antialcohólica, dejé de escribir. Se me fueron las ganas.

Hablaba de la nevería Nápoles, en Guadalajara, en los años cuarenta.

—Allí íbamos los que queríamos ser escritores —contaba Rulfo y dejaba entre sus oyentes la imagen de una muchacha bellísima que se iba comiendo los bolillos de una bolsa de pan que debía llevar intacta a su casa. La joven que habría de ser más tarde su novia, su esposa, y la madre de sus hijos, se iba caminando por los rumbos de la nevería Nápoles.

Una vez, en marzo de 1981, a las tres de la mañana, Juan Rulfo le habló por teléfono a Vicente Leñero.

—Vicente —le dijo—, te he estado buscando por todas partes. Mira, Vicente, estoy muy preocupado por ese libro que van a publicar en *Proceso*. No puedo ni dormir, de veras. Mi hijo vio que lo estaban imprimiendo en una imprenta. No lo vayan a publicar, por favor.

Rulfo se refería a la recopilación de artículos que sobre él se habían publicado en la revista entre noviembre de 1979 y diciembre de 1980, especialmente los concernientes a sus declaraciones sobre los militares, y que como libro se titulaba *Rulfo en Proceso*.

El libro ya estaba impreso pero se almacenó en atención a la solicitud angustiada de Rulfo.

Sus autores son Elías Chávez, Felipe Garrido, María Esther Ibarra, Froylán M. López Narváez, Armando Ponce, Eduardo Valle Espinosa, Roberto Vizcaíno, Carlos Marín y Gabriel García Márquez.

Al iniciarse el 21 de abril de 1980 el homenaje nacional que al autor de *El llano en llamas* haría el Instituto Nacional de Bellas Artes, la revista realizó una indagación entre once narradores mexicanos sobre la obra de Rulfo un cuarto de siglo después de su creación.

En las primeras páginas Fernando Benítez y Juan Rulfo dialogan acerca de los indios muertos en México

“Los indios representan un potencial político muy pequeño pero de ningún modo desdeñable. De ese potencial se aprovechan los pillos a fin de medrar o de lograr ascensos. El cacique, el que tiene pistoleros a sueldo, el que los ha robado, el que dice tener el control sobre ellos, es el que cuenta”, dice Rulfo en *Rulfo en Proceso*, que será puesto a la venta esta semana.

“Al igual que López Velarde y Revueltas, Rulfo es una estrella polar: nos alejemos de él o nos acerquemos a él, no deja de ser un punto de referencia. Y no es lo menos misterioso que ese punto de referencia deslumbre por su literalidad. Por encima de los símbolos y las interpretaciones de todo tipo que se le atribuyen, su obra sigue empeñada en expresar sólo lo más inmediato de la realidad: a pesar del poder de la crítica, todavía no hay nadie que le haga decir a *Pedro Páramo* otra cosa que lo que literalmente dice”, opinó Jorge Aguilar Mora en la encuesta de *Proceso* del 21 de abril de 1980 y agregó:

“Era inevitable que Rulfo creara una escuela, pero tanto la novedad de su aportación como la concentración de su estilo hacían también inevitable que esa escuela no fuera sino de parodiadores poco originales. La verdadera escuela de Rulfo es el silencio. ¿Qué más queremos? Como su obra, su silencio es literal. No puede haber mejor enseñanza”

Salvador Elizondo, en cambio, pensaba:

“Yo he trabajado durante mucho tiempo con Rulfo en el Centro Mexicano de Escritores y lo conozco desde que prácticamente salió *El llano en llamas* y desde entonces tengo una polémica con él, en el sentido de que yo digo que él inventa el lenguaje y él insiste en que ese es el lenguaje que se habla normalmente en la región de los Altos

de Jalisco o en otras regiones de ese estado. Entonces me parece que su modestia es demasiada para un artista, porque es imposible que las gentes hablen naturalmente con afinación literaria tan marcada que no se nota. Yo he estado en Jalisco y nunca he oído hablar a nadie como en los cuentos de Rulfo; lo que pasa es que él trata la esencia de ese lenguaje y puede transcribirla a la escritura, que es el problema más difícil que existe, el de transcribir un habla a un lenguaje literario escrito y que conserve su condición de habla, y creo que Rulfo lo ha conseguido como nadie”.

José Agustín, Arturo Azuela, Juan García Ponce, Tomás Mojarro, Augusto Monterroso, Elena Poniatowska, María Luisa Puga y Gustavo Sáinz, ponen también en la balanza la obra de Rulfo al cabo de 25 años, y Gabriel García Márquez confiesa:

“No estoy seguro de tener influencia de Rulfo. Buena parte de mi trabajo lo escribí antes de haberlo oído. Pero no sustentaría que mi obra es mejor que la de él: creo que no he logrado igualarla”.

Sin embargo, muchos años después de la publicación de *Pedro Páramo* en 1955 algunos lectores sintieron –sin acusar de nada a García Márquez, a quien Rulfo adoraba– que “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo” de *Cien años de soledad* tenía su clave en unas líneas de *Pedro Páramo*:

“El padre Rentaría se acordaría muchos años después de la noche en que la dureza de su cama lo tuvo despierto y después lo obligó a salir”.

La lluvia abundante, incesante, eterna de *Pedro Páramo* también anegaba las páginas de *Cien años de soledad*, como un homenaje tal vez de García Márquez a los seis meses de lluvia cotidiana que se sobrellevan en la Ciudad de México, donde escribió su novela mayor.

Un mes y diecisiete días después del 30 de septiembre de 1980, cuando el presidente José López Portillo y el director del INBA, Juan José Bremen, presidieron el homenaje nacional a Rulfo, el escritor jalisciense intervino como orador en un acto dedicado en Ciudad Universitaria al líder boliviano Marcelo Quiroga Santa Cruz. Sus palabras del lunes 17 de noviembre de 1980 fueron recogidas por una

agencia noticiosa alemana y difundidas por un vespertino capitalino el martes 18. El texto leído por Rulfo —en el que se refirió a las dictaduras militares de Sudamérica y aludió a la época del caudillismo militar en la Revolución Mexicana— fue entregado por los organizadores del homenaje a Carlos Fazio, reportero de *Proceso*, que se encontraba presente allí en el auditorio Justo Sierra de la UNAM, y publicado en el semanario el 24 de noviembre de 1980. También se dio cuenta ese día en *Proceso* de la indignación que en los medios militares y en el propio presidente de la República causaron las afirmaciones de Juan Rulfo.

“Desde esa época del general Obregón, cuando inició el descazadero, él formuló una frase famosa: No hay general que resista un cañonazo de 50 mil pesos. Claro que ahora se los dan por millones, pero los tienen quietos mediante la corrupción”, había dicho Rulfo en la universidad.

Los materiales de *Rulfo en Proceso* tienen como fin mostrar en su conjunto de qué manera el gobierno y la sociedad mexicanos reaccionaron ante la obra de uno de los valores más sólidos y ejemplares de las letras mexicanas y acaso ilustrar en qué términos pueden darse en México las relaciones entre los intelectuales y el poder.

Así, en el libro se rescata la entrevista en la que Juan Rulfo se explica y se defiende, junto con una encuesta donde tres escritores y un pintor dan la cara por él: José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska, Fernando Benítez y José Luis Cuevas.

Por su parte, Froylán M. López Narváez escribió:

“No se sabe qué haya querido decir el general Téllez Martínez en el discurso que no leyó en la ceremonia de la exaltación del Ejército por JLP. Pero es de suponerse que en él podría haber dicho que los militares, soldados y jefes, trabajan, vigilan y cumplen para que los demás mexicanos también puedan decir lo que piensan o creen, sea lo que fuere”.

—Me están vigilando la casa —dijo Rulfo a uno de sus amigos en El Ágora— Hay una combi con unos tipos adentro, día y noche, sin placas.

Y contaba que días más tarde le habló Luis Javier Solana, que trabajaba en la Presidencia, y lo tranquilizó.

—No te van a hacer nada, no te preocupes. Aunque a la mejor los de la Brigada Blanca se ofrecen, son muchachos descarriados, son locos, y por querer quedar bien

—¿Voy o no voy? —preguntó Rulfo a Solana cuando éste le transmitió una invitación del presidente para que se ventilaran las cosas y se rompiera el hielo con los militares.

—Pues te vas a tener que jugar el albur —le contestó Solana.

Rulfo añadía en *El Ágora* que lo mandó llamar el general Godínez, jefe del Estado Mayor Presidencial

—Me dijo que para protegerme me mandaba a dos ayudantes. A lo mejor no me llevan a Los Pinos, sino al Campo Militar Número Uno, pensé, y se lo dije a Solana

“Ya no haga más declaraciones”, le pidió el presidente. Al salir de Los Pinos, el general Godínez le regaló el dibujo de un caballo que había hecho López Portillo

En *Rulfo en Proceso* se recuerda asimismo cómo, en el momento de su aparición en 1955, Alí Chumacero saludó *Pedro Páramo*.

“En el esquema que Rulfo se basó para escribir esta novela se contiene la falla principal. Primordialmente, *Pedro Páramo* intenta ser una obra fantástica, pero la fantasía empieza donde lo real aún no termina. Desde el comienzo, ya el personaje que nos lleva a la relación se topa con un arriero que no existe y que le habla de personas que murieron hace mucho tiempo. Después la llegada del muchacho al pueblo de Comala, desaparecido también, y las subsiguientes peripecias —concebidas sin delimitar los planos de los varios tiempos en que transcurren— tornan en confusión lo que debió haberse estructurado previamente cuidando de no caer en el adverso encuentro entre un estilo preponderantemente realista y una imaginación dada a lo irreal. Se advierte, entonces, una desordenada composición que no ayuda a hacer de la novela la unidad que, ante tantos ejemplos que la novelística moderna nos proporciona, se ha de exigir de una obra de esta naturaleza. Sin núcleo, sin un paisaje central en que concurren los demás, su lectura nos deja a la postre una serie de escenas hiladas solamente por el valor aislado de cada una. Mas no olvidemos, en cambio, que se trata de la primera novela de nuestro joven escritor y, dicho sea en

su desquite, esos diversos elementos reafirman, con tantos momentos impresionantes, las calidades únicas de su prosa”.

Sin embargo, más tarde, con el paso del tiempo, *Pedro Páramo* habría de convertirse en la gran metáfora del poder mexicano, la quintaesencia del cacique y del absolutismo presidencial, el modo de ser de la Presidencia mexicana.

En el número 123 de la revista *Diálogos*, el año pasado, Adriana Menassé reflexiona sobre la ausencia de la ley del condado de Pedro Páramo o la encarnación de la ley que el cacique de Comala asume por sus pistolas

“En México el atropello queda impune. El poder está más allá de toda justicia, porque si nada lo funda, ante nada tiene que justificarse. No hay entonces restitución del Orden porque no hay Ley ordenadora.

Por eso en México transgredir es la norma. Transgredir por la fuerza o por la astucia porque la legalidad es sólo el conjunto de normas que el dominador le impone al dominado, el amo al siervo y al esclavo. Quien tiene el poder está fuera de la ley, exento de las obligaciones que impone la ley, todo poder, por lo tanto, incluso el más mínimo, se esgrime como fuerza. ¿Quién no teme en México encontrarse con un policía cuyas arbitrariedades quedan siempre ocultas bajo el amparo del poder?”.

Y todo eso dicho a partir de la “inofensiva” literatura, a partir de esa bomba de tiempo que es *Pedro Páramo*, la novela de Juan Rulfo.

Pedro Páramo: dios único, dios inverso y sin fe, dios de la arbitrariedad y el sinsentido.

Pedro Páramo: metáfora de toda la corrupción en la tesis de Adriana Menassé, metáfora de todo el enorme abuso del poder, y también “de la mentura, del cohecho, de la falta de escrúpulos”.

“I came to Comala because they told me that my father, a certain Pedro Paramo, was living here”, empezaba la traducción norteamericana

Y la italiana, a cargo de Francisca Perujo y la editorial Einaudi:

“Sono venuto a Comala, perché mi avevano detto che qui abitava mio padre, un certo Pedro Páramo. Me lo aveva detto mia madre. E io le avevo promesso che sarei andato a trovarlo appena lei fosse morta” [ .].



Vendía llantas por toda la República Juan Rulfo cuando ya *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* eran un éxito.

Así se lo contaba a uno de sus amigos en El Ágora. Trabajaba por la Goodrich Euzkadi. Y también como agente de migración, en Mexicali.

En relación a las fotografías que de Tuzcacuezco (la verdadera Comala de la novela) publicó en *Texto Crítico* el padre Juan Manuel Galaviz, Juan Rulfo decía que eran exactas, lo más parecido a las haciendas de la Media Luna.

Contaba muchas otras cosas en *El Juglar*, él, que tanta fama tenía de tímido y silencioso. Contaba a uno de sus amigos que en Jalisco, cerca de San Gabriel y por el rumbo de Los Magueyes había una familia de charros que se dedicaba a matar homosexuales. Los padres de familia con algún hijo homosexual se lo encomendaban a los charros, se lo dejaban para que fuera acostumbrándose al trabajo duro en el rancho. Sus padres no lo mataban directamente, pero sabían con qué fin lo dejaban en el rancho. Y el día menos pensado el joven homosexual bailoteaba sobre una laja ancha y muy grande que se tambaleaba sobre un desfiladero pero que no se caía. Entonces los charros le echaban de balazos al muchacho para que diera de brincos, saltara, se fuera de espaldas al precipicio.

—Ya te digo, el fulano ese así me decía —decía Juan Rulfo en el café

Y escribía en su cuento “El día del derrumbe”, de 1953:

“Esto pasó en septiembre. No el septiembre de este año sino el del año pasado. ¿O fue el antepasado, Melitón? No, fue el pasado. Sí, si yo me acordaba bien. Fue en septiembre del año pasado, por el día veintiuno. Oyeme, Melitón, ¿no fue el veintiuno de septiembre el mero día del temblor? Fue un poco antes. Tengo entendido que fue por el dieciocho. Tienes razón. Yo por esos días andaba en Tuzcacuezco. Hasta vi cuando se derrumbaban las casas como si estuvieran hechas de melcocha, nomás se retorcían así, haciendo muecas y se venían las paredes enteras contra el suelo. Y la gente salía de los escombros toda aterrorizada corriendo derecho a la iglesia dando de gritos”.

Y en estos días a uno de sus amigos le llega una carta de Norwich, Inglaterra, remitida por Guillermo Sheridan, que dice.

“Siempre que me acuerdo de México, me acuerdo de esa anécdota que nos contó una vez Rulfo, la del caballo que no es que esté ciego, lo que pasa es que ya todo le importa una chingada”

*Proceso*, núm 480, 11 de enero de 1986.

# Managua con luna llena

Héctor Aguilar Camín

El día que volamos a Managua, *The New York Times* informó a sus lectores que el gobierno de Reagan había asignado a la CIA la responsabilidad directa de las “operaciones militares rebeldes contra el gobierno de Nicaragua” y que la ayuda de cien millones de dólares, aprobada por el Congreso, permitiría poner sobre las armas a 10 mil *contras* más, que eran en ese momento 20 mil, según el diario. La decisión había desatado una pequeña polémica técnica entre las fuentes del Departamento de Estado y la Defensa sobre si un ejército de esa magnitud podía ser considerado una “fuerza paramilitar” asimilable a la CIA o debía ser considerado un ejército regular, que debían manejar directamente las autoridades militares norteamericanas.

En el avión de Aeronica —que sus paisanos han bautizado chocarreramente como *Areonunca*—, viajamos un grupo previsible de turistas revolucionarios: los invitados a un simposio sobre la autonomía y los grupos indígenas, los invitados a un congreso de juventudes por la paz, los invitados a la celebración del séptimo aniversario de la revolución, y gente de prensa, cine y televisión, invitada a ver, oír, documentar y divulgar después de lo visto y oído. Hay un ambiente de fiesta y no sé qué extraña fraternidad de cenáculo en ese avión, amenizado voluntaria e involuntariamente por un joven delgado chicano que habla hasta por los codos de la patria latinoamericana y porta la gorra cachupina que inmortalizó Ernesto Guevara. Se reconoce panameño-chicano y luego colombiano-chicano y va recordando piezas maestras del cine revolucionario boliviano, que cuesta

trabajo recordar o reconocer. En algún momento su euforia se vuelve hacia Pedro, un sereno y pelirrojo muchacho de once años, hijo de Elisa y Antonio García de León, y le dice: —Tienes la suerte de vivir estas horas en que se está escribiendo una página de la historia latinoamericana, papá. Es el privilegio de nuestra generación vivir y escribir esta página de la historia.

El *Times* registra la euforia paralela de William Casey, director de la CIA, por la asignación recibida en esa guerra y que, según un funcionario del Departamento de Estado, “si ganamos, (Casey) podrá salir adelante con una agencia rehabilitada, capaz de dirigir guerras y tirar gobiernos como en los mejores tiempos de la Guerra Fría”.<sup>1</sup>

El avión aterriza luego de un intento fallido, así que podemos tener dos veces la única visión ordenada que tendremos de la ciudad de Managua, en medio de los intensos colores de la temporada invernal que quiere decir allá los meses en que llueve como en Macondo. Es una ciudad extensa, de amplios espacios verdes, horizontal, tendida a orillas del lago inmenso color acero bajo la vigilancia del volcán Masaya que expulsa sin cesar su fumarola admonitoria. El percance aeronáutico refuerza el gozo de aterrizar sin daño, suscita aplausos y una respuesta estentórea del pasaje a las voces que claman, como liberadas de toda inhibición precautoria, innecesaria ya en el ámbito de este territorio compartido “¡Viva Nicaragua libre!”.

Migración se encarga en paquete de nuestros papeles y equipajes, y en paquete nos trasladan a un cómodo lugar de espera donde nos ofrecen refrescos y café. Una antigua y ahora hermosa conocida hace su arribo. Casó hace un año con un alto funcionario del gobierno nicaragüense y viene hoy a recoger a dos familiares que vienen en la comitiva. Juega, ríe, saluda y cambiamos informes de rutina sobre la situación de México y Nicaragua: —Aquí las cosas bien —dice—. Con esperanza y alegría, no como ustedes allá, en esa ciudad horrible.

Es el sábado 12 de julio. Saldremos de Managua rumbo a México nueve días después, el lunes 21 de julio, cargados de impresiones, libros, periódicos y obsequios. Para entonces, dominará mi ánimo la

---

<sup>1</sup> *The New York Times*, 12 de julio de 1986.

sensación melancólica de estar dejando atrás una ciudadela sitiada cuyo futuro inmediato no promete más que deterioro, sufrimiento, patriotismo y aislamiento. Y algo más, algo semejante a la decisión estoica de morir en la raya, con su carga atrabiliaria de bravata, voluntas e inconciencia. El azar, más preciso que las emociones, descubre, mientras hojeo una biografía de André Malraux, que ese conjunto de cosas se llama valor: una “consecuencia curiosa y banal del sentimiento de invulnerabilidad”

## La guerra

Hay dos cosas en auge en Nicaragua. la escasez y la guerra. La segunda alimenta a la primera en dos sentidos: impide la siembra en zonas tradicionales de cultivo y canaliza hacia los combatientes las existencias primeras de que pueden disponerse. Entre funcionarios, ciudadanos, observadores y corresponsales extranjeros de Managua, hay la convicción generalizada de que los *contras* están militar y políticamente neutralizados, reducidos a incursiones atentatorias contra la población civil y los centros productivos que hacen insegura la vida e irregular el trabajo en amplias zonas del norte del país, pero sin posibilidad de desplegarse militarmente o de consolidar una base social amplia en alguna parte del territorio.

No obstante, la actividad de los *contras* ha significado un desarreglo radical del campo nicaragüense. En un país de tres millones de habitantes, esa guerra sorda ha causado en ambos bandos más de 31 mil víctimas, y ha obligado a la reubicación territorial productiva de 250 mil campesinos, unas 50 mil familias que no sólo han dejado de producir, sino que se han convertido en una fuente adicional de demanda de alimento y bienes de subsistencia.

El impacto de esa guerra sobre la organización del gobierno y la sociedad nicaragüense ha sido también importante. Nicaragua vive una intensa militarización. El presupuesto gubernamental destina 48 por ciento de su gasto a la defensa y la nómina del ejército sandinista incluye al 20 por ciento de toda la población económicamente activa del país, es decir, unos 240 mil hombres, casi 200 mil más de los que

había en filas en los primeros años de la revolución. En esa ampliación de los contingentes militares, hay que incluir los efectivos del Servicio Militar Patriótico (SMP), implantado en 1983, que define para los jóvenes un servicio militar obligatorio por dos años. El SMP agrupa en la actualidad unos 50 mil combatientes y ha llevado la conciencia y el fantasma de la guerra al mismo seno de las familias nicaraguenses, en la mayor parte de las cuales hay que contar la historia trágica o angustiada de un miembro o varios en el frente de combate. El custodio y guía de las ruinas de León Viejo, que guardan los restos del apuñaleado obispo Valdivieso y otros vestigios de la ciudad original fundada ahí en 1523 por Hernández de Córdoba, tiene tres hijos en el frente y lleva dos meses de no tener noticias de ellos.

El ejército sandinista y el SMP ofrecen dos bienes de peso equivalentes en la Nicaragua contemporánea: patriotismo y empleo. Pero también han sido y son una razón poderosa de emigración para familias de clase media, decididas a no arriesgar a sus cachorros en el altar de la patria, la defensa revolucionaria ni ninguna otra causa irrenunciable. Un profesor universitario vive la continua tensión y la dificultad burocrática de que su esposa entre y salga periódicamente de Honduras —donde el clima antinicaraguense desborda toda imaginación— porque va a ver a su familia, que emigró para evitar la conscripción de sus dos hombres jóvenes.

Tan notable como el desquiciamiento agrícola y la preponderancia del ejército, es la atmósfera pública. El rumor de la guerra es la música de fondo de todas las conciencias y el tema coral de la prensa. Titulares de primera plana de los periódicos *Barricada* y *Nuevo Diario* de la semana del 14 al 20 de julio, dan una idea de esa partitura:

*Barricada*: “Nueva escalada de chantajes y amenazas” / “Nicaragua continuará gestiones en la Haya” / “Dos batallones se suman a la defensa de Estela” / “Tenebrosa política de fuerza: Reagan sume en la miseria a Centroamérica” / “Ejército de la CIA perdió 4 mil contrarrevolucionarios” / “EU, Honduras y El Salvador iniciaron maniobra naval” / “EU construirá escuela de entrenamiento en Honduras” / “¡Ganar guerra económica! ¡Van a rendirnos por hambre! ¡Jamás!”.

*Nuevo Diario*: “Reagan se quita la máscara. CIA asume el mando contra” / “De la guerra encubierta a la agresión descarada. Advierte Cranston contra la vietnamización” / “Autonomía sólo con revolución. Somos un pueblo en zafarrancho de combate” / “Próxima tarea: resistir”.

El lenguaje de la guerra invade todo, las pintas en los muros militan agitadamente, mezclando amor y humor.

“Ni con mil millones / nos vencerán los cabrones / ni con 100 mil cabrones / nos vencerán los millones”.

“Si Reagan nos / trata de aplastar / más arrugas le / vamos a sacar”.

“Amorcito: a vos te espero / en el esperadero / y al gringo en el tiradero”

En el frontis de una cooperativa de trabajadores en el centro señorial de Granada puede leerse: *Producimos para combatir, combatimos para vencer*. Por las noches, los programas de canciones románticas que se dedican entre sí enamorados distantes, incluyen lectura de cartas de soldados en el frente que hablan de su soledad y sus empeños. Y puede en todas partes, ubicuo, reiterativo, asumido sin más en su decisión sacrificial, el grito del poeta Leonel Rugama a sus sitiadores, poco antes de morir acribillado por ellos: *¡Que se rinda tu madre!*

La noticia de los cien millones de ayuda a la contra, añadió a la imaginación colectiva certidumbres sobre la inminencia de la invasión y el arrasamiento. Basta rascar un poco para que esa certidumbre a la vez estoica, juguetona y angustiada, brote en cualquier conversación de Managua. En medio de una sabrosa discusión alcohólica sobre cómo arreglar el insoluble problema del transporte en la capital, uno de los concurrentes terció diciendo: “¿A qué discutir tanto esa vaina, compadre? Si Reagan nos va a arreglar todo el asunto con sus bombitas. Vea un tapetito de bombas sobre Managua y asunto resuelto, jodido” Un corresponsal extranjero reúne trabajosamente datos sobre brotes de una psicosis de guerra infantil en escuelas de Estrella, ciudad estelar de las Segovias, en el norte, sometida a los amagos continuos de la contra. Una ama de casa —hija de norteamericano y nicaraguense, cuya familia vive en Los Ángeles— que ha echado raí-

ces, esposo e hijos en Managua, hace el recuento de sus supervivencias en esa ciudad y concluye, sin asomo de autocompasión o tristeza, como quien habla de un tercero: "Sobreviví aquí al terremoto y a la guerra contra Somoza. Pero en la invasión me voy a quedar. Sería mucha suerte que me librara también de esa".

Los dos jóvenes cancilleres de la embajada mexicana que nos han invitado una cerveza, enumeran las ventajas de su vida en Managua, en particular la posibilidad de ahorrar. Narran divertidamente su experiencia con el célebre *Pájaro Negro* de Managua, el avión SR-1 norteamericano que ha roto tres veces la barrera del sonido sobre el cielo de la ciudad, haciendo tronar la atmósfera y remecerse los vidrios como en el inicio de un bombardeo. Aprecian enormemente la seguridad de la vida managuense y la natural simpatía nica hacia los mexicanos; resienten a veces la escasez y la nula vida urbana de la ciudad pero se consuelan con la anécdota de un colega recién desempleado de Etiopía que se regocijaba de haber llegado al fin a la civilización y la abundancia. Al final de la charla, en medio de las risas y el buen humor que prueban su real bienestar en Managua, el fantasma añadido recientemente a sus vidas abre paso en uno de ellos que, mientras sirve con mano gustosa la cerveza, le dedica al presidente Reagan su primer pensamiento del día: —Nomás con que no se le vaya a botar la canica a ese cabrón.

En las proximidades de la celebración del séptimo aniversario, abundan las declaraciones que anticipan el incendio de Centroamérica, Latinoamérica y el mundo si Estados Unidos —o más revolucionariamente: el imperialismo— toca a la Nicaragua sandinista. Quien más quien menos, todos echan su solidaridad verbal a retozar y prometen conmociones planetarias, aludes de indignación activa, reacomodos en la escena internacional. Los mismos dirigentes sandinistas trabajan sin cesar esa retórica. Pero la verdad verdadera de ese torrente de adhesiones tiene un perfil más duro, más real y más inexorable. Una mexicana sandinista vinculada al gobierno, nos habla apresurada y conmovedoramente de sus 23 años en Nicaragua, sus cuatro hijas —una monja— y su escueta convicción en materia de defensa: —A la hora de las verdades vamos a estar solos, rascándonos con nuestras propias uñas. Porque ni soviéticos, ni cubanos, ni mexicanos, ni ninguno más que los nicaraguenses, se van a rifar aquí.



Le preguntamos si adquirió ya la nacionalidad nica. “No”, responde. “Pero por simple desidia mía. Tengo la residencia permanente y cualquier día de estos agarro mis papeles y saco la nacionalidad”.

Le sugiero que conserve la nacionalidad mexicana para, en caso de invasión, poder refugiarse con sus hijas en la embajada.

—Cuando venga la invasión no va a quedar ni embajada mexicana —dice—. En esas cinco horas se va todo esto. Y en caso de invasión, yo no voy a ir a buscar una embajada.

—¿Qué vas a ir a buscar? —le digo

—Voy a ir a buscar un fusil

## La escasez

Nicaragua está ahora como estaba Cuba cuando yo fui en 1981 —dice una hermosa granadina, esposa de un extraordinario sandinista.

—Aquí antes había todo y ahora es un milagro que encuentres lo necesario.

La impresión que uno tiene, aun como turista privilegiado que vive en la isla de los sueños consumistas llamada Hotel Inter-Continental, es que el nivel de consumo generalizado de la población nicaraguense es de subsistencia y que la escasez de productos básicos ha empezado a inclinar ese precario equilibrio hacia la carestía y el hambre. Las fronteras del lujo han empezado a ser como carne roja, acudir a un *restorán* o tener un automóvil. La tarea de abastecerse y comer ha empezado a significar un trabajo adicional que puede ocupar, en Managua, dos o tres horas de recorrido por mercados y almacenes

—Soy un cazador que en lugar de arma llevo la bolsa de la compra —me dice un investigador radicado aquí desde 1979. —Voy y recorro los sitios completando en las distintas estaciones los componentes de la comida: acá hubo el pollo o el pescado, allá la fruta o el queso, en el otro lado la leche o los huevos, el frijol en ninguna parte por ahora, ni el plátano ni el maíz, pero la verdura en aquel sitio, las latas de conservas en el otro. Llego a la casa y entrego orgullosamente a mis hijos las piezas cobradas en la cacería. Y ellos lo festejan.

Me río y me reconviene: —Te estoy hablando en serio. Absolutamente en serio.

El día que salimos de paseo a León y Poneloya, un balneario cercano al puerto de Corinto en el Pacífico, compruebo plena y felizmente la exactitud con que su metáfora describe la realidad. Nuestros cicerones, un hospitalario matrimonio de Managua, portan indefectiblemente el morral del mercado en la cajuela. Su precaución rinde frutos ese día en el pequeño pueblo de Nagarote, al que entramos de regreso de la excursión, buscando un poco del queso que no hemos podido encontrar en el lugar clásico de su compra, Guiliguiste, en el paso de la carretera. Como muchos otros poblados nicaraguenses, Nagarote parece vivir menos drásticamente que Managua el drama de la escasez, gracias a su cercanía con el campo y a las queserías, panaderías y otras mínimas agroindustrias familiares que engordan la economía del pueblo.

Apenas nos internamos en las calles de Nagarote, vemos lo que en Managua sería una aparición: un muchacho que camina hacia nosotros por mitad de la calle, con una inmensa cesta de pan fresco sobre la cabeza. Más que fresco: recién horneado en los hornos de algún vecino industrioso. Es la primera escala y el inicio de la fiesta de la abundancia. Deciden nuestros anfitriones comprar 20 piezas de pan, pero la piel caliente y dorada del bolillo, excita su alegría y duplican la orden, probando el pan de santo olor lópezvelardiano más intenso que alcanzarse pueda. Vale 25 córdobas la pieza, que en Managua no se consigue, si se consigue, por menos de cincuenta. (La escasez de pan en Managua es crónica). Preguntando de puerta en puerta a los vecinos de Nagarote, que ven transcurrir la apacible tarde de un jueves en sus mercados fuera de sus casas, recorriendo sin éxito cuatro lugares donde, según es fama local, se elaboran cremas y mantequillas para la venta.

Finalmente accedemos al sitio prometido: un patio grande y rústico, con una suntuosa hamaca bordada en el corredor del fondo, donde dos hermanas recién bañadas custodian, al pie de una báscula, cuatro cajas de queso cuajado. Una de ellas tuesta maíz en un gigantesco perol. La alegría se torna euforia ante el espectáculo de esa nueva consagración de la abundancia. No hay bolsas de plástico para

llevar las cuatro libras demandadas y debemos acudir a la pulpería de la esquina, donde los hados de la distribución nos son propicios una vez más: no sólo encontramos las bolsas de plástico, sino también pimientos y –hallazgo entre los hallazgos– una dotación de elotes tiernos que llaman chilotes. Al final, en un solo golpe de suerte, Nagarote ha hecho nuestra felicidad con estos mínimos bienes terrenales que llamamos pan y queso y podemos volver a Managua con no sé qué legítima sensación de triunfo y gratitud con la suerte.

La escasez empieza a anunciarse en Managua como algo más grave que el simple desabasto; un grado más y empezará a haber también hambre. Durante las últimas semanas ha sido casi imposible encontrar materias básicas de la dieta nica: plátano, frijol, maíz. (Frijol, ni siquiera en uno de los cuatro *restoranes* de lujo de Managua) Los mercados son el lugar de la antiepopéya, los escaparates de la dura subsistencia.

El legendario Mercado Oriental, eje de la comercialización subterránea, no oficial, de Managua, está dejando de ser el sitio donde se encuentra todo, aunque sea a precios altos. Basta la inspección ocular sobre esas manzanas astrosas y miserables, surcadas por apagados merolicos y por un hedor permanente a lodo, pudrición y vísceras frescas, para entender que esta economía paralela, con sus precios que duplican o triplican los de la oficial, es también el reino de la precariedad y la carestía.

Aquí desembocan de un modo u otro, todas las mercaderías que pueden adquirirse a precios menores en tiendas oficiales de otras partes de la ciudad. Es célebre el caso de una oferta de espagueti chino, puesto en tiendas de los trabajadores y del Estado a un precio moderado –era una donación del gobierno chino–, que desapareció en un instante de esas tiendas y reapareció en los anaqueles del Mercado Oriental con los precios duplicados, ante la sorpresa de las autoridades que descubrieron en los propios trabajadores y en el público beneficiado por los precios bajos oficiales, a los instrumentos hormiga de la constitución del mercado negro de cuya arbitrariedad querían protegerlos. Es el mismo caso de la única novedad registrable esta segunda semana de julio en los modestos puestos de abarrotes de ese mercado: una latería, también china, de crema de tomate marca *Ma-*

*Lmg*, que sólo puede encontrarse en el Mercado Oriental aunque es obviamente un producto llegado a Nicaragua por una transacción entre gobiernos. Con las latas *Ma-Lmg* probamos en ese mercado lo que los nicas llaman el *precio de capricho*: 350 córdobas valía cada lata en un puesto, 380 en otro y 400 en el siguiente

En medio de los puestos desabastecidos de todo, salvo frutas y algunas verduras, encontramos la única cola anglosajona de esa jornada en el Mercado Oriental unos 50 metros de gente del pueblo esperando su turno, entre forcejeos, para comprar en 1 150 córdobas medio kilo de maíz, un producto que en el mundo de los precios oficiales vale 77 córdobas, pero no hay.

La escena equivalente de forcejeo y espera por un producto que atestigüemos en el mercado oficial Roberto Huembes —una moderna y limpia instalación con división por departamentos— es el puesto que ofrece su dotación de pollo. No hay una cola, sino dos, y no son colas en realidad sino compradores que puján por su sitio junto al mostrador, alzando las manos y reclamando con agitación de corredores de bolsa. La cultura de los managüenses, crecidos a orillas de un lago pero reacios a comer pescado, explica la absurda escena complementaria: tres puestos más allá, una vendedora exhibe toda la barra de su mostrador llena de suculentos pargos y robustos langostinos que nadie solicita.

A la escasez traída por la guerra (“caro el maíz y el trigo, porque se levanta poco”) dice el custodio de León Viejo. “Y porque la zona buena está en la agresión de la contra y no se puede levantar (cosechar)”, hay que añadir la ineficiencia crónica de los sistemas de distribución estatales, cuya impericia y mala fama son moneda de uso corriente entre los habitantes de Managua. Un viejo managüense explica, con humor, “la dicha que tenemos ahora con Micoín” (Ministerio de Comercio Interior) y ejemplifica con su aventura en la compra de una bisagra —que le ofrecieron hasta en 200 córdobas y acabó encontrando en 500— el descontrol y el capricho de los precios que imperan en Nicaragua. Es experiencia compartida por cosecheros de frijol que las agencias comercializadoras no han recogido cosechas pagadas por falta de coordinación en el transporte. Y hace dos meses, en una ciudad castigada, ávida de carne, se habían podrido en las bodegas de

una agencia gubernamental diez mil kilos de carne que no habían podido exportarse y que fue imposible, por ineptitud y burocracia, ofrecer al mercado interno a precios razonables o incluso a precios estratosféricos. El responsable fue removido del puesto, pero la anécdota revela la falta de flexibilidad, la lentitud y la ineficiencia administrativa que tienden a acentuar las condiciones de poco abasto.

Las malas noticias en esta materia, sin embargo, apenas han empezado. En su discurso del séptimo aniversario el 19 de julio pasado, el presidente Daniel Ortega añadió a las condiciones adversas ya existentes, la ratificación de un criterio que presagia peores tiempos aún para la subsistencia en las ciudades nicaraguenses

“En primer lugar hay que hacer llegar los alimentos a los combatientes —dijo Ortega al referirse en su discurso a la justicia en la distribución— Y luego a los trabajadores, a los campesinos que están produciendo, a los obreros que están en las fábricas. Y debemos estar bien claros que los compañeros que no se encuentran más directamente en áreas productivas, pues van a sentir o sienten ya los efectos del desabastecimiento”.<sup>2</sup>

Referirse a compañeros que “no se encuentran directamente en áreas productivas” en una economía que, como la nicaraguense, en 1985 llegó a tener casi la mitad de la población económicamente activa de Managua en la llamada *economía informal*, es hablar de mucha gente. Para toda esa gente, la carestía crecerá. Y drásticamente, al parecer. —Me extrañó sólo que no se mencionara a los niños —dijo al comentar el discurso de Ortega un colega que encontró correctas las prioridades del presidente. —Siempre se menciona a los niños en esos casos. Tiene razón. Pero no en este caso.

Todo parece indicar que 1986 será el año de crecimiento negativo de la economía nicaraguense, cuyo producto interno bruto registró una tasa de -1.5 en 1984 y de -2.5 en 1985. Las exportaciones tradicionales del país —café, algodón, tabaco, carne— han mantenido su tendencia a la baja —en 1985 fueron 30% menores que en 1980— y explican en buena parte, por la caída de los precios internacionales, el

---

<sup>2</sup> *Barricada*, 20 de julio

déficit de 560 millones de dólares en la balanza de pagos, que a su vez explica la ausencia de la divisa en el mercado y el hecho de que el dólar negro siga siendo la inversión de mayor rendimiento en la economía del país<sup>3</sup>

Fijado el tipo de cambio oficial a 70 córdobas por dólar, para no encarecer excesivamente las importaciones, la realidad es que en el propio Hotel Inter-Continental los huéspedes pueden cambiar a 1 200 córdobas por uno mientras en el mercado libre se cambia normalmente a 2 mil y hasta 2 200 córdobas por dólar. La presión de ese desequilibrio comercial se ha dejado sentir sobre el conjunto de la vida nicaraguense haciendo evidente e insoluble su dependencia de bienes importados en las cosas más inverosímiles que hoy faltan en Nicaragua: desde el asfalto que impide bachear carreteras —cada día más cacarizas, como picadas de viruelas—, hasta refacciones de automóviles, productos farmacéuticos y libros, cosas todas que ostentan lastimosamente su ausencia en cada peldaño de la difícil escalera que es la vida cotidiana de todo nicaraguense.

Una imagen nos revela la intensidad del problema en una de las mayores plagas de esa escalera: el transporte. Es el atardecer de regreso de Masaya y puede verse la línea recta de la carretera perdida en el horizonte, contra la masa azul de Momotombo, el volcán más perfectamente dibujado del mundo, cuya erupción caprichosa sepultó la primigenia ciudad de León en las primeras décadas del siglo XVII. Recortadas también perfectamente contra esa belleza, percibimos las siluetas de dos autobuses inclinados hacia su flanco derecho como si hubieran perdido las llantas de ese lado. Son autobuses que vienen llenos desde Managua, con verdaderos panales humanos adheridos a sus puertas y ventanas, trepados en el capacete del equipaje, montados en las defensas traseras. Transportan pasaje que hace ese trayecto todos los días, ya que una porción considerable de la gente que trabaja

---

<sup>3</sup> Todos los datos económicos de esta crónica provienen de estudios sobre el particular de Carlos Vilas y en especial de su último ensayo, todavía en versión preliminar "Sobre la estrategia económica de la revolución sandinista", presentado al seminario *Socialist Development Efforts in Third World Countries*, del Center of Development Research, en Copenhague, febrero de 1986

en Managua vive en poblaciones que distan a veces hasta 40 kilómetros de la capital. Añaden así a su jornada normal de trabajo la jornada de transporte en esos enjambres lentos que reproducen con angustiante rapidez el ciclo de su desgaste: falta de transporte, sobreutilización del existente, corta vida de las unidades, falta (más acentuada) de transporte.

No es el transporte, sin embargo, el problema mayor de los asalariados nicaragüenses, sino su salario mismo, que naufraga desventajosamente frente a la inflación al extremo de haber perdido entre 1979 y 1985 un 40 por ciento de su capacidad adquisitiva. El salario mínimo en Nicaragua es de 14 mil córdobas (7 dólares en el mercado negro), justamente el precio de un par de zapatos discretos en el mercado Roberto Huembes. El salario mayor, el que ganan altos funcionarios gubernamentales, anda alrededor de los 90 mil córdobas (45 dólares), aunque se ve completado por la asignación de un vehículo para su uso personal y un chofer, más las facilidades del caso en el acceso a tiendas y consumos especiales, más viajes al extranjero en compañía de su esposa o esposo. En relativo equilibrio con esa restricción salarial, las rentas en Managua son bajas para los nicaragüenses y comparativamente muy caras para un extranjero. Una muy amplia casa de Managua en un barrio residencial o semiresidencial, puede costarle a un nica 2 mil córdobas de renta mensual (1 dólar) y a un extranjero, que no goza de los privilegios de la ley de vivienda, 450 dólares (900 mil córdobas). Todos los nicaragüenses tienen acceso a una tarjeta de racionamiento que incluye a muy bajos precios oficiales más o menos las siguientes cosas por persona al mes: un kilo de arroz, kilo y medio de azúcar, medio litro de aceite, kilo y medio de frijol, una barra de pan y una pastilla de jabón para lavar.

El resto ha de venir de su iniciativa y su salario.

La situación es tan crítica, el salario real tan bajo y las necesidades de los asalariados tan apremiantes, que ha llegado a naturalizarse, y hasta aceptarse oficialmente, la reducción de la jornada de trabajo a tres o cuatro horas, el resto de las cuales se ocupan en transporte y búsqueda de la subsistencia, con grave impacto sobre la productividad. Apenas es explicable así que una gran parte de la población

económicamente activa haya buscado en la llamada *economía informal*, la especulación y el mercado negro, un modo de vida menos precario.

Llevados por la idea de que quien no entra a un cine, no acude a un mercado, no visita una iglesia, no conoce un congal y no camina por las calles de la ciudad, no puede saber mínimamente lo que pasa en ella, acudimos una tarde, a las tres, bajo un sol sofocante que de pronto refrescó una llovizna, al Teatro González, un cine situado en el centro de lo que antes fue el centro de Managua, a espaldas de lo que antes fue el Gran Hotel, para soplarnos de nueva cuenta *Por quién doblan las campanas*. Sobreviviente de la calle Bolívar, frente al monumento al guerrillero, el Teatro González es la imagen misma de la desgracia con sus paredes azules descascaradas, su marquesina oxidada y su facha decadente en una esquina céntrica de otro tiempo, por donde ahora no caminan sino turistas y vendedores que vienen o van al antiguo kiosko frente a la antigua catedral en el antiguo corazón de una Managua que fue

Inevitablemente nos informan que la función no será a las tres sino a las cuatro, porque el aire acondicionado no funciona y el calor sería insoportable en la sala sin él. A las cuatro hay una mínima cola de cuatro personas y una mujer que vende *bigorón*, bocadillo popular de las calles de Managua, consistente en un generoso puñado de yuca sobre una hoja de plátano con un pedazo de chicharrón o moronga y salsa de cebolla y tomate en la cúspide. Vale 500 córdobas cada puñado. En los diez minutos que estamos ahí, pasan por la canasta de la marchante del bigorón cuatro clientes. 2 mil córdobas de venta. Si mantiene ese ritmo, a las cinco de la tarde habrá vendido 12 mil córdobas, a las seis. 24 mil, a las siete. 36 mil, a las ocho: 48 mil y a las nueve. 60 mil córdobas. Suponiendo que gane la mitad del precio de lo que vende, al fin de estas cinco horas habrá ganado 30 mil córdobas, la tercera parte del sueldo mensual de un ministro, sólo en este día lunes sin gran concurrencia del Teatro González. Son las cuentas de la economía informal que ha seducido a entre el 40 y 50 por ciento de la población económicamente activa de Managua.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> A principios de 1985 el gobierno sandinista impuso un programa de ajuste ortodoxo de su economía con saneamiento de las fuerzas públicas mediante contracción del gasto



## La política

### 1 *Arriba y abajo*

Hemos venido invitados a un simposio que en el fondo es una rectificación. Su tema, *Estado, autonomía y derechos indígenas*. Su objetivo: proclamar que el gobierno sandinista, luego de varios años de yerros y reveses, ha decidido negociar una convivencia con los grupos étnicos de su Costa Atlántica (misquitos, ramas, sumos) y deponer su política previa de incorporación civilizatoria, es decir, de homogeneización institucional según las ocurrencias y dictados de la revolución. En ese desencuentro, admitido hoy como un grave error por el gobierno sandinista, encontró una de sus fuentes sociales la actividad contrarrevolucionaria que todavía tiene sobre las armas a la mitad de la tribu misquita, dispuesta a vengar por las armas y con muertos, los agravios y los muertos que su etnia pagó en los altares de la revolución. La otra gran fuente social alimentadora de la contra en la base de la sociedad nicaraguense, tiene su origen en el pecado original de los revolucionarios sandinistas: su desdén por el mundo campesino que no pudo ser "organizado" dentro del complejo agropecuario estatal, ni dentro del espíritu colectivizador de las cooperativas, inexistentes en Nicaragua antes de la revolución. Para la estrategia sandinista, el campo debía ser fuente de divisas en la agroexportación,

---

público y eliminación de subsidios, aumento a las tarifas de los bienes y servicios públicos, aumento a los precios del productor y posterior aumento de salarios, restricción de créditos y alza de las tasas de interés, aumento de impuestos, control de las actividades económicas especulativas, devaluación del córdoba y restablecimiento de un mercado libre de divisas. Los resultados de ese programa no han sido positivos salvo en las variables monetarias que parece haber empezado a controlar: el mercado del dólar se ha estabilizado relativamente y el circulante se redujo en términos reales casi 10 por ciento. Han aumentado, sin embargo, la inflación (que fue de 250% en 1985), el endeudamiento externo (que ha crecido a un promedio de 28% anual entre 1980 y 1985, sin que esto haya significado ingreso de dinero fresco a la economía nicaraguense, sino sobre todo capitalización de intereses), y sigue a la baja el producto nacional bruto. El déficit fiscal aumentó en casi dos tercios en 1985, en relación con 1984, entre otras cosas porque la guerra impidió el cumplimiento de la reducción del gasto público. Cfr Vilas, *op cit*

como lo había sido tradicionalmente, y de autosuficiencia alimentaria en el mercado interno, como no la había sido nunca en el modelo agrícola prerrevolucionario orientado hacia el exterior. Pero los clichés teóricos y la extracción social de la dirigencia sandinista, la llevaron a privilegiar el peso político de los sectores urbanos (el proletariado, no el campesino es la clase revolucionaria por excelencia) y a mirar hacia los campesinos como una entidad secundaria, cuyo destino era ser transformada “en otra cosa” “Es un país agrario con una revolución urbana”, sintetiza un asombrado observador solidario, y un viceministro de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria resume la posición oficial que privó hasta hace poco sobre el problema en los siguientes términos:

En cuanto al campesinado como unidad productiva que puede asegurar una dinámica expansiva dentro de las condiciones estructurales existentes en nuestro agro, no es una alternativa viable y más bien debe verse como una entidad a ser transformada.<sup>5</sup>

La revolución hizo aparecer y promovió dos formas de propiedad nuevas en el agro nicaraguense: la estatal (19% de la tierra laborable en 1984) y la cooperativa (también 19%) Esta última fue la única forma de dotación de tierras que hubo para los campesinos nicaraguenses y no por mucho tiempo. A fines de 1984, se declaró virtualmente suspendido el reparto de tierras, cuando quedaban todavía regiones como Boaco y Chontales, donde 3 por ciento de los productores privados seguían poseyendo 22 por ciento de la tierra. La contra prosperó en el terreno de los campesinos olvidados, su resistencia a la cooperativización y su demanda de una parcela propia. 1985 fue el año de la otra gran rectificación revolucionaria, que consistió en el inicio del reparto y la titulación de tierras de grandes fincas privadas, y algunas estatales, a campesinos individuales

---

<sup>5</sup> Citado en M. Coronel, “Una estrategia para superar la dependencia y el subdesarrollo”, *Revolución y desarrollo*, núm. 2 (julio-septiembre, 1984)

En estos dos frentes, al igual que en el conjunto de la política interna y externa nicaragüense, el factor que marca el paso e impone las decisiones es simple y llanamente la guerra. La negociación de un estatuto de autonomía para los pueblos indígenas y el reparto y titulación individual de tierras, segaron las fuentes potenciales de apoyo de la contra en la base de la sociedad, pero no acabaron con la guerra. Sin asumir esta realidad como eje de la vida nicaraguense, y a Estados Unidos como eje de esa realidad, no se entenderá lo que sucede políticamente en Nicaragua.

*Sobrevivir* es la consigna. Y en el angustioso estrechamiento de las opciones, la radicalización de la revolución y el triunfo de los “duros” es una baraja a la orden del día “Hemos acabado enredándonos nosotros mismos en esto de la economía mixta y el pluralismo”, dicen que suele decir Tomás Borge, como expresando su inclinación a una definición más neta y tajante, más claramente “socialista”, de la revolución. Pero es un hecho que la dirigencia sandinista ha cerrado filas frente al nuevo enemigo común y que sus diferencias públicas y la ostentación de sus divergencias son parte de un espectáculo del pasado. “Se sientan los jodidos a discutir a puerta cerrada”, me dice un funcionario en ciernes. “Discuten hasta llegar a un consenso: un día, dos días, lo que haga falta para llegar a un consenso. Y luego ni una palabra en contra, todos van con la línea adoptada tope donde tope”

## 2. *Los soviéticos*

Pese a esta reencontrada unidad en la cúpula, la idea de que la situación favorece al triunfo de la “línea dura” parece afirmarse en los hechos. Managua está cada vez más aislada de la vertiente latinoamericana y cada vez más próxima a Cuba, Moscú y el bloque socialista. La solidaridad y la cooperación socialista con la Nicaragua asediada son tan contundentes como el retraimiento político, diplomático y comercial latinoamericano “En 1979” resume un diplomático nicaragüense, “el 70 por ciento del petróleo nica venía de México; ahora el 70 por ciento viene de Moscú”. Según el reportero de un diario local, el compromiso soviético con el gobierno de Managua incluye

el abasto irrestricto, en caso de necesidad, de alimentos básicos que garanticen que la revolución no será rendida por hambre. La ayuda soviética ha sido también decisiva para la adquisición de los 300 mil fusiles automáticos AK-47, equivalente soviético del FAL belga, que es posible ver en cualquier parte de Nicaragua sobre el hombro de algún miembro del ejército o un joven miliciano, como el adolescente que nosotros vimos en la carretera a Poneloya cargando con dos niños una cubeta de agua, una mano en la argolla de la cubeta y la otra deteniendo el fusil sobre el hombro. La URSS parece dispuesta también a promover armamento convencional como helicópteros artillados y tanques.

“En resumen, explica el corresponsal, la actitud de Moscú hacia Managua es como sigue: Básicos, lo que quieran Petróleo, lo que quieran Armas, lo que quieran, hasta antes de los aviones MIG, porque eso sería desafiar a Estados Unidos y porque no hay pistas en Nicaragua que aguanten sin derretirse sus aterrizajes, ni técnicos capaces de manejarlo”.

El jueves 17 de julio, durante nuestra estancia en Managua, fue inaugurada una primera estación terrena de comunicaciones vinculada al satélite soviético Intersputnik, que conecta a Nicaragua con países de la comunidad socialista y algunos otros del Medio Oriente y el sureste Asiático. Ese mismo día, la prensa registró un pormenorizado informe a corresponsales extranjeros del jefe de inteligencia militar del Ejército Popular Sandinista (EPS), Ricardo Wheelock, dando cuenta con extraordinaria precisión del número de vuelos, la clase de aviones y el tipo de equipos con que Estados Unidos ha hecho la radiografía del despliegue del EPS sobre el territorio nacional, la ubicación de aeropuertos, y el espectro radioeléctrico de Nicaragua, para poder captar hasta conversaciones telefónicas.<sup>6</sup> La precisión del informe de Wheelock supone un equipo técnico de contrainteligencia que no es descabellado atribuir también a la cooperación soviética

---

<sup>6</sup> *Barricada*, 18 de julio de 1986

### 3. *Los cubanos*

La presencia cubana es menos estratégica, pero más abundante y notoria. Todo el diseño del aparato de seguridad interno, por ejemplo, parece ser de inspiración cubana y ha resultado de particular eficacia. “No han tenido un solo atentado a dirigentes fundamentales”, comenta lapidariamente un diplomático latinoamericano. La leyenda de la Revolución Cubana, su dirigente Fidel Castro y su héroe mayor, Ernesto Guevara, fueron temas inspiradores de muchos dirigentes sandinistas y siguen todavía hoy incendiando sus convicciones con un fuego anacrónico, que alumbra sólo a sus fieles, aislado de las corrientes que tienden a imponerse en la vida política latinoamericana. Se dice que, con motivo de la ceremonia de ascenso a la presidencia de Daniel Ortega, en una reunión a puerta cerrada con la asamblea sandinista —el circuito selecto de la dirigencia nicaraguense— el propio Fidel Castro externó su convicción de que el socialismo no está a la orden del día en América Latina. Pero el fuego sigue ahí. En la cena inaugural de nuestro simposio, el comandante Tomás Borge comenta fraternalmente a una mesa donde departen delegados cubanos: “Aunque les moleste a nuestros enemigos, debo decirles a ustedes que Fidel no es sólo nuestro amigo y nuestro ejemplo, sino nuestro hermano”.

Más allá de estas huellas ideológicas, la impronta cubana sobre Nicaragua acabará siendo decisiva por vías menos espectaculares pero más duraderas. Unos cinco mil nicaraguenses estudian hoy en países socialistas para regresar a puestos de mando técnico, administrativo y político. La mayor parte de ellos está en Cuba. El idioma, la cercanía geográfica y temperamental, las puertas muy generosa y gratuitamente abiertas por La Habana y su incomparable madurez técnica, gerencial, organizativa, educativa, frente a las carencias nicas, han convertido a Cuba en La Meca de las nuevas generaciones de profesionales y técnicos que dirigirán la revolución sandinista si algo queda de ella después de la ofensiva reaganiana.

La presencia cubana provoca sentimientos mezclados entre los nicaraguenses. En medio de una reunión familiar, una matrona de la capital externa su frontal desencanto con la historia: “Salimos de los

gringos para entrar con los rusos y cubanos” —No, mamá— responde risueñamente su hijo. —Trae usted encima 40 años de propaganda somocista. Las cosas no son así

“La ayuda cubana la pagamos de sobra”, dice una ama de casa de Granada. “Toda la carne y el café de Nicaragua van para Cuba. Esa es la razón por la que no hay aquí, se lo llevan todo los cubanos”. Según un pequeño empresario de León, los técnicos y asesores cubanos ofenden la sensibilidad nica con la buena vida y el régimen de privilegios de que gozan en medio de la escasez general. “Y no respetan, pué, ni las mujeres”, añade agraviadamente, antes de referir, sin mayores detalles un escándalo reciente por adulterio y repudio marital en Granada.

“Los cubanos no se llevan nada de aquí”, asegura una amiga que trabaja en la asamblea sandinista. “A ellos les mandan de Cuba todo lo que consumen y nosotros no mandamos a Cuba nada. La verdad es que no podríamos pagar el precio de la ayuda que nos dan. Y hay que ver trabajar a los cubanos aquí: la disciplina, la entrega. Yo fui en 1980 en una comisión a Zelaya Sur, en la costa Atlántica. Pues a 80 kilómetros de la última ciudad con la que había comunicaciones, enterrada en medio de la selva, en medio del monte, había una maestra cubana enseñando, en un lugar donde yo creo que no había entrado nunca un maestro nicaraguense. Ni creo que haya entrado todavía. Los cubanos han sido totalmente desinteresados con Nicaragua. Vienen aquí y dan su opinión: ‘Esto debe ser así’ y el nica, que es muy dejar hacer, muy dejar pasar, dice, ‘Bueno, puede ser’, aunque es consciente de que la realidad nica es diferente de la cubana y luego va poco a poco torciendo las cosas para donde debe ser, ajustando a nuestra realidad. A veces se hacen las cosas porque sí, y entonces parece que los cubanos se meten, pero no es así. Estamos llenos de prejuicios de la época somocista, en que el pasaporte nicaraguense decía expresamente que no servía para viajar a Cuba ni a ningún país socialista. Ahora les echan en cara a los nicaraguenses que tengan tanta gente aprendiendo en Cuba. Bueno, la situación acá no está para elegir. Los cubanos ofrecen y regalan las becas. Pues los nicas las toman. Un comandante le dijo hace poco al embajador norteamericano: ‘Si Estados Unidos ofreciera mil becas le aseguro que estarían aquí en su

embajada miles de muchachos haciendo fila para ganarlas. Nosotros vamos a donde nos den”.

#### 4. *Los mcas*

Donde les dan es en el campo socialista, en cuya órbita solidaria gravita de más en más la revolución sandinista.<sup>7</sup> Esa es la fuerza de los hechos económicos, militares y educativos: la necesidad de supervivencia ha ido a buscar sustento donde le dan, ante la brutal hostilidad comercial, financiera, diplomática y militar estadounidense, y el progresivo repliegue latinoamericano. Esa gravitación no quiere decir, sin embargo, que Nicaragua vaya a transitar necesariamente hacia un modelo soviético de economía estatizada y monolitismo político. La fuerza de los hechos internos habla también claramente en contra de esa posibilidad.

En primer lugar, las rectificaciones en materia de autonomía indígena y, sobre todo, de reparto agrario, van en un sentido opuesto a ese camino. En segundo lugar, si algo es evidente hoy para la dirigencia nicaraguense, son los límites de la gestión y el control estatal como formas eficientes de organizar la economía y la sociedad de su país: el incipiente Estado sandinista no puede absorber una tarea más, luego de sus penosas experiencias en la distribución, el fracaso de proyectos de expansión agropecuaria, la conducción económica y la también crónica escasez de recursos humanos para la administración pública. En tercer lugar, hay una abierta reticencia de cubanos y soviéticos a plantearse el futuro de Nicaragua como una calca obligatoria de socialismo burocrático. En cuarto lugar, es un hecho que la definición constitucional del sistema político que habrá de regir a Nicaragua, ha emprendido ya un rumbo distinto, comprometido con tres o cuatro rasgos esenciales: economía mixta, pluralismo político, elecciones regulares, no alineamiento y no reelección.

---

<sup>7</sup> Las relaciones comerciales de Nicaragua con el área socialista eran inexistentes antes de 1979, en 1983 ese era ya el tercer mercado de Nicaragua y actualmente es el segundo

Por lo que hace a la economía mixta y el pluralismo, uno no puede dejar de percibir en el diseño sandinista la huella de la experiencia mexicana, más que el ejemplo de Cuba o Moscú.

El sector estatal de la economía representa en Nicaragua el 45 por ciento del producto interno bruto, domina toda la construcción y la minería y parte de la agricultura de exportación; la pequeña propiedad da cuenta de 33 por ciento del PIB y es predominante en el sector agropecuario que produce para el mercado interno, por último, la que podría considerarse propiamente propiedad capitalista, domina en la industria y en las unidades agrícolas grandes y medianas de agroexportación.

(Es perfectamente posible percibir en los altos mandos políticos y administrativos del sandinismo la presencia de lo que en Nicaragua llaman "*la chamorrada*"· apellidos de grandes familias conservadoras nicaraguenses, entre las cuales las de los Chamorro es paradigmática. No obstante, pese a la presencia de esos cachorros de la vieja oligarquía, la economía mixta nicaraguense encontrará un obstáculo político para su amplio desarrollo en Nicaragua no debido a una cuestión ideológica sino por cuestión moral: los dirigentes sandinistas, a diferencia de los revolucionarios mexicanos, no hacen negocios personales. Difícilmente crecerá, por tanto, desde la entraña misma del Estado revolucionario, la necesidad cínica y la conveniencia política personal de dar garantías a la aventura del enriquecimiento privado).

En materia de pluralismo, la hegemonía histórica sandinista sobre cualquiera otra de las fuerzas políticas organizadas de Nicaragua, arroja con naturalidad un modelo de partido dominante a la mexicana: de los 96 representantes que integran la Asamblea Nacional, 61 son miembros del FSLN y 35 de la oposición· 14 del Partido Conservador Demócrata y 6 del Partido Liberal Independiente, 6 del Partido Popular Social Cristiano y 2 respectivamente del Partido Comunista de Nicaragua, el Partido Socialista de Nicaragua y el Movimiento de Acción Popular Marxista-Leninista. (Esas mismas proporciones trasladadas a México darían 148 diputados de oposición en la Cámara y no los 107 que tiene). Por otra parte, ya en 1980 el gobierno sandinista anticipó que las elecciones serían el instrumento de legitimación y ascenso al poder, y su ley electoral de marzo de 1984 creó el Consejo Su-



premo Electoral, un órgano independiente del Estado, compuesto de cinco miembros de distintos partidos políticos (también una diferencia con México, donde el comité regulador de las elecciones sigue siendo un organismo adscrito a la Secretaría de Gobernación). El gobierno de Daniel Ortega fue elegido para un periodo de seis años por 67 por ciento de los votos (1 millón 170 mil votantes totales) en unas elecciones donde el abstencionismo fue del 24.6 por ciento (381 mil personas). En el proceso de consulta que está en curso para definir las características de la constitución de Nicaragua, a sancionarse el año entrante, parece imponerse la idea de que no habrá reelección en los puestos de mando del país, con lo que Nicaragua evitará, aun si gravita dentro de la órbita socialista, el penoso espectáculo de tantos dirigentes vitalicios o semivitalicios que salvan constantemente a sus patrias socialistas de innumerables asechanzas externas y las exhiben ante el mundo como sociedades en perpetua minoría de edad democrática.

El fantasma que ronda estos caminos y que puede torcerlos es, una vez más, la guerra. La guerra es la madre legítima de los endurecimientos políticos de la revolución y el estímulo diario de las venas autoritarias, el militarismo y la intransigencia revolucionaria. Comparada con las intransigencias históricas de sociedades democráticas en situaciones semejantes, la Nicaragua sandinista es un modelo de suavidad y tolerancia. Recuérdese para el efecto que durante la Primera Guerra Mundial, Inglaterra encarceló a su más alto matemático, Bertrand Russell, por el delito de ser pacifista y Estados Unidos promulgó leyes de sedición y espionaje que daban hasta 20 años de cárcel contra todo el que "incitara" la indisciplina o la deslealtad de las fuerzas armadas mediante "falsos informes o falsas declaraciones", a la vez que establecían penas para todo el que escribiera o difundiera afirmaciones desleales, profanatorias o burlonas sobre el gobierno, el ejército o la marina estadounidense. También hubo legislaciones especiales contra huelgas y "traiciones" laborales; el Departamento de Justicia detuvo a 113 dirigentes de la Internacional Workers of the World, acusados de conspirar contra leyes laborales en tiempos de guerra. Fueron sentenciados a condenas de entre ocho y 38 años.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> John Tomas "Nationalizing the Republic", en Bernard Baylin *et al* *The Great Republic*

El cierre del periódico opositor *La Prensa* (26 de junio de 1986) y la expulsión del obispo Pablo Antonio Vega del país (4 de julio) no se deben a su conocida actividad opositora interna, sino a que fueron más allá de la disidencia, hasta la complicidad con los agentes de la guerra. El cierre provisional de *La Prensa* no tiene como origen cosas publicadas en sus páginas sino el hecho de que su codirector, Jaime Chamorro, hubiera declarado al *Washington Post* en abril de 1986 que el congreso norteamericano no debía abandonar al pueblo nicaraguense en su lucha por la libertad y debía aprobar la ayuda de 100 millones para la contra. En junio, al acercarse la votación del Congreso, el propio Chamorro y Violeta Barrios viuda de Chamorro, presidenta de la junta directiva del periódico, participaron activamente en la campaña del National Endowment for Democracy en favor de la aprobación de los 100 millones. Logrado ese objetivo extraperiodístico el 25 de junio —fecha en que el congreso aprobó la ayuda— el gobierno de Managua decidió cerrar el diario al día siguiente y pagar así una acción de guerra con una supresión de derechos

El caso del obispo Vega es semejante. Luego de acudir a la Fundación Heritage a exponer —junto con los líderes rebeldes Adolfo Calero y Enrique Bermúdez, del Frente Democrático Nicaraguense— que la “lucha armada es un derecho humano”, después de acudir también a las jornadas del National Endowment for Democracy para persuadir a congresistas indecisos en materia de los 100 millones, el obispo Vega declaró el 2 de julio en Managua en una conferencia de prensa a corresponsales extranjeros, que la posible invasión norteamericana de Nicaragua era respuesta a la invasión previa de los sandinistas y que “no se le puede negar a un pueblo el derecho a defenderse”. Al día siguiente, 3 de julio, una mina antiataque de los contras hizo estallar en jinotega a un vehículo civil y mató a 12 niños y 20 adultos. El 4 de julio el gobierno sandinista expulsó al obispo Vega de Nicaragua.

---

Little Brown and Company, Boston-Toronto, 1977. El resultado de esas leyes y el clima de guerra, dice Thomas, fue un “levantamiento público contra las inconformidades de toda índole y la brusca supresión de las libertades estadounidenses”

### 5. *La Iglesia*

La expulsión de Vega no quiere decir que la Iglesia haya sido arrinconada, sea perseguida o guarde silencio en Nicaragua. Al día siguiente de la celebración del séptimo aniversario de la revolución en Estela, acudimos a la misa que oficia cada domingo el cardenal Miguel Obando y Bravo en las Sierritas de Santo Domingo, una pequeña capilla blanca en las afueras de Managua. El espectáculo empieza en la hilera de coches que anuncian el camino y sigue en la pequeña nave atestada de fieles de clase media que se reúnen fervorosamente en torno a su pastor. No acudo demasiado a las iglesias pero quiero suponer que hay muy pocas en el mundo donde los parroquianos aplauden al sacerdote cuando éste aparece ante el altar. Eso es precisamente lo que sucede cuando el cardenal Obando hace su aparición ese domingo. Saluda lazando los brazos e inicia preparativos indumentarios previos a los oficios acomodándose la casulla verde y rojo, mandiles y cubremangas de encaje blanco, la tiara cardenalicia. Mientras él concede esa pausa, empiezan los cantos a cargo de un pequeño conjunto con guitarra eléctrica, bajo y batería, que arranca su tocada con intensidad pegajosa:

Vienen con alegría, Señor  
 Vienen por los caminos, Señor  
*trayendo tu paz y amor.*

El sonido llena el recinto y crece con las voces de los fieles que se las saben (y las cantan) todas. En el introito, el corazón de José María Pérez Gay da un vuelco adolescente porque el conjunto se arranca con *El pecador*, canción que sus voluptuosas culpas conocieron hace 20 años en la voz de Alberto Vázquez:

Reconozco, Señor, que soy culpable  
 Sé que fui pecador imperdonable  
 Hoy te pido, Señor, me vuelvas bueno  
*porque tengo un amor, limpio y sereno.*

Apenas avanza otro poco la misa cuando el conjunto arremete de nuevo, ahora con *Gloria, gloria, aleluya*, que hace a los fieles batir palmas rítmicas y alzar sus voces jubilosas, en esta lograda mezcla de religiosidad, fiesta y antisandinismo que cada domingo llena la capilla de Santo Domingo. La muy cantada misa del cardenal es una fuente de oposición y noticias. Por el pasillo central de la nave transcurren los camarógrafos de la televisión alemana y comparten nuestra curiosidad por el acto, distintos corresponsales extranjeros que vienen a buscar a este recinto la respuesta oficial de la iglesia nicaragüense al séptimo aniversario de la revolución, cumplido y celebrado ayer.

Ayer, en Estelí, durante su discurso ante una multitud tensa y expectante, más que jubilosa, el presidente Ortega se ha referido a la benevolencia de la revolución en sus tratos con la jerarquía antisandinista y ha recordado que, juzgados con apego a las leyes del estado de emergencia, los directivos del diario *La Prensa* y monseñor Vega no debieran estar sino en la cárcel, purgando condenas de más de 30 años. Ha recordado Ortega que el gobierno sandinista no persigue ni ha perseguido a la Iglesia y ha esgrimido contundentes cifras regionales: desde el triunfo de la revolución han sido asesinados en Centroamérica 138 religiosos, dice, entre ellos un obispo, pero *ninguno* ha sido asesinado en Nicaragua, y han sido secuestrados o han desaparecido 268 religiosos, *ninguno* de los cuales en Nicaragua. Es en otros países de Centroamérica, dice Ortega, donde

La Iglesia y los religiosos son víctimas de políticas terroristas, de políticas agresivas que son respaldadas por el gobierno de Estados Unidos . Aquí ni ha habido ni habrá persecución religiosa (*Barricada*, 20 de julio de 1986).

Fieles y periodistas han venido entonces a recoger la respuesta del cardenal Obando a las palabras de Ortega y la expectación sube de punto conforme tres parroquianos dan lectura escolar a diversos pasajes del evangelio del día y acercan la hora culminante del sermón cardenalicio. Es la hora sibilina, la hora del pastor que habla en metáforas, e inflama el corazón de sus oyentes con la pasión catecúmena, de una grey perseguida

Luego de un exordio sobre la necesidad de que el hombre justo controle su lengua, (“Ah, qué difícil controlar la lengua”), el cardenal describe la calumnia como una lanza que atraviesa simultáneamente los cuerpos del que la dice, del que la oye y del que la sufre, y cita a su antecesor: “Calumnia, que algo queda, dice Maquiavelo, y así es”. El sermón entra en materia recordando un pasaje del Libro de Daniel:

“Nabucodonosor ha tenido un sueño que lo inquieta. Ha visto un árbol enorme de frondosas ramas, derribado golpe a golpe por un ángel con espada. Querido Daniel a descifrar el sueño, explica sin temor al gobernante: el árbol es el reino frondoso que Nabucodonosor ha envilecido y reducido a leña con su terquedad, su orgullo y su prepotencia. El ángel que destruye al árbol significa el castigo para tan mal gobierno y anticipa la llegada de *siete años* de pobreza y escasez, *siete años* en que Nabucodonosor y los suyos comerán zacate y rastrojo, como los bueyes”. El cardenal quiere subrayar esta parte de los siete años de escasez y reitera. “Trata bien a tus súbditos, dijo Daniel a Nabucodonosor, no los explotes, no los oprimas, déjalos en paz. Pero Nabucodonosor no hizo caso y pasó *siete años* comiendo con los bueyes, comiendo zacate y hierbas... ¡como los bueyes!”. Termina el cardenal deseando que el árbol de la sociedad nicaragüense esté enraizado en Cristo, única fuente verdadera de fuerza y de riqueza, y un aplauso cerrado rubrica sus palabras.

Con redoblado fervor sigue la misa, por momentos los cantos suben de tono político: *No hay, Dios, quien pueda hacer / las cosas que haces tú / no con espadas ni con ejércitos / más con tu santo espíritu / Estos montes se moverán / hacia tu santo espíritu.*

Venceré, vencerás, venceremos  
*En el nombre del Señor*

Entre cantos suceden la consagración y el reparto de hostias sagradas, de modo que la misa toda es como una cantada colectiva. Luego de la bendición, los fieles se dan efusivamente la paz, abrazándose y tomándose de las manos. Se organiza entonces un espontáneo besamanos en el que el cardenal atiende a un lado del altar los saludos de su rebaño; ahí bendice, toca, comenta y sonrío, mientras el conjunto eléctrico

emprende la última balada, el himno de Santo Domingo que ha recorrido la filas opositoristas hasta aterrizar en un cartel del FDN, cuya leyenda mayor reza: *¡El cardenal Obando está con nosotros!* Dice el himno.

Sí, viva el cardenal  
nuestro amigo fiel  
*Cardenal Miguel*

En el un tanto sacrílego bar del hotel, converso sobre Obando y la Iglesia con un periodista local: —No va a tener problemas mientras hable así —me dice—. Pero la aprobación de los 100 millones, ha cambiado las cosas. Si Obando hace o dice algo que apoye abiertamente a la contra, el gobierno lo va a cargar igual que a Vega. El tiempo de la impunidad total, ya pasó. Ahora es la guerra y estás de un lado o estás del otro, no hay más.

## La luna

Nuestro hallazgo personal en Managua es don Fernando, un insólito personaje mexicano, padre de un joven amigo y experto comercializador agrícola. Don Fernando vigila, compra y exporta cosechas de algodón por el puerto de Corinto desde 1980. En los últimos seis años ha pasado tanto tiempo en Managua, León y Corinto como en México, y renta al Estado la casa expropiada de un ex guardia somocista en un barrio residencial de la capital. Es algo más que un hombre inteligente, conocedor de su negocio y del país donde lo ejerce, es un hombre culto, lector de historia y de la historia, conversador apasionado, solidario de la revolución nicaraguense por un elegante y convincente —en realidad: irrefutable— sentido de las proporciones. —No importa mayor cosa si los sandinistas han hecho esto bien o aquello mal —nos dice a los postres de una comida en un *restorán* chino de Managua—. Lo que importa es que el gobierno norteamericano los quiere arrasar, los quiere borrar del mapa. Ustedes han visto el país, la ciudad. ¿hay proporción en la ofensiva de Reagan? No la hay. Es una ofensa al sentido elemental de la justicia. Es como enco-

narse con un niño, como si el gobierno de México le declarara la guerra al municipio de Juchitán, o algo así: una desmesura

Recuerdo un alegato de Onetti: hay que estar con Nicaragua por la misma razón que se está con el chico al que un gigante atropella. La impresión de ambos es exacta. Estando en Nicaragua uno no puede sustraerse a la sensación de estar presenciando un abuso, una siniestra batalla desigual, moralmente inaceptable.

Después de la comida don Fernando nos invita a su casa. Está en una zona arbolada, donde vive también el hoy vicepresidente Sergio Ramírez. La recámara principal, en un segundo piso, mira limpiamente, sobre la ciudad chaparra, hacia una modesta pero hermosa línea de montañas azules. Han sido removidas del piso las gruesas alfombras heredadas para liberar la loseta, y los sillones de terciopelo y brocados, nos dice, han cedido su espacio a los asientos de mimbre y las mecedoras de madera, gloria indisputable de la artesanía nicaragüense.

En el patio de atrás hay una alberca y un fresco corredor aislado del mundo. Ahí nos sentamos esta tarde de domingo frente a la hilera de macetones que rodean la alberca y los almendros que se desbordan sobre la barda, con la única compañía de nuestras voces y el zumbido de las libélulas que rozan intermitentemente el agua confundiendo, supongo, el cielo con su reflejo. Un mozo trae agua fría y café, encendemos puros y hablamos largamente de la sucesión presidencial mexicana, precandidatos, posibilidades y chismes conexos, las elecciones de Chihuahua como anticipo de las de 1988 y la gran preocupación de don Fernando: si el próximo candidato será capaz de convocar a un acuerdo político nacional.

Conforme la tarde se diluye regresamos a Nicaragua, la revolución y el asedio. Recuerda don Fernando una frase de Joseph de Maistre que explica, en su opinión, porqué es imposible el diálogo del sandinismo con la contra: "La contrarrevolución no es una revolución contraria, sino lo contrario de la revolución". E inicia el recuento de los logros del sandinismo: la alfabetización, el reparto agrario, la quiebra del control oligárquico sobre el país. "Y no de cualquier oligarquía", agrega, "sino de una de las más recalcitrantes, pro-norteamericanas y sangrientas de la historia latinoamericana".

—De acuerdo —le dice José María Pérez Gay. —¿Pero eso qué tiene que ver con la revolución socialista? ¿Por qué sobreponer a eso una retórica socialista?

Añado lo que parece obvio. en Nicaragua ha habido una “rebelión contra el tirano” en estado puro, una rebelión nacional incontenible contra el capataz, contra el odiado. El verdadero día de la celebración popular en Nicaragua, según lo hemos constatado en las calles, no es el del triunfo de la revolución —19 de julio—, sino el día anterior —18 de julio— en que Somoza salió del país. Ese es el día de la fiesta en toda Nicaragua, oficialmente reconocido como el Día de la Alegría, y por todo el país hay bailes en los barrios, en las escuelas y en los centros de salud con piñatas, orquestas, y guaro a discreción.

—Es la historia de las revoluciones —dice doctoral y resignadamente don Fernando—. El paradigma de la revolución actual es el socialista, como el de la soviética fue la francesa y el de la francesa la romana. El paradigma de la Revolución Nicaraguense es la cubana y de ahí se calca la retórica. Pero la retórica no es la realidad y lo cierto es que cada revolución inventa su camino. Si la Revolución Mexicana hubiera sido diez años más tarde, se hubiera prendido de la retórica soviética, pero eso no hubiera alterado un ápice la realidad social del país, sus fuerzas políticas reales, su historia verdadera. Igual aquí. Lo que importa no es la retórica, sino la realidad.

Fumamos otro puro y empezamos a estar a oscuras. La noche ocupa rápidamente el corredor y la única luz es la que filtra entre las hojas de un almendro un arbotante cegador que abrillanta el alto respaldo del sillón de palma de don Fernando, dejando en sombras su rostro y su torso, desde donde viene su voz. —¿cuál es la realidad de esta revolución? —pregunta—. No lo sabemos, porque ha estado desde muy pequeña luchando por sobrevivir. No los han dejado gobernar. Han vivido bajo el asedio exterior desde 1981. No sabemos lo que es en verdad esta revolución, su verdadera forma. Están ahora defendiendo su constitución. Apenas. Pero cualquier definición que sea, quedará pendiente de aplicación hasta que llegue la paz. En ese sentido, han jodido ya esta revolución, la han deformado de origen, le han impedido ser

—¿No hay solución sin guerra? —pregunto.



Categoricamente, sumido en las sombras, responde don Fernando:

—No la hay.

—¿Es imposible una negociación?

—En estricto sentido, sí —dice, después de meditar unos segundos —Porque la demanda de la otra parte es que la revolución acepte en su seno *lo contrario* de la revolución: ex guardias somocistas, por ejemplo, que son los mandos básicos de la contra. Pero la negociación no es el problema. Lo ha dicho el presidente Reagan con todas sus letras: aquí se trata de “extirpar un cáncer”, no de negociarlo. Extirpación es la orden quirúrgica. ¿Qué se puede negociar frente a eso?

Traen otra jarra de agua fría y café. La luz del arbotante ha mejorado porque puedo ver ahora el perfil anguloso y quijotesco de don Fernando unos centímetros abajo del respaldo de su sillón. Volteo al almendro y entiendo el origen de esa luz como de noche de hadas no es el arbotante, sobre la copa negra del almendro, en su rápido ascenso a la bóveda sin nubes, estrellada. Esa luna apolítica y suntuosa canta la plenitud de la naturaleza en esta Nicaragua llovida, henchida de su invierno, incomparablemente verde en su sucesión portentosa de ceibas gigantes y armónicos guanacastes, tabachines incendiados, que aquí llaman maliches, y laureles sombreadores, que llaman matapalos. Y la alucinante vecindad de cráteres y lagos, valles infinitos junto a cordilleras selváticas, cuya huella final en la memoria es un ahogo visual, una dicha de formas y colores que sólo Luis Cardoza y Aragón podrá nombrar, como nombró a su Guatemala, árbol por árbol y fruto por fruto, línea por línea de su mano inolvidable.

Sigue don Fernando bajo la luna. —Si los dirigentes sandinistas dijeran hoy: “aquí está el gobierno. Nosotros somos el estorbo y nos vamos”, el presidente Reagan les contestaría: “¿y adónde van? ¿A exportar su revolución a otras partes? No, ustedes se quedan ahí y me dan la cara hasta que acabemos esto”.

—Es absurdo —digo.

—Es absolutamente lógico —replica don Fernando. Lo que quieren aquí es un escarmiento latinoamericano, una vacuna final. Por eso están planteadas las cosas como un pleito final: tú o yo, me matas o te mato. Sólo que en ese duelo el único que puede matar es Estados Unidos.

—¿Cuál es la salida, entonces? —dice Pérez Gay —¿Usted qué prevé?

—Un año más de desgaste. Actos de sabotaje, terrorismo, minado de puertos...

—¿Para preparar la invasión? —pregunto

—Hay algo peor que la invasión —responde don Fernando con voz grave

—¿En qué piensa usted? —pregunto.

La luz resplandeciente de la luna platea sus rasgos y acentúa las arrugas de máscara griega sobre su boca, pero su respuesta es sombría.

—Una solución final —dice. —Para hacer aquí *lo contrario* de la revolución, no basta acabar con los dirigentes y con el ejército. Hace falta acabar también con parte del pueblo que vive ya de otra forma

—¿Piensa usted en Numancia? —aventuro sin mirarlo, perdido en la luna llena

—Usted lo dice —responde. —Sí, hay algo de Numancia en todo esto, un aire de tragedia latinoamericana.

Nos quedamos callados, fumando. Las libélulas se azotan en la superficie brillante del agua de la piscina y dejan su rápido rizo zumbando sobre nuestro silencio. Está la luna en lo alto en su antigua pureza de todos los días, convocando a los amorosos y a los encandilados, a los sedentarios y a los combatientes, contando su vieja historia enigmática e inalcanzable, llana como su luz, indescifrable como las figuras sin forma que hay en su cara luminosa

—Sería un escándalo mundial insostenible para Estados Unidos —digo.

—Así será —dice don Fernando con la vista fija y perdida en la piscina, como de borracho aunque no ha tomado una copa. —Un escándalo y un oprobio.

—¿Entonces?

—Entonces, mis amigos, como dijo Chejov.

—¿Cómo dijo?

—Dijo: "Lo verá el que viva".

## De Nezayork a Tijuana

Emiliano Pérez Cruz y Juan Arturo Salinas

Hermosa  
bajo la luz del reflector,  
vestida de lentejuelas  
llega a mi mesa  
“Hola”, me dice,  
como todas sus noches,  
“me llamo Gabriel”.

Roberto Castillo Udiarte

Dice llamarse Jenny, trabaja en uno de los más afamados centros nocturnos de Tijuana y hace unos meses llegó de Ciudad Nezahualcóyotl.

No tiene más de veinte años y no mira de frente. Luego de cinco cervezas y de media hora de conversación superficial, empieza a hablar de sí misma y a sonreír.

“Llegué a la casa de una tía que vive aquí desde hace mucho tiempo; creo que trabajaba en una maquiladora, no estoy muy segura. Cuando llego a dormir ella ya no está, y los domingos por la tarde son los únicos días en que platicamos”.

“Allá tenía seis hermanos, y eran unos cabrones, sobre todo los más chicos, de quince o trece años. No trabajaban ni iban a la escuela, nomás se juntaron con las bandas y todo el santo día andaban viendo qué agarraban. Las únicas que dábamos la cara éramos mi mamá, mi hermana Carmela y yo. Mi mamá nos enseñó a coser, pues ya tiene muchos años en eso”.

Sobre la plataforma baila Alice —uno ochenta y cinco, medidas estratosféricas y quince gramos de ropa—; los “americanos” sentados a su alrededor le tocan las piernas cada vez que pasa a su lado, y besan sus rodillas y sus muslos cuando se agacha, sonriente. Casi todos son jóvenes, casi todos con un corte de cabello y una forma de gritar y reír que denota que proceden de la base naval de San Diego, como casi toda la clientela de este sábado

Alice sigue bailando y se despoja de una prenda más, ante el aplauso y la rechifla del respetable. Mi amigo me ve y sonrío. “Está rebueno, más que cualquier vieja de las que hay por aquí, ¿verdad?” Los marines se revuelcan y patean el suelo cuando la última prenda cae.

“Me vine a Tijuana porque supe que aquí había manera de hacerla —dice Jenny detrás del humo de un cigarro— Unas amigas que ya habían estado aquí me contaron que el trabajo sobraba, y sí es cierto. Aquí no trabaja quien no quiere

“¿Por qué escogí esto? No es cuestión de escoger, pasa y ya. Creo que se agarra más fácil el dinero, aunque últimamente los gringos se han puesto rete sangrones y no los sacas de un *no*. Por eso nomás estoy agarrando unos cincuenta dólares cada sábado —20 por tres clientes y diez dólares al negocio—, y eso que es el día bueno.

“Entre semana, puro desbalagado... ¿No ves que los soldados (los *marines*) sólo tienen libre el fin de semana? Los martes y los jueves viene alguno de esos desmadrosos, o ya de perdida uno de Tecate o de Michoacán”.

Los mexicanos no somos buenos clientes, por lo que se ve. Las amigas de Jenny van de mesa en mesa susurrando a los yanquis palabras en un mal inglés, algunas, más experimentadas y maltratadas —como si fuera una ley proporcional—, se sientan en las piernas de los *U.S. Navy* en *short*, quienes las rechazan con tacto. Han aprendido a ser discretos, y luego de una caricia en la rodilla y una sonrisa se voltean a continuar la conversación.

Ataviados con lo más novedoso en playeras flojas de sutiles colores, los visitantes componen un ejército paralelo al que en realidad pertenecen. Cortos cabellos, tenis Reebok, Sporstars o Kaeppa y cómodos *shorts* son parte del sencillo y casi inocente uniforme. Las estrellas, los cascos y las correas se quedaron en San Diego

“No creas, le tengo miedo a eso del sida con tanto guey que viene de quién sabe dónde. Ahora que leíamos que en Tijuana ya se habían presentado algunos casos, nos dio el pendiente. A mí lo único que me ha caído mal es el tiempo, a veces hace mucho frío y tienes que aguantarte allá arriba, quitándote la ropa.

Dicen que se ven muchas cosas feas, pero también que hace muchos años era peor. El ambiente está calmado, pues hay muchos trabajadores pendientes para que todo esté derecho, y rápido te hacen el paro si sale un gringo loco que de repente se cruzó” y las opiniones se dividen. Wendy —de puritito Batopilas— dice que “a los gringos no les hacen nada por más locos que se pongan, pero si a un mexicano se le cae un vaso o grita, lo sacan de volada”. Las chicas de la mesa coinciden en que los gueros son malos clientes, y que no es por hacerle el feo a los mexicanos, sino que el hambre es el hambre. Eso sí: cuando llega un barco con coreanos, cada uno se luce con cien dólares. Ante eso, las cuotas nacionales de 20 mil pesos son como los precios oficiales en navidad.

Aquí —como en el Chicago, el Nueva York, el Regio y la Cucaracha, por citar algunos— hay quienes, no importándoles la cantidad de dólares que traigan, se niegan a trabajar para los coreanos, e incluso a veces para los mismos estadounidenses, pero estos casos son rara avis. Por nuestra mesa siguen pasando las amigas de Jenny y, al ver que el personal es *made in Mexico* y paga con M.N., pasan de largo. ¿Cuestión de estética o de finanzas?

“He conocido a algunas muchachas que, como yo, vienen de Neza para dedicarse a los centros nocturnos, y hasta he podido reconocer a algunas chamacas que vivían en la colonia, pero se hacen las disimuladas. Aquí se gana bien, pero todo está rete caro, quiero mandarle un dinero a mi mamá, por eso me metí a una cundina —una tanda, pues— y en unas semanas voy a tener unos centavos.

Nunca creí venirme tan lejos, la verdad. Si a los dos días de viaje en el Tres Estrellas ya las daba... Bueno, recién llegué le entré a una fábrica y luego a un supermercado. Pero pasaban los días y yo no veía nada, el dinero se me iba como el agua, y la neta dije que mejor le ponía. Una vez leí en un letrero que solicitaban bailarinas y entré. Y aquí sigo, gracias a Dios; yo creo que en poco tiempo me voy a poder salir con una lana en el banco”.

Tras la gruesa cortina de terciopelo desaparece Alice y tres *marmes* sumamente jóvenes –uno de ellos, de aspecto chicano, tradujo para sus compañeros la oferta: 50 dólares *all night long*–, todos sonrientes. Al fondo, en un reservado, un negro dormita bajo un *poster* desde el que una rubia hollywoodense sonrío.

Jenny se despide. es su turno y debe cambiarse de ropa. Son las seis de la mañana y afuera el sol ya brilla en los costados de un autobús de la Gray Line del que más tarde bajará una sexagenaria de Illinois para recorrer las tiendas de curiosidades.

“La cultura en México”, suplemento de *Siempre!*, núm. 1796, 20 de mayo de 1987.

## Tablada, incendiario y melancólico

Rafael Pérez Gay

El 12 de septiembre de 1892 el vapor americano Withney fondeó en el puerto de Veracruz. Eran las ocho de la mañana de un inesperado día nublado en el trópico. Una fina lluvia del Golfo entorpeció los trabajos del desembarco. A las nueve y media, bajo un sol húmedo y un viento pegajoso, nueve pasajeros cansados del mar bajaron al muelle, hartos de las incomodidades marítimas y ansiosos de pisar tierra firme. Los viajeros eran el matrimonio francés Du Cloty, los polacos Shadran y Kobalsky, la alemana Gisele Grunewald, los esposos italianos Constantieri y el periodista y diputado mexicano Jesús Rábago y un joven acompañante. Pero aquel sábado de septiembre los pasajeros que desembarcaban en el puerto, tocaron algo más que la tierra fértil de Veracruz; en realidad, doblaban un cabo de esperanza y partían —en un viaje mucho más penoso— rumbo a la Ciudad de México como quien busca una promesa realizada. En efecto, en la ciudad los esperaba la vida porfiriana de los años noventa del siglo XIX con toda su carga de ilusiones.

En medio del movimiento imparable del muelle dos viajeros persistían en los adioses. Las figuras de un hombre y una mujer se recortaron sobre el fondo azul de la costa. La señora Grunewald oía atenta, como si estuviera en un tranquilo café parisino, la historia que le contaba el joven acompañante de Jesús Rábago. Era una mujer de treinta y tantos años —más los tantos que los treinta— y bajo la falda de terciopelo rosa y las mangas anchas de la levita gris guarnecida con un rizado grueso y rosa del traje de calle que llevaba puesto, se adivi-

naba un cuerpo frondoso de carnes bien distribuidas. Él, en cambio, era un joven delgado de pelo largo y levitón gastado que dibujaba calvicies en el pecho, una mala imitación francesa que ella perdonó como se perdona el esfuerzo de las copias. Después de diez o quince minutos de despedida ella dictó, después de muchos ruegos, su nueva dirección en México y él su nombre y sus ilusiones de poeta francés. Entonces Gisele Grunewald anotó en una libreta forrada de raso azul José Juan Tablada

Nadie notó signos de amor durante la travesía. Pero ellos supieron guardar el secreto de siete noches de intimidad en las que él durmió en sus pechos hasta el amanecer rojizo del mar, cuando salía de su camarote como lobo después del ataque. Se quisieron alegremente en el viaje, pero se dejaron unir, además, por el misterio de sus ambiciones y la historia de su vida. El joven Tablada contó durante esos días y noches felices los accidentes borrosos de una infancia de diligencias camino a Acapulco —por donde pasaban los mercaderes de la Nao de China—, temores de guerra y cartelazos, colegios militares y mañanas estivales al borde de ríos caudalosos. Más que relatos de su infancia alemana, ella le regaló la experiencia que dejaron en su cuerpo y su vida dos matrimonios y un amante en París —del que se curaba viajando—, los años de varios hombres que Tablada recibió como si fueran la locura de un sueño, pero que acabó siendo un amor temprano para poetas incendiarios.

Una de esas claras mañanas de altamar Tablada despertó con el corazón lleno de esperanzas. Se vistió como si fuera a una cita y subió a cubierta. La noche anterior había terminado un poema largamente trabajado que Gisele Grunewald hizo explotar, “Misa Negra”. La encontró leyendo un libro de tapas verdes, sentada muy cerca del timón. Alcanzó a leer el nombre de Victor Hugo en el lomo. No se arredró, al contrario, el aire de una absurda complicidad artística le dio más fuerza. Y leyó diez cuartetas emocionado, con la voz cortada y jadeante:

Y celebrar ferviente y mudo,  
sobre tu cuerpo seductor



lleno de esencias y desnudo,  
la Misa Negra de tu amor!

No volvió a verla, es decir, no volvió a verla como la vio en el Withney: exuberante, incontenible, como si fuera a morir en unos días. José Juan Tablada, lleno de la melancolía de los tiempos, tenía 23 años y una ambición mineral: ser poeta. No le fue dado saber, sino tiempo después, lo que esa mujer y aquel poema influirían en su vida. Lo que sí supo esa mañana en el puerto —aunque después quisiera engañarse— es que Gisele Grunewald se esfumó en la cubierta del vapor. Permaneció todavía largo rato viendo el movimiento que dispersó a los viajeros en un ajetreo de carga y descarga. Eran otros pasajeros de la tranquilidad porfiriana: baúles con finísimas draperías francesas, cajas con bebidas y alimentos importados como símbolo de la felicidad posible: champaña Viuda de Clicot y Roederer, ostiones Baltimore, tabaco cubano y coñac Gautier que irían a parar a La Abeja, gran tienda de abarrotes importados y nacionales en la esquina de Portacoeli y bajos del mismo nombre. También venían libros, los bultos que estaban traían los poemas con que Baudelaire escandalizó a la Francia de los cincuenta, la prosa de Musset y Richepin, la sinfonía de Gautier y otros menos solicitados que irían a parar, como la comida y los licores, a las manos de algunos escritores mexicanos. Tanta exuberancia lo llenó de tedio y *spleen*. Respirar bajo el cielo gris de la clase media, vivir bajo la paz porfiriana le producía sueños enloquecidos. Recordó a Baudelaire:

Es preciso estar ebrio siempre. Todo consiste en eso. Para no sentir el peso horrible del tiempo que doblaga las espaldas y hace que nos inclinemos hacia la tierra, es necesario embriagarse constantemente. ¿De qué? De virtud, de poesía, de vino, de lo que sea, pero embriágate.

Terminó el año en la Ciudad de México. Algo de lo que prometen todos los principios lo hizo sentirse menos melancólico. Tablada se sentía perdido en un mundo lejano. Hacía largos paseos por Plateros, seguía sin que lo vieran a Gutiérrez Nájera, con su camelia en el ojal,

su puro en la boca y su infaltable amigo Manuel Mercado. Se detenía en las puertas de la Casa Plaisant y veía a Manuel Puga y Acal reunido con otros periodistas que hablaban de Francia. Reconocía a Jesús Valenzuela pasando por la calle en un *char-à-bracs* tirado por varios caballos. Saludaba a sus personajes literarios de segunda fila que se reunían en la Casa Calpini y, a veces, acompañaba a Edmundo Rivera y Rico e Ignacio Benítez Landa, pulcros *dandys* de Plateros. Caminaba hasta que se metía el sol y el viento levantaba torbellinos de polvo. Y cada vez que veía a una mujer delante de él decía, “Ésta es”, pero era una nueva decepción. Estaba seguro que por una coincidencia feliz se encontraría a Gisele Grunewald en su camino. Entonces imaginaba extraordinarias complicaciones del azar que producían un nuevo encuentro. Así pasaban los días en el mismo tedio y las costumbres obligadas. Leía con devoción a Baudelaire, a Musset, a Gautier en alguna mesa de la casa Plaisant y ya entrada la noche cenaba, si se podía, con Chucho Rábago. En el fondo, lo aliviaba el sentimiento de que su pasión se apagaba.

El mismo Rábago le ofreció la publicación de alguno de sus poemas en *El País*. Tablada no lo dudó ni un momento. Le entregó “Misa Negra”. Apareció publicado el 8 de enero de 1893. Y lo que pensó que sería una señal de humo y amor para Gisele, se convirtió en una tormenta que recorrió los salones y los gabinetes políticos. El poema no sólo no atrajo a la Grunewald sino que, por si fuera poco, despertó la ira de doña Carmelita Romero Rubio, quien pidió censura y castigo para los editores. La esposa del presidente se sentía ofendida, profundamente ofendida. Fue la primera vez que le llamaron —a Tablada, se entiende— decadente, delcuescente, escritor de neurosis y amoralidades. Un laberinto de disculpas, recados de terceros y perdones fueron apagando el incendio. Pero en cambio, se avivó la llama de la incomprensión y el rencor de Tablada. En esos días, sólo su formidable orgullo lo salvó del desaliento.

Vinieron días claros de periodismo, reuniones en el Café Colón, poesía y proyectos extraordinarios. Tablada logró entrar a *El Universal* después de la aprobación de Rafael Reyes Spíndola. Conoció por esos días a Gutiérrez Nájera y se volvió su acompañante matutino cuando el Duque iba a las oficinas de *El Partido Liberal*. Incluso oyó

la voz del Duque Job elogiando su *Oda Nocturna*. En fin, las horas de la redacción y las gacetillas llenaron por completo aquellos meses prometedores y productivos. Sus amigos, Alberto Leduc, Bernardo Couto, Jesús Urueta y Jesús Valenzuela lo esperaban en el Café Colón después del periódico. Y más que la afición a la bebida, lo atraía al café la costumbre de las discusiones, los planes de empresas literarias, mujeres hermosas o cualquier otro sueño. Eran sensibilidades extremas, exageradas. Más que de suspiros melancólicos, aquellas reuniones estaban hechas de otras formas del tedio: el arrebato, las luces meridianas, a veces enceguedoras. Eran, también, los escritores de fin de siglo que vivían la última década bajo la llamarada rojiza del verano porfirico. De ahí salió la idea de una revista, *Moderna*, que tuvo que esperar varios años para realizarse, pero el joven Tablada volvía a la vida.

Conservó dos amistades de la niñez, Joaquín Clausell y Heriberto Frías, que en ese entonces estaba en Chihuahua preparando un reportaje sobre Tomóchic y la Santa de Cabora. Los tres fueron compañeros en el Colegio Militar. En Chapultepec los tres aprendieron disciplinas militares, practicaron con carabinas Winchesters y fusiles Remington y emprendieron dos o tres parrandas históricas con mujeres desconocidas. A los tres les quedó algo de la rudeza y la constancia militares. Clausell tuvo que emplearlas como director de *El Demócrata*, cuando fue a parar a la cárcel por publicar el relato novelado que había escrito Frías sobre *Tomóchic*; éste segundo, partió al norte del país con un vago sentimiento militar en el alma; Tablada no pudo deshacerse nunca del gimnasio y el culto al cuerpo. Tiempo después, cuando se reunía con Couto y Julio Ruelas, José Juan ponía fin a la comida y a los tragos para irse al gimnasio Ugartechea. Entonces le decían:

—Tablada, vas a embrutecerte. Qué versos vas a escribir con sensibilidad de boxeador.

Así, por un agradable compromiso con el pasado amistoso, Clausell lo invitó a una reunión en las oficinas de *El Diario del Hogar*. Se trataba de un movimiento en el tablero de la política. *El Diario* llevaba algún tiempo cargándose a la peligrosa orilla de la oposición. Los editores ya habían recibido señales no muy gratas de don Porfirio.

Entonces, Mata decidió improvisar sus oficinas para resucitar los viejos salones artísticos de *Fanny*, Natalia di Testa, que durante mucho tiempo se hizo cargo de una sección de modas y vida social en *El Diario*. Como en los buenos tiempos tomarían té y bailarían *boston*. Invitarían a lo más destacado de las letras mexicanas, a señoras apasionadas por las draperías importadas y a algún político —enviado por Díaz— para suavizar las relaciones y negociar posiciones políticas. Y Tablada aceptó

Llegó a las siete de la noche. Lo recibió Natalia di Testa y lo acompañó a una de las habitaciones donde las señoras y las señoritas platicaban sentadas con la taza en la mano. Las servilletas rojas sobre las faldas le parecieron a Tablada manchas de sangre; Fanny, de pie junto a la escalera, ordenaba y atendía a los invitados que llegaban. Más tarde sonó el piano. Dos hombres fumaban en el balcón. Los redactores de *El Nacional* hacían plática aparte y cortejaban a Rita di Testa, la hija de *Fanny*. Tablada conversaba con una mujer sobre lo poco que ganaban los periodistas cuando, a las ocho de la noche, Rosendo Pineda entró por la puerta principal. Lo acompañaba una mujer a la que presentó como una alemana sensible a todas las artes, la señora Gisele Grunewald, huésped de México por algunos meses

Fue una aparición. Tablada se puso a temblar como esposo adúltero bajo la mirada de su esposa. Llevaba una *toilette* de baile para joven, bastante *demodé* para los tiempos, de velo y raso color rosa pálido. La falda estaba compuesta de dos géneros con grandes pliegues de rasos y volantes. Los aretes, el collar y el brazalete eran monedas antiguas de oro y plata. Los guantes a la Sara Bernhardt le alargaban la figura; traía medias de seda con bordados de rosa y zapatos también en rosa pálido con grandes lazos. El pelo rubio, partido en dos sobre la frente ceñía el óvalo de la cara. Entonces alguien se sentó al piano y tocó una vieja romanza oriental que hablaba de puñales y amores orgullosos y vencidos. Cuando acabó la música, Gisele Grunewald parpadeó, como si saliera de un sueño.

La reunión era un éxito, Rosendo Pineda platicaba en un rincón con el Duque Job y Carlos Díaz Dufoo; por otro lado, Clausell, Luis Urbina, Alberto Leduc y Jesús Urueta hablaban sobre el futuro del *repórter* en México. El doctor Flores y Jesús Valenzuela, rodeados

por tres o cuatro mujeres conversaban de enfermedades y medicinas. Decía Flores.

—El jarabe de bromuro de sodio se está usando con mucho éxito en la medicina de las mujeres

Valenzuela le interrumpía:

—Nada mejor para la gastralgia que el licor tridigestivo de pepsina, pancratina y diastasa.

Uno a uno fueron felicitando a Gutiérrez Nájera por el banquete-homenaje en el más grande de los salones del Tívoli de Porrás, teatro de las más grandes fiestas de entonces. El asunto fue que a las diez de la noche lo más distinguido del México de las letras y las artes estaba congregado en aquellas oficinas. El movimiento en aquel tablero de la política parecía perfecto, la presencia de Rosendo Pineda, secretario particular del ministro Romero Rubio era el signo inequívoco de la benevolencia de Porfirio. Pero no fue así: como otras veces, Díaz desconcertó a sus oponentes poco tiempo después el periódico *El Demócrata* fue suspendido y su director Joaquín Clausell puesto en la cárcel, Heriberto Frías corrió la misma suerte, pero en Chihuahua Mata tuvo que acordar el cierre de *El Diario del Hogar* a cambio de la seguridad de su familia, la de los redactores del diario y de la suya propia. Detrás de los gestos majestuosos y pausados de Pineda, de la flemma distante de aquel figurín de levita y sombrero hongo estaba, más que un conciliador, un político con instrucciones de estudiar el terreno para dejarles llegar a aquellos periodistas un golpe del que ya no se repondrían. Ese fue el trabajo de Rosendo Pineda la noche en que quisieron resucitar los viejos salones de *Fanny*.

José Juan Tablada platicaba con Pepe Bustillos que interrumpió alguna exaltación baudeleriana para contarle de un enemigo. Sabía que vendría el momento en el que ella se iría sin que pudiera siquiera haberle arrancado una palabra, sin dejarle tan siquiera un recuerdo. Y así fue. A las once de la noche un *coupé* azul tirado por un sólo caballo negro se estacionaba frente a la fachada de aquel edificio. Se abrió la portezuela, subió una dama y el carruaje comenzó a rodar con un ruido sordo sobre la grava. En el interior del coche, tapizado de *reps* azul con pasamanerías y calados de seda, una mujer bostezaba satisfecha rumbo al sueño tranquilo. En efecto, era el lujó de un hombre rico y en ascenso político.

Entonces Bustillos le contó que había sido Rosendo Pineda quien llevó aquel diario donde se publicó su "Misa Negra" a doña Carmelita; que fue él mismo el que se encargó de que la señora se sintiera ofendida. Y algo más: —Esa vez te cobró el pasado de una alemana, ¿qué más le debes?, porque Pineda es tan indio y tan rencoroso como Juárez—. Tablada se sintió abrumado por la sorpresa, pero decidió borrarla de su vida cuando se sintió tocado por el dolor de una traición. El resto de la noche fue para Tablada la bárbara digestión de ese daño revelado. A las once y media de la noche alquiló un coche en la calle de Mercaderes, lo invadió un vago olor de elegancias femeninas. El cochero aflojó las riendas, el caballo rozó bruscamente el recantón y todo desapareció.

Muchos años después, picado por el aguijón de aquel recuerdo, José Juan Tablada se acordaría bajo las luces de Broadway, la "White Way" con sus millones de letreros radiantes y dinámicos donde a la vez ardían los dólares, de su juventud en Plateros, cuando caminaba hasta desembocar a la biblioteca Lancasteriana, por el callejón de Betlemitas. Todo eso fue antes de los viajes a Nueva York, al oriente, a la Musa japónica. Antes, por supuesto, de la casa por el rumbo agreste de Coyoacán y las tardes frescas de castaños y eucaliptos en la casa de Jesús Valenzuela, con el músico Elorduy, el escultor Contreras, el pintor Leandro Izaguirre, el poeta Balbino Dávalos, Jesús Urueta y Luis Urbina; era el tiempo en que al joven Tablada lo devoraba la melancolía y su ambición secreta era prenderle fuego al futuro.

*Nexas*, núm 112, abril de 1987.

## Joseph Roth. La cercanía del exilio (Segunda parte)

José María Pérez Gay

### IV

En la vida turbulenta de las salas de redacción de los periódicos, Joseph Roth empezó a beber a diario y en grandes cantidades. Sus compañeros del *Abend* no dieron crédito a sus ojos cuando lo encontraron durmiendo en la acera de una calle cercana a las oficinas del periódico. En el otoño de 1922, su situación financiera mejoró considerablemente. Por ese entonces los cafés de Viena fueron otra vez estaciones obligatorias y oficinas improvisadas. No eran sólo cafés, sino una concepción del universo —decía el crítico Alfred Polgar—. Roth encontró en el café Herrenhof una atmósfera propicia a sus bromas y comentarios sobre la vida diaria, las obras de teatro y los rumores políticos de Viena. Había resucitado una antigua especie de ciudadanos. A ella pertenecieron los seres que vivían para conversar en el café. Unas tardes lo hacían con amigos, otras con desconocidos; los lunes con teóricos de la política o la psicología y los viernes con poetas o pintores. Desde esta perspectiva, Roth fue uno más de los *nómadas urbanos*, como diría Oswald Spengler. Seres singulares, los que parecían haber nacido para emigrar de ciudad en ciudad, de hotel en restaurante. Desde un hotel era posible asomarse al mejor mundo, seguir el ritmo de las ciudades y ubicar, sin engaños, a su gente. En cada bar brillaban los anhelos, y había tardes lluviosas en Ámsterdam proclives al desencanto. Pero volvía a nacer el mundo con cada desayuno en la terraza. Roth tuvo casa y oficinas en distintos hoteles y cafés de Berlín

y París, Frankfurt y Ámsterdam. En la ruta de su exilio, viajó siempre solo con las emociones sobrevivientes de un orbe abolido.

Durante más de cuatro años, a veces en horas difíciles y agobiantes, Roth dio en Viena una lección de disciplina. Aprendió a escribir sus reportajes en las mesas del café Herrenhof. Los clientes tenían desde temprano ocupado el establecimiento. Hermann Broch, Alfred Polgar y Franz Werfel se sentaban frente al ventanal. En las mesas del fondo, Milena Jasénska, la amiga de Kafka, conversaba con sus amigos de Praga, y Alfred Adler discutía el sentimiento de inferioridad con el rebaño de sus adeptos. A pesar de que no era su café favorito, Robert Musil se aparecía de cuando en cuando y ocupaba una mesa en la entrada. Al anochecer, los redactores del periódico *Die Stunde* se trasladaban al Herrenhof, para trabajar unas cuatro horas. A eso de las diez de la noche, entraba un grupo de gentes, extenuadas y sedientas, que unían dos mesas y hablaban en voz baja. Roth advertía su presencia y se burlaba de ellos. —Ahora hay que tener mucho cuidado, no te conviene hablar en voz alta —le decía a Stefan Fignal—. Llegaron los discípulos del Padre confesor de las millonarias histéricas de Viena, su Reverencia, *Herr Profesor Sigmund Freud*.

El día que Joseph Roth vio a Friedl Reichler en el café Herrenhof, refugiada en su timidez, con una violencia contenida y arrogante, sintió que esa mujer reanimaba su vida y proyectaba claridad sobre las cenizas de una decadencia generalizada. Friedl era una muchacha muy joven, altiva, firme, de ojos rasgados y pelo oscuro. La hermosura de su rostro le resultó conocida. Tenía la suavidad y el aire de las mujeres de Galicia. La familia Reichler, en efecto, venía de Lemberg y residía en el barrio judío de Viena. El noviazgo duró poco tiempo. A los seis meses se casaron y partieron a Alemania. Ya en Berlín, es decir cuando se le ofreció la primera ocasión de penetrar en el centro mismo de su intimidad, Roth se sorprendió de la facilidad con que Friedl pasaba de las lágrimas a la risa, de los celos más delirantes a la ternura más desesperada. Así, los primeros años en Berlín fueron el inicio de un viacrucis interminable, de una prueba excesivamente dolorosa.

A principio de 1923, el director del periódico *Frankfurter Zeitung* contrató a Roth como colaborador de planta. El diario era, sin duda,



uno de los mejores de Europa. Su política editorial comenzaba a ganar en crítica y frescura. Los principales editorialistas fueron Ernst Bloch, Walter Benjamin, Sigfried Kracauer, Max Picard, Ilja Ehrenburg y Ana Seghers. Los articulistas publicaban entonces sus notas como si aparecer en esas páginas fuera recibir una condecoración. Retirado de Austria, Roth sólo pensaba en luchar por sus crónicas, tratando de salir a flote, de no dejarse hundir, de escribir al fin una novela. En las primeras novelas, *La telaraña* (1923), *La rebelión* (1924) y, sobre todo, *Hotel Savoy* (1924), la intensidad narrativa se concentra en la atmósfera subsidiaria de la crónica, y no en los recursos literarios o los personajes. *Hotel Savoy* es la parábola de quienes abandonan la tierra prometida y llegan a Sodoma. El hotel es, al mismo tiempo, una prisión y un palacio. “Todos los que viven aquí están prisioneros. Nadie puede escapar. Ninguno se encuentra en el hotel por su propia voluntad. A todos los retiene una desdicha. Sin embargo, el hotel es otra desdicha y nadie puede distinguir entre una y otra”. El moderno y lujoso Hotel Savoy es el escenario de una trama siniestra. Gabriel Dan, el principal protagonista, se propone desentrañar el misterio. Le cuenta que el señor Kaleguropolos, el dueño, llega todos los días al atardecer, se informa de lo que sucede y registra los cambios emocionales de sus huéspedes. Nadie lo ha visto ni lo conoce. Pero Kaleguropolos no existe, es sólo una mentira que todos se han contado. Los huéspedes se someten a sus propias ilusiones. En realidad, un joven elevadorista es quien manipula los afectos y complica las historias.

*La rebelión* es una fábula cuyos antecedentes se remontan a *Los bandidos* de Friedrich Schiller, *Michael Kohlhaas* de Heinrich von Kleist o *El capitán de Kopenick* de Carl Zuckermayer. El protagonista de la novela es Andreas Pum, el todo obediente, sumiso, tonto que un día decide enfrentarse al mundo injusto. En lugar de romper lanzas a favor de las teorías revolucionarias de la época, Roth escribió la historia de una rebelión individual. Andreas Pum “buscaba una explicación de la injusticia moral de Dios y sus errores”. Si en la novela *Job* narró más tarde la vida de un anciano de Galicia que, puesto a prueba en Nueva York, se reconcilia con Dios después de todas las desgracias, en *La rebelión* Andreas lucha por recuperar su dignidad y lucha

contra Dios. No hay punto final en ese pleito y contra él se enderezan las injurias. Lo primero que destaca de la narración, es el conocimiento de la forma bíblica de la discusión con Dios, así como también esa parte de la *Thora*, en la cual Abraham lucha por salvar al pueblo de Sodoma del exterminio y acusa a Dios de injusto. Todos esos elementos entraban a formar la visión crítica que Roth tenía no sólo de la cultura judía, sino también de su propia obra. “Me turban todos mis errores –dice Job–. Sé que no me tendrás por inocente, yo soy impropio. ¿para qué me esforzaré en vano?” La narrativa yidisch conoció muy bien esta trama. En su cuento *Bontsche Schweig*, Jizchok Perez deja aparecer al tonto ante el tribunal de Dios. Bontsche, en su estupidez, hace una pregunta que Dios no puede responder. Y un siglo más tarde, Isaac Bashevis Singer dibujó al mismo personaje en su cuento *Gimpel, el tonto*. En su última novela *La leyenda del santo bebedor*, Roth volvió a ese problema desde un punto de vista católico. Más viejo y sabio elige la ilusión a la racionalidad crítica y la denuncia. El tonto piadoso, el bebedor católico –que vuelve a llamarse Andreas– murió creyendo en los milagros que producía su delirio.

A mediados de agosto de 1926, Roth llevó a Friedl a la casa de sus padres en Viena, tramitó sus documentos en el consulado y abordó el Transeuropa Express rumbo a la Unión Soviética, donde pasaría cinco meses como periodista invitado. Las cosas se presentaban muy diferentes a como se presentaron en 1923, cuando quiso visitar Moscú y Leningrado por cuenta propia. Esta vez era el enviado especial del *Frankfurter Zeitung*, un periódico respetado por la directiva soviética. En esos cinco meses viajó por todo el país, recogió testimonios de varios lugares y escribió veinte extensos reportajes en “la patria del socialismo”, sobre todo la crónica del sistema de educación soviético que se convirtió en una suerte de fuente autorizada de información.

Roth llegó a la Unión Soviética en el momento en que Trotsky, Kameniev y Sinoviev firmaban una declaración en la que se reconocían culpables de violar estatutos del Partido. Stalin se aprovechó del sentimiento de culpa y expulsó a Trotsky del Politburó, destituyó a Kameniev del cargo de presidente de la Internacional Comunista y persiguió a Sinoviev. Fuera de sus declaraciones públicas, las notables descripciones de Roth, ofrecen una perspectiva muy crítica, pero no

asociada directamente al anticomunismo. En octubre navegó el Volga rumbo a Astracán, el Cáucaso y Bakú, luego recorrió Ucrania y regresó a Moscú. El cronista del *Frankfurter Zeitung* fue un liberal, atento a las transformaciones de la sociedad y consciente de que sólo los antiguos propietarios se sentían despojados y ofendidos. Sin embargo, la burocracia –según él– había ganado la partida. Los revolucionarios debían replegarse a las filas de la oposición. “Aquí es uno obrero o funcionario o empleado de oficina. Aquí uno es activo o empieza a serlo. Uno pertenece al Partido o está a punto de ingresar en él. Aquí uno no tiene vida privada. El mundo no es sino un inmenso aparato. La cosa se inicia en la escuela. Los alumnos aprenden qué es ‘la conciencia colectiva’ y un optimismo banal, disfrazado de proletario, muy parecido al que priva en los Estados Unidos de Norteamérica”.

Pocos días debió contar en la Unión soviética sin una pluma en mano. Sus reportajes fueron una crónica y un examen, un compendio y una perspectiva. Situó el proceso soviético en el escenario de las transformaciones mundiales de esa época y resumió toda una larga historia en busca de la libertad. Roth aparece, a veces, como un solitario en medio de un horizonte colosal. Uno de los hechos más importantes en el mundo soviético era –según el cronista– la situación de las comunidades judías. El 9 de noviembre de 1926, apareció en el *Frankfurter Zeitung* su crónica “La situación de los judíos en la Rusia soviética”, uno de los reportajes más leídos que incluyó después en *Judíos errantes*. “La Rusia soviética es, hoy, el único país donde el antisemitismo está mal visto, aunque tampoco por esto haya terminado. Los judíos son ciudadanos completamente libres, aunque tampoco su libertad signifique la solución de la cuestión judía. Como pueblo tienen todos los derechos de una ‘minoría nacional’. La historia del pueblo judío no conoce otro ejemplo de una liberación tan súbita y total. Si la cuestión judía se resuelve en la Unión Soviética, estará también resuelta, a medias, en los demás países. La credulidad de las masas disminuye; las más resistentes barreras de la religión se derrumban, y las nacionales las sustituyen malamente. Si este proceso sigue adelante, habrá pasado el tiempo del sionismo, el tiempo del antisemitismo... y acaso también el del judaísmo... Todo el mundo

debe contemplar respetuosamente cómo un pueblo se libera del oprobio de sufrir, y otro pueblo del oprobio de maltratar. Todo el mundo debe contemplar cómo el golpeado se libera de la tortura y, el que golpea, de la maldición de torturar. He aquí la gran obra de la Revolución Soviética”

Según el cronista, empezaban a soplar buenos tiempos en la Unión Soviética. Fue la suya una estancia tocada por la lucha política, pues si llegó en el ocaso de la contienda de Trotsky, todavía no concluía del todo la disputa de Stalin con la oposición bolchevique y fue casi testigo de la sangre. Las esperanzas de 1917 no se habían cumplido, algunos empeños quedaron rotos y ciertos brillos parecían opacos. Ello hizo su adhesión más importante y más vigorosa su solidaridad. Aquellos días fueron fecundos: inició la novela *Fuga sin fin*, escribió dos capítulos del *Profeta mudo* y vislumbró al teniente Trotta, de *La marcha de Radetzky*. Entonces, las inquietudes fundamentales de Roth no eran políticas sino literarias. El último reportaje es una sátira: *Dios, nuestro Señor, en la Rusia soviética*, donde se narran las aventuras de Jehová, que viaja de incógnito por la Unión Soviética, país cuyos habitantes ya no creen en Él. “No se imagina qué bien me siento —dijo Dios—. Por fin me despidieron de ese complejo que forman el Estado, el gobierno, la industria y la política. Por fin dejé de ser el único responsable de la salud de los poderosos, de la moral de los niños, de la alianza entre los generales y la industria química, de las costumbres sexuales. He dejado de bendecir las armas químicas y las máscaras de gas. Las mismas guardias blancas, punta de lanza de la reacción, saben que ya no les puedo ayudar. Ahora me dedico a visitar tabernas y burdeles, donde brilla mi ausencia. Asisto a obras de teatro, me divierto con los dramas que me insultan. Por fin dejé de castigar a los hombres. No, no se imagina qué bien me siento en la Unión Soviética”.

Walter Benjamin, quien encontró a Roth en Moscú, nos ha dejado una imagen de su *Diario*: “Moscú, 16-XII-26. Hasta hoy me fue posible localizar a Joseph Roth. Me explicó por teléfono que viaja mañana de regreso. Así las cosas, acepté una invitación a cenar en su hotel. Roth estaba en el restaurante, esperándome. A sus amigos los recibe con una pequeña orquesta, que toca música lenta. Flanqueado

por dos enormes palmeras, dispone de una mesa llena de viandas. Es como si viviera en un hotel europeo, lujosísimo, transplantado en Moscú. Por primera vez, desde que llegué a la Unión Soviética, bebí vodka. Luego comimos caviar, carnes frías y un postre. Si reconstruyo la noche, debo decir que Roth me causó una pésima impresión. En París pasé por alto muchos detalles de su personalidad. No soporto su cinismo. Continuamos la conversación en su cuarto. Leyó una larga crónica sobre el sistema de educación soviético. Me distraje observando su cuarto: sobre la mesa varias tazas de té y botellas de vodka. Un cuarto —como el restaurante— muy europeo y lujoso. Debe costar una fortuna, así como también su viaje por Siberia, el Cáucaso y Crimea. Roth vive como un príncipe. Poco a poco, lo obligué a definirse: llegó aquí entusiasmado por la Revolución (casi un bolchevique), y abandona el país como un convencido partidario de la monarquía” Benjamin fue un solitario recluido entre sus libros y, después de 1926, un transeúnte por la calle del Materialismo Histórico y la Revolución. Su amor por Alscia Lacis lo había llevado a Moscú y, a pesar de las diferencias, sus conclusiones no fueron muy distintas a las del monárquico Roth.

El periodismo llevó a Roth por casi todos los países de Europa; su largo trato con los libros escritos en esos años lo hizo percibir todos los matices del debate ideológico y fue la suya curiosidad de su tiempo y de su mundo, con el pensamiento dirigido a la literatura. No fue nunca un militante del partido comunista, ni abrazó la causa de la Unión Soviética. El marxismo-leninismo le resultaba un fastidio, “las abstracciones llamadas leyes del movimiento social”, y creyó que “la Revolución Soviética instauró una pequeña burguesía en un país que no tuvo nunca una burguesía”.

Después de varios viajes por Albania, Galicia, Bulgaria y Grecia, se estableció nueve meses en París y escribió otra novela. *Fuga sin fin*. Dotado de ese entusiasmo que quiere recuperar algo de lo perdido, Roth apuntó y a veces esclareció con pasmosa lucidez lo que entonces se llamó “Nueva objetividad” (*Neue Sachlichkeit*), una corriente literaria que buscó llevar a la novela las ventajas de la crónica y el periodismo, subrayando el valor casi absoluto del reportaje. La historia puede contarse en dos palabras: Franz Tunda, teniente del ejército

austriaco, cae prisionero de los rusos, lucha después en las filas bolcheviques y huye finalmente hacia París. Claudio Magris afirma que *Fuga sin fin* no es sino una parodia perfecta del reportaje periodístico: ninguno de sus personajes posee vida propia, adquieren sólo el rango de sucesos, o por mejor decir: peones en un ajedrez sangriento. Sin embargo, *Fuga sin fin* es una crónica donde Joseph Roth aparece como un maestro sin par del retrato literario. Ningún personaje recuerda tanto a Roth como Franz Tunda: nació en un pequeño pueblo de Galicia, era hijo de un mayor del ejército y una judía polaca, cumplió 32 años en 1926 y pasó largo tiempo en una prisión de Siberia, historia que Roth creyó que era suya.

Austria conoce otra fusión entre autor y personaje: Robert Musil y Ulrich, el protagonista de *El hombre sin atributos*. En 1913, ambos tienen también 32 años, ambos son ingenieros y matemáticos, y ambos nacieron en Klagenfurt. Ulrich y Tunda son individuos por cuya frente pasa la tempestad; tenaces adversarios de sí mismos, las puertas del futuro se cierran ante ellos: "En este momento, allí, estaba Franz Tunda, mi amigo, 32 años, sano y despierto, un hombre joven y fuerte, lleno de talento, en la plaza delante de la Madeleine, en el centro de la capital del mundo, y no sabía qué hacer. No tenía profesión, ni amor, ni alegría, ni esperanzas, ni siquiera egoísmo. Nadie en el mundo era tan superfluo como él". La Primera Guerra que en *El hombre sin atributos* será un presentimiento, en *Fuga sin fin* es la condición de posibilidad de la novela.

## V

Friedl Reichler, nacida en Galicia y dueña de grandes y dulces ojos, fue, aunque muchísimo más joven, la seguridad afectiva de Roth y, por algún tiempo, la promesa de una relación estable, única y perdurable. Sin embargo, la debilidad de Friedl la llevó hasta donde sólo llegan quienes poseen secretos o infancias destruidas. Su presencia era, al mismo tiempo ingenua y sabia, cálida y helada. No fue sólo su belleza lo que fascinaba a Roth. Era su historia galiciana, anhelante, solidaria y sufrida. Esa historia familiar que dura siempre, que vive

de quien la dijo, de quien la oye y la cree. Historia de desarraigo y pérdidas, de niños asesinados y sonrisas rotas. En efecto, los Reichler habían abandonado Galicia durante la ofensiva de los ejércitos rusos, se establecieron en Viena gracias a la ayuda de parientes adinerados y Friedl trabajó varios años en la central de frutas y verduras de la ciudad “Friedl era una mujer encantadora –escribió Stefan Fignal– A principios de los años veinte, la vi caminar al lado de Joseph Roth por la avenida Kurfurstendamm. Y fue como si la primavera hubiera salido a pasear por las calles de Berlín”. En 1925 enfermó de una anemia perniciosa, se refugió en el cuarto de su hotel y no salió durante dos meses. La enfermedad de Friedl coincidió con un periodo de lucha de Roth, un temor de ganar o perder. La lucha fue la que efectuaba el novelista con el recuerdo, para arrancarle su secreto. El temor consistía en la inseguridad, en la desconfianza de no haber encontrado el tono para narrar la historia de Austria-Hungría, para relatar certeramente la historia de la familia Trotta. La lucha y el temor de esos días, eran la zozobra de morir sin salvarse. Esa zozobra antes de escribir *La marcha de Radetzky*, sostenida por su mitomanía, fue la que le hizo desatender al principio la enfermedad de su esposa

“Mi mujer se acerca cada día más –le escribió a su amigo Benno Reifnberg–. Me escribe extrañas cartas de amor, que son en realidad un conjuro. Me comenta las crónicas desde la Unión Soviética, y su crítica es amarga, inteligente y casi maligna. Quizá no se dé cuenta, pero así me reprocha el abandono Soy un sentimental, no tengo remedio”. Friedl no sabía qué hacer consigo misma, y vivió siete meses matando las horas de hastío con el recuerdo cercano ausente. Fracásó después –como sólo fracasan las mujeres– al buscar una existencia hacendosa, prudente y hogareña. No lo dicen las cartas de Roth, pero es de suponer, que la convirtió en personaje de novela. Y no sería remoto, que dispuesta dulcemente, haya fracasado también en ese proyecto Ludwig Marcuse, uno de los amigos cercanos, escribió en sus *Memorias*. “Conocí a Friedl y era, al principio, una mujer atractiva, ingeniosa y alegre. Sin embargo, Roth quería vivir con una gran dama, elegante y discreta. En menos de un año, el temperamento de Friedl se apagó y desapareció su enorme atractivo Debía comportarse de acuerdo a las instrucciones de su marido y, de ese modo, se destruyó a sí misma”.

La soledad de Friedl alarmó a sus amigos. Roth seguía viajando para el *Frankfurter Zeitung*. En noviembre de 1927, Friedl se quejó con Fignal de la vida con ese “loco” que acostumbraba irse sin avisar, bebía cuatro a cinco días sin interrupción y, en el mejor de los casos, se encerraba a escribir sin pronunciar palabra. Unos achacaron todo a Roth, otros a la incapacidad de Friedl y unos terceros a la descomposición de un matrimonio cuyo deseo de ganar dinero a toda prisa y a como diera lugar, definió sus vidas.

El terror se definió en la primavera de 1928. Roth dejó a su esposa en St. Raphael, un pueblo de la Costa Azul francesa, y viajó a Berlín. La noche del 24 de marzo, Friedl se presentó en la casa de Mirla y Benno Reifenberg en Frankfurt. La joven pálida y delgada poseía una voz llena de pánico y hablaba sin descanso. Temblaba como si tuviera un ataque de fiebre sin poder contenerse. Luego se sentó en el suelo y les dijo que la luna en menguante no tardaría en aparecer. Los Reifenberg apenas la reconocieron. Friedl tenía quemada gran parte del cabello, el vestido rasgado y descalza. Mirla se acercó llevando una manta y la invitó a pasar. Benno sugirió que un baño de agua caliente le vendría bien. Fue inútil. La joven se encontraba en una especie de trance, de vuelo espectral. Había abandonado la casa de St. Raphael, porque su cuarto estaba situado por fantasmas que salían de la calefacción central. La tierra —explicó—. Despedía sombras y vapores y le daba terror estar allí. Mientras los Reifenberg la acostaron en una cama Friedl seguía hablando. Su delirio reveló una furia visceral contra los amigos de Roth, quienes en realidad querían asesinarla. Repitió varias veces que estaba condenada a yacer en el infierno.

Joseph Roth llegó al día siguiente de Berlín. Por primera vez veía a su mujer sin afeites y sin máscaras. Al verse con tanta culpa encima, quiso creer que todo ese delirio lo había originado, en buena parte, su descuido, miopía y egoísmo. Desde aquel día cayó en un estado de insoportable depresión al conquistar la certidumbre de que no estaba tan vivo como lo creía, y de que lo gobernaba un instinto de crueldad. En esa misma semana los Reifenberg llevaron a Friedl a casa del doctor Golstein, conocido psiquiatra de Frankfurt, quien diagnosticó una esquizofrenia endógena. A Roth la palabra esquizofrenia le pa-



reció una estupidez, reaccionó violentamente y no permitió que se mencionara más de la enfermedad. Goldstein le advirtió que Friedl podía suicidarse en cualquier momento. En el otoño, los Roth se trasladaron a París. Alquilaron un cuarto en el hotel Foyot y él empezó otra novela: *A diestra y siniestra*. Roth se dedicó a cuidar a su esposa como si quisiera reparar una antigua culpa. Cuando salía del hotel, la dejaba encerrada y con un teléfono a la mano. Se dio cuenta entonces de que el infierno no era sino una desesperación continua, y que la lucidez es una especie de milagro que no se renueva jamás. El arrepentimiento —así lo creía— era un bálsamo aplicado a la herida ardiente de esa misma culpa.

La compensación esperada ya no era la resignación, sino el arrepentimiento, que se manifestaba negando la enfermedad. Sabía que llevaba una esquizofrénica a cuestas, y no quiso admitirlo. En abril de 1929, le escribió a Pierre Bertaux: “por lo que toca a mi mujer, su actual enfermedad es una consecuencia de la debilidad crónica, una falta absoluta de defensas. Yo soy, en parte, el culpable de su mal. Soy un antiguo oficial del ejército austriaco, y como tal viví de una manera espartana. Lo más grave es que la obligué a vivir de ese modo. Desde hace meses no puedo escribir una línea, y esta parálisis me impresiona más que todas las enfermedades. Quizá pueda escribir dentro de diez años, si para entonces soy todavía un escritor. Por ahora estoy solo con Friedl, me necesita.” Algunos amigos de Berlín creyeron que se trataba de “ataques de histeria”, una suerte de penitencia judía por pecados de índole religiosa, pues Friedl iba cuatro o cinco veces por semana a los baños *Mikwo*, y tomaba el baño ritual de las mujeres judías ortodoxas: después de la menstruación y antes del primer contacto sexual.

Por indicación médica, Roth envió a Friedl a un sanatorio en Checoslovaquia. Fue acompañada de una enfermera. A los tres días se presentó de regreso en el hotel, abrió el abrigo de pieles que llevaba y —como el personaje de *La señorita Elsa* de Arthur Schnitzler— le mostró que venía desnuda. Roth vivió dos años negando esa enfermedad, una encrucijada de las circunstancias que dio como resultado algo peor que la irresponsabilidad: creía poder curar mágicamente a su mujer. Se negaba a admitir que Friedl estuviera condenada a la deca-

dencia irremediable de la locura, a su total aniquilamiento. Quizá se deba señalar una característica que en cierto modo vincula la obstinación de Roth y la enfermedad de Friedl: me refiero a la preminencia que asigna la locura a una maldición religiosa. Joseph Roth creyó toda su vida que Friedl y él fueron siempre dos soledades asociadas o, para decirlo de una manera más grata, dos soledades enamoradas. Pero ni Roth llevó a su amor por Friedl su rebeldía ante los hechos históricos, ni ella a la pasión su mundo intacto y apacible. De un modo u otro, eligieron sus desdichas y participaron en la justicia inexorable que los destruyó

Pasaron cuatro, cinco meses. Roth mantenía a Friedl encerrada en el cuarto de su hotel y ella le escribía mensajes indescifrables. Al discutir Friedl le echaba en cara que era hijo de padre desconocido, y que la había engañado. Roth creía que los insultos mostraban todavía su lucidez. Una noche Friedl desapareció y la policía la detuvo a bordo de un tren. Luego la encontró dentro de la tina con las piernas entumecidas. Su voz se hizo distinta: era una voz apenas perceptible, apagada, doliente, moribunda. El doctor Ernest Wollheim, a quien Roth recurrió en esos días, no hizo sino confirmar el primer diagnóstico. “Vi a Friedl por primera vez en un cuarto de hotel en Berlín. Era un caso irremediable de esquizofrenia. La mujer vivía en un mundo aparte, sin contacto con la realidad. Roth se enojó cuando oyó la palabra esquizofrenia. Quise explicarle que se trataba de una enfermedad orgánica y, por lo tanto, incurable, pero no me escuchó y maldijo las patrañas de la psiquiatría. Yo soy el único culpable, respondió. Y eso nadie lo puede entender”.

En febrero de 1930 Stefan Fignal llevó a los Roth a la casa de un rabí milagroso, que vivía en el *ghetto* de Berlín. Ciertamente, Fignal no veía cómo el rabí podía curar a Friedl; aquello le parecía más bien difícilísimo, improbable. El rabí pronunció todas las oraciones, probó todos los conjuros y él mismo cayó en un estado de trance, pero no pudo exprimirle el alma, ni hacerla vomitar los venenos tragados en toda la vida. Friedl permanecía impassible y, más tarde, tuvo un ataque de furia:

—Roth no tuvo nunca padre —repetía—, no tuvo nunca padre.

Pero Joseph Roth se encontraba fascinado con ese hombre que hablaba en yidisch, conversó semanas con él sobre todos los temas y le dio enormes sumas de dinero. En aquel lento recorrido a través del pasado fue necesario reconsiderar la culpa a una nueva luz. A Roth le sucedió entonces lo que a Luigi Pirandello con su esposa demente: creyó que era el mismo que aparecía en los delirios de Friedl.

En su segunda visita a la clínica psiquiátrica de Westend, el verano de 1930, Roth habló con Alfred Döblin, psiquiatra y novelista, autor de *Berlín Alexanderplatz*, quien le recomendó trasladar a su esposa y llevarla a Viena. La estancia de Friedl con sus padres, marcó la fase final. La enferma se hundió en las tinieblas. Toda actividad racional pareció morir. se le daba de comer en la boca, no podía controlar sus esfínteres, perdió más de 20 kilos y, a veces, era sacudida por ataques de furia. Una carta a Stefan Zweig resume la atmósfera de esos días. “Desde los 17 años no tengo casa ni cuarto propio, a lo mucho pasé dos meses como huésped con amigos. Todo lo que poseo son tres maletas. Sin embargo, acepté la responsabilidad de una mujer joven, que se encuentra gravemente enferma: psicosis, histeria, una voluntad asesina, querido Zweig, apenas vive .. Y rodeado de oscuros demonios, no tengo cabeza, ni fuerza para mover un dedo. Impotente, paralizado, sin perspectivas de curación. .”

De noviembre de 1930 a diciembre de 1933, los días de Friedl transcurrieron en el sanatorio privado de Rakewinkel, a unos 20 kilómetros de Viena. Cuando Roth abandonó Berlín y partió al exilio, ya no pudo pagar los gastos y recluyó a Friedl en el manicomio estatal de Viena: el centro Steinhof. El día que dejó a su esposa en el patio central de Steinhof lo estremeció una certeza: no la volvería a ver. Y de pronto recordó que uno de sus primeros reportajes escritos en 1919, y publicado en el periódico *Der Abend*, fue el del manicomio Steinhof: *La isla de los desdichados*. Una mezcla de fascinación y temor guiaba la crónica desde un principio: “Aquí está la ciudad de los jardines y los locos, el único refugio de la locura del mundo. Aquí está el paraíso de los fracasados, el palacio de los perseguidos y de los verdaderos profetas, porque cualquier hombre es un dios cuando sueña, y no es más que un mendigo cuando piensa”. El joven cronista se entrevistó con un enfermo que decía ser un profesor universitario, y quien lo

invitó a vivir en Steinhof. “Quizá tiene toda la razón el pequeño profesor. ¿No es el mundo un manicomio? Estoy seguro de que, próximamente, deberemos apartar un lugar en Steinhof, no queda otra alternativa. Este cronista ya eligió el suyo” Al dejar atrás el manicomio, Roth pensó que, como siempre, sus mentiras llegaban a ser verdad.

Cargó toda su vida el duelo por la locura de Friedl y ese duelo se advierte en la parte más importante de *Job*, constituye el aliento de sus mejores páginas. Mientras escribía la novela Friedl deliraba en el otro cuarto. Así la descripción de la locura de Miriam es, sin duda, la de Friedl. Y en el milagro del hijo retrasado mental que reaparece en Nueva York convertido en un gran músico, respira la esperanza de la curación milagrosa. En casi todas sus novelas hay caídas, pero su cálido vigor, siempre sostenido, las convierte en testimonios de una sobria, persistente claridad. Roth no busca halagar al lector dándole del mundo y de su propia fuerza una visión reconfortante.

A finales de 1933, Roth hizo un inventario de su vida y la vio como un prodigio inútil y desolador. “Nadie puede ayudarnos a liquidar nuestra culpa. De nada sirve que uno sea escritor. Públicamente, uno es escritor, pero es un pobre diablo en la vida privada. Sólo el tiempo, y no el talento, puede darnos la distancia necesaria. Y no me queda mucho tiempo. Los diez años de mi matrimonio significaron 40, y mi proclividad natural a ser un anciano confirma la desdicha. He publicado ocho libros, más de dos mil crónicas y desde hace diez años trabajo diez horas diarias. Y hoy que se me cae el pelo, se me pudren los dientes y pierdo la potencia y la alegría natural, no tengo ni siquiera la posibilidad de pasar un mes sin problemas financieros. ¡Y esa canalla literaria siempre acechando!”. Al fin creyó encontrar en la literatura un escudo que lo defendía de la culpa y la desdicha. A Friederich Levebre en una entrevista le confesó: “La literatura es la sinceridad misma, la única expresión verdadera de la vida”.

En junio de 1935, Friedl fue trasladada al manicomio de Mauer-Ohling y Roth inició desde París el juicio de divorcio. Poco tiempo después retiró la demanda y dio por un hecho que su mujer había muerto. Unos días antes de entrar al hospital Necker, creyó que Friedl llegaba a París y tenía miedo del reencuentro. En julio de 1940, el

director del manicomio Mauer-Ohling recibió de la Gestapo la orden de trasladar a todos los enfermos mentales a la ciudad de Linz, “para su mejor cuidado”, —lo que significaba la aplicación de la ley de la eutanasia. Murió el 5 de julio de 1940, cerca de Viena y ejecutada por un comando nazi.

VI

La novela *Job* tuvo un éxito comercial inesperado: se vendieron más de 70 000 ejemplares. En 1931, apareció la traducción al inglés y, en noviembre del mismo año, el Círculo de Lectores Norteamericanos la declaró *Book-of-the-Month*. La revista *Time* la anunció como un *best seller* y *Twenty Century Fox* compró los derechos y, por sugerencia de Roth, le encargó el guión a Ossip Dimov, uno de los mejores historiadores del judaísmo oriental y americano. Cuatro años después, la *Fox* rechazó el guión de Dimov, hizo su propia versión y Otto Brower dirigió la película. *Sins of man* (1938). La película fue un fracaso. el profesor judío fue sustituido por un maestro católico, la trampa se trasladó de Zuchnov, en Polonia, a Gossenaas, en el Tirolo.

Benno Reifenberg recuerda que una tarde, en París, caminaban por la avenida Richard le Noir cuando Roth empezó a silbar una melodía:

—¿La conoces? —preguntó Roth—. Es la marcha de Radetzky.

El mundo de los Habsburgo se le venía encima: no era sólo el recuerdo del imperio lo que lo fascinaba, sino la aventura de una novela. Roth buscaba arriesgarse de una sola vez. En julio de 1931, le escribió a Stefan Zweig: “Trabajo doce horas diarias en la novela. Una cuartilla cada día. La trama es enorme, y me siento débil: la enfermedad de mi esposa, acreedores, médicos, farmacias, medicinas. No quiero ver gente... Destruí seis capítulos fallidos. Los comencé a rescribir... Tengo miedo, pánico, de que la novela sea un fracaso”.

El fruto de aquella admiración adolescente fue su mejor novela. *La marcha de Radetzky*. Austria debe a esta novela algunas de las más bellas páginas contemporáneas, escritas en alemán. *La marcha de Radetzky* es otra más de las muchas narraciones europeas sobre la decadencia de una familia. A diferencia de otras novelas, la crisis de la

familia Von Trotta se inicia en el momento en que al abuelo, héroe de la batalla de Solferino, se le concede el título nobiliario. Esta distinción lo separa del mundo campesino de sus padres eslovenos. La agonía de Francisco José en medio de la tormenta de las minorías nacionales y bajo presagios de muerte, se sucede en las últimas páginas con todas sus dimensiones, sus sombras, sus luces y sus reflejos. El emperador que agoniza, es la encarnación del imperio; y sin embargo, nadie representa mejor el genio y la libertad de esa época.

El mariscal Joseph (Conde) de Radetzky sirvió 27 años al imperio: derrotó a los rebeldes italianos en 1848, rescató el prestigio de las armas austriacas y salvó la autoridad del Estado. Johann Strauss compuso la marcha militar que lleva su nombre, como respuesta a los jóvenes liberales que luchaban en las barricadas. Desde entonces la marcha es la Marsellesa de los conservadores. Pero en la novela la idea y la narración de Austria son dos cosas distintas: "Un designio cruel devastó a mi antigua patria —escribió Roth en un prólogo que retiró después—. Amé al imperio porque, entre otras muchas cosas, me permitió ser patriota y ciudadano del mundo: es decir, austriaco y alemán entre todos los pueblos del imperio. Amé sus virtudes y sus privilegios y, hoy que ha desaparecido, amo sus debilidades y sus defectos. Los pueblos pasan, los imperios se marchitan, pero queda la memoria y nuestros desencantos".

La novela ofrece dos lecturas o interpretaciones diferentes. Para unos es un corte realista en la historia y el corazón de Austria; para otros una parodia del imperio y su farsa. En una reseña publicada en 1939, Georg Luckács vio en *La marcha de Radetzky* una novela histórica y realista. Detrás de la nostalgia del autor, el filósofo cree ver la disolución de un orden social y una crítica de la decadencia. La novela es, de este modo, un breviario realista del destino de Europa central. Al ceñir *La marcha de Radetzky* a su idea de la novela histórica y realista, Luckács cometió un error: creyó que Roth la escribió en 1916 y, con esta falta, su lectura se oscurece. La novela no es, como las obras del realismo, un testimonio contemporáneo de los sucesos narrados. *La marcha de Radetzky* es obra del recuerdo: en este sentido, irreal y ahistórica. Sus personajes hablan un lenguaje que sólo existió quince años después. Los diálogos entre el conde Chojnicki y Trotta,

recuerdan más bien a los de *Gatopardo* de Lampedusa. No en vano han pasado quince años en la vida austriaca. Lo que Roth quiere es narrar la historia: rescatar no sólo su memoria, sino todos sus significados.

Al final de *Las grandes corrientes de la mística judía*, Gershom Scholem menciona un relato jasídico que circulaba en la corte del rabí de Israel de Rischin y que resumía de golpe la doctrina. “Cuando Baal-Schem tenía que enfrentar una tarea difícil, una obra secreta en beneficio de los hombres, se daba cita en un rincón del bosque, encendía el fuego y, concentrado en la meditación, decía las oraciones y todo se cumplía. Una generación después, el Maggid de Meseritz quiso hacer lo mismo y fue al rincón del bosque: ‘No podemos encender el fuego —dijo—, pero diremos las oraciones’, y su voluntad se cumplió sin contratiempos. A la siguiente generación, el rabí Moshé Leib de Sassov llegó al rincón del bosque y anunció: ‘No podemos encender el fuego y hemos olvidado las oraciones, pero conocemos este rincón y será suficiente’. Y, en efecto, fue más que suficiente. En la última generación, Israel de Rischin se sentó una tarde en la silla dorada de su castillo y reconoció: ‘No podemos encender el fuego, ni decir las oraciones, ni llegar al rincón del bosque, pero podemos contar la historia’. Y su historia tuvo —añade el narrador— el mismo efecto milagroso que los tres rituales anteriores”.

Esta fue en realidad la empresa de Roth. su grandeza narrativa no consiste sino en congregar —como en las antiguas historias jasídicas— a los exiliados en los andenes, a los taxistas y a los vagabundos, a los parias en el restaurante ruso Tári-Bari de París, como si esperaran de sus historias y relatos la verdad y la salvación. A ellos les cuenta la vida de *Tarabas*, la intriga del *Peso falso* o *La confesión de un asesino*. Y por ellos regresa al esplendor imperial en *La cripta de los capuchinos* o *El busto del emperador*. En los años treinta, Roth emprendió la reducción consecuente de todos los valores a la zona de una ironía temeraria con que reconoció la irrealdad del mundo narrado. La verdadera ironía no es profanación, sino ternura y desencanto, un acto piadoso e implacable al mismo tiempo. La ironía es protección de los afectos y proyección de la ternura. Roth invirtió la relación del narrador jasídico y su comunidad: trasladó esa atmósfera a los antros de quinta, donde

conviven los asociales y las putas, como si sólo allí existiera la posibilidad de recobrar *lo sagrado*

Un día después de su muerte, sus amigos más cercanos se reunieron y tuvo lugar una encendida polémica. Era un grupo de gente triste y agresiva, dispuestas al pleito y al ataque, resentidas y culpables, listas para oponerse a lo que el otro dijera. Discutieron más de cuatro horas sobre la relación Joseph Roth y la ceremonia del entierro. El doctor Broczyner, judío converso, aseguró que Roth fue bautizado en la iglesia católica. Hans Natonek dijo que su pasión por los Habsburgo era sólo literaria y su catolicismo una farsa. Jean Janés, un católico ferviente, les narró cómo en los últimos tres años Roth frecuentó la capilla de los dominicos y, después de oír misa, confesaba y comulgaba. Agregó que Roth deseaba un entierro católico con todo el ritual romano. Soma Morgenstern se opuso enérgicamente argumentando que Roth, después de la demolición del hotel Foyot, le confesó que nunca recibió el bautismo. El rabí Joseph Gottfarstein describió la doble vida de Roth: en un extremo se sentía un superjudío capaz de estar en pie de lucha, en el otro, decía ser católico para justificar su simpatía por el movimiento monarquista austriaco. Su catolicismo era —aseguró— un espectáculo, una mitificación más de su vida

La discusión subió de tono y los amigos se culparon unos a otros de su muerte. Finalmente Pauline Kulka —judía conversa— puso orden en el pleito. Era la única pariente de Joseph Roth y decidió que el entierro sería católico, porque esa fue —según ella— la última voluntad de su tío. Sus amigos judíos se resignaron a prescindir del *Kaddisch*, la oración fúnebre hebrea. Quisieron enterrarlo en el cementerio de Monmartre, donde se encuentran los restos de Heinrich Heine, pero el precio de la tumba era exorbitante. Por fin encontraron un lugar en el cementerio de Thiais, al sur de París. Nadie pudo presentar una prueba del bautismo de Roth y, conforme a las leyes, no se dijo la misa de cuerpo presente

A las cuatro de la tarde, el martes 30 de mayo de 1939, caía la última paletada de tierra sobre el cuerpo de Joseph Roth. Más de 200 personas llegaron a despedirlo. Monarquistas y comunistas, escritores y artistas y una legión de apartidas y alcohólicos, a quienes Roth



ayudó hasta el último momento. A pesar de las enormes diferencias, Gottfarstein pronunció la oración fúnebre y el sacerdote católico dijo algunas palabras. Bajo la cálida luz de mayo Stefan Figal observaba la escena y recordó aquel amanecer hacía dos años, cuando caminaba con Roth por la avenida Saint-Germain. Hablaban en alemán y, del fondo de la noche, apareció un hombre que se dirigió a Roth:

—Me encuentro a sus órdenes —le dijo—.

—¿Qué significa estar a mis órdenes?

—Nadie sabe cuándo puede necesitar a un espía, un vigilante o un guardaespaldas.

El hombre siguió hablando en alemán y, más tarde, en ruso. Figal quiso saber quién era y el hombre lo mandó al diablo. A Roth le contó su estancia en San Francisco, en Australia y Alemania. Al final le pidió su dirección y Roth le contestó:

—Si me encontró sin conocerme, podrá hallarme y saber para qué lo necesito.

Y el hombre desapareció como había llegado. Stefan Figal le preguntó después qué significaba ese encuentro:

—Los hombres —respondió— representan siempre a varias personas: llegan como sucesos y así desaparecen.

Ninguna escena resume mejor el momento en que la paradoja y la imaginación cruzan sus destellos en Roth y un discreto júbilo tiembla suavemente en su mitomanía. Joseph Roth, como muchos otros judíos, recurrió a la ficción y a su capacidad histriónica, para ser aceptado y sobrevivir. Su personalidad se dividió en tantas como fue necesario: el arte de ser judío, pero no ser como un judío. “Te comportas como un judío ruso” —le dice Deborah a su esposo Mendel Singer en la novela *Job*. En efecto, el destino de un judío es el del *clown*: el hombre dividido, que pierde su centro de gravedad y se multiplica en varios personajes. Vladimir Santschin, el payaso de *Hotel Savoy*, es el hombre torpe, cuyo humor involuntario encarna en varios personajes. No otra cosa representa Charles Chaplin, la superación del pesimismo y la defensa del humor, la comedia humana del judío de la diáspora. La última parodia de este personaje es, sin duda, *Carl Seig*, el nombre camaleón de Woody Allen.

Joseph Roth parece ahora un personaje del pasado. Han muerto casi todos sus contemporáneos y quienes lo conocieron de jóvenes, son hoy viejos con recuerdos atroces. Su vida puede ser una novela. Y, por otra parte, ¿qué sería de la literatura sin hombres como Joseph Roth?

*Nexos*, núm 118, octubre de 1987.

# Hotel Nefertiti

Juan Villoro

El Hotel Nefertiti merece ser declarado monumento nacional. Tiene una fachada ciega, como las de los cines de provincia, cubierta de mosaicos diminutos y está rodeado de palmeras de dátíl que crean un ambiente vagamente egipcio. Los pasillos interiores son color flamíngo y convergen en un cubo de luz presidido por una réplica de la efigie de Nefertiti que se encuentra en Berlín Occidental.

—¿Va a los flamíngos? —un hombre regordete me tendió la mano en el estacionamiento— soy Melchor. Yo lo llevo más que las lanchas del hotel, por el mismo precio

Nos pusimos de acuerdo para salir al día siguiente a las ocho

—Pregunte en el muelle por mí o por el *Pecas*, mi hermano  
—Melchor subió a una bicicleta y desapareció de prisa.

La iglesia de los Tres Reyes de Tizimín irradia su influencia en toda la región. Si uno nace en Río Lagartos tiene muchas posibilidades de llamarse Melchor, Gaspar o Baltazar.

En la recepción un hombre con sandalias de hule repitió la pregunta de Melchor:

—¿Va a los flamíngos?

Se trata de un interrogatorio ritual. A Río Lagartos sólo se va a los flamíngos. Dije que ya tenía quien me llevara

—Es Melchor, ¿verdad?

Me ayudó a subir la maleta al cuarto y no dejó de hablar. Melchor era tan popular en el hotel como el marido de Nefertiti en Tebas. Akhenatón vivió para satisfacer su monomanía solar. El reino se des-

moronaba mientras él se entregaba a la fuerza cegadora del sol en su palacio sin techo. Los sacerdotes, acostumbrados a una teogonía tan copiosa como las variedades de escarabajos, no tardaron en repudiar al adorador de ese dios único, sin otra representación que su propio disco candente.

Para el siglo XX Akhenatón es sólo el esposo de Nefertiti. La posteridad fue caprichosa y decidió que una estatua superara todos los empeños de un emperador. La delicada efigie ha hecho que el nombre de Nefertiti se reproduzca en jabones, clínicas de adelgazamiento, peines, boutiques y este hotel en una apartada lengua de arena.

Me asomé a ver la cabeza de la reina y noté algo extraño, un pequeño bulbo en su tocado.

Mis pensamientos estuvieron suficientemente cerca del antiguo Egipto para ignorar las palabras del encargado del hotel (no quería participar en una intriga que probablemente se remontaba al primer Melchor y al primer Gaspar del pueblo), pero los muebles del cuarto me devolvieron al fin de milenio. Sus cubiertas de hule agrupaban todos los colores que pueden caber en cuadritos de 2 x 2 centímetros.

La regadera era ideal para regar un césped; resultaba difícil capturar más de un chorro a la vez sin tener una cara de varios metros cuadrados. Me bañé en el lavabo y salí a dar una vuelta.

Río Lagartos consta de una decena de casas en torno al malecón. Esa tarde habían pescado cinco tiburones. Pielas plateadas, sanguíneas, refulgentes. Unos pescadores que iban a probar suerte, con el último sol se ofrecieron a llevarme a la playa.

Hay que recorrer el estero para llegar al mar. A unos doscientos metros del muelle encontramos una mancha rosácea y blanca: decenas de pelícanos y flamingos buscaban refugio en la costa. Había turbonada en altamar.

En la punta del estero, un faro solitario. Faltaba poco para oscurecer; no era la mejor hora para nadar.

—Si se nos olvida pasar por usted volvemos mañana —bromearon los pescadores.

La playa era ideal para filmar una escena de naufragio. El mal tiempo había arrojado brillantes aguamalas, ramas pulidas, conchas, algas, peces muertos. Sin embargo, al entrar a la palapa que presidía

la bahía desde un ligero promontorio, encontré las huellas de un agente más destructor que la marejada. Las termitas de la clase media habían dejado pañales sumamente usados, rutilantes bolsas de fritos-totis-sabritones, la portada de un disco de Luis Miguel con una mancha que, en aquel contexto marino, parecía de aguamala, aunque lo más seguro es que no lo fuera.

Nadé en un agua espesa por la arena y los peces de las corrientes bajas —a cada rato un rozón o un salto parabólico sobre el hombro— Estaba a punto de salir cuando llegaron las abejas. La oscuridad cayó sobre una playa desierta, a excepción del bulto zambullido.

—Está buena el agua, ¿verdad? —oí una voz a mis espaldas cuando ya me resignaba a estar inmerso hasta la siguiente lunación. Era lo último que hubiera dicho, pero me sentí tan rescatado que dije algo sobre el paraíso.

Cuando el encargado del hotel me vio llegar en traje de baño su paranoia se activó como un motor fuera de borda:

—¿Melchor lo llevó a la playa?, ¡a que sí!

Preguntó cuánto me había cobrado y pidió retratos hablados de los tres lancheros. Si hubiera otro hotel en el pueblo en ese momento habría sacrificado la gloria de estar en ese museo *kush*. Tuve que resignarme a seguir en el complot lanchero.

Estaba tomando mi baño de pajarraco en el lavabo cuando vi una aparición, el anuncio de plástico de Pepsi-Cola que hacía las veces de ventana.

—Vaya al pasillo —dijo un fantasma con acento costeño.

Pasé por el cubo de luz que a esas horas sólo absorbía sombras. La reina era un oscuro relieve ahí abajo. Al final del corredor, un bulto salió de la oscuridad y encendió un cerillo.

—¡Melchor!

—No, el *Pecas*, somos gemelos.

Venía a confirmar la expedición del día siguiente. Temía que el encargado del hotel me hubiera convencido de no viajar con ellos. Me hizo jurar que era su aliado. Lo hice de buena gana, empezaba a disfrutar la conspiración contra el entrometido de las sandalias de hule. Nos despedimos con un barroco apretón de manos y bajé a la recepción, donde supe que era el único huésped del hotel, y por lo tanto de

Río Lagartos, y que no había teléfono. Nunca sé qué decir en las largas distancias, pero en aquella punta del país sentí urgencia de hablar con Déborah, decirle que la extrañaba mucho, que si estuviera conmigo el viaje no sería el desastre que era en ese momento. Necesitaba tres minutos para soltar la mezcla de melancolía y aburrimiento que me había dejado esa playa de aguas revueltas. No me quedó más remedio que distraerme en el restorán *Flamingo*, que da a un “corral” de agua. Las tortugas de carey me alegraron un poco, nadaban en la oscuridad con un alborozo de futuros peines.

La carta ofrecía cerca de doscientos platillos, pero en esos momentos —y especulo que en todos los demás— sólo se preparaban combinaciones que incluyeran tortillas, queso y/o huevos. El *Flamingo* es una palapa con pista de baile y una caja metálica, protegida por un candado, que el dueño del local abrió para que yo viera la televisión. En lo que afocaba la imagen conté los barquitos de madera que pendían del techo. Luego presencié algo inesperado, tres bellísimas cubanas saludaban al mundo en español desde Miami. A la distancia podía ver a los pescadores que colgaban sus redes y más allá la pálida nube de flamings.

Poco a poco el *restorán* se fue llenando de gente que venía a ver el programa de Don Francisco. Por suerte, Don Francisco no habla de la humildad, la sencillez, la familia unida y otras homilias imprescindibles en los programas de “entretenimiento” de la televisión mexicana. Nadie acusaría a Raúl Velasco de abusar de su sagacidad; su fuerza —misterio de los *ratings* y la psicología de masas— es otra. Sabe llorar a tiempo. Me quedé dos horas frente a la pantalla. Nada más irreal que la nube de mosquitos que nos envolvía en la palapa, las risas de los pescadores y la televisión en la que aparecían productos nunca vistos y mujeres magníficas, con miradas tan lujosamente coquetas que parecían decir “me encanta que seas dueño de Arabia”. Tomé otra cerveza, con ansias de que llegara el sueño.

En mi cuarto vi la pequeña antesala pintada en verde y blanco, el tocador y el banquito cubiertos de hule, la recámara color flamíngo, y sentí que estaba perdiendo una oportunidad de suicidarme.

Me acosté bajo un ventilador vacilante. Traté de acomodarme en la orilla de la cama para no ser ultimado como un personaje de Brian de Palma.

Estaba en una antesala del sueño cuando un tropel de niños entró al hotel. Corrieron y gritaron por los pasillos durante una hora. Luego se hizo un silencio que duró unos minutos. Un estruendo me sacó de la cama y supe lo que se siente despertar en medio de una discoteca. Las persianas dejaban pasar sombras coloridas y una exaltada música tropical. Me asomé al pasillo: la cabeza de Nefertiti soportaba un carrusel de luces de colores. El bulbo que había visto horas antes era el punto de animación del lugar. Los pescadores y sus mujeres bailaban en torno a la reina de la Dinastía XVIII.

Tal vez los cinco tiburones representaban una pesca excepcional y esa era la forma de dar gracias. El caso es que los cuerpos giraron hasta que alguien sintió una gota de agua y lanzó un alarido. Nefertiti estaba en un recinto sin techo, involuntario homenaje al palacio de Akhenatón, y la lluvia caía por el cubo de luz amenazando con electrocutar a la reina. Un par de guantes de electricista y una llave inglesa acabaron con la fiesta.

Los pescadores esperaron a que escampara pero pronto se convencieron de que el agua iba para largo. Volví a la cama. Cerré los ojos y vi la ronda de Gaspares, Melchores y Baltazares bailando con frenesí en torno al altivo perfil de Nefertiti. Luego pasé a otra extrañeza, Don Francisco me hizo repetir el *slogan* de un champú: *la caricia de un beso de sol*; durante unas horas vulgaricé en sueños las virtudes solares. Ya en la madrugada unas voces se mezclaron en el ronroneo del ventilador. Parecían venir del pasillo. ¿Quién puede hablar en un hotel vacío? Mi paranoia empezó a competir con la del encargado. La puerta del cuarto no cerraba con llave, de modo que no costaría mucho trabajo eliminar al único cliente de Melchor. Tal vez el hotel era tan barato porque resultaba sencillísimo robar y asesinar a los huéspedes. Ya veía mi cadáver arrojado al corral de las tortugas, pasto de futuros peines. Salí al pasillo. No había nadie. Regresé al cuarto. Otra vez las voces.

En un momento perdí la conciencia y caí en un pozo sin imágenes ni ruidos. Vinieron unas horas contradictorias en que dormí profundamente, sintiendo amenazas al borde de la cama. Cuando abrí los ojos y encontré el cuarto inundado de luz, quise recitar una estrofa del *Himno al sol* de Akhenatón (que entonces no me sabía). “el mundo existe por tu mano”.

El muelle, las palmeras, las barcas de ahí afuera existían porque las develaba el sol. Sólo esa luz me hizo creer que en otra parte, muy lejos, aún había un cuarto que era mío

El mar se había limpiado después de la tormenta. Durante tres horas Melchor, el *Pecas* y yo navegamos por un mar azul turquesa, a bordo de la lancha *Ojos brujos*. Los flamingos pasaban en parvadas o encogían sus patas en la arena blanquísima. Al fondo, el incendio verde de la selva. La palabra “paraíso” no encaja con esa violenta exhuberancia. La última costa de Yucatán es anterior al hombre, un reino excesivo, saturado de sabandijas, pájaros imposibles, ramas intrincadas, saurios blandos en la maleza y saurios de piedra en las cuencas del agua.

Al regresar, los ojos encandilados por tanta maravilla, vimos un islote de arena blanca, sembrado de arbustos bajos y unas cuantas palmeras. Un gato gris salió de la maleza y jugueteó en la arena con una tela delgada, azul celeste, como un camisón de mujer. La isla no era muy extensa; se podía caminar de punta a punta. No hubiera podido nombrar ni la tercera parte de las plantas, pero de algún modo la vegetación me resultaba familiar. Después de pasar por la desmesurada jungla, aquella isleta parecía un barrio natural.

Las palmeras, aun las más lejanas, hacen pensar que hay alguien cerca de ellas.

Nos alejamos de la isla con una sensación de oportunidad perdida. *Ojos brujos* no paró en el paraíso.

*Nexas*, núm. 131, noviembre de 1988.



# La crónica al día

Sara Sefchovich

## Monsiváis ayer

En los últimos 25 años, Carlos Monsiváis se ha dedicado a cronicar lo que sucede en México, recogiendo y continuando la más rica y magnífica tradición del siglo XIX: la crónica, ese “arte de comentar literaria y críticamente la actualidad” –según afirma él mismo en su obra *A ustedes les consta, antología de la crónica en México*, publicada en 1979–. La crónica es, dice Monsiváis, un género, una “reconstrucción literaria de sucesos o figuras”, una “descripción de lo cotidiano elevándolo al rango de ideosincrático” (definida la ideosincracia como aquello sin lo cual los mexicanos serían, por ejemplo, paraguayos). La crónica monsvaiana hunde sus raíces en Guillermo Prieto y Francisco Zarco, luego se salta el Porfiriato con sus cosas frívolas y sus esmeros literarios –aunque de reojo mira a Gutiérrez Nájera– y sigue con Salvador Novo, Jorge Cuesta, José Alvarado y Renato Leduc, para igual que ellos “historiar los fenómenos sociales a su alcance”. Pero Carlos Monsiváis incorpora otra línea, la del nuevo periodismo norteamericano, en donde “el espectro formal domina sobre la urgencia informativa y la versión directa” y en donde se borran los límites entre periodismo, literatura, sensacionalismo, testimonio y toma de posición política, para dar una visión moderna y sobre todo con voluntad de permanecer alejada de la alta cultura, sinónimo de solemnidad. Este camino tiene por antecedentes a Upton Sinclair y John Reed y en los últimos años lo recorrieron Tom Wolfe, James Agee, Gay Talese y Truman Capote.

De modo que desde hace 25 años, Carlos Monsiváis está metido en todas partes, viendo de día cómo vive y se organiza y lucha la gente y viendo de noche cómo se divierten y liberan sus penas, sus miedos, sus agresiones y sus eros. Sus crónicas son el resultado de esta vagancia y de esta entrega vital e intelectual, y están regadas en cuanto periódico, revista o medio impreso existen en este país y en muchos otros, además de programas de radio y televisión e infinidad de situaciones efímeras en las que pronuncia sus sapiencias. Para conocer todas esas crónicas habría que seguir el mismo método que requiere el verdadero conocimiento de la literatura mexicana en general. recurrir a esos lugares para encontrarlo, pues muy poco es lo que se halla reunido en libros.

### **Monsiváis hoy**

En 1970 fue *Días de guardar*, un libro de “imágenes que informan de una realidad”, la realidad de este país de masas, de Fidel Velásquez, de jóvenes pobres en la Ciudad de México, de la Virgen de Guadalupe y el cantante Raphael y el pintor José Luis Cuevas y el barrio de Tepito y Tlatelolco con el movimiento estudiantil y la represión y los festejos nacionales del 14 de febrero día de los novios, el 21 de marzo día de la primavera, el primero de mayo día del trabajo y el diez de mayo día de las madres, el día de los muertos y el de la guadalupana, la navidad y el año nuevo. Todo lo que hoy ya son los lugares comunes de nuestra cultura, fueron aquí inaugurados por Monsiváis, al tiempo que daba por clausurada una época: la de los sesenta. Y todo eso en medio de descripciones, de afirmaciones y definiciones que componían una prosa y un sentido absolutamente nuevos y originales (por ejemplo lo que quiere decir la palabra “autodestrucción”. “acto deliberado que impide la transformación de un ser humano en orgullo de su país”)

En 1977 fue *Amor Perdido*: “Anotaciones de un mundo circular en cuya estabilidad, eficacia y ánimo invulnerables casi todos creían, sin mayores reservas, hasta hace poco tiempo”. Libro en el que están presentes cantantes que son modos de vida y épocas —como Agustín

Lara y José Alfredo Jiménez—, escritores y artistas que son modos de pensar y épocas —como José Revueltas y David Alfaro Siqueiros—, personajes que *ídem* como Fidel Velásquez (la obsesión más permanente del cronista), los militantes de izquierda encarcelados o asesinados (la indignación más permanente del cronista) y otros como Raúl Velasco (la burla del cronista), Irma Serrano (la desesperación del cronista) o Isela Vega (la fascinación del cronista)

Monsiváis “explica cómo se va haciendo el país”, sin ambiciones “ejemplarizantes de por medio”, mostrándonos la historia patria con los líderes charros que la acompañan, con los grillos y políticos que la habitan, con los ricos que la despojan y los escritores que la novelan. El cronista se mete a todas partes: “Me llamo Carlos Monsiváis, no pertenezco a ningún partido político” (dice en una asamblea); “soy laico” (dice en una fiesta), y termina estando de acuerdo con su heroína en que “los hijos de la chingada madre son la única clase que hay, la única existente”.

Durante 25 años, Carlos Monsiváis fue “La cultura en México”, suplemento de *Siempre!*, y “Por mi madre bohemios” una columna de risa loca. Ha sido también una antología, una historia de la poesía mexicana y “Algunas notas sobre la cultura mexicana del siglo XX”, dos textos de investigación y seriedad abrumadora. Ha sido su autobiografía (“tengo 29 años y no conozco Europa”), artículos en infinidad de periódicos y revistas, traducciones de obras de teatro y de películas de cine, escritos y conferencias sobre todos los temas imaginables de la cultura mexicana, en cuanto libro y recinto existe. Y ha sido el que escribe prólogos, prepara antologías, y firma desplegados

### **Monsiváis de día**

En *Entrada libre* Monsiváis es solemne, crítico, investigador, observador conmovido y participante combativo. Este es un libro diferente en la trayectoria del cronista, porque no hay en él ironía alguna ni risa posible. El tema “el crecimiento de la idea y la realidad de la sociedad civil”, “el enfrentamiento entre la sociedad civil y el poder” y “a

ver quién se cansa primero”. Este es un libro sobre “quienes ejercen la democracia desde abajo y sin pedir permiso”, sobre quienes “amplían sus derechos ejerciéndolos”. El autor se mete, como es su costumbre, a todos los rincones en los que se pueda averiguar cómo sucede este fenómeno, cómo funcionan las organizaciones y cómo piensa su gente en el “fatigoso aprendizaje democrático”. *Entrada libre* es un libro sobre lo que sucede en México, sobre las colonias populares y las escuelas y los gremios y los sindicatos, sobre la vida de las amas de casa, de los obreros, de los estudiantes y hasta de los niños politizados sin necesidad de escuelas activas. Es un relato de lo que nadie cuenta, de lo que los noticieros no consignan, de lo que nadie quiere oír ni saber, cronicado en los momentos en que cristalizan las grandes desgracias o las grandes luchas o la gran solidaridad. Y al mismo tiempo, *Entrada libre* es también el otro lado de la moneda, la crónica de los millones de gente que no hacen nada y que se refugian en sus casas a esperar y a ver qué sucede, que se impresionan con lo que acontece en su país pero que son incapaces de cambiarlo o porque tienen miedo o porque les da igual o porque no quieren que nada cambie pues así como está les conviene.

Los momentos y los procesos que escoge el cronista son representativos: el terremoto de 1985, la explosión de gas en San Juanico, los sucesos políticos en Juchitán, la disidencia magisterial, y hasta los partidos de fútbol del campeonato mundial y el último movimiento estudiantil encabezado por el CEU. Relatos de organización ciudadana que son “ciertamente acciones épicas”, momentos de autogestión que “suplen a una burocracia pasmada o sobrepasada”, y que representan el ingreso a la vida nacional de grupos sociales a los que nunca se les había concedido espacio, atención o interés.

En *Entrada libre* aparece también la larga gestación de esos momentos significativos: los sindicatos charros, los sueldos de hambre, las transas, el “desastre social que anticipó a la furia geológica”, las mentiras, la miseria. La pretensión del cronista es mostrar que las luchas nacen de la vida diaria tan difícil, de la falta de alternativas. Y frente a estas situaciones, el autor es absolutamente parcial, pues ellas “no admiten el método Rashomon”. No hay ninguna justificación posible a la negligencia, la voracidad, la corrupción y el autoritaris-

mo. La razón está de lado de los oprimidos y explotados. Por eso Monsiváis está con ellos “Su compromiso con las víctimas es inequívoco”, dice el cronista sobre el tenor Plácido Domingo y decimos nosotros sobre el cronista. Y por eso también critica a la izquierda “con su concepción unidimensional del partido, su trayectoria autoritaria y su negación de la vida cotidiana”.

*Entrada libre* es un libro que da cuenta del camino a la democracia, sembrado de larguísimas asambleas de vecinos y estudiantes, de oradores que no conocen lo que es la síntesis, de repetición, de huelgas de hambre y plantones y caminatas por las calles de la ciudad hasta recintos institucionales siempre cerrados. No es el testimonio de los horrores de la pobreza al estilo descarnado de Cristina Pacheco, ni el de las dificultades de la lucha al modo directo de Elena Poniatowska, ni es tampoco el relato desde la objetividad que busca Herman Bellinghausen o desde la rabia de José Joaquín Blanco, sino que es la interpretación de las contradicciones que nos conforman (por ejemplo entre el atraso por la pobreza y la modernidad de los medios de masas, entre “el amor a las tradiciones y la imposibilidad de retenerlas”, entre la pretensión de la democracia y de la participación ciudadana y el autoritarismo y la corrupción que las impiden, y etc.) y también y sobre todo, es el recuento de los esfuerzos que se hacen por superarlas, por salir del “agobio y la televisión”, por salir adelante a pesar de la modernización forzada, “impuesta por las migraciones rurales, el crecimiento demográfico, el influjo de la tecnología, la imposibilidad de hurtarse de la uniformización nacional”

Pero Monsiváis es optimista la resistencia civil existe, avanza y no se extinguirá aunque no le hagan caso, aunque no le solucionen sus demandas, aunque la repriman. Y no sólo existe y no se extingue, sino que crece. Esta es una sociedad que parece formada por “masas ingobernables e irredimibles”, pero en realidad es una sociedad donde “se fortaleció la gana de actuar”. Frente a la represión y a la negligencia y a la falta de todo, ahí “está el arduo aprendizaje de la cultura urbana”. Frente a “la dificultad de aprender a razonar porque estamos habituados a transar” ahí está “el fatigoso aprendizaje democrático”. Ni el Estado con todos sus recursos, ni la clase empresarial con los suyos podrán frustrar los proyectos independientes, porque la socie-

dad ya es “incapaz de soportar por más tiempo la tensión”, y aunque tome tiempo, la sociedad civil y sus luchas triunfarán “No es mera cuestión de deseo la consolidación de espacios de autonomía: hay que romper barreras históricas de la psicología colectiva y de las estructuras de poder” El mexicano no es esa creatura del descuido, del relajo, del fatalismo y la ineptitud que se nos ha hecho creer, sino el resultado de un capitalismo voraz y depredador. Pero no puede soportar por más tiempo la tensión. Y se organiza y lucha. Y ahí está el cronista dando cuenta de ello.

### **Monsiváis de noche**

La misma gente que se organiza y lucha, es la que oye en el radio a Juan Gabriel, va a bailar a los salones y a beber a las cantinas, ve las telenovelas y admira a las estrellas de cine. Son también las mismas gentes que se quedan inmóviles e indiferentes frente a esas luchas o que las condenan y reprimen, las que oyen mariachis en sus fiestas, asisten a las discotecas, encumbran a un cantante, emulan a una vedette. Porque érase que se es un solo país donde empezó la masificación y todos estamos en la misma cultura y todos adquirimos una pasión popular. Porque érase que se es un país donde todos lloran con las golondrinas y todos comen tacos y bailan danzón, aunque claro, algunos en la colonia Guerrero y otros en los bailes de San Jerónimo o si son intelectuales en los dos lugares, porque están cargados de culpa y de teorías y miran siempre de reojo al proletariado.

*Escenas de pudor y liviandad* es también un libro sobre la modernización y las respuestas colectivas a ella y a la cultura que ha provocado, es un libro que da cuenta de cómo la gente ocupa su tiempo, de cómo ganan su dinero los artistas y de qué hacen con su poder los políticos, de cómo bailan las secretarias y cómo se emborrachan los padres de familia. Es un libro sobre lo que todos vemos pero a lo que no prestamos atención: “quienes ven y quines no ven y quienes se hacen los disimulados”. Un libro que es el colmo porque como dice su autor, ya no puede uno salir a divertirse sin que lo sociologicen.

En este texto hay vedettes y estrellas de cine (esos “catálogos de bienes codiciados”), hay romanticismo (Agustín Lara y la reina de belleza), hay mitos (paradigmáticos como el del duro Jorge Negrete y el del tierno Pedro Infante o el de la inteligentísima María Félix y la bellísima Dolores del Río), hay cantantes populares (como Juan Gabriel) o elitistas (como Emmanuel). Se habla de la homosexualidad (véanse las geniales pp. 114 y 115), de las costumbres de los ricos en los años cuarenta, del cómico Cantinflas (“el abismo del sinsentido”, “los ascensos al despropósito”), de los burlesques con sus atropellos y sus gritos, del danzón y del rock —que no es gimnasia, nos advierten los expertos— con sus desfuegos, su ceremonial, su ropa y sus ensayos en salones y hoyos de todo tipo, de lo cursi de las jovencitas que salen a la caza de autógrafos o ganan el concurso para cenar con un galán de telenovela, del albur y las borracheras y los léperos y los nacos, de los teatros y de las fotografías y de las tarjetas postales. Es éste un manual de las diversiones urbanas y de las costumbres para escapar de lo cotidiano que abarca desde la Revolución hasta hoy. Es un catálogo de los modos para convertir la energía sexual en diversión y para olvidar la miseria y la imposibilidad y el futuro tan negro y el presente tan *ídem*. Es un listado de épocas, gente, lenguajes, modas y estilos. Y en él hay de todo: el Monsiváis que se burla de los ricos a los que les da por el nacionalismo en su fiesta de fin de año: “el sonido mexicano recibe a los que pasaron el año huyendo de él”, el Monsiváis que justifica a los más marginados de todos los marginados en la historia de este país: “los destrozos que son reparaciones del honor mancillado de los campesinos”; el Monsiváis que compara tiempos históricos para hablarnos de costumbres que hoy creíamos superadas: “las redadas de la tira son las nuevas levas, el tributo por el uso de las calles”.

### **Monsiváis de madrugada**

Pues aquí está Carlos Monsiváis, como de costumbre abriendo brecha con su modo antiacadémico, como de costumbre trazando los

mapas de la cultura nacional sobre los que transitaremos todos después. Aquí está Monsiváis el que explica de dónde salen las cosas, cómo empezaron y cuándo (teorías genéticas y de la producción), cómo son (teorías estructuralistas) y qué significan (análisis del discurso), cómo se las recibió en su época y en otras épocas (teoría de la recepción) Aquí está Monsiváis el solemne, el alegre y el irónico, el que no perdona a nadie en lo que hace o dice, el que no se compadece, el marxista que entiende cómo las condiciones económicas obligan a, provocan que, el literato que recuerda un poema o una canción o una novela para explicar y ejemplificar, el periodista que entrevista, el estudioso que invoca nombres y textos, (¡Ay! Canetti y Le Bon “Ilumínenme geniales descifradores de las masas”), el observador que cuando quiere se hace notar y cuando no quiere se esfuma, el sociólogo que deja hablar y sabe preguntar, el militante de izquierda que toma posición y se compromete, el político que desenmascara toda inocencia y toda pretensión. Aquí está el relator de la historia y el presente, el autor de las grandes generalizaciones, el rastreador de costumbres y lenguajes y valores. ¿Qué fue primero, Monsiváis o los lugares comunes? ¿Cómo, pero si él los inventó! ¿Quién decidió analizar totalidades, hacer generalizaciones, imponer mayúsculas? ¿Quién mezcló la política y el cine y el baile y los boleros y la historia y la literatura y luego los dividió en sexenios? ¿Quién recogió y petrificó los mitos? ¿Quién decidió cambiar la idea de que la esencia mexicana eran el machismo y el complejo de inferioridad por la idea de que son el melodrama y la vocación al *camp*? ¿Quién inventó “las abstracciones que nombran la opresión cotidiana”? ¿Quién nos enseñó a verter la historia en frases contundentes que no quieren ni soportan la réplica? ¿Quién nos enseñó a ver alrededor con tanta moralidad, con tanta inclinación para un lado —el de “los buenos”— y tanta burla para el otro —el de “los malos”—? ¿Quién ha recorrido el camino que van de la Corregidora a Eleanor Rigby, de Don Porfirio a Fidel Velásquez, de Altamirano a José Agustín? ¿Quién conoce la historia de los burdeles, el origen de las malas palabras y de los levantamientos políticos? ¿Quién es amigo por igual de Salvador Novo y de Paquita la del barrio, y además los critica a los dos y a todo el resto del mundo, vivos y muertos, amigos y enemigos, intelectuales y actrices de moda, ricos y pobres?



## Monsiváis todo el tiempo

*El tema del cronista.* las víctimas, los fracasados. Lo que es excepcional en lo cotidiano y lo que parece cotidiano pero es excepcional. Lo suyo finge ser el retrato de un individuo o de un grupo y es el de la sociedad y la historia del país. Pero además él construye los tipos

*La obsesión del cronista:* en dónde se localiza la personalidad moderna de México.

*Lo que nos atrae del cronista:* su compromiso inequívoco con los oprimidos. Su capacidad para ver lo que todos vemos y conocemos pero no habíamos visto. Lo que con sus palabras nos voltea al revés (¿usted creía que bailar sirve para apaciguar? No es cierto: acelera. ¿Usted creía que la crisis anula la responsabilidad hacia los demás? No es cierto. la incrementa). Su convertir en serio lo que parece que no lo es y al contrario. Su mirada intelectual y al mismo tiempo su ser observador participante, su vivir los hechos dentro de ellos, metido en ellos

*La queja clave del cronista.* el autoritarismo

*El estilo del cronista:* las frases célebres, tajantes, definitivas y definitorias. Lo parafraseable, lo citable. Los guiños culturales, las frases tan densas y cargadas que todos sabemos que dicen algo importante pero no siempre lo entendemos. El humor, la burla (como escuela de continencia, según dice él mismo, y como oposición contra la solemnidad que caracteriza a la alta cultura). Este no es un cronista que atisba, ni que va poco a poco, ni que deja descansar al lector. Todo lo hace de prisa y todo lo adjetiva y califica.

*La virtud del cronista:* la no tolerancia. Su negativa a ser objetivo, la objetividad ni la neutralidad existen.

*El método del cronista:* abarcarlo todo, saberlo todo, ser la interpretación única. Exige (como dice él de Agustín Lara) fidelidad absoluta, entrega total. Convoca la risa para demostrar lo más trágico.

*El descubrimiento del cronista:* que no hay acto desinteresado, que todo acto es político. Que el mexicano tiene vocación *camp* y melodramática. Y sobre todo que este es un país colonizado. “¿Qué tanto difiere la mentalidad observada por la marquesa Calderón de la Barca con la comentada por Manuel Gutiérrez Nájera con la elogiada

por Salvador Novo? Las constantes del ser humano, dirá alguien. Otro enmendará: las constantes del ser colonial”

*La estrategia del cronista:* anonadar, sorprender. Agobiar.

*El éxito del cronista:* se debe a que como dijo él de Guillermo Prieto, “deletrea una sensibilidad colectiva” Y lo hace de un modo diferente al trillado. Es fresco Es original.

*La prosa del cronista.* no es suave ni se desliza. Es a machetazos, a golpes como el mundo que relata, desordenada como la realidad que recoge, cifrada y dura aunque parezca fácil y ligera (de la prosa sencilla de *Días de guardar* a la oscurísima del artículo “Civilización y Coca Cola”, existen todos los matices posibles)

*Las contradicciones del cronista:* quejarse del autoritarismo y el paternalismo y al mismo tiempo quejarse de que las clases dominantes y el gobierno no dan nada. Hacer un discurso definitivo para oponerse al discurso definitivo de los dominantes y del gobierno. Tener un discurso de poder pero no asimilarlo como tal. Estar apretado de ideas, lecturas y conceptos y querer parecer fácil, sencillo y accesible. Ser al mismo tiempo narrador omnisciente y personaje participante. Abordar el movimiento y la historia aunque parezca congelarlos en un retrato y en un momento

*La equivocación del cronista.* meter el relato del fútbol en el libro *Entrada libre*. Olvidarse de incluir telenovelas

## **Monsiváis siempre**

En el principio fue el verbo, dice la Biblia y Monsiváis sigue el precepto. Él construye la realidad, lo que él dice es, se convierte en la realidad (“y lo que vemos es lo que somos” escribió el cronista sobre otros cronistas). Durante 30 años ha sido terco y ambicioso, ha transformado con su prosa y su risa, se ha negado a colaborar en la amnesia “como recurso memorioso de sobrevivencia” para justamente convertir a la palabra en eso, en recurso memorioso para la sobrevivencia. Por eso para hablar de un cantante tiene que recorrer la historia de la poesía en México y para explicar un concierto de rock explica lo que son los jóvenes pobres en este país en los últimos 40 años y para ha-

blar de una vedette nos cuenta cómo eran los generales de la Revolución Mexicana. Él es como los anuncios de la sección amarilla en la televisión: nunca se sabe por dónde va a salir pero siempre sale bien. Y en el momento adecuado. Y con una lógica apabullante Y defendiendo a quien debe ser Y encontrándole parecido a la realidad con una novela y a un poema con una canción popular.

¿En qué se distingue Monsiváis de sus contemporáneos? En la inteligencia, en el uso de la palabra precisa, en el don de la ubicuidad, en la infinita capacidad de escribir, en el hecho de haberse convertido en célebre y conocida estrella nacional siendo tan sólo un escritor (como dice él de María Félix, pocos mexicanos son con su mera aparición referencia importante, señal de logros), en no aceptar cargos gubernamentales y seguir siendo crítico siempre, en que parece visible y cercano para cualquiera aunque no existe nadie más lejano e imposible, en su eficacia, en hacer hallazgos donde nadie creía que los había, en su capacidad para crear devotos, cautivos de su verbo, de su pensamiento y de su persona, en su interés por igual en la gran diva o el famoso intelectual, y en las costureras que organizan un sindicato o en los muchachos de su barrio, en que no siente lástimas por nadie, sino coraje contra la explotación, en su capacidad para hacer respetable lo que parecía desdeñable, en su absoluto repudio a los racimos, en su agudo olfato, en su interés por todo, en su sentido del humor, en su escepticismo y su fe.

La cultura mexicana sólo se puede analizar a partir de Monsiváis: de sus frases (“La falta de costumbre en el aplauso como certificado de civilización”) que encierran metáforas, hipótesis y generalizaciones (aunque él diga que eso no quiere y que eso no hace), que encierran verdades y definiciones. El rigurosísimo Monsiváis va desarrollando su tema, lo va dando con mezcla de citas cuando algún libro le gusta o alguna gente le dice algo interesante, con mezcla de ironía, tristeza, admiración, esperanza. Para Monsiváis existen mexicanos pobres y oprimidos a los que hay que apoyar y existen mexicanos ricos y explotadores a los que hay que combatir. Para Monsiváis existe un gobierno al que hay que exigir y un pueblo al que hay que dar. (Se repite la frase. “Su compromiso con las víctimas es inequívoco”) Monsiváis es el creador genial, el que le pone nombre a las

actitudes, el que se mete en las multitudes y con la gente, siempre viendo el bosque y nunca los árboles. Es el que quebranta el orden monolítico de la alta cultura (y su solemnidad, aunque a veces él mismo sea tan solemne). Es el testigo, el relator, el que sabe lo que se hace, se habla, se canta, se grilla y se baila en este país nuestro de cada día, el que lo recoge, explica e interpreta. Monsiváis es el hombre que ha leído todos los libros, visto todas las películas, oído todas las canciones, asistido a todas las manifestaciones y asambleas y escrito todas las crónicas. Los libros de Monsiváis lo son (como decía él mismo, refiriéndose a alguien) sólo por necesidad, pues más bien resultan “un esfuerzo de actualidad humana en el cual el lector se involucra de modo no inferior al de los autores y al de aquellos a quienes el libro se refiere”. Los libros de Monsiváis son la demostración de que la única realidad mexicana es la paradoja y la contradicción (por eso en el *Nuevo catecismo para indios remisos* de 1982 habla de “herejías que se hacen pasar por santas doctrinas” y de “monjes con presentimientos freudianos”) y son también la demostración de que la única alternativa es la organización y la lucha de la sociedad civil.

Y una vez dicho todo esto, ¿qué dijimos? En el final del camino, admirado el cronista, sólo podemos decir de ti lo que tú dices de un cantante de moda: que la crítica es manejable pero la admiración no. Y todavía no llega el tiempo en que se puede criticar a Monsiváis. Todavía es el tiempo de admirarlo.

*Nexas*, núm. 131, noviembre de 1988.

# La anfisbena de Clara Mandujano

Álvaro Ruiz Abreu

Con el aguinaldo y los abrazos decembrinos, Clara se sintió reivindicada; estuvo en el brindis anual, sonrió y platicó con sus amigos de fórmula burocrática. Salió a la calle, recibió el sol pálido de diciembre como un bálsamo que curó sus temores. Estaba harta. Pensó que un año más había pasado como un relámpago, igual que otros pero más cínico. Caminó por la calle en busca de su VW. Alfredo la alcanzó, le pidió que no faltara en la noche a la posada en casa de Leti y Juan, compañeros de oficina. Ella prometió que ahí estaría. Llegó a su departamento en la Nápoles, bebió un whisky solo, tomó un libro al azar, lo abrió y quiso leer. Se quedó profundamente dormida. Eran las cuatro de la tarde. Despertó en la noche con una fría sensación de haber perdido algo. Es la ciudad, se dijo. Me está devorando esta anfisbena hija de puta. En ese momento tomó la decisión. Sacó una maleta, echó ropa ligera, llamó a su mamá para decirle que se iba unos días. Preocupada y exigente, la madre le suplicó que regresara sin falta para Navidad. Clara le prometió todo. Saló a la noche luminosa y fresca. Paró un taxi que la llevó a la estación de autobuses. Bajó y pidió un boleto para Puerto Arista. A la medianoche, el autobús al fin había evadido la gran ciudad y corría felizmente por la autopista. Clara Mandujano le sonrió a la noche profunda, al desierto de Apizaco.

Durante el viaje, pensó que no quería cumplir más años; el seis de enero iba a llegar a la treintena. Había tenido amores, aventuras, engaños. Alfredo representaba el último romance a media asta, era gris como la ropa que siempre usaba. Recordó a su primer chavo, fiel

y cariñoso. Saúl era exactamente lo contrario de Alfredo, pero de los dos no hacía uno. Le sonrió a los rostros ausentes de sus amigos, y también a la carretera que alumbraban los faros del camión. Se sentía liberada, como si hubiera dejado en la ciudad unos grilletos pesadísimos. Entendió que la ciudad la había ido despojando de todo; era una especie de ladrón que se lleva nuestros gustos y nuestras pasiones. Te deja en blanco. ¡Ah, la ciudad donde había nacido estaba en los límites de la demencia! Se estira cada instante. Recordó a Francisco, otro pretendiente que la dejó plantada y alborotada después de haberle cumplido lo que sabía que jamás iba a cumplir. Francisco le decía medio empastillado y medio briago que el DF se había convertido en Calcuta. “Mira las calles, querida, tragafuegos, faquires, ancianos y niños pidiendo, tullidos, vendedores de globos y chicles y billetes de lotería. ¿Has visto el hambre después de una guerra? Pues la que se mira aquí es idéntica. Vemos a diario hombres sin tierra ni esperanzas asidos a las luces de la ciudad. Quien vive aquí, Clara, es un ciego que sólo ve figuras de cemento y vidrio, fachadas informes, un cielo borroso como despintado y un sol que es la calcomanía de un emperador llorando. ¿Quién va a tener esta furia desatada?”.

Clara viajó toda la noche; con el alba llegó también el olor penetrante a selva y río. ¡Qué lejos estaba de la capital! Como si lo hubiera soñado siguió haciendo el recuento de su vida. Los ríos familiares —a pesar de vivir sola, eran cada vez más irracionales—, su madre enfurecida porque el dinero no le alcanzaba, y sus achaques eternos, sus chantajes. El padre, borracho mediocre. ¡Qué viejo se había puesto últimamente! Clara lo veía y rápidamente decía, “se cansó de vivir”. Sus hermanas con hijos, divorciadas. Recordó el prontuario de la vida cotidiana que había escrito Francisco. “para hacer más humana nuestra capital hay que promover el ruido porque el silencio nos está acabando; hay que gastar más agua en lavar coches, regar enormes jardines y en las cocinas de doble chorro. Es preciso dejar en plena libertad a los taxistas y peseros para que sus vehículos VW hagan más ruido y contaminen un poco, permitir que los autobuses de la Ruta 100 echen mucho humo para evitar que la transparencia del aire nos aburra, convertir al automovilista en depredador del ambiente, en vez de controlarlo e imponerle multas, motivarlo para que use escapes abiertos y

sonidos de gran potencia, y que agreda a los peatones alevosos que impiden las altas velocidades. En vez de cobrar el agua, regalarla a los usuarios poderosos y cobrársela muy caro a los habitantes de las colonias medias y populares y por supuesto, prohibirla en los barrios periféricos. Alentar a las líneas aéreas para que no sobrevuelen solamente una parte del DF, sino toda la ciudad. Llevar a cabo una enorme cruzada que haga a las autoridades menos eficientes, pues tanta disciplina y honestidad ya choca. Sería bueno que se fomentara su indiferencia ante asaltos y abusos en calles, comercios, casas y antros; y, de paso, que de vez en cuando aceptaran algún ‘regalo voluntario’ de la ciudadanía que los ayude a su manutención. Promover asimismo el éxodo indiscriminado de la provincia a la ciudad, así seguirá creciendo en armonía y racionalmente nuestra capital...”. Le sonrió al prontuario de la estupidez.

El autobús llegó a su destino; Clara respiró otro aire, la provincia le pareció un lugar encantado, se sintió satisfecha de su empresa. Entonces borró de un tajo las imágenes que venía arrastrando en las últimas 24 horas. Comió camarones y pescado frito, en una fonda; bebió dos cervezas, esquivó algunas miradas provocadoras y volvió a subirse a otro camión, ruidoso, desvencijado, que producía un calor del demonio. Fumaba y leía. El mar estaba cerca. Era una playa como perdida, de olas gigantescas que ya conocía. La tarde estaba avanzada, cuando llegó a Puerto Arista. Vio aquella majestad como dormida y pensó que iría a nadar. El océano abierto, tendido sobre el crepúsculo. Se instaló en una pensión; cambió sus *jeans* por un *short*, caminó si acaso 50 metros. Y ahí estaba el mar para ella y sus quejas. Esa superficie quieta de inmensas olas en la orilla, la hicieron olvidar sus amores, su vida familiar, y sobre todo, la irracionalidad citadina. ¡Ah, la capital! Equivalía a miles de anfibenas. Cada cabeza llena de veneno mortal. La luz del atardecer era tímida. Volaron algunas gaviotas frente a Clara; la brisa se hizo tibia. Pasaron por la orilla pescadores con sus atarrayas tal vez concluida su faena. ¡Qué soledad!

Sentada bajo una palapa agujerada, Clara miró el pasado y sintió que se hallaba en un refugio; la invadió la melancolía. ¡Los hombres! Una verdadera canalla instalada en este país abatido por la corrupción. Habían jugado con ella Saúl y Francisco, Alfredo y Arturo. El

colmo había sido esa aventura de pocos meses con el abogado Martínez. ¡Cuánto cinismo acumulado! Viejo mierda –se dijo–, quería “puta” para lucimiento personal. Pero ella se divirtió con sus bromas, sus mentiras obvias... Una luz blanca, leve, quedaba aún de la tarde ahora sepultada en el mar. Clara se levantó con su cigarro en la diestra; se apartó el cabello que le caía en la frente, abrió sus ojos y entró, como llamada por el Diablo, alguien diría que hipnotizada, al mar terrible. La noche cubrió las aguas.

*Nexas*, núm. 132, diciembre de 1988.



# ¡Viva México en Las Vegas!

Ricardo Garibay

1. ¡15 de septiembre! ¡*La Noche del Grito* aquí en Las Vegas, Nevada, Estados Unidos! ¡La Patria íntima y lejana! Nuestro pasado y futuro desde el presente de hoy en la noche, que será inolvidable. Hay que cenar temprano, para repartirse después, cuando menos, en cuatro o cinco hoteles de lujo que anuncian fiesta mexicana, greit an márvelus méccican fiesta. ¡Dios mío! En el Tropicana está Juan Gabriel, 60 dólares la entrada, en el Sands, está Viqui Car, 30 dólares la entrada; en el Dunes está Rocío Durcal, 15 dólares la entrada; y que si estuviera Sinatra costaría 40, y si Julio Iglesias, 50, porque nadie, lísen, escucha bien, nadie, cobra lo que Juan Gabriel, “es nuestro, ¡nuestro! ¡di biguest!” me dice –húmedos los ojos– Edú Escobedo, editor de *El Mundo*, el biguest periódico en español en Las Vegas. ¡Y yo sin boleto! Desde enero los grandes hoteles tenían vendidas en México sus reservaciones para estos magnos días. No cabe un alfiler en los fastuosos hoteles. Los fantásticos shous estarán atiborrados de compatriotas. Ni por 100 dólares se consigue un lugar en las últimas filas, desde donde no se ve nada de nada. Estoy hospedado en el Continéntal, caserón no muy chico, ligeramente mugroso y visiblemente viejo, donde la fiesta será una Tecate gratis a las once de la noche y un disco con dos estrofas del himno mexicano, para quien quiera oírlas en el comedor. Llegué el 14 y no he visto aquí, en el Continéntal, mexicanos. Después me dirán que en el comedor no había nadie y el himno fue puesto a muy bajo volumen y que en las salas de juego los gringos bebieron Tecate a pasto y ni una botella fue gratis.

2. Hay que cenar temprano, "vino francés, por favor". "No, sólo hay jarras de vino de California con soda". "Olvídelo. Deme un ribái con champiñones" "No, sólo sándwich de cornbif" "Olvídelo, se me hace tarde Giv mi ei couc"

Salir a la puerta del hotel. Larguísima cola para los taxis. No exagero: al día, mínimamente, se gastan 80 dólares en taxis. Esto es como Brasilia: si quieres ir al otro lado de la calle tomas un taxi, te lleva a gran velocidad por no sé dónde y pagas 10 dólares y ya estás a 100 metros de donde estabas. Si no tomas taxi no consigues recorrer jamás esos 100 metros, a 40 grados de temperatura. Dicen que en el California, el gobernador de Nevada coronará a Miss Fiestas Patrias Méccico 1989, y que dirá "Viva Méccico" por el micrófono ¿Cómo puedo perderme eso? Parece que está prohibido cantar el himno, y que sea tocado por banda de menos de 40 profesores. Juanga y Viqui gritarán ¡Viva México! y cantarán, aquél, algo alusivo a nuestro territorio, y ésta, "paloma negrap, paloma negrap dónde dónde andarás ya agarrastes por tu cuenta las parrandas". El Riviera hierve de mexicanos, hay uno, pequeño, oscuro y de bigotes, cafetalero de Chiapas, que ayer ganó 40 000 dólares y hoy lleva perdidos 7 000. Tres cancioneros casi agónicos le cantaron toda la noche "cuando calienta el sol aquí en la playa", se fueron a dormir, y ahora, a punto del shou, la siguen cantando, cada cuarto de hora el chiapaneco les envía 100 dólares. Encuentro a un mesero que vio perder en medio minuto un millón de dólares a "dat gordo gai di petrolero Barragán, gud gordo gud old tams. En toda noche, gerit' en toda noche más of ten milions! Di gordo!"

Se ven felices los mexicanos, en manadas amistosas o familiares, hablando a gritos, recordando gratas estancias en Las Vegas, recordando al Dinmartin como a un pariente querido y en desuso, y a Frank, como a ese grande que una vez tomó una copa de champaña con ellos, "con esta mano compadre, con esta mano le serví su copa de champaña" "Oye, ¿qué el Rocjodson era puto?" "¡Té veo triste, compadre!" Y más allá un coro de carcajadas. se arrebatan la palabra marido y mujer, rubios ellos: "Montecarlo, compadre? Comadre ¿Montecarlo? ¡Un dedal, compadre, y todo viejo, comadre todo viejo y un dedal, un dedal, y todo chafa y mamones de etiqueta, ¿tú crees

que de etiqueta los mamones y todo chafa? ¡Comparado con esto! ¡Esto es Las Vegas, compadre, comadre, Las Vegas!” En las mesas de dados los mexicanos gritan tenoramente: “¡Camán litel beibi, camán suítajart! ¡Ouh gosh, pinches dados de mierda!” El barullo en el enorme salón de juegos atestado de máquinas me lleva y me trae ensordecido y embrutecido y sin rumbo. “Esquiusme, estoy dispuesto a pagar lo que sea por asistir a la méccican fiesta, if yu . . .”. “No pleis, no pleis, onli guests, onli guests” Esto en el Circus, en el Sahara, donde la espaciosa explanada de pasto alrededor de las albercas es de plástico verde, imitación perfecta del pasto; en el Flamingo Hilton, donde uno se pierde en un exorbitante laberinto de salones ahogados de máquinas apostadoras, y cuyo centro es una sala de 100 metros de largo por 40 de ancho y no hay espacio ni para dar dos pasos seguidos; en el César Palas, esa mezcla arquitectónica de Cecil B. de Mille y Durazo-Mi-General-Partenón; en el Desert In, en el Stardust; en todos, no hay manera de asistir al *Grito de Dolores*, y ya se oyen anticipos por allá y por allá, alzándose sobre el monótono retumbar de las monedas sobre las cien mil cacerolas de metal, como cohetes diminutos se abren paso los gritos patrios: “¡Viva México, gabachos jijos . . .” Me detiene un anciano desdentado, mexicano como el carbón de ocote, que arrastra a dos nietos casi dormidos. “¿Eh?” “¿Eh?” “¡Lo tráimos en la sangre, chingaos, lo tráimos en la sangre!” “¡Aí lo tráimos, pos cómo chingados no!” le digo y me limpio su saliva y su wisqui en la mitad de la cara, sin entender cabalmente qué es lo que tráimos en la sangre en esta unforgettable nait

En el último minuto, por verdadero milagro —los paisanos en la fila interminable entre máquinas y jugadores, fila hacia la entrada del teatro, no se explican cómo lo conseguí y no cesan de felicitarme: “Usted va a abrir la boca, nosotros vinimos ayer y antier, esto es divino, es único en el mundo”, de milagro —digo— consigo un boleto para *Jubilee* en el Ballys, que era el MGM, que se quemó y donde murieron muchas personas. Contemplo la mayúscula sala, oigo el horrisono cacareo de los dólares, los quorters y los nicles, siento el ir y venir innumerable y aspiro el aire de floresta de la repleta enormidad —todo es enorme, grandísimo, gigantesco, interminable, fabuloso, grande-grande, aquí en Las Vegas; si no se usan esos superlativos se

corre el riesgo de estar en una aldea subdesarrollada—, y encuentro algo que vengo buscando, desde ayer, algo que me atosiga y ya vi, por fin, todo es igual, exactamente igual a hace diez años cuando vine a hacer el mismo reportaje, todo, las entradas de los hoteles, la ausencia de vestíbulos, las inacabables salas de máquinas y mesas verdes, la alarida, el ruido canalla del dinero, el idioma amazacotado, el servilismo de los negros, la mueca alucinada y agradecida de los mexicanos, las calles vacías. En diez años no ha transcurrido un segundo, las cosas no se han movido un milímetro. Ninguna ciudad es igual a sí misma de un año a otro. Son iguales a sí mismas, siempre, las ruinas, por ejemplo, las catedrales, las villas campesinas muy pequeñas. Pero esto, de aeropuerto gigante con *jets* gigantes que suben y bajan de minuto a minuto ¿por qué se mantiene inmóvil? Acaso haya cambiado un poco *daun taun*, el centro, no tan sucio ni polvoso ni asfixiante como hace diez años y ya sin ciegos ni paralíticos ni mendigos; anchas avenidas, todo asfaltado irrefutablemente y hoteles y casinos colosales fronteros y contiguos hasta demoler mi gana excursionista y reportera. Me paro a media calle principal, para ver de frente el hotel principal, estoy en una encrucijada. Frente a mí se levanta un edificio blanco, su entrada es una desmesurada corona blanca —alguna corona europea, supongo— con 125 000 focos parpadeantes; parece de yeso. Entre las cuatro esquinas, donde estoy, hay lo siguiente. en una, que es entrada de casino, una grandísima corola de algo que puede ser un clavel o una amapola, cada pétalo tiene cinco metros de altura y dos de ancho en la base y se curva cuando menos un metro, cada pétalo tiene 5 000 foquillos parpadeantes; en otra esquina, que es pórtico de casino, se mecen docenas de altísimas palmeras de hule duro el tronco y de plástico la greña y en lamparitas fluorescentes; en otra esquina, un balconerío blanco y verde y encajerías de hierro al modo de Nueva Orleans, y en cada rizo de la balconería sin término tiemblan y tiemblan focos rojos, blancos, amarillos y violetas ¡y a las dos de la tarde!; en la otra esquina, que es boca de casino, un monstruo abre el hocico móvil y colosal, rojo y negro, colmillos y ojos llamareantes: más allá una especie de dragón chino escamado, verde y oro... Nuevamente vienen a mi memoria De Mille y Durazo; así imaginaron la elegancia ese escenógrafo y ese arquitecto impares; pero no, no, esto

los mejora, deja ver, esto es lo irreal y lo barato absoluto, esto es oropel purísimo, es la cara de la riqueza como la imagina un pueblo imbécil o primario, es la imagen del dinero y la grandiosidad que concibe una sociedad de alma desarrapada, es la fantasía de un chimpancé Anda, sí, creo que es eso.

3. Pues estoy entrando en el teatro del Ballys, donde dan *Jubilee*, el más caro y espectacular shou en la historia del mundo, di ten milions dolars shou, 30 dólares el boleto y diez dólares de propina y con derecho a dos wisquis aguados o a una botella de vino francés Bueno, venga la botella. Estoy entre japoneses impávidos, un matrimonio granujiento en luna de miel, y cuatro viejos colorados que gargarean sin tregua. Con mucho esfuerzo logro despegar de mí un brazo y tomo un sorbo de vino. Agrio. Prohibido fumar, porque se mueren los viejos En abril estuve en Nueva York, y para hacer el babieca enteré tomé un tour por el centro de la ciudad, y decía el fulano· esto es Guolstrit, el centro financiero más grande del mundo, se hacen negocios diariamente por un millón de dólares .. éstas son las tuin tauers las más altas del mundo, tienen 20 mil ventanas... etcétera. Y pensaba qué tosca ingenuidad, los enorgullece la cantidad, la ostentan como privilegio Luego me hicieron ver la escultura de cartón del hombre más alto del mundo, creo que de Minesota Pues aquí en Las Vegas, en el *Jubilee* que quiere ser obra de arte, dice el programa: hay más de 100 bailarines y cantantes en escena, el escenario es la mitad de un campo de futbol, tiene 190 pies de ancho; en el salón caben 1 400 sillas; el shou está desde 1981 y sigue; para la escena del Titánico se usaron 500 galones de agua y nadie ha sido salpicado; el escenario tiene once elevadores, 33 tramoyistas, siete técnicos en iluminación, seis electricistas y dos sonidistas; se usan 100 000 focos en el shou, que podrían iluminar un pueblo de 2 000 personas; se usan 4 200 libras de hielo seco; el ídolo de Sansón y Dalila pesa tres toneladas, hay 50 efectos pirotécnicos y diez libras de pólvora en cada función; hay más de 1 000 trajes en escena, y el pago inicial del vestuario fue de tres y medio millones de dólares.

Me vuelvo hacia todos lados, con dificultad. No, no puedo salir, tendré que apechugar el shou completo, veré si puedo dar otro sorbo de vino echado a perder.

Se alza el telón y se me viene encima la estética monumental de papel maché de jolibud 1940. Bailables y cantábiles nostalgia de Edí Cantor, Jimi Durante, Al Yolson y no sé qué negro auténtico, hasta llegar a Clarc Geibl y a Elvis Presley de hojalata. Luego, Sansón y Dalila andan brincoteando entre columnas muy desnudos y bien formados, pócima, sueño de Sansón, esclavitud, dándoles vueltas a una tuerca ciclópea y entre latigazos, sin que le crezcan las mechas lo ponen entre columnas, las tumba, aparece un ídolo de mucha gigan- tez, se incendia; Sansón triunfa entre llamas, esculturalmente. Luego, unos argentinos con voleadoras, botas negras y sombreros planos: “¿Hay mexicanos aquí, hoy 15 de septiembre?”. Contesta un rugido impresionante Cuando menos, 80 por ciento es de mexicanos. “¡Ah cabrón mexicano!” grita el argentino Aplausos atronadores. Luego, un señor muy alto y atlético dispara flechas y siempre da en el blanco, sin herir a la señora que lo acompaña, muy alta y atlética. Luego, la primera gran guerra, película casi en tercera dimensión y unos avio- nes de madera echando bala arriba del lunetario. ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!, se oye nítidamente Luego, el Titánic; unos fogoneros quieren violar a una rubia borracha y calendáricamente flaca, no lo consiguen por- que estallan las calderas y caen torrentes de agua azul y no salpican a nadie, cae un telón oscuro y transparente y con muy hábil composi- ción fotográfica —o barco de triplay muy ligero, vaya uno a saber— el Titánic grandioso se va hundiendo junto a un iceberg de bulto, un poco enano. Se hunde. Y en rieles cruza el escenario, de izquierda a derecha, una lancha con los sobrevivientes, que cantan una canción de adiós muy triste y melódica. Los aplausos son para romper los tímpanos. El asombro hace presa de 1 399 ciudadanos de buena fe Y no recuerdo qué más. Cuando voy cruzando el salón de jugadores, hacia algún restorán con carne y vino —no he comido desde ayer—, me cruzo con un grupo de señoras bien vestidas, que vienen de Juan Gabriel, hablan con voces agudas, enervadas: “¡Yo me rasgué las ves- tuduras! ¿Quieres que te diga una cosa, sabes qué? ¡Yo me rasgué las vestiduras!”

Flemingo Hilton Un restorán silencioso. Un mesero mexicano. Deme un ribai, tender, midium, y una botella de Yebrey Chambertán, ¡pero ya!

A las dos de la mañana el gentío es tal en las salas del Flamingo que uno diría que son las dos de la mañana en Las Vegas. En media hora gano 88 dólares, a la ruleta. En tres cuartos de hora los pierdo y voy perdiendo 60 más. Cuidado. Hubo un momento en que me sentí feliz viendo cómo las montañitas de fichas iban de los jugadores a la banca y de aquí a los jugadores. Una especie de oleaje mandado a hacer innecesario. Cuidado.

Aquí vengo, tropezando a cada paso. Esquiusmi, esquiusmi “¡Viva México, cabrón!” Me zarandean, me botan de unos a otros. Son ocho mexicanos, entre 35 y 40 años, sendas botellas de champaña en la mano. “¡Bebe, mexicano, bebe champaña, por México!” Y me empujan una botella. Me chorreo la guayabera “¡Bebe cabrón!” Bebo, y veo que están llorando, y gritan y gritan viva México y más lloran. Y eso es como el ruido o el espectáculo que daría una gota de agua un poco anárquica en el mar de Pie de la Cuesta

4. Hoy es 16 de septiembre. En la Ciudad de México ha empezado el gran desfile militar, que en mi niñez me hacía pensar en un país invencible. Aquí en Las Vegas tendremos una greit méccican fiesta en el Fridom Park o sea en el Parque de la Libertad. “*Hispanos uníos cabe el lábaro en memoria de las gestas libertarias. Carnitas, huacamole, tacos, tamales, cerveza. Música, baile. Estudiantinas, tambora. Desfile de bellezas. Sólo un día se nace de vuelta: el día de México y su tricolor. Pasea el guarache desde las 10 am*”. En el bar del Continéntal me aconsejan ir más tarde. Un puertorriqueño: “Se pode gud, pero ve más después. Es *hente* guevona, llega muy más después de diez” Bien. Me daré otro volteón por los hoteles. Ver y oír y preguntar. En los hoteles la cosa sigue igual: las penumbras titilantes, el estrépito eterno y horroso, los bares atestados, los mexicanos en manadas dichosas. “¿A qué?” “A la fiesta en el Fridom Park, por el 16” “Hay hermano, qué te pasa ¿ir con la raza esa?” “¡Wácala! Los mexicanos de aquí, y los chicanos y todo eso?” “Mire mi querido profesor, no venimos a diverturnos ni a juzgar, ni a juzgar ¿está claro? Somos ganaderos, venimos a jugar. Perder o ganar es lo de menos, es un poco de descanso para la chunga de allá en las tierra”. “¿En el Fridom Park? ¿Dónde? Yo no conozco ni dauntaun. Yo llego al hotel y no salgo. ¿Ya se dio cuenta de que éste es

el Riviera? ¿A qué salgo? Muchas veces ni siquiera subo al cuarto la maleta. ¡Mexicanos en. . . ¿dónde dijo?” “Ay qué chistoso, oiga. ¿A eso viene?” Creo que no tiene sentido seguir la encuesta. Son las tres de la tarde, ya es más después, que dijo el puertorriqueño. El taxista es rojo y doble ancho y da un puñetazo en el volante “Gat démet, Fridom Park” –y arranca como loco–. El aparato marcará 34 95 dólares, porque el Fridom está lejos, en las afueras de Las Vegas y el regreso es en blanco y el negocio consiste en ir de un hotel a otro, cosa de 5 o 10 minutos y cobrar 8 o 10 dólares por dejada. Viene hablando el chofer. Llegamos a una explanada inmensa con cientos de automóviles último modelo Forti dólares –vomita con voz de perro el chofer–. Ni hablar. En la entrada hay policías –enormes por supuesto– esculcando a jóvenes mexicanos, o sea, jóvenes muy mugrosos, greñudos y bigotudos. Pasan mujeres retintas y ventrudas arreando a la tropa de hijos vestidos de chinas poblanas y de miquey-mausés. Carcajeantes hombres maduros vestigios de antigua traza campesina Me identifico. Los policías me saludan con respeto, franquean el paso. El parque podría ser recorrido en avión. Pasto y pocos árboles. A lo lejos un brillar de colorines. Allá es la fiesta.

Extensa explanada de pasto ralo y tierra suelta. Un círculo de puestos de garnachas, un camión de sonido. El grupo Los Aquelarres toca rock al máximo volumen. Una pareja despistada baila levantando nubes de polvo. Cientos de mexicanos de los viejos campos de Oaxaca, Nayarit, Michoacán, Sonora, Guerrero, Zacatecas. El espacio es tan amplio que la fiesta se ve desolada. Me siento a comer dos tacos de nana y uno de buche. En enormes peroles se fríen las carnitas. Mexicanas tortillas de maíz cacahuazintle, blancas y finas y en las manos apenas visibles. Tacos chicos a dos dólares; grandes, a cinco dólares. Charanguita zacatecana. Gritos de júbilo mexicano: “¡Aj ja ja, hijos de la chingada!” “Busca señor Errada, Chorch Errada, locutor, él te dice”. “¿Cómo es el señor Errada?” “Chorch, o sea que es Jorge ¿sí? Él te dice” “¿Cómo es?” Acude el de las carnitas: “Is ei *chaparo* gai, pantalón rojo, pelos y bigotes largos” Y ponte a buscar entre muchos compatriotas, a un *chaparo* de pelos y bigotes largos. Todo mundo trae pantalones rojos. Y lo encuentro. “Oh sí, o no, pero el pedo es con Edi Escobedo, de *El Mundo*, él sí le puede. Lo llevo”. Edi



Escobedo, 50 años, cachucha roja, traje deportivo blanco y verde, zapatos rojos; abierto, alegre, gentil. "Somos 70 000 hispanos, y esta fiesta nos cuesta 14 millones de dólares". "¿Por qué el seguro?" porque aquí todo es la ley, por si alguien se queja del uso del parque, o un muerto o heridos". "¿Muerto, heridos?" "La raza bebe y pelea". "¿Este es su periódico?" "Para servirle y a mucha honra. Decimos la verdad. Pagamos aquí 3 000 dólares de vigilancia, 3 000 de permiso, ya llevamos trece años, alquilamos los espacios de los puestos, vea qué bonito. Ya somos fuertes. Con el dinero damos becas, ayudamos a ilegales, conseguimos empleos, enterramos a los ahogados que no se sabe ni quiénes son y los enviamos al otro lado, a la patria". "Pero si ya los enterraron señor Escobedo. .". "Digo cuando no los hemos enterrado y se sabe de dónde son. Y vigilamos la bandera y el himno". "¿Cómo?". "Oh sí, que la bandera no toque tierra, y que el himno no se cante por cualquier cabrón y no se toque con menos de 40 profesores. Gerit? Y también promovemos la gratitud a Las Vegas, porque vea que llegamos... pues no con mucho y ahora mírelos felices con sus trabajos. Por eso vienen, a verse una vez al año, porque como esta es ciudad de 24 horas diarias y no cambia para nada de nada, pues están en sus trabajos y no se ven, y aquí vienen a verse, oh sí". Sonríe y me ofrece un gigantesco vaso con cerveza gringa. Y pienso, bebiendo la mísera cerveza, en los trabajos que desempeñan los 70 000 hispanos: en la albañilería, en los drenajes, en las cocinas, en los camiones de basura, en las carreteras. . Y como no tengo modo de ir al *Review Journal*, donde me venderán fotos de esta fiesta ("Camán folou, you wil si auar yob. Fiftin dólares for ich guan"), Edi Escobedo me entrega las llaves de su coche: "Lléveselo. Vaya y venga, o dígame dónde paso a recogerlo". Me cuesta trabajo convencerlo de que no debe ser así. El coche es último modelo, Cádillac, color champaña "Bueno. Pero lea mi periódico. Digo la verdad. ¡A carajo! Mucho gusto. Bai, bai. Ya empezó allá la primera peleyita" Y sale corriendo hacia el camión de sonido. En las páginas centrales de *El Mundo* se dice que Salinas de Gortari suprimió los viajes de funcionarios para *el grito*, y ordenó que sean los cónsules quienes hagan eso. Transcribo. "Y vaya, así bien. No que venían los ladrones del gobierno, con sus hembras, que no con sus esposas, a empedarse de órdago y a botarse

la lana de la nación y a dejarnos bochornosos y con impotenciales mentadas de madre para esos cínicos ladrones. Ahora siquiera que los cónsules se enterarán de cómo se nos dificulta vivir. Le mandamos un aplauso a Gortari”

5. En la noche al Sands, al show de Viqui Car, mitad gringa, mitad chicana. En el oceánico vestíbulo del Ballys, desde hace tres días cantan tres cancioneros, en una escenografía de sarapes, piñatas, sombreros de petate y esculturas de barro de indios dormidos. He visto a tres o cuatro millonarios de alegría, y al ancho cerco de compatriotas aplaudiendo llorosos aquello de “Qué lejos estoy del pueblo donde he nacido”, etcétera. El llanto está también presente en lo de Viqui Car. Canta *Cuando calienta el sol, Total, Esos hombres*. Los aplausos la derrumban de emoción. Lloro y grito: “¿Cuántos mexicanos hay aquí?”. La respuesta estremece, hace temblar el incontable salón del espectáculo. Ha salido vestida como de metal, blanco arriba y azul la falda. Las señoras cercanas a mi lugar comentan que qué bruto, que qué bárbara, que el vestido cuesta, mínimo y me quedo corta, diez millones de pesos. “¿Ya te fijaste en el collar?” “No y deja, mírale los anillos”. Viqui Car es linda y canta bien, pero aquí debe gritar, alaridar, ensordecer, y la raza se rasga las vestiduras. Entonces anuncia: “Voi a cantar sin música, que no hay mariashi ni nada ni mi orquesta, una canción del alma, ei song of mai soul”. Y se revienta *ya agarrastes* por tu cuenta las parrandas, paloma negrap, paloma negrap, dónde dónde etcétera. Y en el enano galerón que hace de teatro, el imponente público de habla española se ha puesto de pie y canta con Viqui, canta llorando, desgarrándose la garganta, interrumpiendo el canto para sollozar estremecido por. por.. no sé, en verdad no sé por qué.

6. El multitudinario aeropuerto de lujo de Las Vegas. Uno de Torreón. “Qué pasó, mi periodista, o mi escritor, como usted dice ¿ya de regreso? ¿Se convenció?”. “Ya de regreso”. “Chen ya de regreso.. sí. Pero ni modo ¿verda? La chamba. Ora hasta la próxima, digo, vale éno? pero que sea pronto éno?”. “No, psí” —digo—. “Qué pasó por qué pone esa cara. ¿Qué no piensa volver?”.

*Proceso*, núm. 673, 25 de septiembre de 1989

# Barrio por barrio, casa por casa, la guerra se instaló en San Salvador

## Crónica de una semana sangrienta

Pedro Martínez

Su martirio es un aplazable llamado a la conciencia de las personas, las iglesias y los gobiernos para apoyar vigorosamente la búsqueda de una salida negociada que realmente signifique un paso a favor de la vida, de la justicia, de la paz, para ese pueblo hermano. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus hermanos

San Salvador El olor a sangre invade la ciudad. Barrio por barrio, colonia por colonia, calle por calle, casa por casa, cuerpo por cuerpo, mente por mente, cala hondo y se pega a la piel.

A esta hora el tablero de las ametralladoras, el estruendo del bombardeo. . el lenguaje de las armas, agregan sonido al intenso olor a pólvora, a incineración, a destrucción, a muerte.

La ciudad no duerme: pernocta, bajo estado de sitio y ley marcial; en medio de dos versiones, la oficial, la que repite hasta el cansancio que todo está bajo control y "la otra", la que penetra hasta la almohada, la que llega desde los puntos de combate, la que está a pocos metros, la de "radio bamba", como llaman los salvadoreños a las versiones de la calle.

Aviones C-47, utilizados en la guerra de Vietnam, equipados con ametralladoras electrónicas que vomitan 5 000 tiros por minuto, siguen volando en círculos sobre los puntos de San Salvador donde la guerra irrumpió el segundo sábado de noviembre, antes de las 20 horas. Sólo el estrépito de sus motores los delatan

Hasta este viernes 17, la guerra, con sus protagonistas urbanos, más de un millón de personas, todavía está aquí. Para los protagonistas de la línea de fuego insurgente, que llegaron sin ser vistos, que salían como hongos por todas partes hasta en camiones, el combate es “hasta el tope”, hasta el final. Para sus adversarios, es “cuestión de poco tiempo”, horas dijeron al principio. Para toda la gente de esta abigarrada ciudad tropical, la de mayor densidad poblacional por kilómetro cuadrado, la guerra se quedará para siempre en sus calles, en sus rincones, en su gente, en su memoria, aun cuando la batalla cese.

Acostumbrada a la batalla callejera de los sindicatos con sus ruidosas y a veces violentas marchas, el clandestino y fugaz ataque de la guerrilla urbana, muy imprecisa en su puntería en los últimos meses, esta ciudad recibía la guerra vía microondas, noche a noche, en la intimidad de su casa, gracias a la magia de la televisión y de la radio.

Considerada por siempre como retaguardia o punto neurálgico del país, San Salvador sorprendía a los más soñadores de guerras exóticas. Decepcionaba a los buscadores de primeras planas. Ese sábado 11 de noviembre, muchos periodistas estaban de vacaciones o descubrían maniobras de guerra psicológica en los rumores de que “algo” estaba por estallar.

## La mala hora

La ofensiva guerrillera nos tomó por sorpresa: a pocas cuerdas, una ráfaga de ametralladora, seguida de dos o tres estruendos de bazuca o lanzacohete y rematada con una prolongada contestación de fusil M-16. Era el ataque a la residencia del presidente del Parlamento y prominente dirigente de ARENA, Ricardo Alvarenga Valdivieso.

Más tiroteos rompen el silencio. Tiro a tiro, contestan desde la oscuridad. Ruido de sordas explosiones en cadena sellan la refriega. Dos minutos y siguen los estruendos...

Buscamos la radio y hay fútbol o alguna transmisión de deporte en *Radio Sonora*. Otras emisoras de noticias, están en la misma onda. Los sábados y los domingos todo es pachanga y diversión, aun en medio de la guerra.

Más tiroteos agujeran la noche del sábado. Explosiones por el norte y noreste de la ciudad. Volvemos a la radio y, por fin, *Radio Sonora* interrumpe los deportes para dar paso a la nota de los ataques simultáneos. *YSU* y *YSKL* también transmiten las primeras informaciones sobre ataques en varios puntos de la capital. Prometen más información y vuelven a los deportes. Así hasta que existe la certeza de que “algo” inusual ha comenzado.

Dos horas después, aproximadamente, todas las emisoras del país pasan a la Cadena Nacional con origen en *Radio Cuscatlán*, la poderosa emisora del ejército que transmite las 24 horas del día en AM y FM. Confirmando: “algo” grande comenzó faltando diez minutos para las ocho de la noche de ese que parecía un sábado común y corriente, en un país de “guerra de baja intensidad”, como dicen los especialistas en temas militares modernos.

### **Domingo 12, inicio de la contraofensiva**

Para los ciudadanos, el sábado no tuvo noche y el domingo llegó sin madrugada. Antes de la media noche, desde el cielo las bengalas rojas dirigían el fuego de la tropa gubernamental que repelía los ataques. Literalmente, del cielo llovía fuego y la luz amarillenta de las antorchas iluminaba las zonas de combate: los barrios populosos de Zacamil, Mejicanos, Cuscatancingo, Soyapango, Ciudad Delgado y Ayutuxtepeque, todos en la periferia norte de San Salvador. Todas, también zonas pobres y superpobladas. Y... ¡sorpresa!, el barrio San Ramón, más al norponiente al pie del volcán que domina la capital, y que en los rumores aparecía como punta de lanza de cualquier intento rebelde de atacar la ciudad, estaba tranquilo bajo la estricta vigilancia de cientos de soldados de élite.

El domingo sin misas en la zona norte de la ciudad, la televisión también amaneció formando parte de la gran cadena nacional de radio y televisión. A las 10:15, el presidente de la República informó a la nación del ataque “despiadado e insensato de la guerrilla”. Anunció también que el Consejo de Ministros estudiaba imponer el estado de sitio.

La contraofensiva está en pleno. Las antorchas iluminan el cielo sobre la zona norte de la ciudad. El C-45 dirige su fuego sobre el barrio de Ayutuxtepeque, donde la guerrilla es fuerte desde hace cinco días. El espectáculo es escalofriante desde la azotea. Allá debe ser el infierno.

El presidente pide calma a la población. Ofrece seguridad y garantiza que todo es cuestión de poco tiempo, para que la capital recobre la tranquilidad. Los altos jefes militares que lo flanquean lo secundan.

El domingo continuó siendo de espera. Por la tarde se oficializó el estado de debacle en la ciudad y el sabor de desamparo cundió por los barrios.

### **La batalla total**

El lunes 13, la gente comenzó a perder la noción del tiempo. Imposibilitada por los combates, no salió a las calles, por lo menos en la zona norte de la ciudad. La información era escasa o casi nula. Por la mañana se oficializó el estado de sitio. El presidente, en impecable camisa blanca, como el día anterior, realizó una exposición sustentada en la Constitución Política, para demostrar al pueblo el apego a la ley del proceder del gobierno.

Paralelamente a los combates en los barrios populares, la guerrilla y el gobierno se trabaron en una batalla informativa dirigida a influir en el ánimo de la población. Ambos bandos se agenciaron el poyo popular y, obviamente, la victoria.

Como nunca antes, comprobamos que la radio de la guerrilla se escucha con mucha nitidez y pocas interferencias en la capital.

Imposible saber su penetración entre la población, pues la transmisión de 12 horas continuas que se capta con mayor facilidad es de onda corta *Radio Venceremos*—la “mentiremos” según la jerga castrense— asegura que la guerrilla está atrincherada en por lo menos 20 puntos de la ciudad y que la ofensiva se denomina “fuera fascistas: Febe Elizabeth vive”, en homenaje a la dirigente muerta en el atentado contra una sede sindical, el 31 de octubre pasado. Por si todo fuera

poco, afirman que la cosa es “hasta el tope”, es decir, que no piensan retirarse...

Por su lado, la *Cadena Nacional de Radio* abre sus micrófonos al público para servicios sociales y para que la población externe sus opiniones sobre los acontecimientos. Al principio se escucha de todo. Desde acusaciones contra los jesuitas y los sindicalistas izquierdistas, hasta llegar a los partidos socialdemócratas y al mismo Partido Demócrata Cristiano. De las acusaciones no se escapan ni los obispos ni los católicos.

### Un contacto con la muerte

El enjambre de periodistas que ya comienza a crecer se pega a la zona donde está la batalla, tras la nota o la foto de acción. Decidimos ir a la morgue el lunes por la tarde.

La ciudad está paralizada y enfilamos hacia el cementerio general. El escenario es dantesco. Desde el sábado en que se iniciaron las hostilidades, han acumulado 29 cadáveres. Todos desconocidos. “Eran 33, todos los trajo el ejército, pero a cuatro sus familiares los recogieron. No sé, no puedo distinguirlos”, gesticula un empleado de la morgue. “Sólo los identifico por números y por los colores de su ropa”. Un grupo de hombres saca del depósito los cadáveres y los amontona en un camión recolector de basura de la municipalidad. Un número nutrido de personas presencia la escena nauseabunda.

—¡Hey prensa! —nos llama el hombre que lleva la estadística de los cuerpos—, los llevaremos al cementerio La Bermeja. Ya están listas las fosas comunes. Adelántense para que agarren buen lugar.

Somos únicamente dos periodistas. Un reportero gráfico de la AFP y yo. Tenemos la “exclusiva”, pues es la primera inhumación masiva de cadáveres en San Salvador desde los días más fatídicos de 1979-1982.

Una ola de sepultureros realiza la faena. En primer plano observamos las fosas comunes. Los camilleros improvisados trasladan los cuerpos hasta los agujeros. Los dejan caer por su peso. El golpe es sordo al hacer contacto con la tierra húmeda. Sobre una pequeña co-

lina un grupo de curiosos observa la operación. Son las cinco de la tarde. Al fondo, en lo profundo del paisaje, un avión C-47 continúa ametrallando las zonas en conflicto.

## Martes 14

Después de tres días de combate nadie cree que esto termine pronto. De nuevo hacemos el recorrido a pie. Nuestro primer contacto es con la gente que sale por cientos de la colonia Zacamil, una enorme zona de multifamiliares. Caminan con ojos desorbitados. Algunos niños duermen en los brazos de sus padres. Es un grupo homogéneo. Todos provienen de una barriada pobre. La gente de las colonias de clase media los ve pasar y algunos exteriorizan sentimientos de compasión hacia los evacuados que, como una ironía, caminan sobre Boulevard de Los Héroe.

Con una norteamericana y un inglés, visitamos el hospital público de niños. Las esquirlas y las balas perdidas están haciendo estragos en la población infantil.

De entrada, un grupo de médicos y enfermeras están atendiendo a un niño de unos ocho años. Tiene un traumatismo craneal y una esquirla de cohete en el estómago. Imposible operar de inmediato, como amerita el caso. El centro hospitalario sólo cuenta con un quirófano y carece de muchos aparatos preoperatorios. El pequeño gime y parece no darse cuenta de que tomamos fotos. Es la sala de emergencia y no hay lugares disponibles. Un doctor nos explica que durante las hostilidades han atendido centenar de casos y que será el caos cuando la violencia cese o cuando los cuerpos de socorro logren evacuar de las zonas de combate a todos los heridos, en gran número niños.

Un obrero de una fábrica refresquera carga a su hijo. El niño tiene incrustadas una veintena de esquirlas de bomba en la espalda, cuello y cabeza. Su otro hijo menor yace en la camilla adjunta, con la cabeza vendada. Indica que un sobrino más está siendo intervenido en ese mismo instante. La norteamericana se da gusto tomando fotos y en inglés recaba gustosamente los testimonios. Quizá salga una nota



estremecedora de la visita al hospital de niños. Otro norteamericano propone ir a la zona de combates en Zacamil. Él trabaja para radio y desea sonido de balazos y bombardeo. Además, quiere captar testimonios de la gente que huye.

Enfilamos hacia los posibles lugares de albergue. Llegamos justo a tiempo para hacer tomas de los evacuados subiendo a camiones de la Cruz Roja. Los trasladarán a centros de refugio de las iglesias. Hay gente atrapada. Una mujer se queja acremente de la guerrilla. Dice que los subversivos tienen a civiles de rehenes. De pronto, surgen efectivos de cuerpos especiales por todas partes. Junto a los camiones de evacuados, entre los evacuados. Algo huele mal. Horas antes los mismos efectivos habían cateado un local de la prensa nacional y requisado videocasetes y notas de prensa. Además, les recordaron a los colegas que bajo el estado de sitio ni la prensa tenía garantías. Por si las moscas, preferimos entrar a la sede de la Cruz Roja.

El vocero, Pedro Varela, nos informa de los problemas para auxiliar a los heridos, acusa al ejército y a la guerrilla por igual de no permitir el paso de los socorristas para evaluarlos. Nos adelanta que la institución demandará una tregua de 72 horas para sacar a los heridos, ya sean civiles, militares o guerrilleros. El hombre no se ve muy optimista, pero siempre puede esperarse un gesto bueno, aun en esas circunstancias.

El miércoles 15 comenzamos mal. En Mejicanos a las seis de la mañana se podía entrar hasta la zona de combate con relativa seguridad. A las nueve, un pequeño grupo de reporteros entrevistó a Facundo Guardado, un jefe rebelde que participó en el diálogo gobierno-guerrilla y que ahora está dirigiendo a los guerrilleros en esa zona. Al mediodía quisimos entrar con una caravana de 16 vehículos de prensa y fue imposible. Nos recibieron a tiros para que no continuáramos.

Antes, otros reporteros hablaron con gente que huía de la zona de Soyapango. "Vergazal de gente muerta. Hasta los perros han matado", dicen en Los Conacastes y La Coruña, dos colonias donde la guerrilla tomó posiciones desde el primer día de los combates. Aunque nadie de la prensa entró hasta la fecha a esa zona, los evacuados dijeron que ahí no quedó piedra sobre piedra.

Aquel era el panorama ya antes del asalto que la aviación realizó para aniquilar a los rebeldes en esas localidades. Por primera vez una flotilla de cinco helicópteros Huges 500 entró en acción y atacó las posiciones guerrilleras. Desde las alturas de la ciudad, San Salvador parecía un Beirut enclavado en el corazón de América Central: gruesas columnas de humo se levantaban el miércoles 15 en la colonia Zacamil y en Soyapango. Aviones artillados C-47, helicópteros de asalto y bombarderos dominaban el cielo y a la luz de la luna bombardeaban la ciudad.

El bombardeo arrecia: dos, cuatro, cinco bombas cimbran el suelo. Son las 23:50 del miércoles 15 de noviembre... dos bombazos más, incontables bombazos. Confirmado: es bombardeo masivo. Un avión a propulsión surca la ciudad en medio de la noche.

Mientras, la radio guerrillera, al ritmo del *Submarino Amarillo* de los Beatles, anunciaba más victorias rebeldes y reiteraba la orden de no retroceder. De su lado, la *Cadena Nacional de Radio* difundía corridos mexicanos, adaptados a los nombres de sus batallones de élite.

Frente al embate del ejército y la aviación, la guerrilla se retiró a nuevas posiciones en las colonias Santa Marta 1 y 2. En la zona, luego de los encarnizados combates del martes 14, los cadáveres de rebeldes y civiles quedan esparcidos por las calles. Un soldado gubernamental procede a incinerar el cuerpo de un adversario caído. Ni perros ni zopilotes se han atrevido a tocar los cadáveres.

En Cuscatancingo el sol sale de noche iluminando el combate. La aviación lanza antorchas aéreas que bajan lentamente, mientras la aviación ametralla con insistencia y la tropa oficial aprovecha para tratar de avanzar. Al amanecer, la guerrilla asegura haber tomado la Comandancia Civil.

Una columna de tanques y camiones militares espera frente al nuevo hospital militar. La tropa está sentada, descansando, pegada al muro exterior del edificio. La población evacúa Zacamil pasando al lado de los tanques. Un equipo norteamericano filma la escena.

## La masacre

San Salvador es lo más cercano al caos. La guerrilla impuso el paro al transporte, aunque desde el mismo domingo casi no hay autobuses públicos circulando. Impone, asimismo, el cierre de gasolineras y reitera a sus unidades la orden de mantener las posiciones

Logramos realizar un recorrido por la zona norte, muy cerca del Hotel Camino Real, cuartel general de la prensa internacional. El silencio se impone y sólo es roto por el susurro de las armas en acción. La gente comienza a formar colas .

Siguen los bombardeos. Son bombas de 250 libras, por lo menos. Nos encontramos con otros colegas. Ellos llegan desde el barrio de Mejicanos, donde el batallón Atlacatl, una fuerza élite con gran experiencia en combate rural, se dispone a desalojar las posiciones rebeldes de esa zona. “¡Putá, por poco nos joden! Quedamos entre las dos fuerzas. Veníamos de las posiciones de la guerrilla y nos topamos con una tanqueta. Por suerte el oficial ya nos había visto antes y sabía que éramos de la prensa”, comentan.

Afuera los aviones continúan arrojando bombas. Ya no hay tiroteos. Es la 1:15 del jueves. Por simpatía o temor, la gente de Mejicanos está colaborando con la guerrilla, aseguran los colegas. Una foto parece ser la prueba material de su testimonio.

Mientras estas escenas se sucedían en las calles, la noticia más estremecedora de ese día lanzaba todos los pensamientos hasta el lado sur de la ciudad. La madrugada del jueves, un grupo no identificado penetró a la universidad jesuita “José Simeón Cañas” y dinamitó el centro pastoral “Monseñor Óscar Arnulfo Romero”. Simultáneamente, otro grupo penetró a la casa de los sacerdotes jesuitas y asesinó a seis de ellos y a dos personas más. Entre los jesuitas asesinados se cuentan Ignacio Ellacuría, rector de la Universidad Centroamericana (UCA), Segundo Montes e Ignacio Martín Baró.

Fuimos a la UC. El espectáculo era deprimente. Había lágrimas en los rostros de algunos colegas. Los cuerpos yacían sobre el pasto del jardín, perforados a tiros.

Es jueves entrada la tarde. Las calles están semidesiertas en el centro de la ciudad. Al poniente una impresionante columna de humo

domina el panorama. Es la fábrica de productos alimenticios DIANA, la más grande del país, la que arde. No hay ningún comercio abierto y los diarios vespertinos comunican gráficamente la masacre de los padres jesuitas. La ofensiva guerrillera continúa y el contraataque oficial se incrementa.

### **La vida en estos días...**

Los empleados bancarios están asistiendo a sus labores, pero el servicio al público es parcial, casi nulo. En algunas gasolineras se expende combustible, pero sólo en recipientes cerrados. Las colas comienzan a crecer. Los taxistas cobran 25 colones (5 dólares) en adelante. A los "gringos" y otros reporteros extranjeros les aplican la tarifa dolarizada. Una ida y vuelta al aeropuerto puede costar 100 dólares.

Los noticieros de televisión volvieron al aire y antes de comenzar advierten al público que se trata de ediciones censuradas. Sin embargo, cada emisión bate los índices de penetración. Los publicistas no pierden la oportunidad y por cada tres minutos de información censurada hay cinco minutos de comerciales en promedio. La noticia sobre la masacre de los jesuitas paraliza a los telespectadores.

Los niños están aterrorizados. Los canales de televisión lo saben y toda la programación incluye caricaturas y programas dedicados a ellos. Los chicos, en su mayoría teleadictos, parecen relajados pero los rostros serios no cambian. Pocas veces la televisión les arranca una sonrisa. Muchas casas están saturadas porque han recibido evacuados de las áreas más críticas.

En la ciudad pocos supermercados están vendiendo provisiones. El gobierno congeló los precios y prometió cárcel para los especuladores. El vicepresidente anunció un plan de ayuda inmediata en alimentos para los barrios populares y auxilio para la reconstrucción de viviendas y edificios dañados por los combates.

El embajador norteamericano ofrece la última cifra de víctimas: más de 600 muertos, la mayoría civiles y guerrilleros. Asegura, además, que la guerrilla está retirada y que sólo se combaten catorce puntos de la ciudad. El embajador dice que no será necesaria la intervención de tropas norteamericanas.

Los reporteros, incluso los nacionales, que enfrentan más férreamente la censura, están a mil por hora. En el Camino Real, segundo piso, es la locura. Nadie se da abasto. Siguen llegando refuerzos desde el exterior. La competencia por las fotos y la exclusiva es durísima. Las líneas telefónicas están saturadas. Después del toque de queda el hotel es una fiesta. El bar no alcanza para todos y los meseros tienen turnos de 24 horas. Nadie sabe cuánto durará esta situación.

*Proceso*, núm 681, 20 de noviembre de 1989.



## Epílogo

De Roma a la Edad Media. Se han escrito crónicas desde que Septo Julio, Africano Eusebio, Penodoro y Amiano (siglos III y IV) dieran a conocer las que llevan su nombre: *Cronican paschale*. Pero quienes le dieron gran empuje y desarrollo a este género fueron los monjes, especialmente durante los siglos IX a XIV. No hay monasterio, de los más celebrados de la Edad Media, que además de su propia crónica no cuente con algún *monje-autor* que reúna hechos de la nación respectiva y aun del mundo.

Las crónicas fueron escritas en latín, principalmente en los monasterios, hasta el siglo XIII, época en que comenzaron a emplearse las lenguas vulgares en obras eruditas. Las primeras intentaban dar una visión de los principales acontecimientos desde la creación del mundo hasta la época en que vive el autor. En general, recopilaban lo que ya estaba escrito, pero se añadía el relato de hechos contemporáneos. No se separaba lo histórico de lo literario, ya que se recogían relatos que aun no habían sucedido, provenientes de la tradición oral, la épica, se describen milagros y fábulas y se idealiza la figura del caballero.

En España coexistieron durante cierto tiempo las crónicas castellanas, catalanas y musulmanas. De las castellanas hay, entre las escritas en latín, la *Crónica al Beldense* (hacia 883), que abarca desde los emperadores romanos hasta la monarquía asturiana, y la *Crónica najareense* (1160), que se extiende desde el comienzo de la historia hasta el reinado de Alfonso VI y recoge temas de la épica popular en torno a la

figura de Fermán González. Ya en castellano, *Tres crónicas* (hacia 1344), obra escrita por orden de Alfonso XI relata hechos de los reinados de Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV; la crónica de Alfonso XI debe su importancia tanto a su precisión como a su validez literaria. La *Crónica de veinte reyes* (hacia 1360), que se refiere a sucesos del periodo 924-1252; *Las crónicas*, de Pedro López de Ayala, que da noticia de los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III, y la más importante, *La crónica general* (comenzada hacia 1270), dirigida y supervisada por Alfonso X, el Sabio. Esta primera crónica general es una compilación de las anteriores (Lucas de Tuy, Paulo Orosio, San Ildefonso), dándoles un nuevo sentido en el que la historia de España se sitúa dentro de la historia universal. Incluye, además, diversos cantares de gesta, hecho de gran interés para la historia literaria en lengua castellana.

En cuanto a las crónicas catalanas, hay que destacar la *Gesta Comitum barcmonensium*, que recoge la actuación de los condes de Barcelona hasta 1276, que fue escrita en el monasterio de Ripoll entre 1162 y 1276; *La crónica de Jaime I* o *Libre deis Feys*, fue escrita bajo la dirección de Jaime I, y narra, por boca de este rey, los hechos que sucedieron durante su reinado. La crónica de Ramón Muntaner, escrita en tono autobiográfico relata la expedición de los almogavares a Oriente, con tintes de exaltación patriótica.

Las crónicas aparecieron con toda la conformación de una historia universal y, de ahí, que sean muchísimas las que comienzan su relación por la creación del mundo. Unas de las más reconocidas en Europa durante el siglo XI fueron la de Hermann Contracto, monje de Reichenau, y la de un monje irlandés que vivió en Colonia.

Al surgir las órdenes mendicantes, se interesaron mucho en la crónica como un género literario. Principalmente porque la vida de familia que se practicaba en los monasterios daba un carácter especial a las producciones en su seno, mientras que el influjo de los mendicantes (órdenes religiosas que vivían de limosnas) en la vida social de los pueblos, su intromisión en las luchas feudales y sobre todo el nuevo periodo iniciado en Occidente por las cruzadas, dieron un buen desarrollo a las crónicas que se escribieron posteriormente.



Las crónicas han prestado un gran servicio a la historia de las naciones, especialmente a Grecia y al Imperio Romano Oriental, a Francia, Alemania, España, Italia e Inglaterra. A pesar de que los escritos incurren en críticas que pueden verse como desviaciones, es tal el candor y sencillez que respiran sus autores que, especialmente tratándose de hechos de la época, gozan con razón de mucha autoridad, y aún hoy son excelentes auxiliares de la literatura política, civil y religiosa de esos pueblos.

*Así habla la crónica*, antología de Álvaro Ruiz Abreu, se terminó de imprimir en mayo de dos mil siete. El tiro consta de mil ejemplares impresos en papel marfil editor de alta opacidad de noventa gramos (interiores) y cartulina sulfatada de catorce puntos (cubiertas). En su composición se utilizaron tipos de la familias Caslon Old Face y Rotis en cuerpos de nueve, once, doce y dieciséis puntos. Edición e impresión *mc editores*, Texcaltitla 27, 01830 Ciudad de México.

## **Novedades editoriales**

*El monarca, el ciudadano y el excluido.  
Hacia una crítica de lo político*  
Gerardo Ávalos

*Espacio y poder*  
María Inés García

*Elementos básicos de estadística  
para ciencias sociales*  
Alberto Isaac Pierdant y Jesús Rodríguez

*Por una política económica y social  
para el desarrollo de México*  
Federico Novelo (coord.)

*Sociedad, Estado y territorio. Las  
dinámicas de la proximidad*  
Gisela Landázuri, Ernesto Soto et al.  
(coords.)

*Ideología y cultura moderna.  
Teoría crítica social en la era  
de la comunicación de masas*  
John B. Thompson

*Conflicto y democracia. La compleja  
configuración de un orden pluricultural*  
Jorge Brenna

*Mundialización y diversidad cultural.  
Territorio, identidad y poder en el medio  
rural mexicano*  
María Tarrío, Sonia Comboni y Roberto  
Diego (coords.)

## **Publicaciones periódicas**

Revista *Argumentos* 51  
Tema del *dossier*: Despojo y comunidad

Revista *Argumentos* 52  
Tema del *dossier*: Lógicas del poder.  
Miradas críticas

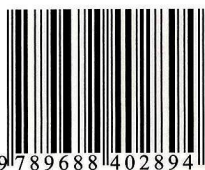
Revista *Argumentos* 53  
Tema del *dossier*: República



La crónica es práctica cotidiana, trabajo literario, aspiración de muchos escritores que encuentran en ella la posibilidad de expresar lo que observan en el lugar que habitan. Desempeña un papel importante en las letras mexicanas de nuestros días y es un espacio donde estampan su nombre y su sello personal, poetas, escritores, periodistas, intelectuales, editores de revistas y suplementos culturales. En este libro se presenta una antología muy heterogénea de un México que parece remoto, el de los años ochenta. El lector tiene ante sus ojos, obras y autores que enfocan desde distintos puntos de vista aspectos varios de una realidad en constante cambio, y casi siempre bajo tempestades políticas y sociales.

El objetivo de este libro es servir de consulta para alumnos y profesores de ciencias sociales, y todos aquellos que se interesan por rescatar algo de nuestra vida cultural, algo del estilo de los escritores que han hecho del periodismo una escuela de arte. Es también un material de trabajo que busca establecer un diálogo entre las nuevas generaciones y una época que ya se quedó atrás, desfigurada por la falta de memoria histórica que diga y demuestre lo que fueron sus signos más terribles o alentadores.

ISBN 968840289-3



9 789688 402894